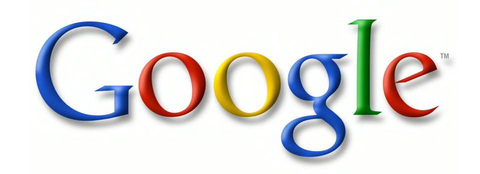
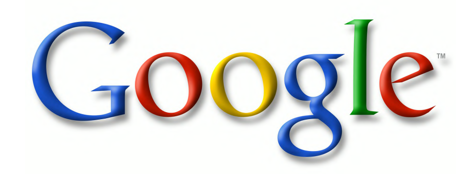

Google





SAQUEO DE CADIZ POR LOS INGLESES

EN 1596.

HISTORIA

DEL

SAQUEO DE CADIZ

POR

LOS INGLESES

EN 1596,

ESCRITA POR FR. PEDRO DE ABREU,

RELIGIOSO

DEL ÓRDEN DE S. FRANCISCO.

PUBLÍCASE CON OTRAS RELACIONES CONTEMPORÁNEAS Y DOCUMENTOS ILUSTRATORIOS.

POR ACUERDO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO.

CADIZ.

REVISTA MÉDICA.

1866.

CADIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,

A CARGO DE D. FEDERICO JOLY,

CALLE DE LA BOMBA NUMERO 1.

1866.

ÍNDICE.

INDICE DE LAS LAMINAS.

PRÓLOGO.

Fué el autor de la presente obra un religioso de la órden de S. Francisco en la familia cismontana, llamado Fr. Pedro de Abreu, comisario general, predicador y lector en Santa Teología y custodio definidor de la provincia de Andalucía.

D. Nicolás María de Cambiaso, en el segundo tomo de sus *Memorias para la biografía y bibliografía de la isla de Cádiz*, anunció un tercero, prometiendo, entre las vidas de gaditanos ilustres que habia de contener, la de Fr. Pedro de Abreu, como hijo de esta ciudad. Se ignoran las razones en que fundaria el Sr. Cambiaso su opinion acerca de la patria de este religioso, cuyo apellido lo acredita oriundo de Tarifa.

Compuso Fr. Pedro de Abreu tres libros:

1.° Exposicion del himno que hicieron los tres mancebos en el horno de Babilonia.—Cádiz, por Clemente Hidalgo, 1610, fólio.

2.° Comentarios en las palabras que se hallan en el Evangelio haber hablado la Vírgen Nuestra Señora.—Cádiz, por Fernando Rey, 1617, fólio.

Dejó sin publicar, pero preparado para la imprenta un libro con este título: "Descripcion de la nobleza y antigua isla de Cádiz." Así consta de la aprobacion del Comisario general de la órden franciscana Fr. Pedro Gonzalez de Mendoza.

El autor dice de sí en el segundo de los libros citados que estudió, siendo mancebo, en el convento de S. Francisco de Sevilla, y que despues de muchos años (en 1590), era lector de Teología en aquel convento mismo: que en 1613 visitó la provincia de Cantabria con el General de la órden y estuvo el 21 de Julio en el pueblo de Lerma, donde admiró las joyas que en un camarin tenia el duque de este nombre.

Por último dá las siguientes noticias mas particulares aun de su vida.

" En esta grande ocupacion (de estudiar la " Santa Escritura) disponiéndolo así la obediencia, " pasé desde la edad de veinte y cinco años por es- " pacio de veinte y tres contínuos leyendo Teolo- " gía escolástica en diversas partes de mi provin- " cia, en especial en la gran ciudad de Sevilla y en " la insigne Universidad de Osuna: despues de los " cuales, viéndome ya en el postrero tercio de mi " vida, acordé sacar á luz los comentarios en el " cántico de los tres mancebos del horno de Ba- " bilonia; teniendo ya en las manos en los últimos " dias de mi vida para estampar lo que habia tra- " bajado por espacio de nueve años."

El original M. S. del *Suceso del saco y toma de Cádiz por el Inglés*, perteneció al convento de la

órden de S. Francisco en Sevilla, pasando despues de la exclaustracion á poder del Sr. D. Jorge Diez, persona de ilustracion tan notoria. En Cádiz existe un traslado de este libro escrito, en parte, de puño y letra del venerable obispo de esta Diocesis D. Fr. Domingo de Silos Moreno, de feliz y amada recordacion, y en parte de mano del Sr. Canónigo penitenciario de esta Santa Iglesia Catedral D. Salvador Moreno, tan estimado por su ciencia y virtudes. Este último manuscrito ha servido de original para la impresion.

Fué trazado este libro por Fr. Pedro de Abreu recientes los hechos de la toma de Cádiz por los ingleses en 1596, despues de haberse el autor bien certificado así de lo que vió y entendió, como de verdaderas relaciones de hombres prudentes que se hallaron en todo el discurso de tan infeliz pérdida, segun dice.

Pero antes de la narracion de los sucesos hay una *Descripcion de la antigua isla y ciudad de Cádiz*, que debe ser la misma anunciada ya en los tratados impresos.

Este libro es de un gran valor histórico para Cádiz; primero, porque en la Descripcion se hallan noticias peregrinas interesantes para el conocimiento del estado de la ciudad en aquella época, así en su parte exterior, como en sus edificios, comercio y costumbres, y segundo, porque se refiere minuciosamente y sin artificio y con el sencillo y expontáneo lenguaje de la verdad cuanto ocurrió en el lastimoso suceso de la toma y sa-

queo de esta ciudad por la armada inglesa en 1596. En este punto es el libro digno de aprecio, por mas que su narracion y su estilo no puedan servir de modelos históricos por la falta de correccion y de buen gusto.

Trató de imprimir Fr. Pedro de Abreu su libro, en que tan severamente juzga al Corregidor y á otras personas de esta ciudad. El Ayuntamiento al tener noticia de ello, y en el recelo de que se divulgasen los sucesos, cuando vivian todas, gestionó activamente para que se negase á Fr. Pedro de Abreu la licencia para imprimir su relacion histórica.

Así consta en las actas capitulares del dia 9 de Febrero de 1609.

"Gerónimo Hurtado dijo que ha venido á su "noticia que un fraile francisco ha hecho un libro "sobre la pérdida de esta ciudad, y no le estará "bien que el dicho libro se imprima; que pide á la "ciudad haga las diligencias que convengan como "cosa que tanto importa á su reputacion. La ciu-"dad acordó que se escriban las cartas que con-"vengan á S. M. y á sus Reales Consejos y á otras "personas que convenga, pidiendo no se dé licen-"cia para imprimir dicho libro, y sobre ello hagan "las diligencias necesarias con libre y general "administracion los Sres. Hernan Sanchez de "Albo y el Licenciado Acebedo y D. Luis de So-"to de esta ciudad á quien lo cometió."

Desde aquel tiempo quedó inédita la obra. El religioso franciscano D. José Arias Vela, persona

de gran erudicion, empezó á publicar esta historia del saqueo de Cádiz en una revista literaria y científica que con el título de *La Epoca* vió la luz en esta ciudad por el año de 1843; pero no habiendo continuado la publicacion, quedó inédita todavía una gran parte del libro.

Sale hoy por vez primera á la pública luz esta historia, merced al celo é ilustracion del Municipio gaditano.

Para mayor esclarecimiento de los hechos se dan á luz juntamente tres relaciones contemporáneas, cuyos originales M SS. existen en la Biblioteca Nacional, remitidos por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, Bibliotecario mayor, así como unos Apuntamientos sobre la fortificacion de Cádiz, despues del saqueo de esta ciudad. El Municipio ha agradecido este servicio prestado por aquel ilustre literato, consignándose aquí honoríficamente este recuerdo.

Publícase del mismo modo un pasaje referente al saqueo de Cádiz en 1596, que ha facilitado la Real Academia de la Historia, accediendo noblemente á los deseos del Excmo. Ayuntamiento.

Igualmente se reproduce otra relacion del saqueo de Cádiz, cuyo original existe en el archivo de la Santa y Patriarcal Iglesia de Sevilla. Aunque vió la luz pública el año de 1845 en la primera Historia de Cádiz que escribió el autor de este prólogo, son tan raros los ejemplares de aquel pequeño libro, que esa relacion debe reimprimirse como objeto de curiosidad y en complemento de

las noticias que se allegan sobre aquel suceso.

Ha parecido conveniente añadir algunas noticias sacadas de las actas capitulares, como son el dictámen de los pilotos de la ciudad acerca de las naos perdidas y quemadas en la invasion de los ingleses, reconocidas en la bahía, Puntal y estero de la Carraca en número de diez y siete, cartas de varios de los rehenes en Inglaterra y otras noticias peregrinas, entre ellas la historia de tres imágenes injuriadas por los enemigos.

Y en el deseo de completar cuanto se pueda el libro, se han litografiado las vistas de la ciudad de Cádiz en el siglo décimo sesto, que se hallan en la descripcion latina de todas las ciudades del mundo publicada por Jorge Bruin.

Juntos estos materiales, el lector podrá formar un exacto juicio de los hechos, con lo cual queda plenísimamente ilustrado un acontecimiento tan notable en la historia patria.

Adolfo de Castro.

CÁDIZ 10 DE DICIEMBRE DE 1866.

BIBLIOTECA NACIONAL.—MANUSCRITO G 51.—PAPELES TOCANTES Á FELIPE II. TOMO 2.°, FÓLIOS 173, 174, 175 y 176.

I.

RELACION DE LO SUCEDIDO EN CÁDIZ AÑO DE 1596.

Sábado que fué dia de San Pedro á las 12 del dia llegó á Cádiz un propio despachado del Gobernador de Lago con cartas para el Corregidor, y Presidente de la contratacion que estaba despachando la flota de Nueva España, y en ella decia que estuviesen advertidos, y apunto porque en aquel dia se habian descubierto mas de sesenta velas por la mar, las cuales, aunque no se conocian cuyas fuesen, se entendia por muy cierto eran de Ingleses Enemigos;

Luego este mismo dia hubo consulta entre el Corregidor, Presidente de la contratacion y algunos oficiales del Rey sobre el modo que se habia de tener en la defensa de la Ciudad, y al punto despacharon al Puerto para que Don Juan Puerto Carrero, que estaba por cabo, saliese con las Galeras á la bahía; y así se hizo, que en sabiendo el caso salió del Puerto, y á las cuatro de la tarde estaba en la bahía con diez y ocho Galeras, y á esta hora estaban ya por bando, que se echó en Cádiz, embarcados todos los soldados y gente de nuestros Galeones de armada que estaban en la bahía para acompañar la flota, y eran cuatro admirables; y con esto se fueron haciendo todo aquel dia otras prevenciones para este fin.

Domingo á las dos de la mañana se comenzó á tocar á rebato con gran priesa porque las espías y centinelas habian descubierto la armada enemiga, y con el dia se fueron descubriendo mas bien por la punta de San Sebastian una infinidad de navíos, que eran imposible contarse, que pasaban de ciento y sesenta, entre los cuales venian mas de cuarenta

Galeones hermosísimos, y como traian todos las velas llenas de banderas, las gavias y popas era una hermosísima vista y parecia una montaña de árboles en la mar; y así por el órden que venia surgieron á la Caleta de Santa Catalina, de donde no se movieron en todo aquel dia, y tomaron desde la dicha Caleta hácia la punta de San Sebastian la mar afuera tres leguas de sitio segun decian hombres pláticos en la mar; y con todo esto estaban muy juntas al parecer las unas Naos con las otras: de á donde se entiende que sin duda son doscientas velas y segun me dijo á mí un capitan inglés, como luego diré, este dia á las ocho ó nueve echaron algunas lanchas con las cuales anduvieron muy de espacio afondando la Caleta dicha, y tomando los altos y honduras al desembarcadero; y así se entendió luego querian echar por aquella parte la gente en tierra, y desde entonces casi todas las diligencias de la defensa se fueron haciendo en aquel lugar.

Esta mañana al tornar del rebato se alborotó la Ciudad, y con gran priesa se comenzó á embarcar la gente en los Galeones, porque por no haberse embarcado la tarde antes hubo tanto desórden que los mas se habian salido á dormir en la Ciudad, el cual desórden ha sido despues de la voluntad de Nuestro Señor la causa de la perdicion de esta Ciudad, porque todos eran cabezas á mandar y ninguno habia que supiese como piés obedecer; y así se perdió, por no tener piés ni cabeza.

Embarcóse, pues, toda la gente en Galeras y Galeones, y comenzó nuestra Armada á salir de la bahía y se puso toda en ala, y las Galeras una tras otra desde el fuerte de S. Felipe, atravesando al sesgo la entrada de la bahia hácia la Canal; y donde acababan las Galeras comenzaron los Galeones.

Hízose en la Caleta una trinchea á la misma lengua del agua de pipas llenas de arena, y trabadas unas con otras con sus maderos, y llenáronse seis piezas grandes que fueron disponiendo en los puestos que mas convenientes parecieron por toda la Caleta; y todo este dia hasta las 12 fueron saliendo de la plaza, donde estaba el cuerpo de guardia, por su órden todas las compañías á la Caleta, y entre ellas salió una de los frailes de San Francisco con sus picas y bandera, y luego

otra de los frailes Agustinos que iban á Indias y serian 60, tambien con sus picas y banderas, y tras ellos salieron ocho ó diez padres de la Compañía, y si vá á decir verdad, segun ha sido fama pública, solos los frailes fueron los que pelearon y no tuvieron miedo á las balas y aun los que murieron, porque cinco ó seis frailes franciscos y otros tantos agustinos dicen murieron peleando, y fué milagro no morir mas segun andaban metidos en las balas y peligros con sus Cristos é imágenes, animando la gente y reprendiendo su cobardia y huida. A las dos de la tarde anduve yo para ver este sitio, y habia por todo el banco de lo alto del barranco de la Caleta, sobre la misma plaza desde Santa Catalina hasta San Felipe casi veinte banderas de varios colores en ellas, sus cuerpos de guardia, piqueros, alabarderos y arcabuceros hasta cinco mil hombres que si tuvieran cabeza, era bastante gente para ofender al enemigo, cuanto mas para defenderse siquiera algun dia.

A las dos de la tarde comenzó este dia á estar en Cádiz el socorro de la caballería de Xerez, Arcos, Medina Sidonia y otros lugares, con que la gente comenzó á alegrarse y asegurarse, aunque de tierra al parecer de todos estaba segurísimo, y nadie pensó jamás que pusieran el pié en ella, si no era para perderse; y solo se temia la mar por la poca defensa que habia contra tanta multitud de navíos que pudiera quemar 16 naos de flota que estaban cargadas para Indias, y no tenian defensa ninguna por no haber en ellas sino mercaderías solamente.

Este dia á las 5 de la tarde comenzó el fuerte de S. Felipe á cañonear la capitana enemiga, que parecia se iba entrando á medio trinquete en la bahía, y lo mismo hicieron las Galeras y la Capitana enemiga con su escuadron de Galeones; pelearon con los nuestros y galeras casi dos horas y en todas ellas nunca se hicieron daño ni pelota de los unos alcanzó á los otros aunque se daban bien cerca y cerca, y lo mirábamos de bien cerca, aunque con peligro de algunas piezas que de cuando en cuando echaban á la tierra. Esta noche estuvo la gente en sus puestos por toda la Caleta y en la plaza de la ciudad hubo un grande cuerpo de guardia, donde ardieron

muchos barriles y luminarias, y lo mismo era por todas las partes de la Ciudad, de manera que parecia dia claro. Estúvose toda la noche en la plaza tocando menestriles y trompetas y cajas, y siempre en todo este tiempo andaba la gente tan alegre y desenfadada y tan deseosos todos de que el enemigo tomase tierra que pareció cosa de milagro ver en un punto trocada toda esta lozania en tanta cobardia y miedo como mostraron.

Lunes á las dos de la mañana se tocó rebato al arma, y juntándose toda la caballeria en la plaza, salieron con sus pendones y en órden, y con ella corrieron toda la playa de la Caleta y asi volvieron á entrar en la ciudad dos horas despues de amanecido con sus chirimias y trompetas delante: con el mismo órden dieron vuelta por toda la ciudad que pareció bien y alegró la gente comun, que á esta hora estaba bien triste oyendo algun ruido que pasaba en la batalla de mar que se daba entre nuestras Galeras y Galeones y los del enemigo; serian 400 caballos los de este alarde, gente harto lucida y de quien nunca se entendió hicieran lo que despues hicieron.

Este dia á las ocho comenzó la armada enemiga á entrarse en la bahía con muy gentil órden, que en todo le han tenido siempre los nuestros por estorbarlo, se comenzó la batalla entre los unos y los otros, cañoneándose de una parte á otra con tanto ruido que atronaban la ciudad; y así era cosa temerosa andar por ella por el gran peligro de las balas que mataron algunas personas, aunque pocas: duró esta batalla casi tres horas y echóseles un Galeon á fondo en el cual se entendió que no se salvó nadie, y ellos mataron hasta 100 hombres, segun dicen algunos, porque de esto no se sabe cosa cierta en nuestras Galeras y Galeones, y dieron un balazo á una Galera que llaman la Ocasion y es de las mejores de la Armada, con que la desgobernaron; y así vino retirándose á echar la gente al Puntal, y allí salió en tierra el marqués de Santa Cruz y otros caballeros que iban en ella, aunque luego la aderezaron y volvió á poder servir.

A este tiempo, viendo nuestra Armada la gran pujanza del enemigo se comenzó á retirar, y darle lugar á que toda la su-

ya entrase en la bahía como entró; esta retirada se ha condenado mucho, aunque los de la Armada tienen sus razones, y es que pelear una contra ciento no es de valientes sino de locos, y que entre 18 galeras no habia mas que otras tantas piezas de crujia, en cada una la suya, teniendo cada galeon enemigo á 30 piezas por banda, y siendo tanta multitud de ellos; y que supuesto esto fué cordura el retirarse guardándose para mejor ocasion, y no perdiéndose como locos: las galeras se retiraron con buen órden arrimándose á la Ciudad, y procurando hacer daño, lo cual no hicieron nuestros galeones porque sin parar se fueron retirando hasta el Puntal donde comenzó en su favor á jugar la artillería del fuerte de San Miguel que está al Puntal; pero ella era tan poca, y mal acomodada, que solo habia dos ó tres piezas que luego se desencavalgaron y una se quebró; y se vió claro que si en este fuerte hubiera mucha artillería y bien aderezada, se le pudiera hacer grande mal; mas él lo estaba tan desapercibido como si no los hubiera en el mundo; en esto vació la mar, y nuestros galeones quedaron en seco, y fué necesario que nosotros mismos les pusiésemos fuego, porque no se aprovechasen los enemigos de ellos, y de la artillería; y así saltó la gente en tierra y muchos se ahogaron, porque pasando yo por la puente me dijo un soldado que de mil que habia en los galeones solo estaban allí 400, y los demás eran idos, y muertos en la batalla, y ahogados al salir en tierra; esta gente de los galeones se puso á la defensa de la puente, la cual está por nosotros, porque el enemigo no ha acometido de veras, que si hubiera, creo estuviera perdida como lo demás; pero en fin ella está guardada, y por nosotros hasta hoy.

Este dia á las 11 entró la gente de á caballo de Bejel muy alegres, y todos tambien se alegraron con ellos porque serian mas de 100 caballos de muy buena gente.

Este dia á la una en punto entraron dos compañías de infantería, arcabuceros de Puerto-Real y Chiclana serian 500, y casi una hora despues se comenzó á tocar á rebato porque el enemigo echaba gente en tierra al Puntal, y juntóse toda la caballería en la plaza y desde allí salió con sus pendones, á estorbarlo; habíanse traido á este tiempo dos piezas desde

la Caleta hasta la puerta del muro, las cuales con la turbacion sirvieron tanto como si no se trajeran; los caballos salieron sin órden, y desguarnecidos de arcabuceros y sin cabeza, y allí á la primera roziada del enemigo, se comenzaron á descomponer y á huir á la ciudad á cuya puerta los iban deteniendo con espadas desnudas; y viendo que no bastaba esto les cerraron la puerta, porque volviesen á pelear, mas ellos se apeaban de los caballos, y por las picas y lanzas subian al muro, y de allí se dejaban caer á dentro, y caian medio muertos, hasta que de pura lástima se les abrió la puerta, y entrando de golpe fueron huyendo sin parar hasta la plaza, donde viéndolos así, huyeron todos sin saber á donde ni á donde no; los ingleses entraron muy en órden, porque hasta verlos así en medio de la plaza estuvieron en ella, y traian cuatro piezas de campaña delante de su escuadron, y todas las primeras hileras de él eran de morriones, y coseletes, y gente toda muy bien armada: traian muchos mosqueteros y piqueros; apoderáronse de la plaza y de toda la ciudad, antes que se pusiese el sol siendo las cinco cuando en ella entraron; solo el fuerte de San Felipe no se rindió hasta otro dia por la mañana, y rindióse con partido de las vidas de los que en él estaban.

Este dia salimos de San Francisco algunos frailes de diferentes órdenes, y pasamos la noche escondidos como podíamos por los retamales; otro dia al amanecer, vinieron dos galeras á San Sebastian, que se habian quedado fuera de la bahía, para recoger alguna gente y así se hizo con tres bateles; yo me hallé por allí con algunos frailes, y no pudimos embarcarnos porque andaba la mar alta, y se echaba la gente á nado vestidos, y así viendo que no teníamos pan, ni agua, ni donde escondernos, nos volvimos á la ciudad y nos encerramos en la iglesia de San Francisco, donde estaban mas de tres mil personas de tōdas diferencias, y allí se padeció harta hambre y sed, y sobre todo mal olor de las inmundicias que allí se hacian por no haber donde; allí era todo gemidos de mugeres, y lástimas y temores de muerte que todos esperábamos, particularmente los frailes; mas ellos han hecho buena guerra en lo que es no matar á nadie, ni haber hecho

deshonestidades con mujeres, antes han usado de muchas cortesías con algunas, pero en lo que es despojar, no han perdonado á criatura viviente desnudándolos á todos con grandísima crueldad, y esta sobre todo han usado con los templos y cosas sagradas, Cristos, imágenes, retablos, libros, campanas, todo está hollado y quebrado y hecho mil pedazos, y arrastrado por los suelos: andaban vestidos de los ornamentos mofando con grandisimo escarnio; y en fin, á lo que toca á la crueldad que han usado con las cosas sagradas, no hay lengua que lo pueda explicar como ha sido.

Miércoles salimos los frailes con guarda hasta la puente, iban unos desnudos y otros medios vestidos, y muchos sin corona, porque algunos pensando escapar por allí, parece que quiso Dios que lo pagasen mas duramente; y yo sé quien dijo que pues habia profesado vivir y morir con su hábito, habia de cumplirlo, y á este en todo el suceso aunque andaba en medio de los escuadrones ingleses, no habia hombre que le tocase ni hablase palabra, y tanto que con desnudarlos á todos por momentos, este tal salió con los mismos dineros que metió en Cádiz; y advierto esto que me ha parecido cosa particular en este suceso tan raro.

Era cosa de notable compasion ver por los caminos y despues en Jerez y en el Puerto tantas señoras y hombres principales de Cádiz desnudos pidiendo limosna, cuyas casas eran de las regaladas y ricas que habia en España, porque ahora se ha hecho experiencia que esta ciudad era de las mas ricas de España, y hubo casa en ella donde se hallaron ochenta mil ducados en dinero solo, y con esta riqueza afirman que ha valido la pérdida de Cádiz, con la flota que estaba cargada, sobre cinco millones, han costado muchos ducados los rescates de los caballeros de Jerez y otros personages que allí se perdieron, aunque toda esta tierra queda destruida por muchos años.

Otras muchas cosas habrá que saber en este hecho, mas yo no doy cuenta sino de solo aquello que ví por mis ojos, y lo que hoy lo refiero como de oidas, y por eso va tan breve esta relacion aunque verdadera, que servirá de poderse juntar con otras que sean mas cumplidas.

BIBLIOTECA NACIONAL.—MANUSCRITO Q.—220.—PAPELES VARIOS CURIOSOS.—
FÓLIOS 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164 y 165.

II.

RELACION DE LO SUCEDIDO EN LA TOMA DE CADIZ AÑO DE 1596.

Sábado que fué dia de S. Pedro, á las doce del medío dia llegó á Cádiz un propio despachado del Gobernador de Lago con cartas para el corregidor y la contratacion que estaba despachando la flota de Nueva España, y en ellas decia que estuviesen advertidos y á punto porque en aquel dia se habian descubierto mas de sesenta velas por la mar, las cuales, aunque no se conocian cuyas fuesen, se entendia por muy cierto eran de enemigos ingleses.

En este mismo dia hubo consulta entre el corregidor presidente de la contratacion y algunos oficiales del Rey sobre el modo que se habia de tener en la defensa de la ciudad, y al punto despacharon al Puerto para que D. Juan Portocarrero que estaba por cabo saliese con las Galeras á la bahía, y así se hizo, que en sabiendo el caso, salió del Puerto, y á las cuatro de la tarde estaba en la bahía con diez y ocho galeras, y á esta hora estaban ya por bando que se echó en Cádiz, embarcados todos los soldados y gente de nuestros galeones de armada que estaban en la bahía para acompañar la flota, y eran cuatro admirables, y en esto se fué haciendo prevenciones para este fin. Domingo á las dos de la mañana se comenzó á tocar á rebato con gran prisa porque las espías y centinelas habian descubierto la armada enemiga, y con el dia se fueron descubriendo mas bien por la punta de San Sebastian una infinidad de navíos que era imposible contarse porque pasaban de ciento y sesenta, entre los

cuales venian mas de cuarenta galeones hermosísimos, y como traian todos dadas las velas y muy llenos de banderas las gavias y popas, era una hermosa vista y parecia una montaña de árboles en la mar, y así por el órden que venia surtieron á la Caleta de Sta. Catalina, de donde no se movieron en todo aquel dia y tomaban desde la Caleta dicha hasta la punta de San Sebastian la mar afuera tres leguas de sitio, segun decian hombres prácticos en la mar, y con todo esto estaban muy juntas al parecer las unas naos con las otras, de adonde se entiende que sin duda son doscientas velas segun me dijo á mí un capitan inglés como luego diré: este dia á las ocho ó nueve echaron algunas lanchas, con las cuales anduvieron muy despacio afondando la Caleta dicha y tomando los altos y honduras al desembarcadero, y asi se entendió: luego querian echar por aquella parte la gente en tierra y desde entonces cuasi todas las diligencias de la defensa se hicieron en aquel lugar.

Esta mañana al tocar del rebato se alborotó la ciudad, y con gran priesa se comenzó á embarcar la gente en los galeones, porque con haberse embarcado la tarde antes hubo desórden que los mas se habian salido á dormir á la ciudad, el cual desórden ha sido, despues de la voluntad del Señor, la causa de la perdicion de esta ciudad porque todos eran cabezas á mandar y ninguno habia que supiese como pies obedecer, y asi se perdió por no tener pies ni cabeza.

Embarcóse, pues, toda la gente en galeras y galeones y comenzó nuestra armada á salir de la bahía y púsose toda en ala; las galeras una tras otra desde el fuerte de San Felipe atravesando al sesgo la entrada de la bahía hácia el canal, y donde acababan las galeras comenzaban los galeones.

Hízose en la Caleta una trinchea á la misma lengua del agua de pipas llenas de arêna y travadas unas con otras con sus maderos y llenáronse seis piezas grandes que se fueron disponiendo en los puestos que mas convenientes parecieron por toda la Caleta, y todo este dia hasta las doce fueron saliendo de la plaza, donde estaba el cuerpo de guardia por su órden, todas las compañías á la Caleta y entre ellas salió una de frailes franciscos con sus picas y banderas, y luego



otra de los frailes Agustinos que iban á Indias y serian 60. Tambien con sus picas y banderas y tras ellos salieron 10 Padres de la compañía, y si va á decir verdad, segun ha sido fama pública, solo los frailes fueron los que pelearon y no tuvieron miedo á las balas y aun los que murieron, porque cinco ó seis frailes Franciscos y otros tantos Agustinos murieron peleando y fué milagro no morir mas segun andaban metidos entre las balas y peligros con sus Christos é Imágenes animando la gente y reprendiendo su cobardia y huida. A las dos de la tarde anduve yo para verlo este sitio y habia por todo lo alto del barranco de la Caleta sobre la misma plaza desde Sta. Catalina hasta S. Felipe cuasi 20 banderas de varios colores y en ellas sus cuerpos de guardia, piqueros, alabarderos y arcabuceros hasta cinco mil hombres, que si tuvieran cabeza era bastante gente para ofender al enemígo, cuanto mas para defenderse, por lo menos algun tiempo hasta que viniese remedio.

A las dos de la tarde comenzó este dia á entrar el socorro en Cádiz de la caballería de Jerez, Arcos, Medina, Chiclana y otros lugares, con que la gente comenzó á alegrarse y á asegurarse, aunque lo de tierra al parecer de todos estaba seguro y nadie pensó jamás que pusieran el pié en ella si no era para perderse y solo se temia la mar por la poca defensa que habia contra tanta multitud de navíos que pudieran quemar diez y seis naos de flota que estaban cargadas para Indias y no tenian defensa ninguna por no haber en ellas sino mercaderías solamente.

A las cinco de la tarde este dia comenzó el fuerte de S. Felipe á cañonear la capitana enemiga, que parecia se iba entrando á medio trinquete en la barra, y lo mismo hicieron las galeras y la capitana enemiga con su escuadron de galeones pelearon con los nuestros y galeras casi dos horas y en todas ellas nunca se hicieron daño ni pelota de los unos alcanzó á los otros aunque se daban bien cerca y lo mirábamos tambien cerca, aunque con peligro de algunas piezas que de cuando en cuando echaba á la tierra.

Esta noche estuvo la gente en sus puestos por toda la Caleta y en la plaza de la ciudad hubo un gran cuerpo de guar-

dia donde ardieron muchos barriles y luminarias, y lo mismo era por todas las partes de la ciudad, de manera que parecia dia claro; estúvose toda la noche en la plaza tocando menestriles, trompetas y cajas, y siempre en todo este tiempo andaba la gente alegre y desenfadada y tan deseosos todos de que el enemigo tomase tierra que pareció cosa de milagro ver en un punto trocada toda esta lozanía en tanta cobardía y miedo como mostraron.

Lunes á las dos de la mañana se tocó rebato al arma, y juntándose toda la caballería en la plaza salieron con sus pendones y en órden, y con ella corrieron toda la plaza de la Caleta y así volvieron á entrar en la ciudad dos horas despues de amanecido con sus chirimías y trompetas delante; con el mismo órden dieron vuelta por toda la ciudad que pareció bien y alegró la gente comun que á esta hora estaba bien triste oyendo el gran ruido que pasaba en la batalla del mar que se daria entre nuestras galeras y galeones y los del enemigo; serian cuatrocientos caballos de este alarde gente harto lucida y de quien nunca se entendió hicieran lo que despues hicieron.

Este dia á las ocho comenzó la armada enemiga á entrarse en la barra con muy buen órden, que en todo le han tenido siempre, y los nuestros por estorbarlo se comenzó la batalla entre los unos y los otros cañoneándose de una parte á otra con tanto ruido que atronaban la ciudad, y así era cosa temerosa andar por ella por el gran peligro de las balas que mataron algunas personas aunque pocas; duró esta batalla casi tres horas y echóseles un galeon á fondo, del cual no se salvó nadie, y ellos mataron de los nuestros hasta cien hombres de nuestras galeras y galeones, y dieron un balazo á una galera que llaman la *Ocasion*, que es de las mejores de la armada, con que la desgobernaron, con que se vino retirando á echar la gente al Puntal y allí salió en tierra el marqués de Santa Cruz y otros caballeros que iban en ella, aunque luego la aderezaron y volvió á poder servir.

A este tiempo viendo nuestra armada la gran pujanza del enemigo se comenzó á retirar y dar lugar á que toda la suya entrasé en la barra como entró. Esta retirada se ha condena-

do mucho, aunque los de la armada tienen sus razones, y una es que pelear uno contra ciento no es de valientes sino de temerarios y locos, y que entre diez y ocho galeras no babia mas que otras tantas piezas de crujía, en cada una la suya, teniendo cada galeon enemigo á treinta piezas por banda, siendo tanta multitud de ellos, y que supuesto esto fué cordura el retirarse guardándose para mejor ocasion y no perdiéndose como temerarios y locos.

Las galeras se retiraron con buen órden arrimándose á la ciudad y procurando hacer daño, lo cual no hicieron nuestros galeones, porque sin parar se fueron retirando hasta el Puntal donde comenzó en su favor á jugar la artillería del fuerte de S. Miguel que está al Puntal, pero ella tan poca y mal acomodada que solo habia dos ó tres piezas que luego se desencavalgaron y una se quebró y se vió claro que si en este fuerte hubiera mucha artillería y bien aderezada, se le pudiera hacer grande mal al enemigo; mas allí estaba tan desapercibido como si no hubiera artillería en el mundo. En esto vació la mar y nuestros galeones quedaron en seco y fué necesario que nosotros mismos les pusiésemos fuego porque no se aprovechase el enemigo de ellos y de la artillería, y así saltó la gente en tierra y muchos se ahogaron, porque pasando yo por la puente me dijo un soldado que de mil que habia en los galeones solo estaban allí cuatrocientos, y los demás eran idos y muertos en la batalla y ahogados al salir en tierra; esta gente de los galeones se puso á la defensa de la puente, la cual está por nosotros, porque el enemigo no la ha acometido de veras, que si hubiera , creo estuviera perdida como lo demás, pero en fin, ella está guardada y por nosotros hasta hoy.

Este dia á las once entró la gente de á caballo de Bejel, muy alegre, y todos tambien se alegraron con ellos, porque serian mas de cien caballos de muy buena gente.

Este dia á la una entraron dos compañías de infantería arcabuceros de Puerto Real y Chiclana, que serian 500, y casi una hora despues se comenzó á tocar á rebato porque el enemigo echaba gente en tierra al Puntal, y juntóse toda la caballería en la plaza, y de allí salió á estorbarlo. Habíanse traido

á este tiempo dos piezas desde la Caleta hasta la puerta del muro, las cuales sin la turbacion sirvieron tanto como si no se trajeran. Los caballos salieron sin órden y desguarnecidos de arcabuceros y sin cabeza, y así á la primera rociada del enemigo se comenzaron á descomponer y huir á la ciudad, á cuya puerta les iban deteniendo con espadas desnudas, y viendo que no bastaba esto, les cerraron la puerta porque volviesen á pelear, mas ellos se apeaban de los caballos y por las picas y lanzas subian al muro y de allí se dejaban caer á dentro, que caian medio muertos, hasta que de pura lástima se les abrió la puerta, y entrando de golpe, fueron huyendo sin parar hasta la plaza, donde viéndolos asi huyeron todos sin saber á donde ni á donde no. Los ingleses entraron en órden, porque hasta verlos casi en medio de la plaza estuvieron en ella; traian cuatro piezas de campaña delante de su escuadron, y todas las primeras hileras de él eran de morriones y coseletes, gente toda tan bien armada que no habia mas que ver. Traian muchos mosqueteros y piqueros, apoderáronse de la plaza y de toda la ciudad antes que se pusiese el sol, siendo las cinco cuando en ella entraron; solo el fuerte de S. Felipe no se rindió hasta otro dia por la mañana, dándose con partido de las vidas de los que en él estaban.

Salimos este dia del convento de S. Francisco algunos frailes diferentes en órdenes y pasamos la noche escondidos como pudimos por los retamales. Otro dia al amanecer vinieron dos galeras á San Sebastian que se habian quedado fuera de la bahía para recoger alguna gente, y así se hizo con tres bateles; yo me hallé por allí con algunos frailes y no pudimos embarcarnos por andar la mar alta, echándose muchos á nado vestidos, y viendo no teniamos pan ni agua ni donde escondernos dimos la vuelta á la ciudad y nos encerramos en la Iglesia de S. Francisco, donde estaban mas de tres mil personas de todas diferencias y estados; aquí se padeció mucha hambre y sed, y sobre todo mal olor de las inmundicias que allí se hacian por no haber donde. Allí era todo gemidos de mujeres y lástimas y temores de muerte que todos esperábamos, particularmente los frailes, pero ellos han hecho buena guerra en lo que es no matar á na-

die ni haber hecho deshonestidades con mujeres, antes han usado de muchas cortesías con algunas personas: en lo que es despojar no han perdonado á criatura viviente, desnudándolos á todos con grandísima crueldad, y de esta sobre todo han usado con los templos y cosas sagradas, cristos, imágenes, retablos, libros, campanas, todo está hollado, quebrado, hecho mil pedazos y arrastrado por el suelo; andaban vestidos con los ornamentos mofando con grandísimo escarnio, y en fin, en lo que toca á la crueldad que han usado con las cosas sagradas, cualquiera lengua es corta para explicar lo que ha sido.

Miércoles salimos los frailes con guardia hasta la puente, iban unos desnudos, otros medio vestidos, y muchos sin corona, porque algunos pensando escapar por allí parece que quiso Dios lo pagasen mas duramente; y yo sé quien dijo que pues habia profesado vivir y morir con su hábito queria cumplirlo, y á este en todo el suceso aun andando en medio de los escuadrones ingleses, no hubo hombre que le tocase ni hablase palabra, y tanto que con desnudarlos á todos, este tal salió con los mismos dineros que metió en Cádiz; adviértese esto por cosa notable y digna de memoria. Era cosa de compasion grande ver por los caminos y despues en Jerez y en el Puerto tantas señoras y hombres principales de Cádiz desnudos pidiendo limosna, cuyas casas eran de las regaladas y ricas de España, porque ahora se ha hecho experiencia que esta ciudad era de las mas ricas de ella; pues hubo casa donde se hallaron ochenta mil ducados en dinero; solo y con esta riqueza afirman que ha valido al enemigo la pérdida de Cádiz con la flota que estaba cargada sobre cinco millones y mas: han costado muchos ducados los rescates de las caballeros de Jerez y de otras personas que alli se perdieron, aunque toda esta tierra queda por muchos años destruida. Otras muchas cosas habrá que saber de que yo no doy cuenta, sino de solo aquello que ví por mis ojos, que es la causa de ir tan breve esta relacion.

No fué socorrida esta ciudad, y cuando se trató de ello, el enemigo habia dado á la vela victorioso, poderoso y rico. Aplicábase la pérdida de esta ciudad á D. Cristóbal de Mora,

gran privado del rey Felipe, á quien no se dió parte por entonces por estar agrabado de enfermedades de gota y calenturas, porque viniendo los de Cádiz á pedir se fortificase la ciudad por el aviso que tenian del enemigo, los despachó con desprecio diciendo por palabras señaladas era zumberia.

Con esta ocasion de estar el enemigo en Cádiz, el príncipe D. Felipe pidió licencia al rey su padre para ir á Sevilla y dar órden en la conquista de Cádiz, la cual no obtuvo, cesando con la ausencia del enemigo inglés, y vista la destruccion de Cádiz y miseria de sus ciudadanos, el rey les concedió diez años de merced de que no le reconociesen con ningun género de tributo. Llevó cautivos el enemigo nueve prebendados de la Iglesia Catedral en rehenes de que se le enviaria á la reina ó á su capitan general el rescate de los que quedaron en Cádiz y de los que llevaba cautivos, que fueron cuatro canónigos, cuatro racioneros y el dean, por veinte mil ducados en que se concertó el rescate de todos los prebendados. Estos que fueron cautivos padecieron muchos trabajos en manos de aquellos hereges ingleses. En la sazon que se perdió esta ciudad era electo obispo para ella D. Maximiliano de Austria, abad de Alcalá la Real, y entrando en su Iglesia y viéndola tan mal tratada, quemada en parte, sin ninguna cosa para el servicio de ella, de ornamentos ni plata por haberlo llevado el enemigo todo con lo de las otras Iglesias y conventos: tomó acuerdo con los prebendados de la Iglesia en que suplicasen á las demás Catedrales de España les favoreciesen con dinero y ornamentos para restituir el culto divino á su antiguo estado. Las Iglesias acudieron con gran celo y caridad, y las que dieron de que yo pude saber son las siguientes: Córdoba diez mil reales: Jaen seiscientos ducados: Salamanca seiscientos ducados y dos cálices: Palencia doscientos ducados y dos cálices: Plasencia cuatrocientos ducados y un ornamento rico: Coria cuatrocientos ducados: Ciudad Rodrigo cien ducados: Sevilla cuatro mil ducados: Avila doscientos ducados, un terno rico, un agua manil, una cruz y un cáliz de plata.—Dije arriba que el enemigo habia llevado toda la plata de la Iglesia Catedral y no fué así como yo lo supe de persona que lo vió y lo supo, sino una par-



te de ella escondiendo y enterrando la mayor en el osario ó carnero de la Iglesia entre los huesos de los difuntos, á quien los enemigos tuvieron respeto y reverencia, usándola los católicos como los herejes alzaron velas. (1)

(1) Esta relacion es casi igual á la anterior, si bien al final dá noticias que no se consignan en la otra.

Biblioteca Nacional.—Manuscrito G—60.—Rey D. Felipe II.—159 á 1598.—Fólios 350 y 351.

III.

TOMA DE CADIZ POR EL INGLÉS AÑO DE 1596.

En carta escrita al doctor Bartolomé Llorente, canónigo de Ntra. Sra. del Pilar, hay esta cláusula: "Lo que hay de nuevo acá es la lastimosa pérdida de Cádiz y cómo llegó allí el inglés, y entre otras cosas que escribe de allí á su Magestad el Presidente Pedro Gutierrez de Flores, es lo que sigue: No se ha dejado templo ni casa que no se haya saqueado y profanado: tratan muchas cosas de lo que han de hacer, y afirman que no han de dejar aquí cerca cosa alguna que no la tomen y saqueen, hasta publicar han de ir á Sevilla y despues á Lisboa, y que aguardan otra tan grande armada, y cien galeras del turco. Traen un hijo de D. Antonio, llamado D. Cristóbal; lo que he podido averiguar es que las naos son 180, veinte mil soldados, y cinco mil marineros, toda gente jóven y lucida. De Cádiz á 5 de Julio de 1596."

En carta escrita á los jurados de Zaragoza hay la siguiente cláusula:

"El servicio que ahora puedo hacer á esa ciudad es dar aviso de estas novedades sucedidas en Andalucía, y así envío esa relacion por la cual se ve el desastre y pérdida de Cádiz; acá se ha sentido mucho por muchos respetos, y no es de los de menos consideracion el avisar que ha hecho el inglés de daño mas de cinco millones, así en el saco de la ciudad como en la armada que estaba aprestada para Indias. Dicen que traen 180 navíos grandes y pequeños, y en ellos veinte mil hombres de pelea, y que habian echado por otra derrota

otros tantos, quizá con designio de pescar el cuerpo á la flota, pero acá no se teme porque há muchos dias les avisaron. Su Magestad aunque tenia determinado salir lunes á 8 de Toledo, ha dicho no quiere salir de allí, y envió luego por el consejo de Guerra. Ha enviado al adelantado de mar y tierra á Portugal, y enviado allí mucha gente, y cada dia se hace, y para Sevilla lo mismo, de lo cual es general el de Medina Sidonia. Dios confunda este enemigo que nos da tanto cuidado, aunque se tiene por cierto que este socorro para echarle de allí será bastante: Dios lo haga etc."

COPIA de una carta de Gaspar de Anastro, proveedor de las Galeras, escrita al presidente, jueces y oficiales de la casa de la contratacion de Sevilla.

No ha llegado á mí el correo que V. S., en carta de ayer escribió haberme despachado el dia antes, ni sé lo que en él se me manda; la del 2 recibo en este punto, y con el correo que la trajo, envié los dichos pliegos del señor duque de Medina. Bien pudiera yo un dia antes haber dado aviso al señor oidor Armenteros de la pérdida de Cádiz, pero con hallarnos tan cerca hasta el punto que despaché el correo del dos, y aun abiertas las puertas de la ciudad, venian las nuevas contrarias unas de otras; yo procuro atinar que las mias sean ciertas, y hasta ayer á las 4 de la tarde tengo dado aviso al señor oidor Armenteros de lo que acá pasa. Toda esta noche han ardido las naos de la flota, y se guarecieron en el Puerto que estaban ya perdidas; la persona del enemigo está dentro de Cádiz, y antes de ayer noche salió un bando que hoy por todo el dia les daba de término para que le reconociesen y se compusiesen con él en cuanto á dinero, y que minarian el castillo si dentro del término no le entregaban entero; con esta afliccion andan los de Cádiz, y tiénenla bien merecida porque han hecho la mayor flaqueza que en pecho de mujeres viles pudiera caber; no esperar siquiera ver plantada una pieza de artillería, ni dar en que les convenia elegir una cabeza que fuese soldado, y sujetarse á él. Tambien anduvo de por medio la codicia de guardar

sus haciendas los de la flota, teniendo tomada la boca de la bahia, se arrinconaron donde el enemigo triunfase de ellos sin pérdida de un hombre; sea Dios loado.

El primer presidente no pudo salir, y el enemigo lo tiene recluso en San Francisco, y á los demás regidores de Cádiz, y á don Pedro de Gorrera: componerse han con rescate. Mucho convenia que la gente que esa audiencia envia, venga municionada de pólvora, cuerda y balas, y con un caballero que sea soldado, y á quien tengan respeto con autoridad de castigar al que excediere, porque como es gente concegil, anda desbaratada é inobediente; este quiebradero de cabeza traigo con los lugares, y lo he escrito al Sr. duque, de que tuvo principio el enemigo para meterse en Cádiz por haber desbaratado los caballeros de Jerez que sin ordenanza ni caudillo le salieron al encuentro: la pólvora que trae el señor Francisco Ubarte será bien venida cuanto antes llegue, balas y cuerdas, porque destas galeras he proveido la gente que aquí ha venido, que todos llegan desarmados.

El puente de Zuazo se hubo de romper para salir las galeras, pero no el inconveniente que con árboles se puede remediar. El señor don Luis de Guzman llegó á Chiclana con la gente de esa ciudad, y el duque se halló allí: le dió á cargo la caballería y guardia de la puente; los navios que hubiere de flota de Indias en Bonanza y en este rio, será muy acertado subirlos muy arriba porque la primera ó segunda estacion que el enemigo piensa hacer, será entrar en Bonanza; así se tiene entendido; diez y seis galeras están siempre en el puente de Zuazo, y tres á cargo del marqués de Santa Cruz andan recogiendo la gente que se puede escapar de Cádiz. Una escuadra de navíos del enemigo ha salido esta mañana á correr toda la isla; hoy ha llegado aquí el capitan de la artillería de esa ciudad, que se dice Molina que me ha contentado la traza que toma en repararnos; me ha sido en grande alivio que me he hallado muy solo todo este tiempo, aunque hago lo que puedo, y me nació la barba en las guerras de Flandes, y me ayuda la inclinacion no poder dejar de faltar en algo, lastimado me tienen los de Cádiz, y en tanta razon que no se puede encubrir que solo

un *fraile Francisco* con una lanza en la mano valiese para limpiar toda una calle con muerte de nueve ingleses: cien frailes como este salvaran la ciudad un año entero.

Suplico á V. S. me valga esta correspondencia de disculpa para con su Magestad, y le dén razon de mis cartas, y se las envien originales porque tengo mucho á que acudir personalmente, y me hace este lugar merced de tomar con aficion lo que les digo y lo que les ayudo y les advierto, y sin defensa y frontera del enemigo, lo de arriba es hasta hoy á mediodia, y añado à esta carta lo que de nuevo veo y entiendo que sufra escribirse.

Despues don Juan Portocarrero salió de la otra parte de Zuazo, y viene á la vuelta de la bahia, y el puente queda siempre por su Magestad. Cádiz se concertó con el enemigo en ciento y veinte mil ducados en dinero, por las vidas, de mas del saco de toda la ciudad, y van echando de fuera las mugeres; quedan en rehenes de la dicha cantidad el señor presidente y Pedro del Castillo. No escribo á su Magestad remitiéndome á esta.

Dios guarde á V. S., del Puerto de Santa María, á las 2 de la tarde del 3 de Julio de 1596.

Gaspar de Anastro.

IV.

PUNTOS BREVES DE LO DE CÁDIZ Y SUS TRAZAS, DESIGNIOS Y OPINIONES DE SU FORTIFICACION.

LUIS BRAVO DE LAGUNA.

Considéralo en dos maneras: la una si se debe desmantelar, la otra si fortificar; y en un papel que hay suyo, despues de disputada, se resuelve en que se desmantele, y se passe el trato al Puerto de Santa María, tomándole S. M. para sí y dando recompensa á su dueño, y que queden algunas torres en la Isla, y prométese mas provecho desta traza que de otras; y no dice mas en su papel.

Pero en una traza de Crístóbal de Rojas en que pone diversas opiniones, señala por de Luís Bravo la que se verá en la misma traza y creo que se engaña y debe ser de Juan Bautista Calvi.

LA OPINION DE LA MISMA CIUDAD.

Cíñese por junto á las casas por la parte que mira á la Caleta de Santa Catalina dejando mucho campo fuera.

LA APUNTADA POR DE LUIS BRAVO QUE SE CREE SER DE CALVI.

Estiéndese por aquella parte algo mas á fuera buen rato; mas no alcanza el pozo de la Jara. El mismo, queriendo guardar la bahía, dejó hechos por el lado della el baluarte S. Felipe y el de Santa Cruz y el de Santiago, y con este de Santiago que cae á la parte de la bahía y otro que le corresponde á

la otra parte del mar abierto, pensó hacer frente y cerrar la ciudad por la banda de tierra.

EL FRATIN.

Segun se colige de una traza que se halla suya sin relacion y lo que otros refieren y señaladamente Tiburcio, en su parecer, hizo diferente fortificacion desta forma.

A la parte de tierra, por ganar algun tanto de eminencia que habia, sacó dos baluartes mas afuera que los dos del Calvi, con que él había pensado hacer frente, y llamó al del lado de la bahia Benavides y al de la otra parte S. Roque, y á la parte de la Caleta de la bahía salió tambien en su traza mas afuera que el Calvi, de manera que metia en el foso el pozo de la Jara y se acercaba á poder defender desde dos baluartes la Caleta de Santa Catalina, ó ofender los enemigos que la emprendiessen, y la parte de la bahía pensaba cerrar como está en su traza no costosamente. La del mar bravo á nadie ha dado cuidado por ser aquella parte inaccessible.

TIBURCIO SPANOGNI.

En su traza y parecer dessea acomodar y aprovechar lo que halla hecho de Fratin y de Calvi, y en lo no hecho ahorrar costa y compassalo desta manera.

A la parte de tierra admite los dos baluartes del Fratin, Benavides y S. Roque, y muestra que si se quiere fabricar un buen castillo de cuatro baluartes, los dos dichos por la parte de fuera y los dos del Calvi por la de dentro, quedara, con solo tirarles cortinas, muy fuerte y en muy buen sitio para todos.

En lo de mas por la parte de la bahía trazó lo que muestra su traza, hasta el baluarte de S. Felipe, y desde este baluarte á Santa Catalina por la Caleta quiso una muralleja fácil por tener toda la desembarcacion por aquella parte excluida, y sobre la Caleta reforzó algo la fortificacion, dejando todo lo demás de entre esta defensa y el lugar abierto; y esta fábrica se empezó á poner por obra al lado de la bahía.

Apunta Tiburcio en su papel, del inconveniente y ofensa que como estaban podian ser los baluartes S. Felipe y S. Roque á la muralla vieja de la ciudad, y lo que convenia remediar esto de una de las formas que da, so pena de dar la entrada abierta al enemigo, si viniese, y deja en ello á la letra lo que agora ha sucedido.

CRISTOBAL DE ROJAS.

Hace una muy buena traza en que junta y distingue por colores todas las opiniones diversas y da dos papeles sobre ello cuya suma es:

Aprueba la opinion del Fratin, la cual funda con diversas razones por la parte de la Caleta, por ser media entre los dos estremos, el de la ciudad de estrecho y el de Tiburcio de extendido, y por la de la bahía por meterse mas con toda la fortificacion en la mar, y desarrimarse de las casas en que halla á su opinion muchos provechos de echar por unos puntos negros que allí pone.

UNA CONSULTA DEL CONSEJO DE GUERRA POR ENERO DE 88.

Sobre una carta del Adelantado y un memorial de Cádiz esforzando que se haga la torre del Puntal y dando trazas de sacar dinero para la fortificacion de todo, y de esta no hay que hacer caso.

OTRA CONSULTA DE 24 DE ENERO DE 1591.

Esta consulta es la sustancia sobre vistas todas las trazas referidas y oidos los autores de ellas vivos, y considerado la de todos.

Está respondida por S. M. y tomada resolucion á último del mismo Enero, lo uno y lo otro se ha de ver á la letra.

LO QUE AGORA HA VENIDO DE NUEVO, DESPUES DE RECONOCIDA CADIZ.

Quiere el castillo donde la puerta del Muro y ocho fuertes. El de la Cruz, de las Casas, Puntal, Matagorda, Santa Catalina, Corral de pescadores en la Puente.
El otro lo mismo.

Una carta de D. Pedro Velasco con aviso de todo lo que le parece se debe hacer, así para la fortificacion de la ciudad como de todo el Puerto, y con ella envia dos trazas.

Concuerda Rojas de mas, pero dálo por costoso y largo: asoma castillo cuatro partes, y remite á decirlo dándosele licencia para venir.

Otra carta del Ingeniero Cristóbal de Rojas.

Ciega la Caleta, hace un torreon en medio á la parte de tierra, el Puntal, y pide cuatro fuertes á las puertas.

Otra de D. Luis de Zúñiga.

Trata primero de dos fuertes al pié, un torreon á la banda de Santiago, y las Vacas, y la demás lengua no quiere nada á la mar.
La de tierra sus dos baluartes sin castillo; por la bahía la que tiene enmendado el Calvi: un castillo á la Caleta que la defienda y reciba socorro, ó á la punta de los Diablos; quiere tambien á las puercas á la entrada.

Y otra de R. de Orozco.

Cada uno dice lo que siente, y en parte bien diferentemente unos de otros. Conviene leerse á la letra y verse las trazas.

EL CONSEJO VISTO TODO.

E en lo principal de aquel sitio y del castillo y lo demás está el parecer que siempre.

E agora luego se empieze por lo mas necesario, y lo que se tiene por tal es, los dos fuertes en el Puntal y la Matagorda.

Cerrar luego de tierra, y fagina la ciudad, como mejor se pueda los dos fuertes, para tener segura la puente y que en todas estas cosas se ponga suma diligencia, y que á lo principal tomada por S. M. la resolucion, se aplique dinero, y suplica con que se acabe brevemente por los daños de lo contrario.

Lo del arbitrio pensado para ayudar á ello de mas de los de hasta aquí.

Real Academia de la Historia.—Coleccion de Muñoz: Indias.—Años 1492,1516.—tomo 75.—A 102. Fól. 121.

V.

CAMPOAMENO.—ESTADO MARITIMO DE SANLUCAR. FÓLIO 82.

Cádiz en el tiempo de los descubrimientos (de América) no era otra cosa que un presidio cerrado, incorporado á la Corona por los Reyes Católicos el año 1484 que le dieron á D. Rodrigo Ponce de Leon, último conde de aquella ciudad en recompensa el estado de Cazares y el título de duque de Arcos, manteniendo la Isla de Leon hasta el año de 1729 que la agregó á su dominio el Sr. Felipe V; pero con tan poca fortuna en aquellos tiempos, que el año de 1588 Francisco Drake entró en la bahía y quemó cuantos navios halló en ella, que fueron 28 entre grandes y pequeños. A fines de Junio de 1596 la tomó y devastó el famoso milord Roberto Devreux, conde de Essex, con las flotas combinadas de Inglaterra y Holanda, llevándose á Inglaterra por rehenes del rescate de la plaza al Presidente de la Contratacion, que se hallaba en el apresto de una flota para Nueva España, y otras muchas personas las mas notables del pueblo en ambos estados. Por el rescate de esta flota se habian ofrecido por los oficiales del Rey dos millones de ducados, los Ingleses pedian cuatro y mientras se pasaba el tiempo en estos tratos, el duque D. Alonso de Medina-Sidona, Capitan General de la provincia y costas de Andalucía, antes que se hubiesen concluido, la mandó pegar fuego el 3 de Julio, de suerte que los comerciantes que volvian con la última respuesta, vieron, antes de llegar á Puerto-Real, convertidos en llamas los navíos. No hay duda que fué esta una dura y rigorosa determinacion que ofuscó para con los arruinados la alta reputacion del duque; pero S. E. cumplió en esta ocasion con las obligaciones de general, que debe posponer

el beneficio de algunos particulares al crédito comun de la Nacion. Lo cierto es que el Sr. Felipe II aprobó lo ejecutado en carta (original que hemos visto en el archivo de la casa) escrita al duque en fecha de 21 del mismo mes, no obstante de haber perdido S. M. en ella todo el azogue, la artillería, municiones de guerra y lo que debieron producirle sus alcabalas y demás derechos, bien que la mayor pérdida recayó sobre los comerciantes, que perdieron, á mas de 36 navíos, uno de los mas ricos cargamentos que jamás se embarcaron para las Indias, apreciado en mas de doce millones de ducados, principal de España: fuera de estos se perdieron cuatro galeones del número de los doce Apóstoles, de cincuenta piezas de cañon cada uno y 700 hombres de tripulacion, dos galeazas, cinco navíos grandes de Vizcaya, cuatro levantiscos, tres italianos cargados de artillería y municiones para la armada que se estaba aprestando en Lisboa para ir al socorro de Calez y guardar las costas de Flandes; tres grandes fragatas recien venidas de Puerto-Rico con dinero y frutos americanos, que por todas hacian 57 embarcaciones españolas de varios buques, y 20 galeras, de que solo escaparon las que se acogieron á nuestro puerto de Bonanza, huyendo del contra-almirante Rauleigb que las siguió hasta la entrada de la barra, sin atreverse á pasar adelante. Es imponderable el daño que hicieron los Ingleses y Holandeses en los cincuenta dias que permanecieron en Cádiz. El Rey solamente perdió mas de mil y doscientos cañones en plaza y navíos, fuera de las municiones y armas que se llevaron para armar mas de seis mil hombres: finalmente, el dia 16 de Agosto se dieroná la vela llevándose cuarenta rehenes, dos galeones y un espolio valuado en mas de ocho millones, despues de haber puesto fuego por despedida á los templos y casas principales de la ciudad: y en su tornaviage ejecutaron lo mismo con Faro y otros lugares del Algarve, y en Galicia con la Coruña y Ferrol, con lo que sin intentar otra empresa se hubieron de volver á Inglaterra, cuya Reina Isabela, segun refieren los Autores de aquella Nacion, aun no quedó satisfecha de lo hecho en nuestro daño, por loque pudieron haberlo adelantado con la ruina de Lisboa y otras plazas.

VI.

NOTICIA CURIOSA QUE SE HALLA EN EL ARCHIVO DE LA SANTA IGLESIA DE SEVILLA EN EL LEGAJO QUE SE INTITULA miscelánea de manuscritos antiguos, DE LA TOMA Y SACO DE LA CIUDAD DE CÁDIZ POR LOS INGLESES EN EL AÑO DE 1596; SEGUN LA LETRA Y LO CONTENIDO EN LA RELACION PARECE ESCRITA EN AQUEL TIEMPO, Y CON SER LA TINTA MUY BLANCA Y ESTAR EL PAPEL EN QUE SE HALLA BASTANTE DETERIORADO Y MANCHADO, Y Á COSTA DE MUCHO TRABAJO VÁ COPIADA CON LA POSIBLE EXACTITUD. DICE PUES, ASÍ:

Relacion de la ruina y pérdida de Cádiz.

Domingo á 30 del mes de Junio dia de la conmemoracion de San Pablo, amaneció el inglés á vista de Cádiz en forma de media luna con ciento y cuarenta velas: 24 navíos gruesos: 30 poco mas ó menos medianos; y los demás pepequeños. De estos los doce mayores eran capitanas y almirantas: quatro de ellos traian cruces roxas y blancas: ocupaban el espacio de dos leguas y mas quando aparecieron: luego se fueron recogiendo para hacer cuerpo con los de la vanguardia, la cual vino y amainó las velas á dos leguas poco mas ó menos de la ciudad alterándose los ánimos della increiblemente porque para la sazon para defender tenian y esperaban socorro bastante: para la pérdida de la flota no se hallaba reparo alguno. Pasó el domingo hasta las seis de la tarde: en este tiempo llegó socorro de Chiclana, Xerez de la Frontera y otras aldeas, con vandas así de gente de á pié como de á cavallo: los de á pié serian hasta mil hombres, y los de á cavallo hasta seiscientos. Con esto se alentó la gente mucho, hicieron sus alardes á la vista del enemigo por la marina, saliendo á ellos Clérigos y Religiosos, los que se hallaron que no eran pocos por ser tiempo de fiesta, que solo de San Francisco salieron ciento. Una hora antes que el sol

traspusiese comenzó á disparar algunas balas un baluarte vecino á San Francisco que se llama San Felipe: á este acompañaron catorce galeras que salieron del puerto en breve tiempo para probar los intentos del enemigo: este sin hacer mudanza de lugar, desde quatro ó cinco de sus Naves comenzó á responder disparando á el baluarte, galeras y Naves de flota, que en el puerto estaban, en cuya delantera estaban los galeones nuestros arrimados, cuyos nombres eran San Felipe, San Mateo, San Andrés; los quales estaban de partida para Lisboa, que como había nueva que el inglés andaba poderoso por la Mar, se temia quel asalto habia de ser á aquella ciudad. Tambien estaban aprestadas otras dos Naves, la una ginovesa que llevaba seiscientos hombres á santa Marta con otra levantisca, las quales acompañaban á nuestros galeones: fué Dios servido que con los balazos dichos nadie recivió daño. Anocheció Dios, y mientras el Inglés reposaba acordaron los nuestros de trasponer la flota aquella noche una cala dentro llamada el Puntal: tiene de ancho una legua y tres de largo; y en lo último della pusieron las Naves de flota por ser baxeles que no pueden defenderse ni ofender á causa de no llevar artillería ni municiones de guerra; y porque para este efecto los quatro galeones y Naves dichas tenian lo necesario, quedaron á la entrada de dicha cala para hacer rostro al enemigo. Amaneció Dios al dia siguiente primero de Julio, y vimos que el Inglés estaba algun tanto mas vecino al puerto (ó bahía que así se llama al puerto de Cádiz) alargó la vista y como vido de cierto lo que en particular iba á buscar que era la flota, comenzó á aprestarse para ir en seguimiento suyo: lo mismo hacía á este tiempo el escuadron de las catorce galeras esperando á la entrada en forma de ala. Luego que serian las siete de la mañana poco mas ó menos, alzando vela del trinquete, ayudada de un vendabal fresco, comenzó á caminar hácia el puerto la capitana del Inglés: el baluarte de San Felipe y las galeras con esta otro baluarte y el muelle, y otro baluarte fabricado para ocasion, se aunaron á disparalle los balazos que pudieron, y no sirvió todo esto para que ella se detuviese ni disparase pieza alguna; estaria una milla de sus navíos quando en la

propia forma, alzando los trinquetes, fueron siguiendo de seis en seis por hilera; estas suplieron las faltas de su capitana, pues fué tanta la multitud de balas que á los baluartes, galeras y ciudad arrojaban, que parecia hundirse el cielo y la tierra; mas no por eso los de nuestra parte mostraban temor; antes con el estruendo se animaban infantes y caballos á quien los religiosos á gran priesa una banda y otra animaban, alentaban y confesaban la gente. Viendo las galeras que la diligencia suya en disparar con los demás baluartes no habia impedido á la capitana del Inglés su jornada, caminaron en seguimiento suyo, no sin algun peligro por ser infinitos los balazos que las demás naves por impedir esto arrojaban; y así en este trance comenzó la capitana del enemigo á disparar piezas como llovidas quando llegó á el trecho quel escuadron de nuestros galeones pudiese detenerla y enfrenar su arrogancia y soberbia. Por entonces y como á este tiempo el baluarte San Felipe ya no podia ofender, las naves del Inglés, para poderlo hacer pusieron á una parte del Puntal dos piezas, las quales con un cavallero que está á la puerta del muro, y otras dos piezas que tambien pusieron en la otra parte del Puntal con una garita, comenzaron á disparar á las naves enemigas y vecinas: la distancia era muy proporcionada para el fuego de la artillería. Estando San Felipe en el segundo lugar de los quatro galeones que era el de en medio, porque las dos naves dichas estaban desviadas al lado derecho, disparó con tan buen órden y abundancia de tiros que solo casi entretuvo la guerra espacio de dos horas y media; en este tiempo por descuido de los propios ingleses dió fondo una capitana suya encendiéndose unos barriles de pólvora que volaron la cubierta y algunos hombres con ella; y esto alegró tanto á los nuestros que creyendo que por parte nuestra se habia causado, y que el cielo nos daba en ello principios de victoria, andaban gritándola por la ciudad chicos y grandes, y las desanimadas y afligidas mujeres, que en las iglesias estaban retiradas, ponian las voces en el cielo con alegrias, y apenas pudimos celebrar esta, quando se convirtió en gran tristeza y lloro: fué el motivo de gran tristeza, que como San Felipe despues de haber pe-



leado y detenido el enemigo por el costado derecho, quisiese revolverse y remolcarse del izquierdo, para hacer otro tanto se halló encallado, no quedando bien los pilotos de este galeon; y como el enemigo sintió la flaqueza suya, se esforzó y esperó de nuevo en breve alcanzar su victoria deseada, pues al punto sin pasar adelante la capitana y almiranta de su primera esquadra, mandó salir de entre las Naos cierta clase dellas que llaman filibotes, las cuales son chatas por debaxo, navegan en cuatro palmos de agua, y llevan para estas ocasiones muy bien peltrechadas. Estas comenzaron á seguir la derrota por coger á San Felipe, el qual, viéndose imposibilitado su capitan, y que el enemigo venia apriesa, con acuerdo del capitan de la infantería que iba en él, dando lugar primero que la gente saltase á tierra, le dió fuego: algunos se perdieron en el agua de los nuestros, unos por no saber nadar, otros por encuentros que en tales trances suele causar la confusion; esta desgracia desanimó mucho á los nuestros, y aumentóse por ver que San Mateo, que al lado izquierdo de San Felipe estaba, tambien se ardia: por el propio órden no pudo hacer esto San Andrés que era el primero, pues apenas hubo lugar de que su gente se salvase con el peligro dicho, quando la del gozoso inglés le prendió por suyo; para esto fué menester pocos filibotes, y asi de diez ó doce que á velas tendidas salieron á la empresa de San Felipe, caminaron tras la nave levantesca, que aun no se habia retirado, supuesto que lo habia hecho su compañera la que llevaba la gente de Santa Marta. Luego el inglés mandó arrojar gente en tierra con veinte y cinco ó treinta lanchas ó barcones que los navios suelen traer á jorro en las popas; el número de la gente seria ochocientos á mil hombres: eran cinco las banderas con sus capitanes y Maese de Campo, á quien llaman el conde del Este di Zenguel, de lo mas noble de aquellas partes; los soldados eran de mosquete, pica, y arcabuz, bien armados y resueltos para el caso: salieron de los nuestros á este encuentro ochocientos hombres, quinientos de á pié y trescientos de á caballo, buena gente y dispuesta al peligro, si la falta de quien los gobernase y tomase la delantera no nos hubiera hecho tan gran falta; retiráronse una vez los nues-

tros, incitados segunda, con intento de meterse en la ciudad; hallaron la puerta que llaman del muro cerrada, y como iban desanimados, quedáronlo de nuevo viendo cerrada la puerta; pidiéronlo y respondieron de la parte de adentro que no querian abrirles y que peleasen: no pudieron cobrar el esfuerzo perdido para detener á el inglés que ya con los tiros llegaba casi á el muro de nuestra ciudad, y asi caminaban todos confusos y turbados, unos dejando los caballos y algunos las armas, y otros echándose por la tierra por encubrirse: los artilleros del baluarte de esta puerta lo dexaron luego sin disparar pieza: á el contrario se fueron huyendo: no faltó quien abrió la puerta para que se metiesen algunos de los nuestros mas vecinos; y como el inglés la vido añidió diligencia para cogerla; y no fué menester mucha pues los que la guardaban la dexaron libre y se metieron la ciudad adentro con los demás que dixe que pedian la entrada; algunos se señalaron aquí, aunque fueron tan pocos que no se sabe que llegaran á quatro: ni aun á este número llegó el de los muertos por nuestra parte, porque dexaron el peligro para escaparse por la ciudad y marina como lo hicieron. Fué el inglés ganando la ciudad al paso que vino marchando sin que le hiciese mucha resistencia; que los soldados particulares que pelearon valerosamente en la plaza fueron pocos y en diversas partes de ella. Serian las quatro de la tarde, ó las cinco quando el inglés comenzó á llevar esta vitoria, y en espacio de una hora fué señor de toda la ciudad, armas y gente, esceptuando el baluarte San Felipe y el castillo, que dilataron en rendirse hasta el martes siguiente á las diez ú once de medio dia: como vió el contrario que ya el lunes no tenia en la ciudad algo que pudiese serlo, á la hora dicha convidó á los nuestros á rescate, y como era lo que deseaban, el convite luego se aceptó: en la primera instancia pidió doscientos mil ducados; llegó á el fin que por peticion de los nuestros vino á parar en que se le diesen ciento y veinte mil, añadiendo á esto el rescate particular de algunas personas señaladas y el saco universal de toda la ciudad y gente nuestra. El conde de Leste con algunos caballeros se alojó en S. Francisco donde á la sazon habia mas de mil y quinientas personas entre hombres

y mugeres y niños, los quales padecieron aquella noche no menos hambre que temores de muerte, porque aunque el inglés puso pena de muerte á quien ofendiese hombre ó muger de nuestra parte, temieron no hubiese alguna traicion fabricada. En ella desembarcó mucha gente de nuevo, con la cabeza ó generalísimo, á quien llamaban Emperador por razon del oficio y no porque su estado lo sea: este con un hijo de D. Antonio de Portugal llamado D. Cristoval y otros muchos caballeros se aposentaron en una casa llamada de Pedro del Castillo: dióse licencia para el saco aquella noche, esceptuando algunos puestos particulares que se reservaron para la presa de la gente noble; en los quales dicen habia muchas riquezas; de estas la gente principal llevó oro, plata, joyas y cosas preciosas de lienzo, tapices y colgaduras de sedas; la gente menor principal cogió vestidos costosos, dineros, y toda cosa de lienzo: la chusma y canalla que era mucha, dió en lo restante. Habia en la dicha ciudad mucha provision de aves así de Indias como nuestras, mucho tocino y abundancia de buenos vinos: pan habia poco y de todo esto se aprovecharon todos comunmente: no quedó muger ofendida ninguna haciéndole violencia, aunque en particular hay quien dice que hubo algunos ingleses descompuestos, de estos ya queda dicho; los que entraron en la ciudad aquella noche desembarcaron con el Emperador, serian hasta siete ó ocho mil, habia entre estos muchos muchachos grumetes y marineros que á mas de la gente de pelea habia venido á llevar los despojos del saco á las Naves. Comenzaron á dar libertad á los nuestros el martes á las quatro y media de la tarde á dos de Julio, salieron los primeros algunos religiosos de San Francisco y san Agustin con otra multitud de hombres; luego tras estos abrieron puerta á quantas mugeres pudieron salir aquella tarde: fueron delante algunos soldados ingleses á decir á los que andaban por la costa de las Naves, que no ofendiesen ni impidiesen el paso á ningun hombre ni muger de los nuestros; en los otros dos dias que fueron miércoles y jueves, fué saliendo casi toda la gente mal vestida, descalza, sin dinero y sin sustento: era la fortuna igual á todos, pues hasta las religiosas de dos conventos iban por los caminos á



pié y sin que les favoreciesen, que entre tanta desventura el marido no sabia de la muger, y si sabia, trataba solo su remedio: dexaban hermanos á hermanas y madres á hijos: con esta lástima caminaron unos á el Puerto de Santa María, otros á el Puerto Real, Chiclana, Arcos y Xerez de la Frontera otros. En la ciudad quedaron algunas personas particulares, porque el inglés pedia rescate particular por ellos: eran el presidente de la contratacion de Sevilla, el proveedor general D. Pedro de Herrera, el corregidor de la ciudad, Pedro del Castillo, oficial importante de la flota; el guardian de san Francisco con otros quatro ó cinco religiosos y otros: algunos ingleses en lo dicho á esta hora descubrió la enemiga que con nosotros tenian, y la que ellos comunmente tienen con las imágenes aunque representen las personas de la santísima Trinidad: se conoció en que las destruyeron todas, alanceando cristos, cortándoles brazos y piernas, y esto hicieron con los demás cultos de Santos; los que habia de pincel borraban y hacian pedazos, no obstante que su Emperador generalísimo es caballero del hábito de San Juan y lleva la cruz de esmalte dentro del pecho colgada de oro: su designio de este, despues de la victoria de la ciudad, era si pudiera alcanzar los Navios de la flota que iban á Indias: iba á pedir rescate uno ó dos millones, pero salióle mal la cuenta, pues habiéndola hecho los nuestros de que no la podian escapar, los dieron á el fuego y á el agua todas sus mercancías, escapando la gente, y este incendio comenzó el martes despues de anochecido: como el inglés quedaba muy ufano haciendo regocijos y fiestas por la desdichada ciudad, despues dicen que ha celebrado su victoria con juegos y carreras de caballos, probando en ellas algunos de cuatrocientos ó mas que quitó á los nuestros. Campanas, hierro y todo género de metal, con rexas y puertas ha embarcado, y ahora últimamente ha dado fuego á San Francisco: créolo por ser fuerte y ser vecino á la marina: amenaza á el Puerto, Sanlúcar y Xerez de la Frontera; mas yo creo que por temor de no perder de lo ganado se volverá con ello á su tierra. El cielo lo ordene y guarde lo demás de nuestra España.



VII.

COPIA DE UNA CARTA DEL REY FELIPE II AL DUQUE DE MEDINA SIDONIA SOBRE EL SACO DE CÁDIZ.—EL ORIGINAL DE ELLA PARA EN EL ARCHIVO DEL MISMO DUQUE.

EL REY.—Duque de Medina Sidonia, primo, mi capitan general del mar Océano y de la costa del Andalucía.—Por vuestras cartas de los 10, 11, 17, 19, 21 y 26 del presente, se ha entendido el progreso que la armada enemiga ha hecho, y el cuidado con que vos procurastes ir recogiendo y conservando la gente que iba acudiendo de diversas partes, la dificultad que en ello ha habido, y lo que para esto ha importado la asistencia de D. Francisco Duarte, y como, ido el enemigo de Cádiz, ordenastes que entrase en aquella ciudad D. Antonio Osorio con 600 infantes, y que despues fuistes vos á ella con las personas pláticas que se hallaban cerca de la vuestra, y hallastes doscientas noventa casas quemadas con la Iglesia Mayor y la Compañía de Jesus, el monasterio de monjas de Santa María, el hospital de la Misericordia y la Candelaria, y que habian quemado 685 casas sin recibir daño, y dellas estaban 328 pobladas, y lo que pareció acerca de de la fortificacion, los lugares á quienes escribistes para que acudiesen con gastadores y lo que se acordó en el primer cabildo que hubo en la dicha ciudad y la gente que ordenastes se embarcase en las galeras, y agradezcoos el celo con que habeis procedido; y así en la fortificacion como en lo demas mandaré mirar lo que convenga, y que se dé al mayordomo de la artillería de Málaga suplemento de los 20 quintales de pólvora que dió por vuestra órden para meter en Cádiz. De Toledo á 31 de Julio de 1596 años.—YO EL REY.—Por mandado del rey N. Sr.—ANDRÉS DE PRADA.

VIII.

COPIA DE LA CARTA DEL MISMO REY AL CABILDO CATEDRAL DE SEVILLA, QUE EXISTE ORIGINAL EN SU ARCHIVO EN EL LEGAJO 128 NÚM. 1.º

El Rey.—Venerable Dean y Cabildo de la Sancta Iglia de Sevilla. El Dean y Cabildo de la de Cádiz me han hecho relacion que haviendose apoderado el enemigo Ingles de aquella ciudad, robó y saqueó todos los hornamentos y plata del servicio de la Iglia Cathedral della y la quemó y asoló, y que han quedado sin Iglia y hornamentos para el servicio della, y ellos y la fábrica sin caudal para poderlos hacer por el incendio de las casas que quemó el enemigo, sobre que la dicha fábrica tenia tributos y por haver robado á los dichos Dean y Cabildo todo quanto tenian en sus casas, y dexádolos con gran necessidad, suplicándome os scriviese que de los hornamentos que havrá sobrados en essa sancta Iglia ayudasedes á la dicha de Cádiz (por su gran necesidad) para que se pueda servir, por no haver hallado medio mas eficaz para el remedio de tanto daño, y porque esto es cosa tan pia y del seruicio de nuestro Señor y de su cultu diuino, os encargo mucho que de los hornamentos que ay en essa Sancta Iglia de que no tenga tanta necesidad, tengays por bien ayudar y socorrer con los que buenamente pudieredes á los dichos Dean y Cabildo de Cádiz, para que puedan con la decencia que conuiene y es razon, celebrar los oficios diuinos; que en ello me seruireis. De Madrid á veinte y nueve de Enero de 1597.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey N. Sr.—Francisco Gonzalez Heredia.

IX.

EN 10 DE JULIO DE 1598 PRESIDIENDO EL SR. NEGRON,

SE ACORDÓ POR EL CABILDO ECLESIÁSTICO DE SEVILLA LO SIGUIENTE.

En este dicho dia siendo llamados para ello mandaron que los 190,000 maravedis de los depósitos antiguos que estaban aplicados para la Fábrica de Cádiz por no haber tenido efecto, se den para el resgate de los Prebendados de Cádiz, quedando obligado el Cabildo, que si de alguna partida pareciere dueño lo pagará de su Mesa capitular, y que de la Mesa capitular se den mill ducados y quinientos de la Fábrica de la dicha Santa Iglesia para el dicho resgate de los dichos Prebendados de Cádiz que están cautivos en Inglaterra, y no por otra cosa, y el pago de esto se remite á la contaduria para que los contadores lo paguen como les está ordenado y no de otra suerte.

X.

EN EL ACTA CAPITULAR DE 18 DE NOVIEMBRE DE 1695 CONSTA EL SIGUIENTE ESTADO DE LA BAHIA, DESPUES DEL SAQUEO.

«Martin de Irigoyen, regidor, dijo que en cumplimiento de la comision que se le dió al Sr. Nuño de Villavicencio y su merced, enviaron los pilotos de la bahía de esta ciudad para que visiten y vean qué naos y navios hay perdidos en la bahía, Puntal y Rios de la Puente y estero de la Carraca, los cuales habiéndolo visto, dijeron que en las partes dichas están las naos siguientes que se perdieron y quemaron con las entradas de las armadas inglesas, la que trajo Francisco Draque el año de ochenta y siete, y con la armada que trajo el conde de Essex el año de noventa y seis.

Primeramente el galeon San Felipe que es de S. M. en el Trocadero.

Item: otra nao en el dicho Trocadero hundida.

Item: una nao á la entrada del Rio de la Puente de Suazo.

Item: cinco naos perdidas á la entrada del estero de la Carraca, las tres de la banda de Levante y las dos de la banda de Poniente.

Item: cuatro naos perdidas que están mas adentro del dicho estero de la Carraca, las dos están juntas, y las dos cada una de por sí.

Item: tres fragatas perdidas en el rio de la Puente de la banda de Levante.

Una nao ginovesa perdida á la banda de Puerto Real.

Otra nao perdida encima del canton fuera del canal.

Item: una nao escocesa en los bajos del Puntal fuera del canal.

Muchas de estas naos no se parecen, sino que los remolinos del aguage las señalan.

En el rio de la Puente está un bajo de enlamaduras que podrian ir sacando y limpiándole para estar con la hondura suficiente para pasar las naos á la Puente de Suazo á dar carena; y respecto de estar ocupado este paso, dejan de ir las naos grandes á ella; y sería muy del servicio de S. M. quitar este inconveniente para el apresto de sus reales armadas y aumento de las naos de las flotas de Indias.

Y así que las mas naos perdidas con el tiempo se han deshecho, aunque los planes de ellas y el lastre están donde se perdieron; y de estas hay en la bahía de esta ciudad algunas.»

XI.

CARTA LASTIMERA DE LOS CAUTIVOS EN INGLATERRA Y ACUERDOS DEL AYUNTAMIENTO PARA CONTRIBUIR Á SU RESCATE, CRUELMENTE EXIGIDO POR LA CODICIA DEL CONDE DE ESSEX.

En el acta capitular del dia 3 de Abril de 1598, se lee lo que sigue:

«En este Cabildo D. Diego de Villavicencio, Regidor é Depositario general de esta ciudad, exhibió dos cartas de Inglaterra de los rehenes cautivos, que en aquel reino están presos en poder de enemigos de nuestra Santa Fé Católica. La ciudad mandó que se leyesen y se leyeron, que la una dellas es del tenor siguiente:

«La esperanza, que teníamos de qué este nuestro negocio se mediara de suerte que se acabaran tantos trabajos, nos ha sustentado en medio dellos hasta agora que ha llegado á extremo que si no es con el favor y ayuda de Vuesas Mercedes, tenemos por muy cierta la muerte en Ingalaterra; porque el señor conde de Essex, cansado de ver que no se cumplia lo que Vuesas Mercedes le prometieron, determinó apretarnos y lo mandó hacer con tanto rigor y aspereza que seria infinito el contarlo, metiéndonos en unos sótanos debajo de tierra tan húmedos y frios que las paredes manaban agua y el aire y hielo nos penetraba en los guesos por los meses de Diciembre y Enero en que en estas tierras es incomportable el frio, sin reparo ni abrigo, sino poca paja sobre el suelo que de húmedo y sucio criaba sapos y otras inmundicias y nuestros ferreruelos encima, dándonos á comer por tassa.................... no consintiendo que saliésemos á hacer las necesidades naturales, que causaba que á vueltas del mal olor, pensábamos muchas veces exhalar los espíritus. Y porque en estos trabajos nos hallaron constantes y muy de-

terminados de no prometer lo que no podíamos cumplir, mandaron que echásemos suertes con intento de matar afrentosa y violentamente á cinco de nosotros á quien cayesen, continuando despues con los demás, de manera que en breve nos acabasen á todos; y habiéndolas con violencia echado, cayeron á los racioneros Pedro Diaz Zarco y Juan Muñoz y Enrique Vaez de Vargas, el Licenciado Gil de la Sierpe, y Pedro Leonel, á los cuales sacaron para ahorcar, habiendo convocado para el triste espectáculo infinidad de gente de este pueblo y de los circunvencinos y preparado todos los instrumentos de la muerte, no faltando mas que ejecutarlas en presencia de todos. Y por evitar este daño y la infamia y deshonor que dello se seguiria á nuestra nacion y á Vuestras Mercedes, pedimos misericordia y nos pusimos á los piés del señor Conde, obligándonos de nuevo á que pasábamos por lo que mandase; y para ello fueron cinco caballeros á Lóndres, que habiendo hablado al señor Conde, suplicándole de rodillas y con lágrimas en los ojos que atento á haber quedado tan perdidos y rematados y no acudirnos las personas por quien venimos, se sirviese hacernos alguna merced y suelta, respondió con gran sequedad y determinacion que estaba muy sentido de que no se le cumpliese lo prometido y que nos desengañaba que le habíamos de pagar enteramente ó que se satisfaria de nuestras vidas porque ansí convenia á su honor y destos reinos; de manera que viendo que no podíamos alcanzar nada y que ya no iban las vidas de cinco sino las de todos, nos obligamos á pagar los ciento y veinte mil ducados, dando cada uno la parte que Pedro del Castillo les repartió y mas el doblo, y para ello se abrió el repartimiento que será con esta por el cual verán Vuesas Mercecedes cuan subidas son las partidas que nos tocan, que creciendo agora de sesenta mil á ciento y veinte mil, quedan tan altas que es imposible que nuestras fuerzas alcancen á pagarlas; porque como Vuesas Mercedes saben, han quedado muy flacas y casi rematadas, no obstante lo cual enviamos poderes y recaudos á nuestras casas para que se venda ó empeñe lo que nos ha quedado, afirmando á Vuestras Mercedes que no solamente ciento y veinte mil ducados sino un

millon diéramos, si le hubiera, para redimirnos del trabajo en que estamos y de la miserable muerte que sin duda nos espera, si no cumplimos lo prometido. Y porque es cierto que nuestras haciendas y las de nuestros déudos y amigos no pueden alcanzar á tanta summa, suplicamos á Vuestras Mercedes se duelan de nosotros y consideren que padecemos por todos é que venimos por evitar las muertes, daños y deshonras que Vuestras mercedes hubieran padescidos en sus personas y en las de sus mujeres, hermanas ó hijas, siendo causa con nuestro cautiverio de que tuviesen libertad y escusasen lo que por su rescate hubieran de pagar, que fuera mucho mas de lo que agora pedimos; lo cual esperamos que Vuestras Mercedes acudirán á tan gran necesidad y aprieto y de que dependen nuestras vidas y honras y las desa ciudad que siempre lo ha sido tanto; y para ello nos la harán Vuestras Mercedes de nombrar diputados que se encarguen de juntar el mas dinero que fuere posible y hagan con los obligados en Xerez y las demás partes que nos asistan y ayuden muy de veras, procurando que los cabildos eclesiásticos y seglares de Sevilla y Xerez y otras personas que á Vuestras Mercedes paresciere nos favorezcan, de manera que con lo que nosotros pudiéremos sacar de nuestras haciendas y amigos se junte la suma de los ciento y veinte mil ducados que es menester para la redencion de nuestra libertad y vidas, lo cual mandarán Vuestras mercedes remitir á Amberes á Joan de Buirevan Alest para que dando por cada uno de nosotros la parte que Pedro del Castillo le ha repartido, con mas el doblo, nos den aquí libertad y pasaporte bastante; y porque en esto hay las aflicciones en que quedamos, no somos mas largos confiados de que Vuestras Mercedes nos harán merced, á quien guarde Nuestro Señor y acreciente como puede. De Suara 7 de Febrero de mil y quinientos y noventa y ocho años.—D. Antonio Giron de Zúñiga.—D. Payo Patiño.—D. Diego de Mendoza, Chantre de Cádiz.—Martin de Usquiano.—Francisco Moreno.—El Licenciado Gil.—Alonso Nuñez de Herrera.—Antonio Enriquez.—Bartolomé de Amaya.—Nuño de Villavicencio.—Marcos Senturion.—Jácome de Soberanis.

—D. Juan Nuñez de Villavicencio.—D. Anfion Boquin de Varicio.—D. Matías Vidal y Codina.—Diego de Polanco.—Crístóbal Marrufo.—Cristóbal Chirinos.—Diego Hernandez de Baeza.—Enrique Vaez de Vargas.—D. Francisco Ponce de Leon.

Y habiendo la ciudad oido la dicha carta y lo en ella contenido, dijo que cuando los que la escriben no fueran naturales de esta ciudad y tan principales como son, con tantas obligaciones como cada uno de ellos en particular tiene de muger y hijos aflijidos y lastimados con el dolor que consideran padecen en tierra de enemigos, padeciendo lo que significan, fuera muy justo que todos los que tienen noticia de tan lastimosa carta, se vendiesen, si así se puede decir, para sacar de tan graves trabajos á gente tan aflijida de dos años de cautiverio y últimamente á haberse hallado á un espectáculo de muerte tan afrentosa como les querian dar, y asi acordaron que al punto se escriba á S. M. y á las personas que conviniere, se dé noticia del estado tan miserable en que están, enviando copia de carta, suplicándole que por cuanto la cantidad que pide el enemigo es grande é imposible la paga, aunque se vendan las haciendas de los cautivos y de sus deudos, y no remitiéndose con la brevedad citada en el último concierto, acabarán sus vidas en desventurada suerte, sujetas á un ageno querer y en reino estraño y enemigo de nuestra santa fé, se sirva de dar licencia para que esta ciudad eche por sisa en ella cantidad de cuarenta mil ducados, que es el mas suave medio que se puede dar para que ayude á lo demás que resultare de la venta de todos los bienes de los dichos rehenes, que se van vendiendo por sus mujeres é hijos, á los precios que hallan, conforme á la necesidad con que venden, no embargante que quedan pobres y sujetos á pedir limosna para sustentarse, y cumple mejor dar los asientos á este medio por ser la sisa contribucion general y piadosa para sacar de cautiverio á los que padecen; y asimismo se escriba lo propio á el Sr. D. Fernando de Añasco, (1) acuda á favorecer este negocio; pues lo comenzó ya Francis-

(1) Nuevo corregidor de la ciudad.

co de Morales, que lo solicite y dé sobre ello los memoriales que convengan; y que en el ínterin que esto se trata, esta ciudad en cada cabildo que celebrare, trate y confiera de otros cualesquier remedios y arbitrios que se ofrezcan para conseguir la redencion de los dichos cautivos, y los que parecieren y se acordaren se ejecuten con efecto: que asimismo se escriba á la ciudad de Sevilla para quien viene carta de los rehenes prisioneros, enviándole un tanto de las que á esta ciudad escribieron suplicándole que en lo que pudiere ayudar este negocio, esta ciudad recibirá mucha merced y limosna y quedará agradecida para siempre de este bien; y que estas cartas se entreguen al Sr. Hernan Sanchez de Albo, regidor de esta ciudad, para que en nombre de ella las dé á la dicha ciudad de Sevilla y de su parte signifique lo referido. Y porque en el vender y disponer de los bienes de los dichos prisioneros..... podria haber engaño por conocer los compradores la presente necesidad y ser mujeres las que de ellos disponen, de donde resultarian mayores pérdidas que ayudasen á imposibilitar su redencion, y para evitarlo diputan al Sr. Martin de Irigoyen, Sr. D. Bartolomé de Villavicencio, Francisco Fernandez de Angulo, D. Pedro Marrufo, D. Juan Sanchez Barragan, regidores, para que vean y se informen de las partes en lo que les pueden servir y ayudar, y si hubieren y estuvieren en vender bienes, sean de los precios mayores que pudieren, acudiendo á esto como á negocio de mucha importancia, de buen nombre de esta ciudad y de la obligacion que tiene á sus naturales que en cautiverio están; y sea todo con parecer del Licenciado Francisco de Acevedo, regidor de esta ciudad y su abogado, á los cuales se les dió plena comision..... Lo mismo se acordó se escriba á Madrid al Sr. Pedro del Castillo acuda á la solicitud y favor de la pretensa de Cádiz y sisa que se pide, é informe al Rey Ntro. Sr. sobre el caso, pues tambien está en él.»

Hasta aquí las actas capitulares. Los rehenes que se hallaron en tal aprieto por la feroz y ciega codicia del caballelleresco conde de Essex, regresaron rescatados á España por el mes de Julio de 1603. El corregidor D. Antonio Giron murió de melancolía, segun refieren autores coetáneos, viéndose pobre y sin remedio.

XII.

SOBRE LA FORTIFICACION DE CÁDIZ DESPUES DEL SAQUEO.

El 12 de Marzo de 1598 llegó á Cádiz el capitan Cristóbal de Rojas, autor de un tratado de fortificacion, el cual presentó á la ciudad la carta siguiente:

«El Rey-Concejo, Justicia é Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y hombres buenos de la ciudad de Cádiz. El capitan Cristóbal de Rojas, que esta os dará, va á entender en lo de la fortificacion de esa ciudad y su bahía, y porque para poder acudir á las cosas de su oficio y obligacion ha menester vivir cerca de la obra, seré servido que se le señale posada en parte tan cómodo que á todas horas pueda visitar y ver la fábrica y que sea capaz para él y sus ayudantes; que además de ser justo lo que se acostumbra, en la ocasion presente es mucho mas necesario y conveniente, pues desto ha de resultar vuestra propia defensa y seguridad. De Madrid á 17 de Febrero de 1598.—YO EL PRÍNCIPE. —Por mandado del Rey N. Sr., Su Alteza en su nombre.—ANDRÉS DE PRADA.»

En Cabildo de 24 de Julio del mismo año, el Regidor y capitan D. Pedro Marrufo, manifestó que se deberia escribir á S. M. para darle cuenta de que es mas necesario acabar de cercar la ciudad que concluir el fuerte que el capitan D. Cristóbal de Rojas habia comenzado en la Caleta; porque la poblacion, aunque el fuerte se termine, quedará tan sin defensa y abierta cual estaba antes. El Ayuntamiento acordó en razon de lo propuesto que se escribiese al Rey.

En 26 de Agosto inmediato reiteró la carta al Monarca exponiéndole los inconvenientes que se ofrecian de que se prosiguiese el fuerte que el capitan Rojas iba haciendo, dejando lo primero y que mas importaba á la ciudad que era cercarla, segun la traza que se le habia dado, siendo «un »negocio tan grave y que tanto importa al servicio de Dios »y de S. M., que el dicho fuerte pare y no siga adelante, »por haber entendido que no conviene, y demás que su »obra no va conforme á buena fábrica.»

El Gobernador y capitan á guerra de esta ciudad D. Fernando de Añasco, propuso en Setiembre del mismo año lo que seguida y fielmente se transcribe:

«Que siendo como era esta ciudad isla cercada de mar »por todas partes sujeta á cualesquier asalto de enemigos, »los cuales la podrian cercar de manera que impidiesen el »socorro que le podria entrar por tierra, porque apoderán»dose del puente de Suazo, que está sin defensa alguna ni »fuerza que impida el paso para que de la bahía entren »cualesquier navíos al rio del dicho puente, con facilidad lo »podrian hacer; demás de que el dicho socorro que le puede »venir en ocasion semejante es dudoso y muy distante y »muy de improviso entrar en esta bahía cualesquier armada, »cuan necesario habia de ser en la gente y hombres ponerse »en defensa, y que la mayor que puede tener es la cerca »para que mediante ella la poca gente que hoy tiene esta »ciudad pueda resistir al enemigo......... seguros de la cer»ca donde se puede plantar la artillería.» Terminaba proponiendo, que ínterin se cercase de muro, se defendiese por la parte de tierra con fagina y tablas.

Con efecto, por tierra hallábase muy indefensa la ciudad y con especialidad el puente de Suazo y el rio de Sancti Petri.

En la Isla de este nombre, donde en otro tiempo estuvo el famoso templo de Hércules, visitado por Hannibal y Julio César, y hoy existe un fuerte, nada entonces habia.

En cabildo de 9 de Junio de 1600, el regidor D. Pedro

Marrufo dijo «que pedia y suplicaba á esta ciudad, le hi»ciese merced y gracia de dar licencia para que pueda te»ner y criar en la isla de Santi Petri, término y jurisdiccion »de esta ciudad, alguna cantidad de conejos por ser aficio»nado á esta recreacion y entretenimiento de caza, pues es»ta no es de ningun inconveniente ni perjuicio para esta »ciudad.»

Con efecto, esta acordó otorgar la licencia «para que »pueda echar y criar los conejos que quisiere en la dicha is»la de Santi Petri sin que ninguna persona pueda matarlos »ni estorbar la dicha cria, sin órden de D. Pedro Marrufo »ó de la persona que quisiere.»

En las actas capitulares de 11 de Mayo de 1601, se lee:

«En este cabildo el capitan Cristóbal de Rojas, ingeniero de S. M., pidió se nombren caballeros para ver y trazar un sitio cómodo fuera de la puerta del muro donde no impida á la fortificacion para edificar una ermita, y que la advocacion de ella sea del Sr. San Joseph. La ciudad nombró para ello á dicho Sr. capitan Martin Irigoyen y D. Juan Estopiñan, para que juntamente con el Sr. alcalde mayor, vean el sitio mas cómodo y lo señalen.»

En el de 27 de Julio de 1601, se encuentra lo siguiente:

«El capitan Martin de Irigoyen dijo que en cumplimiento de la comision que esta ciudad le dió juntamente con el Sr. D. Juan Estopiñan, habian ido á ver el sitio que el capitan Cristóbal de Rojas pide á esta ciudad para hacer la casa ó hostelage á manera de meson y alberca de agua, y asimismo para mas bien satisfacer de los inconvenientes que se ofrecieren, habian llevado consigo á los capitanes Almonacid y Xara, y habiéndolo visto, tratado y mirado, si era de algun impedimento ó estorbo á la fortificacion, de acuerdo de todos los pareceres que no tenia ninguno, antes ser de mucha utilidad á los arrieros yentes y vinientes á esta ciudad, el tener alli agua y albergue donde se recoger.»

«Dijeron que le daban y dieron licencia cuanto ha lugar de derecho para que haga y edifique en el dicho sitio el hostelage á manera de meson, con que no haga sobre él obra ninguna ni cosa fuerte por donde venga daño á la fortificacion, y con que á los vecinos desta ciudad yentes y vinientes á ella no les lleve premio ninguno por el agua que les diere en el dicho hostelage (estalage) ó fuente que sacare al camino.»

Todavia existe el pilon en el sitio donde lo estableció Cristóbal de Rojas.

La capilla de S. José en el siglo últimamente pasado fué sustituida por una iglesia parroquial de este mismo nombre.

El célebre ingeniero Juanelo estuvo en Cádiz el año de 1609 segun resulta del acta capitular de 7 de Diciembre, en que se lee:

«Se trató como está de partida para irse el ingeniero Juanelo Tribucio que vino á ella á ver la fortificacion y los fuertes y baluartes que están mandados se hagan y que convendrá se escriba con el Sr. D. Juan de Mendoza marqués de S. German, se sirva de ayudar como tenga efecto el proseguirse y acabarse las dichas obras.»

En 4 de Enero de 1610 se hallan las noticias siguientes acerca de la fortificacion y del capitan Rojas.

«El licenciado Francisco de Acebedo dijo que como á esta ciudad es notorio S. M. para la defensa y seguridad de su bahía, armadas y naos que á ella vienen en flotas que cargan de las Indias, ha mandado hacer las dos torres y fuertes del Puntal y Matagorda á que se ha dado principio, previniendo materiales y los pertrechos necesarios, fábrica tan importante á el aumento del comercio de esta ciudad y de su comarca, y ha entendido que el capitan Rojas para ciertos fines suyos procura impedirla, y aun se dice que por escrito lo ha hecho dando contrario parecer del que hasta ahora ha dado, que pues es cosa tan conocida la importan-

cia de las dichas torres, pide á esta ciudad haga muy grande instancia con el Sr. Márqués de S. German del Consejo de guerra, capitan general de la Artillería de estos reinos, á que se ha cometido el ver los sitios y su disposicion y lo demás á ella tocante, como protector desta ciudad la favoreciese con su parecer, haciéndole la merced que hubiese lugar, y para ello se diputen dos caballeros de este Ayuntamiento que vayan á hacerlo á la ciudad de Sanlúcar, Sevilla, ó donde estuviere; y asimismo se hagan muy apretadas diligencias con S. M. en el Real Consejo de guerra y Estado para que con efecto se consiga el hacerse y acabarse los dichos fuertes, sin embargo del parecer del dicho capitan Rojas, etc.»

Se acordó cual se proponia.

En 26 de Setiembre de 1611, se encuentran estas otras noticias.

«Se leyó una peticion del capitan Cristóbal de Rojas, ingeniero militar de S. M., en que dijo que por órden de la ciudad fué con D. Juan Nuñez de Villavicencio, á ver el reparo que pide la pared del altar mayor de Santa Catalina por la parte fuera al mar del vendabal y vieron lo que allí conviene, y es que luego, antes que pase adelante el daño se calce aquel cimiento........ y junto con esto se haga un trozo de calzada de 15 pies de ancho y de largo, todo lo que tiene la pared, advirtiendo que ha de ser la calzada con cantos sillares hincados á la banda de la mar, y otros encima á tisson, y lo demás de la calzada irá terraplenado en forma de cajones empedrado.

»Advertia como S. M. desea que se acaben los fuertes del Puntal y Matagorda, y por el camino que hoy van, no se acabará en muchos años, porque las canteras de Santa Catalina del Puerto son muy rotas y se saca dellas poca piedra; y aun es muy necesario buscar otra cantera para que á dos manos se provea piedra en gran cantidad; y aunque él ha ido á Puerto Real y á la Roqueta, y á la Isla, no la hay que sea de provecho; solo ha visto que en la parte de esta ciu-

dad de la frente de la Jara en los barrancos que miran á Rota, hay allí suficientemente cantidad, sin perjuicio, porque lo que se fuere limpiando de piedras se volverá á cegar de nuevo derribando de las esquinas de los barrancos, y cegar las caletas que hay allí, y para mas seguridad de la ciudad nombre dos diputados que vean el sitio y se considere la brevedad que habrá en dar piedra, donde es menester tan gran cantidad de piedras muy grandes y duras como allí las hay.

»Se acordó pedir limosna para los primero.

»Y en cuanto á lo que dice el dicho capitan Cristóbal de Rojas de sacar la piedra para los fuertes, no embargante que en ninguna manera conviene se haga lo que dice, por los muy grandes inconvenientes y daños que pueden resultar si se hiciera lo que dice: para mas justificacion se cometió á Hernando de Albo, Gerónimo Hurtado y D. Juan Nuñez de Villavicencio y D. Estéban Sobranis, regidores presentes, para que con el dicho capitan Rojas lo vean por vista de ojos: y se informen de personas que lo entiendan y de lo que resultare den cuenta á la ciudad.»

Para complemento de las noticias del capitan Cristóbal de Rojas, á cuyo cargo estuvo la fortificacion de Cádiz, véase lo que acerca de su hijo se lee en el acta capitular de 28 de Junio de 1632.

«D. Bartolomé de Rojas y Bassosaval, ingeniero del ejército de S. M. en los Estados de Flandes: digo que estoy de partida para la córte de S. M. á mis pretensiones, y porque soy natural originario desta ciudad y hijo del capitan D. Cristóbal de Rojas, ingeniero que fué de S. M. y que tan bien acudió al servicio de V. S. en todas las fábricas que en su tiempo en ella se hicieron, por el amor que tenia á esta patria, habiéndose casado y naturalizado en ella, y su fin siempre fué el servirla y morir en su servicio, pues por su muerte que fué en esta ciudad, no fueron mas aventajados sus servicios, conforme á los buenos deseos que de servir á V. S. tenia, y pues yo sucedí en el mesmo lugar por ser su hijo,



con las mismas obligaciones de servir á esta ciudad como lo haré en todo lo que pudiere, é ser yo pobre é ir adonde fuera de mi natural no me conocen,

»Suplico á V. S. me honre y haga merced, en remuneracion de lo que he dicho y me favorezca con las cartas que para S. M. y las demás de que me pudiere valer, y así como al Sr. Duque de Medina, adonde con su licencia como capitan general he de ir primero á representar mis servicios y los de mi padre, para que S. M. me haga merced honrándome V. S. como en su grandeza suele hacer á todos y particular á sus naturales, diciendo mi calidad y lo mas que V. S. me pudiere hacer y favorecer, quedando siempre obligado como lo estoy á servir á V. S.—D. Bartolomé de Rojás y Bassosaval.»

La ciudad habiendo entendido lo contenido en la dicha peticion acordó que se haga lo que por ella pide el dicho D. Bartolomé de Rojas.

---

dad de la frente de la Jara en los barrancos que miran á Rota, hay allí suficientemente cantidad, sin perjuicio, porque lo que se fuere limpiando de piedras se volverá á cegar de nuevo derribando de las esquinas de los barrancos, y cegar las caletas que hay allí, y para mas seguridad de la ciudad nombre dos diputados que vean el sitio y se considere la brevedad que habrá en dar piedra, donde es menester tan gran cantidad de piedras muy grandes y duras como allí las hay.

»Se acordó pedir limosna para los primero.

»Y en cuanto á lo que dice el dicho capitan Cristóbal de Rojas de sacar la piedra para los fuertes, no embargante que en ninguna manera conviene se haga lo que dice, por los muy grandes inconvenientes y daños que pueden resultar si se hiciera lo que dice: para mas justificacion se cometió á Hernando de Albo, Gerónimo Hurtado y D. Juan Nuñez de Villavicencio y D. Estéban Sobranis, regidores presentes, para que con el dicho capitan Rojas lo vean por vista de ojos: y se informen de personas que lo entiendan y de lo que resultare den cuenta á la ciudad.»

Para complemento de las noticias del capitan Cristóbal de Rojas, á cuyo cargo estuvo la fortificacion de Cádiz, véase lo que acerca de su hijo se lee en el acta capitular de 28 de Junio de 1632.

«D. Bartolomé de Rojas y Bassosaval, ingeniero del ejército de S. M. en los Estados de Flandes: digo que estoy de partida para la córte de S. M. á mis pretensiones, y porque soy natural originario desta ciudad y hijo del capitan D. Cristóbal de Rojas, ingeniero que fué de S. M. y que tan bien acudió al servicio de V. S. en todas las fábricas que en su tiempo en ella se hicieron, por el amor que tenia á esta patria, habiéndose casado y naturalizado en ella, y su fin siempre fué el servirla y morir en su servicio, pues por su muerte que fué en esta ciudad, no fueron mas aventajados sus servicios, conforme á los buenos deseos que de servir á V. S. tenia, y pues yo sucedi en el mesmo lugar por ser su hijo,

XIII.

IMAGENES ULTRAJADAS POR LOS INGLESES.

Fr. Pedro de Abreu y los autores de las pequeñas relaciones que en este libro se han juntado, refieren los ultrajes hechos en las imágenes de los templos por los ingleses y demàs protestantes de otras naciones que en la armada vinieron contra Cádiz.

Algunas de estas imágenes se conservan hoy con gran veneracion en varias iglesias. Fr. Gerónimo de la Concepcion en su libro *Emporio del Orbe y Cádiz ilustrado*, en que copia sin decirlo mucha parte la relacion del suceso escrito por Fr. Pedro de Abreu, habla de una imágen injuriada por los herejes que se venera *en el Santo desierto de Ntra. Sra. de las Nieves.*

Asimismo cita una imágen de la Vírgen Santísima, que con título de la *Vulnerata* se llevó al Colegio de los Ingleses en Valladolid.

Con efecto, fué mandada trasladar por el Rey Felipe III á su córte, que era entonces aquella ciudad, en donde permanece conservándose sin brazos en memoria de los ultrajes recibidos y siendo objeto de veneracion suma.

En la iglesia de Santiago de Cádiz, del antiguo Colegio de la Compañía de Jesus, se halla una pintura de la Santísima Trinidad con varias cuchilladas que dieron en ella los hereges.

En la iglesia de Santo Domingo, se encuentra en el retablo mayor una imágen de Ntra. Sra. del Rosario, que fué arrastrada por los protestantes, los cuales, tirando de una soga que le habian puesto al cuello, la llevaron desde la

iglesia de Ntra. Sra. del Rosario hasta un muladar donde la sepultaron. De allí fué sacada, y en el lugar en que estuvo se erigió años despues el convento de los Padres Predicadores.

Otra imágen hay en la iglesia del convento de monjas Agustinas. Es Ntra. Sra. de la Candelaria titular de la Iglesia, imágen antigua de una ermita que en ese propio año tenian los moriscos residentes en Cádiz.

Cuando el saqueo de los ingleses, los enemigos la arrojaron á las llamas. Un vecino de Cádiz, movido de un piadoso celo, la sacó de ellas con riesgo y dolor de su persona. Indignados los protestantes le dieron muerte.

Ignorábase el sitio en que la imágen fué arrojada, hasta que en 1599 un niño de poca edad se cayó en él. Acudieron en su socorro: salió sano y salvo; y á los maravillados circunstantes, manifestó que habia en el pozo una señora bellísima, la cual lo recibió en sus brazos impidiéndole que se sumergiese en las aguas. Procedieron al reconocimiento del pozo, y en efecto hallaron en él la imágen, sobre que habia caido el niño.

Otra imágen fué objeto de la gran veneracion de los gaditanos: una pintura de Ntra. Sra. del Pópulo, obra de Antonio Franco, trazada en esta ciudad el año de 1587, cuando procedente de Roma se hallaba en Cádiz esperando la salida de los galeones para Tierra Firme.

Se colocó sobre la antigua puerta de la villa que miraba á la bahía.

Cuando la invasion inglesa, contra esa imágen colocada en sitio tan público hicieron repetidos disparos los enemigos.

Todo el marco de la pintura quedó acribillado á balazos, y solo recibió la tabla, en el fondo del cuadro, cinco golpes, quedando la imágen ilesa.

Sobre la puerta del muro se erigió luego una capilla que aun existe con titulo de Ntra. Sra. del Pópulo.

Fray Pedro de Abreu lamenta al hablar de las injurias de las sagradas imágenes, que en el acto no hubiera recaido el castigo divino.

Esto escribia en 1558 tan recientes los sucesos:

Pero los atroces hechos, así sacrílegos como de rapacidad, no quedaron impunes á los ojos del mundo.

El conde de Essex, el soberbio campeon, el galante favorito de Isabel de Inglaterra, murió decapitado en Lóndres á los treinta y cinco años de su edad.

En Lóndres fueron ejecutados igualmente Sir Cristóbal Blount, Davers, Cuffe y Meric, amigos del conde de Essex, todos cómplices en la sublevacion de este contra la reina.

Enrique Tracy, jóven hidalgo á quien mucho estimaba el conde, fué mortalmente herido en la refriega contra los leales á Isabel.

Walter Raleigh, el elegante escritor y atrevido marino, fué años despues decapitado reinando Jacobo I, y pereciendo víctima de injustos rencores personales.

Tal fin hubieron el caudillo de la empresa contra Cádiz y algunos de los caballeros principales que á sus órdenes servian en aquel suceso en que se perpetraron tantas depredaciones y sacrilegios tantos.

A los ojos de la impiedad casualidades serán estas: à los ojos de la fé y á los de la sana crítica, no son estas casualidades, no seguramente, sino los efectos de la mano de la Providencia que señala á los hombres la fuerza de su poder y de su justicia para enseñanza y para ejemplo.

Murat, el que ordenó las matanzas del dos de Mayo en Madrid, fué rey en Nápoles. Parecia olvidado por la justicia divina. Mas tarde sin cetro, sin corona, sin espada de general, fué arcabuceado. Experimentó en un gran acto de la justicia divina el castigo de la pena à que condenó á los habitantes de Madrid, fieles á la religion y leales á la patria.

Un libro pudiera escribirse de hechos semejantes que podria servir de gran aviso á la humanidad.

XIV.

FUNDACION DEL COLEGIO DE LA COMPAÑIA DE JESUS POR DON JUAN DE ARGUIJO.

En cuantas obras se han escrito acerca de los templos de Cádiz, se han pasado en el mas absoluto silencio las noticias literarias, que á continuacion se transcriben, algunas de gran interés por ser de uno de los primeros poetas de la nacion española. Trátase del célebre D. Juan de Arguijo, honra y prez de la ciudad de Sevilla, el amigo íntimo de Lope de Vega, de Francisco Pacheco y de todos los hombres grandes de España y de su siglo: del poeta, en fin, cantor del Bétis y uno de los fundadores de la escuela sevillana, cuyo nombre y crédito están siempre al par de los del divino Fernando de Herrera y de Francisco de Rioja.

Desde el siglo XVI existía en los arrabales de Cádiz una pequeña ermita dedicada al santo Patrono de España Santiago Apóstol. Los gaditanos no habian admitido en esta isla órden alguna religiosa hasta 1564, en que vistos los progresos de los niños en las letras, mediante la educacion que les daban algunos padres de la Compañia de Jesus, se consiguió el permiso para que fundasen colegio, en casas contiguas á la ermita de Santiago, con obligacion de enseñar á leer y á escribir y la gramática latina.

Cuando el saqueo de Cádiz por los ingleses fué en 1596 destruida y saqueada la iglesia y las imàgenes destrozadas, conservándose solo el cuadro de la Santísima Trinidad que acuchillaron los protestantes.

Se reparó cual se pudo la ermita y colegio. Pero faltaba un buen templo: faltaba un buen edificio, especialmente para los muchos misioneros que pasaban á América y á Asia.

¿Quién fué el fundador de este colegio y templo cual hoy existe?

Fué D. Juan Bautista de Arguijo y con él su esposa doña Sebastiana Perez de Guzman y la madre del mismo Arguijo doña Petronila Manuel.

Una inscripcion al pié de la escalinata del presbiterio así lo dice.

«Esta bóveda y enterramiento es de los Sres. D. Juan de Arguijo, doña Petronila Manuel y doña Sebastiana Perez de Guzman, fundadores de este colegio.»

Además el escudo de armas de esta familia campea en cuadruple número al pié de la cúpula de Santiago.

Y sin embargo, esta tradicion tan honrosa á Cádiz, tan gloriosa para aquel insigne poeta andaluz, era tan ignorada, que hasta el autor de estas líneas que tanto estudia estas antigüedades y ha escrito sobre cosas de Cádiz, lo ha ignorado hasta há muy poco tiempo.

En el libro de la Hacienda de la fundacion del colegio de la Compañia de Jesus de esta ciudad, y cuenta de su administracion año de 1658, que se halla en el archivo de las propiedades del Estado, se lee esta noticia:

«Los Sres. doña Petronila Manuel, viuda del Sr. Gaspar de Arguijo, veinticuatro de Sevilla, y D. Juan de Arguijo su hijo, y doña Sebastiana Perez de Guzman, vecina de dicha ciudad de Sevilla, fundaron este colegio de Santiago de la Compañia de Jesus de la ciudad de Cádiz y le dieron 199.655 mrs. que valen 52.550 ducados en esta forma: los 10.409 mrs. de ellos que la Sra. doña Petronila dió y adjudicó en las casas y tiendas de Sevilla y cortijos de Utrera y Lebrija, y los 99.246 mrs. restantes adjudicaron los Sres. D. Juan de Arguijo y doña Sebastiana, y los 99.000 mrs. en el principal de un piso almojarifazgo mayor de Sevilla, y los 246 mrs. restantes en contado reservando por sus vidas el usufructo.

«El Padre Francisco de Quesada, provisor de esta provincia, admitió dicha fundacion y á dichos Sres. por fundadores de dicho colegio, y obligó á la Compañia á tener y conservar dichos bienes y que se les daria la capilla mayor de

dicho colegio para su entierro, aunque esto no tuvo efecto por haberse enterrado en la casa profesa de Sevilla y para la fábrica de dicha capilla mayor señalaron dichos señores fundadores los 12 réditos de esta hacienda, y piden se ponga en ella sus armas en los lugares acostumbrados y en la losa de su entierro, que ha de estar en medio de la capilla mayor, en el cual no se ha de poder enterrar mas que los religiosos de la Compañía y no otra persona, y señalaron para dia de la fundacion y posesion el de la Inmaculada Concepcion de Ntra. Sra., y este dia piden se les diga la misa cantada con sermon y con la solemnidad que la Compañía acostumbra en semejantes dias, y los sacerdotes la misa y los hermanos el rosario.»

Terminó esta piadosa memoria con la extincion de los regulares de la Compañía de Jesus.

Evidentemente D. Juan de Arguijo, movido del deseo de restaurar los estragos que en el colegio de la Compañía de Jesus de Cádiz habian hecho los ingleses en 1596, contribuyó con su hacienda á la reedificacion del modo que hoy se conserva el templo y lo que fué colegio.

En él desde que fueron expulsados los Jesuitas, se estableció el Seminario conciliar de San Bartolomé, trasladado de otro edificio.

La Providencia divina ha hecho que el edificio costeado por la generosidad y por la fé cristiana de aquel ilustre poeta y distinguido caballero, continúe dedicado á la piedad y á la ciencia en nuestra patria Cádiz.

Esta es una de las tradiciones mas gloriosas de Cádiz bajo el punto de vista de la ciencia misma, de la religion y de la historia.

El que esto escribe se honra en haber recibido su educacion literaria en el edificio fundado por aquel célebre y cristiano poeta.

AL LECTOR.

Son los juicios y pareceres de los hombres diversos y confusos, así en las cosas oscuras y dudosas, como en las que no tienen mas que un solo sentido, juzgando cada cual segun la capacidad de su ingenio y del talento que le comunicó el cielo. De aquí proviene ser tan difícil el apurar y sacar en limpio una verdad que satisfaga á todos los entendimientos. Quien mas se desvia de esta virtud es el vulgo, el cual como no escudriña bien los fundamentos sobre que asientan las conclusiones apuradas, váse tras de solo el exterior, aprobando lo que acaso oye, y añadiendo lo que le parece, y así vemos que por la mayor parte engrandece y levanta lo pequeño, y lo grande, digno de estimacion, abate y humilla como le place.

La suma Providencia ninguna cosa dejó desamparada; á cada cual dió su reparo con que pudiese conservarse, y así entre estas espinas y rudeza del vulgo insipiente, cria rosas suaves; estas son los ingenios bien compuestos y proporcionados, inclinaciones racionales bien templadas, y talentos tan fértiles y copiosos que den luz á la ignorancia, y conserven la autoridad de la verdad en cualquier caso, porque si así no fuera, mal se conservara la naturaleza humana, pues prevaleciendo la ignorancia, todo fuera confusion y desconcierto, sin que se pudieran conservar las repúblicas ni prevalecer las ciencias ni las demás artes liberales. De la prudencia de los varones sabios nacieron las reglas y leyes que mantienen en justicia los reinos, monarquías y todas las demás naciones. Menos se tuviera noticia de los casos memorables que han sucedido en el mundo (1), y faltaran escritores fidedignos y diligentes

(1) A los escritores honraron y premiaron mucho los antiguos, y á sus escritos é historias dieron grande crédito, y Ciceron dice que la historia es testigo del tiempo y maestra de las costumbres, y mantenedora de las verdades.

que apurando la verdad de los sucesos no nos dejaran noticia de ellos, así para imitacion de los loables como para reprobacion de los adversos. Por lo que ballamos escritos de sabios antiguos, tomamos documento para imitar los que mas nos convienen, y para ministrar nuestras repúblicas, nuestras familias y á nosotros mismos; sabiendo reparar y prevenir con tiempo los daños que pueden sobrevenir, y estimar los prósperos cuando se ofrece la ocasion. No se le atribuirá á la fortuna la disposicion del caso de que se ha de tratar á quien la gentilidad supersticiosa y ciega celebraba y adoraba por diosa de los sucesos, porque ya la luz de la verdad católica ha confundido estos errores y ficciones; solamente se atribuirá á la voluntad del supremo movedor de todas las cosas, de quien todos los movimientos y sucesos dependen y se derivan, remitidos á otras segundas causas, y así este de la ruina de la ciudad de Cádiz que tanto ha espantado al mundo, tiene sus secretos juicios que los hombres no entienden ni comprenden. Porque acobardarse tantos ánimos españoles, caer sobre todos un pasmo y suspension tan general, no atinar la razon cosa de provecho, ser los consejos y pareceres tan confusos y torcidos, no ponerles ánimo el amor de la patria, de las mujeres, hijos y haciendas, dejar caer las armas por el suelo como inútiles; todo esto no carece de misterio; pecados debieron ser particulares y secretos de sus moradores; muy ofendido estaba Dios, pues así los dejó caer en manos de sus enemigos, pues así alzó la mano de su guarda y favor; que si así no fuera, ninguna fuerza humana fuera parte para hacerles ofensa. Uno de los mas notables acaecimientos, mas intempestivo y lamentable de cuantos se saben ni jamás se han visto, ha sido este de la pérdida y saco de Cádiz, y como fueron diversas las naciones de gentes que se hallaron en su ruina, y estas pretenderán derramar por el mundo diversas y contrarias opiniones de la verdad, porque su mentira y desvergüenza no prevalezcan, ni se glorien ni alaben de haber ofendido á España y mordídole en lo mas sensible y estimado de sus extremos, haciéndole mas ofensa con sus lenguas que le hicieron con las armas, determiné tomar la pluma, despues de bien certificado, así de lo que yo ví y entendí, como de verdaderas relaciones de hombres prudentes que se hallaron en todo el discurso de tan infelice pérdida, y escribir lo que fué y cómo pasó, sin añadir ni quitar, pues no es justo que padezca injuria la autoridad y magestad de España, que con tantas y señaladas victorias y trofeos tiene adquirido inmortal renombre y fama, por no entenderse bien la verdad del caso, y así en el siglo presente como en los venideros quedé sabida

la verdad puntualmente, y se entienda como demás de la permision divina, el descuido de los moradores, sus pocas fuerzas, falta de armas, gente y prevenciones fueron causa del daño que tan á su costa han pagado. No será parte el ser yo interesado en esta defensa como antiguo y natural español, para ocultar cosa alguna de lo que tocare á la de los que lo merecieren; porque la verdad se ha de preferir á toda pasion ó aficcion. Menos la enemistad con las naciones enemigas que se hallaron en tan infeliz suceso para los gaditanos, y tan alegre y próspero para los victoriosos, me provocarán á contravenir ni torcer un cabello de esta verdad que pretendo escribir, pues cuando tal cosa yo hiciera, demás de poder ser reprendido por los muchos testigos de vista que allí se hallaron presentes, pudiera con razon serlo de los mismos enemigos que saben bien la pura verdad, aunque sé yo que la procurarán ocultar, por engrandecer y honrar su nombre, y poderse alabar que pisaron nuestra costa, ofendieron algunos pueblos de ella, usaron de muchas libertades y desvergüenzas indignas de gente racional, de que corriendo los tiempos sabrá y podrá España tomar satisfaccion y recompensa.

Por no ser pues tenido por incierto, procuraré dar á cada una de las partes lo que le tocare, la honra ó vituperio á quien lo mereciere, que en caso tan grave y repentino, tan revuelto y confuso cierto es que habria malo y bueno, ánimo y flaqueza, atrevimiento y cobardía, cuidado y descuido, nobleza y villanía, casos extraños, particulares y generales, desvergüenzas y atrevimientos de bárbaros victoriosos, encogimiento y temor de los rendidos, turbacion de los medrosos, y flacas determinaciones al tiempo del menester, en que se mostró bien cuánto puede la superioridad en casos tan difíciles y peligrosos, y hasta dónde llega la enemistad de los que se apartan de la Iglesia católica Romana contra los que la siguen y militan debajo de su sombra y estandarte.

Diré el daño que resultó, la alteracion y sentimiento de todo el reino, los ejércitos de gentes que se levantaron y movieron para la defensa de Cádiz, si la mucha distancia no dilatara su llegada para poder tomar satisfaccion de esta injuria, aunque bien considerada y sacada en limpio la verdad, ni pudo ni debió resultar honra y gloria á los vencedores, ni afrenta y vituperio á los vencidos, porque los unos solo tuvieron ganancia de riquezas con pérdida de reputacion, y los otros pérdida de ellas con justa disculpa de su daño. Mostráronse aquí los enemigos mas ladrones hambrientos que soldados generosos, deseosos de ganar honra y fama; hubo injurias y desco-

medimientos, (propia condicion de gente vil y baja) al fin como aquellos que están desviados del camino de la verdad, cuyas deliberaciones son libertades de conciencia, desvergüenzas, atrevimientos y desacatos, como de quien vuelve las espaldas á Dios y á la Iglesia católica, con lo cual parece que van resucitando los errores de algunos filósofos antiguos, que confiados en la razon de sus solos entendimientos, tuvieron que no hay mas que nacer y morir, y que lo que dura la vida es el fin y gloria de ella: en lo cual como ciegos y faltos de la lumbre de fé, que nos enseña otra ciencia, se irán por sus pasos contados reduciendo al ser de los irracionales de quien se verifica aquella su opinion, sin alcanzar el conocimiento de la inmortalidad del ánima, con las demás cosas anexas á la fé católica Romana; y así olvidados de lo principal, dan en otros desatinos, como es la crueldad y aspereza, con los que en ley de razon y natural deberian tener trato apacible, blando y suave, usando de la urbanidad que se requiere con los que no los han injuriado, por ser, (cuando no hubiera otra razon) todos de una masa y naturaleza, imitando en el trato y concordia á los que ellos parece que quieren imitar en el ser, pues los animales guardan, como vemos, entre sí, la amistad y conformidad que se deben los de un género y especie. Mas como dado un inconveniente se siguen otros muchos, perdido el fundamento principal que es la fe católica, no es maravilla que tambien se pierda el conocimiento de la piedad y amistad que se debe con los hombres.

Fué, pues, caso tan violento y repentino la llegada del enemigo con su poderosa y grande armada á las playas y riberas de la costa de España, que ni pudo haber la prevencion necesaria para impedir y reprimir sus atrevimientos, ni se le puede ni debe alabar mas que la presteza y secreto con que favoreciéndole el viento y su buena suerte, dió vista á Cádiz, y antes que despertasen sus moradores, ni creyesen tal suceso, entró en su bahía, rindió la poca y mal aconsejada armada que habia en ella, desembarcó en tierra doce mil hombres, siguió su buena dicha sin derramamiento de sangre, pérdida ni riesgo notable.

Menos se le puede ni debe poner culpa á la ciudad en general por hallarse tan descuidada, desprovista de armas, defensas y municiones, sin capitan prudente y animoso, ni otra cabeza que los acaudillase y gobernase; la armada enemiga, sobre sus flacos muros tan grande y con tanta ostentacion, que ni fué como dicho queda, caso digno de gloria el conquistarla y apoderarse de ella, ni de los moradores afrentoso el perderla. Si alguna culpa se le puede im-

poner, es el descuido y confianza con que vivian, sin ningun temor ni recelo, no debiéndolo tener mayormente en los pueblos marítimos que pueden ser asaltados de çorsarios sin ser sentidos, ni poder ser prevenidos ni avisados, y aun de esta culpa se pueden limpiar, pues este cuidado toca á los Generales, Ministros y personas á quien toca y les está remitido este cuidado, y el ver y prevenir las cosas necesarias á la defensa y fortificacion de semejantes plazas. Veráse en el discurso de esta relacion por extenso la verdad de todo el suceso.—VALE.—

INTRODUCCION.

Desde el principio del mundo hubo entre los hombres discordias, rencores y enemistades, tiranías, guerras, disensiones, desolaciones de reinos y ciudades, mudanzas de estados y monarquías: tal quedó la naturaleza humana por la primera culpa, que perdida la justicia original, la concordia se convirtió en discordia, la amistad en enemistad, la verdad en mentira y la paz en guerra. Todas las virtudes morales se corrompieron y trocaron, de suerte que apenas quedó rastro de ellas. Tomaron fuerzas y brío los vicios contrarios á las virtudes, por cuya causa los hombres comenzaron á inventar ofensas y defensas unos contra otros, como fueron ciudades muradas, castillos inexpugnables, armas de muchas maneras así ofensivas como defensivas. Dividióse el mundo en parcialidades, en leyes y opiniones diversas: eligiéronse cabezas que gobernasen y defendiesen á los súbditos; levantáronse otras cabezas de su autoridad, y tiranizando las ciudades y reinos con violencia ayudadas de los que seguian sus opiniones, se apoderaban de todo á su voluntad; constituyéronse reyes, reinos y otros estados, imperios y monarquías, dividiéndose lo poblado en partes diversas, cada cual debajo de su cetro y corona; entró en estas cabezas la ambicion insaciable de adquirir y aprehender los agenos estados, no satisfaciéndose con los adquiridos; constituyéronse leyes diferentes, de ellas justas, de ellas injustas, medidas á la disposicion y voluntad de los superiores que las instituian, ó de la condicion de los que las habian de guardar. Dividióse además de esto el culto divino en varias sectas, debiendo ser uno solo puro y perfecto, como lo es: adoraban unos á diversas criaturas, como es al sol, á la luna, árboles, animales, haciéndoles imperfectos sacrificios: otros al Criador universal, como fueron los Pro-

fetas, á quien Dios comunicaba su espíritu; otros guardando la ley de Escritura que le fué dada á Moisés, hasta llegar á la de gracia, en que la Iglesia católica Romana tiene su firme fundamento. Y puesto que en todas las partes del mundo ha habido competencias, pretensiones y enemistades, á ninguna de las pobladas sobre la haz de la tierra ha cabido tanta parte de alteraciones y mudanzas como á España, ni tantas monarquías y potentados han pretendido alcanzar el señorío de las demás como el de la España. Ha sido la joya sobre que todas las naciones han competido. ¡Cuánto costó á Roma su conquista! ¡cuántos cónsules y senadores consumió la pretension de sojuzgar á España, cuánto costó á Cartago, á los godos, á Francia, Italia y Africa, hasta ahora que en estos nuestros tiempos en que los estados de Flandes, el reino de Inglaterra, con otros sus aliados han querido tentar su ofensa por gozar de su prosperidad que es de á donde ha nacido la envidia, ya que no les era posible señorearla! Y bien considerado tienen razon de codiciarla, por ser la provincia mas abastada de todo cuanto dá y ofrece la naturaleza para el sustento y regalo de los hombres, de todas cuantas comprende el universo. Su temple es apacible, templado y regalado; el cielo benigno y favorable; los ingenios sutiles y excelentes para todas cualesquiera ciencias y facultades; los ánimos y bríos fuertes, constantes y levantados; las inclinaciones bien compuestas, medidas y ajustadas á la razon; considerados en las deliberaciones graves, obedientes y leales á sus reyes y firmes en la fé y ley que profesan. Es al fin España el mejor pedazo de suelo de cuantos se saben y conocen en toda la redondez de la tierra, como se podria probar si discurriésemos por sus partes en particular. Pues de oro, plata y todos los metales bien se sabe que es la mas abundante y rica que se conoce; pues de ganados, de todo género de frutas, fuentes, ríos, pescados de todo género y de otras infinitas cosas no hay para qué tratar, pues de ninguna cosa carece. Mas como la brevedad de esta relacion no permita divertirla en diferente materia, se dejará por ahora, por pasar adelante con el intento principal.

SATISFACCION Y AVISO AL PRUDENTE LECTOR.

Mas porque esta relacion habrá de venir á las manos de muchos que no han visto ni halládose en la ciudad de Cádiz, ni considerado la descripcion, tamaño y proporcion de la isla y ciudad, su poblacion, cerca, baluartes, castillo, villa de por sí cercada, sin otras cosas particulares anexas á la proporcion y asiento de ella con sus defensas, fuerza y moradores, me pareció ser necesario tratar al principio algo de ello antes de venir al caso, para que leyéndose esta relacion, se entienda mejor los sitios donde se repartieron las compañías y gente de la ciudad para defenderla, la fuerza ó flaqueza que tenia; y en resolucion la disposicion de todo, para que el prudente lector pueda arbitrar y juzgar con mas certidumbre, sin condenar ni absolver temerariamente.

SATISFACCION Y AVISO AL PRUDENTE LECTOR.

Mas porque esta relacion habrá de venir á las manos de muchos que no han visto ni halládose en la ciudad de Cádiz, ni considerado la descripcion, tamaño y proporcion de la isla y ciudad, su poblacion, cerca, baluartes, castillo, villa de por sí cercada, sin otras cosas particulares anexas á la proporcion y asiento de ella con sus defensas, fuerza y moradores, me pareció ser necesario tratar al principio algo de ello antes de venir al caso, para que leyéndose esta relacion, se entienda mejor los sitios donde se repartieron las compañías y gente de la ciudad para defenderla, la fuerza ó flaqueza que tenia; y en resolucion la disposicion de todo, para que el prudente lector pueda arbitrar y juzgar con mas certidumbre, sin condenar ni absolver temerariamente.



DESCRIPCION

DE LA

ANTIGUA ISLA Y CIUDAD DE CÁDIZ.

De las historias antiguas muchos años antes de la venida de nuestro Salvador Jesucristo al mundo, se colige haber sido la isla de Cádiz mucho mayor de lo que ahora es, y aun afirman algunos autores haber sido en aquellos tiempos tierra firme continuada con España. Bien pudo ser posible, y las tempestades, alteraciones y crecimientos del mar, haber rompido la tierra por hallar por allí flaqueza, y abierto camino para dejarla hecha isla como ahora vemos. No es de mi cuidado tratar de esto, ni averiguar si fué así ó no, aunque pudiera hacerlo refiriendo lo que los antiguos historiadores y cosmógrafos afirman. Solo diré de lo que al presente se vé, y lo que se puede y debe considerar de las ruinas y vestigios que aun viven, los pedazos de murallas de grandes edificios, pozos que se descubren, aljibes rompidos y desechos, unas reliquias y argamasas, hasta hoy están y se ven en diversas partes. Todo lo cual yo he visto y considerado con atencion y curiosidad muchas y diversas veces con la disposicion y tamaño que al presente tiene, que es lo que mas hace á nuestro propósito.

Parece pues, que la isla de Cádiz fué sin duda mucho mayor de lo que ahora es; esto se comprueba por las

ruinas y vestigios dichos, rompidos y deshechos por la violencia y continuacion de las ondas del mar y condicion del tiempo. Todas estas ruinas llegan hasta el extremo y remate de la isla, que es á la parte del Poniente, en las cuales bate la mar, habiendo adjudicado á su jurisdiccion mucha parte de aquella famosa poblacion, y cubiértola con sus ondas, de lo cual dan indicio verdadero estos antiguos edificios y de haber sido poblacion insigne y notable, y la isla mucho mas extendida al Poniente, al Septentrion y al Mediodía, de lo que ahora se muestra, todo lo cual han ido cercenando y consumiendo las aguas del mar, como dicho queda, con su contínuo é incesable movimiento. Escriben además de esto algunos autores que habia otra isla metida á la mar á la parte de Poniente, tan fértil y abundosa que era el regalo y provision de la de Cádiz, por estar poco distante, y en ella hizo la mar el efecto que vá haciendo en la de Cádiz, anegándola y dejándola consumida debajo de su mando para morada de los pescados.

Hay además de los comunes edificios arruinados, unos pedazos de murallas á la parte del Norte, antes de llegar á la punta y remate de la isla, los cuales aun permanecen de obra tan soberbia y magnífica, que sería de grande magestad y posibilidad de aquella república, obra que debió ser de algun famoso templo ó soberbio Alcázar, segun la disposicion y traza que prometen sus fuertes y anchos fundamentos, en quien bate la mar contínuamente y no ha podido romperlos ni consumirlos. Algunos que se pican de curiosos, dan otros sentidos á estos edificios ó murallas, diciendo, que allí era el teatro á donde se recitaban las representaciones y actos públicos; lo cual es disparate, pues aunque lo consideran en forma aovada aquel edificio, y de allí infieren ser teatro ó coliseo, no lo fué ni pudo ser, por haber otro coliseo, como adelante se dirá, y no cabe en buena razon, que hubiese dos teatros ó coliseos, pues aun

en Roma, cabeza y señora del mundo, no hubo mas de uno.

Vénse asimismo otros pedazos de edificios y arcos de piedra enteros dentro del mar á la parte del Poniente, frontero y cerca del extremo y fin de esta isla, los cuales se descubren con las menguantes, de que dan noticia barqueros y pescadores que por allí navegan. Por manera, que todo aquello, con lo que se vé y parece descubierto en la tierra, debia ser ciudad y poblacion muy grande, además de que por las historias Romanas y obras de otros historiadores consta haber sido Cádiz ciudad famosa, de mucha grandeza, autoridad y nombre, y la isla donde está fundada por consiguiente mucho mas grande y extendida que ahora; y que sea esto verdad pruébase de lo que ha obrado el mar aun en nuestros tiempos, yendo comiendo y apocando poco á poco la isla, siempre que el mar se embravece y las ondas combaten sus promontorios y riberas. Pues siendo esto así, bien se sigue el grande efecto que habrá hecho en mas de tres mil años, que fué el principio de su fundacion. Es tambien indicio de su grandeza y posibilidad, unos encañados ó acueductos de grandes sillares de piedra que se ven y descubren cada dia en muchas y diversas partes, por los cuales venía el agua encañada desde las fuentes que llaman de Tempul, pueblo antiquísimo destruido y consumido con las guerras entre Roma y Cartago sobre la posesion y dominio de España, y con la propiedad y condicion del tiempo, que todo lo acaba y consume. Traíase este agua distancia de catorce leguas por estos encañados, levantando costosos puentes en los valles y rompiendo y bajando los altos montes, para que pudiese el agua traer su corriente hasta llegar á Cádiz. Obra tan magnífica y de tan inmenso gasto que no sé si en estos tiempos hubiera potencia para hacer otra semejante, ni aun para reedificar y reformar esta tan deshecha y consumida.

Dícese que un Senador ó patricio romano la hizo y acabó á su costa, que es mayor admiracion, porque aun hacerse á costa de la ciudad parece imposible, cuanto mas á la de un particular: mas de tiempos tan atrasados no podemos juzgar con certidumbre. Puédese considerar que entonces la fertilidad de la tierra era mayor que ahora, y la muchedumbre de los hombres tambien, y que la república, como á quien tanto le tocaba, pondria de su parte la que le fuese posible. Llegadas estas aguas á Cádiz, se recogian y represaban en siete estanques grandes de argamasa incorruptible; dos de los cuales todavía permanecen enteros, y están á la entrada de la Puerta de Tierra que dicen del Muro, sobre la mano izquierda, arrimados al mismo muro; desde estos estanques ó balsas, se repartia el agua por sus diversos conductos á las plazas y lugares públicos, y á las casas y templos, donde el Senado determinaba y concedia. Fronteros de estos dos estanques, á la mano derecha, siendo el intermedio solo el paso y camino que entra en la ciudad, se ven otros pedazos de argamasa de edificios derribados y deshechos de industria, los cuales están en forma aovada, y dentro de su circuito está una huerta de árboles con su noria, sitio regalado, y entretenimiento otros tiempos cercanos á estos, de los moradores de aquella ciudad; ahora está casi desierto, solo permanecen algunos árboles inútiles, que de no cultivarse se van perdiendo. Este círculo era el coliseo, donde celebraban sus fiestas y regocijos los gaditanos, costumbre antigua de la gentilidad. Era este coliseo á la traza del de Roma, y cuando no fuese tan suntuoso, al menos muestra haber sido de mucha grandeza al modo del que hoy se vé en Sevilla la vieja junto al monasterio de S. Isidro del Campo, el cual, aunque en parte está caido, en otras ó las mas está en pié, obra admirable y famosa. Tiénese noticia de este de Cádiz por haber poco tiempo que lo deshizo el Marqués de Cádiz, cuando tenia

aquella ciudad por suya, para fabricar el castillo que ahora tiene la ciudad, valiéndose de la piedra y materiales de obra tan excelente, en lo cual no mostró curiosidad, debiendo conservar una obra tan extraña y de tanta antigüedad, para memoria y admiracion de las costumbres y obras antiguas. No trataré aquí de la fundacion de esta ciudad, de sus guerras, competencias y conquistas con diversas y extrañas naciones, como fueron los Tyrios y Sidones, los Romanos y Cartagineses, sin otros diversos potentados, por no ser esta materia para este lugar. Basta quedar probado haber sido la isla de Cádiz mucho mayor de lo que ahora es, y la poblacion famosa, de grande magestad y nombre por todo el mundo, de cuya grandeza fué causa el puerto ó bahía suya, capaz y dispuesta para recoger y abrigar cualquier número de navíos, adonde concurrian de todas las naciones á contratar con sus mercaderías, haciendo allí su primera escala y contratando así con los moradores de España, trayendo de sus provincias las mercaderías de que acá carecian, y llevando en trueco y recompensa de las que España abunda, especialmente en aquellos primeros principios de la fundacion de España. Los Tyrios y Sidones sacaban grande suma de oro y plata de que se hallaban riquísimas y copiosas minas en diversas partes, especialmente en las montañas de Sierra Morena; y como los españoles aun no les habian dado estimacion á estos metales, permitian con mucha facilidad que los extranjeros los llevasen y cargasen de ellos sus navíos, teniendo por cosa de mas valor y precio las bujerías que les dejaban en recompensa, de las inestimables riquezas, que ellos les llevaban de España.

El ser, traza y disposicion en que ahora está la isla de Cádiz, su tamaño, descripcion y asiento es de esta manera. Desmándase de la costa de Andalucía antes de entrar en el Estrecho de Gibraltar una punta ó giron de

tierra desde la barca que dicen de Sancti-Petri, que es donde desemboca el brazo de mar que comienza desde la bahía de Cádiz y va á dar á la puente de Zuazo. Este brazo corta á raiz de la tierra firme este giron y lo deja hecho isla, siendo en el principio ancho distante de una legua. En este principio de la isla, que como digo es ancha, hay viñas, heredades y caserías costosas y agradables, que los moradores de Cádiz han fabricado así para su recreacion, como para encerrar sus cosechas de vino, que no hay otra cosa de consideracion en ella. Hay jardines, cercados y frutales muy buenos. Cójese en esta isla cantidad de vinos tan buenos, que son tenidos en mucha estima; cárganlos para las Indias, y de ellos sirven para regalo de los señores de las heredades ó de los que los compran. Esta anchura que la isla tiene en su principio, se va estrechando poco á poco, casi formando una punta de triángulo en distancia de una legua, en fin de la cual se comienza una cordillera de tierra, ó por mejor decir de arena, tan angosta, distancia de otra legua que llega hasta Cádiz, y es en partes tan estrecha y angosta, que casi se quieren juntar los mares de Poniente y Levante, especialmente con las crecientes que son en las de la una y otras que llaman de aguas vivas, las cuales crecen con exceso en tres ó cuatro tiempos del año; las demás son cada mes en la creciente de la luna, como queda dicho. Este flujo ó influjo sucede siempre sin faltar. Las causas de este movimiento atribuyen á las mudanzas y virtud de la luna; otros dan otras. Resúma quien quisiere en dar la verdadera, que yo no quiero dar mas que la mas firme y cierta, que es no saber de á dónde ó de qué causas proceda tan extraño y regular movimiento.

Tiene la ciudad algunos paredoncillos hechos por medio de esta cordillera que forma uno como lomo, para detener que no se comuniquen las aguas de los dos mares opues-

tos, y se venga á romper, de manera que no se pueda pasar por tierra firme. Esta cordillera angosta toma principio desde la torre que dicen de Hércules, donde es la pesquería y almadraba de los atunes, por el Rey Nuestro Señor, y corre hasta la ciudad, estando como digo á vista los mares de Poniente y de Levante. Es apacible camino cuando la mar está de menguante, porque bajan las aguas y se descubre de la playa arenosa, distancia de un tiro de piedra, quedando la arena lavada de la inundacion de las aguas, y tan tiesa con la humedad que parece de argamasa, sin ningun extropiezo ni impedimento; mas cuando es creciente cúbrese toda aquella playa de agua, teniendo siempre una perpétua inquietud las olas, á quien llaman resaca, y tanto mas son crecidas, cuanto mas el viento crece y las mueve, por lo cual obliga á que entonces se camine por donde el agua no alcanza, que es una arena reservada de la inundacion, tan muerta y suelta, acompañada de piedras y otros escrementos que la mar despide con las tormentas, que es algo penoso de caminar por aquel paso.

Vuélvese á ensanchar esta cordillera, ya que se quiere llegar á la ciudad, como hasta dos tiros de escopeta, en que hay algunas viñuelas y huertas de poca consideracion; al principio de esta ensancha á la parte de la bahía, está un baluarte, que poco tiempo há se fabricó allí con algunas piezas de artillería tan desapercibidas como las de la ciudad; llaman á este sitio el Puntal, desde el cual baluarte pudiera ser ofendido el enemigo y hacérsele mucho daño, si hubiera gente en su defensa, balas y las municiones necesarias. En el fin de esta segunda ensancha comienza á ser la poblacion de Cádiz, y en la entrada de ella, ó muy poco antes, se vuelve á ceñir y estrechar la isla, tanto que se intentó en los años pasados romper y ahondar aquel estrecho por junto al muro, y ahondarlo de manera, que se comunicasen las aguas de los mares para mayor fortaleza y

seguro de ella. Esta traza dió el Fratin ingeniero, que por mandado de S. M. fué á fortificar aquella ciudad. Púsose por obra, y despues de haberse gastado en la labor grande suma de dinero, la dejó por falta de él imperfecta y sin acabar, quedando solamente un foso abierto de mar á mar, sin llegar al punto de profundidad que se requeria, por ser la distancia y hondura mucha, y aquella tierra que se iba sacando arrimada al muro que corta todo el largo del foso y frente de la ciudad en nivel y proporcion hasta llegar con el terraplen junto á las almenas, que fué el mayor daño y peligro que hubo para poderla entrar con facilidad el enemigo; porque quedó la muralla por la parte de adentro muy alta y por la de fuera baja, terraplenada por donde con mucha facilidad pudo subir el enemigo y ojear desde lo alto por entre las almenas á cualquier gente de guerra que estuviera á la defensa de aquella puerta y entrada. La intencion del Fratin fué como dicho queda, romper y ahondar aquel estrecho de tierra por donde se entra á la ciudad, y que se comunicasen los mares (como queda dicho) y entrándose por una puente levadiza, y la piedra y tierra que se arrimó al muro por la parte de afuera habian de servir de playa para la gente y artillería, siendo primero investida de fuerte muralla terraplenada con sus parapetos y troneras, lo cual si en aquella forma se acabara, fuera sin duda por aquella parte inexpugnable. Mas como se quedó la obra por acabar, fué darle paso fácil al enemigo para entrar en la ciudad, así por la puerta como por las murallas, desde las cuales tiraban los ingleses de mampuesto á los de adentro, sin poder ser ellos ofendidos en recompensa.

Tiene, pues, la ciudad por frente de muralla derecha por nivel á la entrada hasta trescientos pasos con una sola puerta, inclinada mas á la parte del Mediodía que á la del Norte, y sobre ella á la mano derecha como entramos, está

un baluarte con dos pecezuelas de artillería, que en la ocasion no sirvieron, ni fueron de provecho, por faltarles balas, pólvora, y los carretones quebrados; síguese desde allí la poblacion de la ciudad algo prolongada, en quien bate la mar por los lados, así por parte de la bahía como á la del Mediodía. Es la poblacion de hasta ochocientos vecinos. Por la parte de la bahía, que como queda dicho, es á la del Norte, está cercada de muralla nueva, que por industria y solicitud de don Antonio Zapata, obispo de ella, y á costa de algunas imposiciones sobre los vecinos, y treinta mil ducados con que ayudó Sevilla para su fortificacion, se fundó en breve tiempo la cerca con sus baluartes y traveses, la cual llega desde el principio ó casi de la ciudad hasta el baluarte que llaman de San Felipe que está en lo último de ella, en cuya cerca baten las olas del mar. Remátase, como dicho queda, la cerca nueva en el dicho baluarte, y asimismo toda la poblacion, quedando el frente que mira al Poniente abierto y sin muralla ninguna. En el fin de la ciudad junto al baluarte de San Felipe está un monasterio de la órden de San Francisco, muy principal y de los mejores de la órden, el cual fundó Fr. Navarro, varon singular en vida, letras y doctrina.

Acabada la poblacion, se siguen unos arenales, en algunos de los cuales hay viñas flacas y arboledas estériles por la poca sustancia de la arena. Tambien hay estancias que llaman cererías, donde se labra y blanquea la cera que viene de Berbería, Flandes y otras partes, lo cual se hace con tanto primor que no le hacen ya ventaja la que se labra en Valencia.

Algo mas adelante, á la parte de Levante, está la ermita de Santa Catalina, cuyos cimientos lavan las ondas y crecientes del mar, iglesia de mucha devocion y regalo de los moradores de Cádiz, por no tener otra salida de campo tan cerca y tan á la mano.

Vase cerrando en punta la isla espacio de dos tiros de arcabuz desde esta ermita, y fenece en otra de San Sebastian grande y bien fabricada, donde se extiende algo mas la gente en tiempo de invierno, por formarse en su circuito un prado ancho y agradable. En esta ermita suele haber un fanal ó luminarias en noches tempestuosas, para que los caminantes atinen al puerto. Aquí fuera de mucha consideracion un fuerte con bastante artillería para defensa de la entrada de la Caleta, por tomar principio de aquella punta y remate de la isla. Esta Caleta es una ensenada de mar que hiende la dicha punta y entra hasta cerca de la ermita de Santa Catalina, distancia de dos tiros de arcabuz hácia la ciudad. Es algo angosta, y un canal por donde pueden entrar galeras hasta ponerla en tierra y desembarcar gente, por ser hondable bastantemente.

Volviendo rodeando la isla desde la punta de San Sebastian por la parte y mar de Levante hasta Santa Catalina, son unos bajíos y arena por donde no se puede desembarcar gentes ni llegar ni aun barcos. Desde esta ermita de Santa Catalina baña la mar unas barrancas de peñas altas y difíciles que sirven de muralla y defensa de la ciudad por aquella parte, llegan hasta la entrada de tierra tocando en la muralla que dijimos que tiene por frente á la ciudad. Estas peñas han descubierto y socavado las ondas y continuacion de las aguas que incesantemente combaten por aquella parte, y por ser de peñas juntadas despues del diluvio de las arenas y revoluciones de los montes y tierra cavada é inundada que allí violentamente se juntaron y congregaron, no las han podido romper ni deshacer, que á ser menos duras, ninguna duda hay sino que ya fuera consumida toda la isla y cubierta de mar. Por esta parte y por estas causas es inexpugnable y está bien guardada y amparada la ciudad, demás de que el mar que por allí combate aquellos promontorios, es playa llena de escollos y bajíos,

por donde no pueden navegar ni llevar bajeles ningunos ni aun barcos pequeños.

Viniendo costeando por esta parte de la ciudad, que como dicho queda, es al mediodía hasta llegar al principio de la poblacion, que es á la puerta del muro, donde no hay murallas ningunas, sino aquellas barrancas altas y difíciles, un poco antes están las casas obispales, y junto con ellas la iglesia mayor: ambos edificios caen sobre la mar, y en lo mas alto de la isla, bate la mar en sus cimientos con tanta fuerza y perseverancia, especialmente cuando corre viento Levante, que han estado muchas veces á peligro de ser arruinados, tanto que se ha intentado y propuesto de edificar otro templo mas adentro de la ciudad en parte mas segura por solo este inconveniente, y de las casas obispales se ha ido cayendo mucha parte, por lo que temiendo los obispos que no se acabe de caer han ido retirando el edificar poco á poco para adentro, que como la furia de las ondas es tan contínua y va minando por debajo de los cimientos, no hallando sobre qué sostenerse aquella grande pesadumbre, vencida de flaqueza cae sobre la causa de su ruina, llevando tras sí la parte de los edificios que puede y le toca.

Este es el ámbito y circuito de la ciudad de Cádiz por de fuera. De dentro tiene un pedazo ó parte de ella cercada de muro hácia la parte del Mediodía á quién llaman la villa, cuyos extremos de la cerca llegan á la mar de Levante. Esta cerca toma principio casi desde las casas obispales, y haciendo un medio círculo tomando de la poblacion buena parte remátase á la parte de Poniente en lo último de las casas obispales, quedando el resto de la ciudad con nombre de los arrabales: tiene esta cerca que dijimos tres puertas solas, una al un extremo, otra al otro y otra al Mediodía, y á estar esta cerca limpia y sola de casas y edificios que se le han arrimado, pudiera ser de mucha importancia

para esta ocasion, porque es antigua, alta y fuerte con sus torres á trechos bien fabricadas. Dentro de esta cerca á la parte del oriente está el castillo que fundó el marqués de Cádiz, obra para aquellos tiempos de alguna consideracion, mas para estos flaca, impertinente y poco capaz para recoger la gente toda inútil del pueblo, y para poder defenderse de artillería si la quisieren batir.

Habia dos monasterios de monjas principales, sujetos al ordinario; otro de la Compañía de Jesus con un colegio dentro, en que se enseñaban niños á leer y se lee latinidad. Tambien hay un hospital junto á las Casas del Cabildo, en que se curan y recojen pobres, administrado con mucha curiosidad y abundancia por los vecinos principales, que por su rueda ó por semanas administraba cada uno á su costa, y en órden y traza del obispo D. Antonio Zapata, el cual tambien fundó un seminario, donde se criasen, enseñasen y doctrinasen hijos de vecinos pobres de la ciudad y obispado, para que estos ocupasen las Prebendas, Beneficios y Curatos, siendo virtuosos y suficientes, obra de mucha utilidad y consideracion, dotada ya de rentas bastantes para el sustento y conservacion suya.

La plaza mayor donde es ordinario concurso de los tratantes, mercaderes y vecinos, muy capaz, ancha y alegre; á un lado de ella están las Casas del Cabildo nuevamente labradas, que daban lustre y autoridad á la ciudad; junto con el Cabildo está la casa de los Corregidores, la alhóndiga y cárcel pública. En la acera de en frente están los oficios de escribanos, algunas tiendas de mercería y confitería y otros oficios. Dejo aparte el tratar de la calle Nueva, que era todo el grueso del trato de todas mercaderías, sin otras particularidades y cosas notables como es la Aduana Real, que de ordinario renta á S. M. veinte y cinco ó treinta cuentos de maravedís. Un muelle nuevamente fundado, que responde y se ordena desde la plaza ó puer-

ta que sale á la mar, entra alguna distancia en el agua, donde llegan los barcos de provision y descargan en tierra sin ninguna dificultad. Tambien llegan los de la descarga de mercaderías de las naves que surgen en su bahía y los que se cargan de los que se despachan para las Indias y para otras partes y reinos extraños, regalo grandísimo de aquella ciudad. Hay además de lo dicho junto á la puerta de la mar unas casas suntuosas arrimadas á la muralla, cuya puerta sale y está junto á la de la mar y su muelle. Labráronse estas casas por mandado de S. M. para servir de almacenes de sus municiones, artillería, armas y bastimentos, las cuales apenas estaban acabadas.

Los edificios en general de la ciudad eran fuertes, todos de cantería, las calles anchas, alegres y limpias en todo tiempo, por ser el suelo de ella arenoso, que en tiempo de lluvias se endurece, sin que se haga lodo jamás, ni inmundicias que ofendan.

Llámase isla esta de Cádiz, porque este giron ó pezon, que se desmanda de la tierra firme y entra en el mar lo corta por el puente de Zuazo un brazo de mar angosto, el cual se comunica con la bahía y mar de Levante, comenzando desde la bahía, desde donde toma principio, y dando vuelta desde el puente de Zuazo va á parar á la barca de Sancti-Petri, donde se va ensanchando y entrando en el mar de Levante. Es este el brazo de mar que como dicho queda, divide la isla, angosto como un mediano rio, mas tan hondable, que pueden por él navegar galeras y navichuelos pequeños, y así la llaman los cosmógrafos Península, que es lo mismo que casi Isla, porque las que propiamente lo son están cercadas de mar ancha por todas partes, y esta de Cádiz lo está en la forma que queda dicho, pues se pasa de la tierra firme á ella por el puente dicho de Zuazo, obra maravillosa y de inmenso gasto, cuyos pilares son fundados en mas de once estados de agua, como me lo cer-

tificó el maestro mayor de ella, llamado Marin, y con ser allí grandísima la corriente cuando la mar crece ó mengua, pudo la industria de los hombres hallar órden para fabricarla, y por ser cosa notable y digna de saberse, especialmente para las gentes que no han visto mar ni cosa de esta suerte, los fundamentos se hicieron, dejando caer á nivel grandísimos sillares de piedras, y cayendo unos sobre otros se iba levantando la fábrica hasta descubrirse sobre el agua; entonces se fabricaban con arte y primor los arcos y demás cosas pertenecientes, y esto solo se podia hacer en breves tiempos, que era cuando la mar está quieta en su creciente, ó casi, á quien llaman pleamar. Estas cajas ú peñas sobre que se fundan los pilares, con no llevar mezcla ninguna ni otro material con la cualidad ó propiedad del agua salada, se abrazan y conglutinan de tal manera unas con otras, que se viene á hacer todo una dura roca. No está acabada, ni cerrado el arco principal, mas pásase por ella supliendo esta falta con maderos gruesos y tablazon, y si se acabase segun la traza promete, sería bastante defensa para que no se le acercasen navíos de enemigos, por haber de tener en sus extremos dos torres fuertes bien artilladas y otras defensas para no poder ser ganada de enemigos.

Pasada la puente dentro de la isla, como un tiro de arcabuz, está un castillo antiguo, no fuerte, con algunas pecezuelas de artillería; tiene su alcaide que es juez de la Isla, con jurisdiccion. Es de los duques de Arcos como lo es toda la Isla; los vecinos de Cádiz que en ella tienen sus heredamientos y caserías y salinas pagan tributo al Duque, porque la ciudad no tiene términos ni jurisdiccion alguna, todo su proveimiento es de acarreo por mar y por tierra de los pueblos comarcanos y otras partes.

Lábrase en esta Isla mucha sal, por la buena disposicion del sitio y salinas de á donde se carga para Flandes y otras partes, y suele ser esta grangería y trato de mucha

consideracion y provecho, mayormente cuando hay paces y comunicacion con los reinos y provincias que la demandan.

Es esta isla y ciudad, segun comun opinion, plaza importantísima y llave de España por la buena disposicion de su puerto y vecindad y comunicacion con Berbería, en quien debiera la Magestad del Rey D. Felipe nuestro Señor, ó cualesquiera Reyes que sucedieren, poner alguna atencion, pues poca bastaria, segun su grandeza, para su fortificacion y aumento, haciéndole los favores y mercedes que pide su necesidad y el estado en que ahora está. Mas como no todas las necesidades y casos de tantos y tan extendidos Reinos y Señoríos que están debajo de su cetro y corona llegan á su noticia, ó por no llegar la de la importancia de Cádiz, ó en la confianza de la fidelidad de los que la tienen y han tenido á su cargo, no se ha reparado, ni fortificado, ni puesto en ello el cuidado que pusiera S. M., si estuviera bien informado del infeliz suceso que en este discurso se verá, el cual ha dado materia á España para hacer notable sentimiento, y á todo el mundo para tender las velas de la murmuracion y sentir cada cual como le parece y quiere, especialmente las naciones enemigas, de quienes sabemos que en sus historias procuran oscurecer y encubrir las hazañas verdaderas de los españoles, dando diferente color y sentido de lo que pide y obliga la verdad. Y pues si á las dignas de inmortal nombre y fama procuran oscurecer, ¿cuánto mas lo harán ahora en esta disipacion de Cádiz, donde tienen materia dispuesta para engrandecer sus particulares hazañas, si así se pueden decir, y abatir las de los gaditanos, de que el vulgo se satisface, sin escudriñar ni apurar la pura verdad ni lo interior de este suceso? por lo cual provocados los ánimos con una desgracia semejante, desean la venganza, y España corrida de que naciones tan remotas y menos acreditadas y tan hostigadas en todas ocasiones de los españoles,

cada una de por sí, hayan tenido atrevimiento para surcar sus riberas y ofender sus puertos y lugares marítimos, haciendo las insolencias y desacatos que les permitió la ocasion, como se verá en el discurso de esta historia, levanta sus antiguos bríos, y como quien despierta de un profundo sueño, se inclina y determina de tomar venganza y satisfaccion de tanto descomedimiento. Porque aunque se tienen por tardas sus deliberaciones, y los enemigos mordaces pintan el socorro de España cojo y tardo, ocultan su valor, su verdad, prudencia y sosiego con esta enigma, porque la condicion de España imita en fortaleza á la del Leon, el cual no se altera ni ofende con agravios ni atrevimientos de animalejos tímidos y flacos, aunque le estén ladrando en los oidos y ofendiendo en los extremos. Mas cuando la ofensa es grande y de animal que tiene fuerza y bríos, muestra su valor, su fuerza y magnanimidad, deshaciendo con sus uñas y poniendo en sujecion á quien le pretendió ofender y desasosegar, quedando victorioso y señor de sus enemigos sin perder punto de su grandeza y autoridad.

Y puesto que hayan dado algunos pareceres de que la ciudad de Cádiz maltratada, quemada y casi destruida por los ingleses y otros hereges sus confederados, se acabe de desmantelar y dejar desierta y que solamente quede y se conserve una fuerza con presidio bastante, es consejo impío y parecer mal considerado, por ventura fundado en algun interés particular, de lo cual podrian resultar mayores inconvenientes que aquí se podrán significar: lo uno porque sería afrenta de España dar lugar á que las naciones enemigas se gloriasen de que asolaron y consumieron una ciudad tan antigua y notable á los ojos de su Rey y Señor tan poderoso y temido en todo el universo: lo otro porque cesaria el comercio tan importante de todas las naciones que por hallar allí seguro puerto y acogimiento, vienen á contratar con España, y vendria á repartirse esta contra-

tacion por otros diversos puertos donde hallasen acogida y buen despacho los tratantes y navíos, y así se dividirian por algunos puertos de España y por otros de enemigos de ella: lo otro porque quedaba á peligro aquella plaza de apoderarse el turco ó el xarife de ella, ó los propios enemigos que la saquearon, y fortificándose en ella cualesquiera de estos, sería mas difícil de lo que parece el recobrarla: lo otro porque no habiendo poblacion ni concurso de gentes diversas en ella, toda la costa de España sería molestada de corsarios de todas naciones, especialmente de galeras y galeotas de Argel, Tetuan, Alarache y otros puertos de Berbería, por donde se vendria á perder el comercio y la pesquería, importantísimo negocio para la provision y bastimento del Reino; tambien se perderia la contratacion con Berbería, sin otros aprovechamientos necesarios á la vida humana, y ningun pueblo marítimo estaria seguro de corsarios, ni aun los cercanos á los puertos, y lo que peor es que sería grande afrenta de España mostrar tanta flaqueza, descuido ó temor, pues en casos mas árduos nunca lo ha mostrado, y una ofensa con grande ignominia tener apoderado al enemigo en lo mejor y mas importante de su costa y reino, principio de su total destruccion, como lo fué la pérdida suya en tiempo del Rey D. Rodrigo, pues se deben temer las suertes varias de fortuna y pensar que se pueden mudar los Reinos y Señoríos, por lo cual no es menos grandeza y valor conservar lo ganado que adquirir de nuevo. Ni debe asegurar la grandeza y potencia de la corona de Castilla, sus hazañas y proezas, pues nos desengañan los ejemplos de grandes imperios y monarquías derribados y consumidos. ¿Quién pensára que la potencia romana, señora y domadora de todas las naciones del mundo habia de venir en tanta declinacion como la vemos? Quién la de los Parthos y Medos? Quién la de la gran Cartago, la de los Persas y Griegos, sin otras muchas monar-

quías y señoríos que aquí no refiero, las cuales pasaron como sombra, pareciendo á los ojos del mundo que eran incorruptible é inacabables por su potencia y grandeza. Y aunque España tiene levantados sus victoriosos estandartes y trofeos en lo supremo de la cumbre de fortuna, debe temer y pensar que ya se vió pisada y sujetada de Alarabes y Moros, de Godos y Vándalos, de Romanos y Cartagineses, y debe asimismo pensar que un descuido, una confianza y una negligencia podrán derribar y acometer su autoridad y alto renombre, para lo cual deberia la razon administrar los ánimos y prevenciones y gobernar los consejos y deliberaciones, y enseñarles cuanto importa el recato y prevencion para impedir y obviar los intempestivos sucesos, especialmente en casos dudosos, de pretensiones de reinos, en guerras y venganzas sobre que nadie puede tenerse por seguro, pues aun los hombres llanos, quietos no tienen seguridad en sus casas, patria y naturaleza, sería por esta causa muy justo que las ciudades, villas y lugares de estos reinos estuviesen prevenidos de armas, de las que los enemigos industriosos usan, que son mosquetes y arcabuces, y fundir balas horadadas, como ellos hacen, para que corriendo por el aire hagan estruendo y sonido temerario, con que se espanta y acobarda la gente tímida y bisoña, y sin estas armas las demás que pide la disciplina militar, compeliendo á todos los hombres á que las tuviesen en sus casas, limpias y aprestadas para cualquier suceso, pues cuando en esto nos igualásemos con los enemigos, ya les llevamos de ventaja el ánimo español y la razon y la justicia, pues se pelea por la verdadera ley á quien Dios ha de favorecer y volver por su causa. Para ejecucion de lo cual deberia haber en las repúblicas hombres señalados, expertos en guerra, que pusiesen la gente de su cargo en órden formando escuadrones, enseñándoles á obedecer y guardar las reglas de la milicia, para que cada uno acudiese á su

obligacion con brevedad y certidumbre, lo cual todo se podria hacer con mucha facilidad, queriéndose poner por obra y tomándolo á su cuidado los diputados por estos oficios, y estando España de esta suerte prevenida, ni los enemigos se atreverian á hacerle ofensa, ni los pueblos temerian y se acobardarian como lo hacen, y se ha visto por esperiencia en esta ocasion de la toma y saco de Cádiz. Demás de esto, visto que los enemigos confederados son poderosos por mar y roban las flotas de Indias y saquean los pueblos y puertos de ellas, impidiendo con sus armadas el comercio y contratacion de las provincias amigas con España robándolos por la mar, se deberia poner el cuidado en que las que acá se juntasen y previniesen, fuesen tan poderosas que les pudiesen hacer rostro y limpiar la mar de piratas, corsarios que con sus atrevimientos tienen puesto en necesidad y aprieto á España. Podráse responder á esto y con muy justa razon, que la variedad y grandeza de negocios que se le ofrecen al Rey Nuestro Señor, tantas plazas que sustentar para guardar estos reinos y conservarlos, tantas guerras con todas las naciones del mundo,. tantos ejércitos y presidios que sustentar y conservar, sin otra infinidad de gastos necesarísimos que tiene, impiden muchos calificados intentos que se podrian poner en ejecucion y aun conquistas de reinos enemigos, que estarian ya redigidos á su real corona, si no lo impidiesen tantos inconvenientes; el mayor de todos es la envidia de los reyes cristianos á quien ofende ver crecer la prosperidad de los de España, por cuya causa las conquistas justas que resultarian en honra de Dios y aumento de la cristiana religion se están suspensas y dormidas, de adonde resulta la duracion de la ofensa de ella y su menosprecio, cosa de grande compasion y que debria poner freno á los que impiden tan altos discursos y conquistas, pues debrian considerar los príncipes, señorías y potestados que lo impiden el bien que

resultaba de la conformidad de todos, pues á ellos poco les importa la mayoría ó minoría de los demás, considerando que en ningun estado hay duracion ni perpetuidad, y que llegado el fin de la vida se acaba todo y se arrepentirán de haber seguido sus vanos propósitos cuando no tengan remedio para ellos ni para sí.

Volviendo pues á lo que se debria ordenar y prevenir en los reinos para su defensa y ofensa de sus enemigos, sería elegir y nombrar varones fuertes aprobados, nobles, ricos y desinteresados que solo aspirasen á ganar honra al bien del reino y servicio de su Rey; y si me fuera dado discurriera mas en particular sobre esta materia, mas débese remitir este discurso á quien tiene el cargo y obligacion; solamente tomaré aquí atrevimiento para decir lo que siente el reino y ha llegado muchas veces á mis oidos, y es que á los reyes conviene dar oidos y audiencia á sus súbditos y vasallos y entender de raiz la justicia ó injusticia de los que la piden, porque muchas veces perece la de los que la demandan por esta causa y por las dificultades y dilaciones que hallan. Especialmente conviene saber con puntualidad y verdad los sucesos y estado de las cosas graves de importancia sin representarse las revocadas y disfrazadas con artificios y colores que oscurecen la verdad y viene á no ponerse remedio al tiempo que fuera coyuntura y oportunidad: para lo cual se debe quitar el velo que por despertar la grandeza ó por otras causas que no digo se pone á las cosas que se debian representar á los reyes desnudas y limpias, aunque sea á costa de algun sentimiento, pues con esas obligaciones le dió Dios el cetro y corona. Mas porque esta no es materia para dilatarla en este lugar, se quedará á la consideracion de quien todo lo sabe por la grandeza de valor, prudencia y sabiduría que le comunicó el cielo, que es el Rey Ntro. Señor, á quien le conceda tambien la largueza de vida que pide la necesidad de tantos y

tan grandes reinos y señoríos que con su favor y magnanimidad los mantiene en justicia y tranquilidad.

CAUSAS DE LAS ENEMISTADES DE ALGUNOS REINOS Y PROVINCIAS CON ESPAÑA.

Ya fueron tiempos en que los católicos reyes de España se contentaron con lo que de ella poseian por no ser tan poderosos que pudiesen adquirir y juntar á la corona de Castilla otros reinos. Y puesto que tenian guerras y competencias, porque siempre las hubo en el mundo, eran solamente con otros reyes sus comarcanos por algunas pretensiones ó por restaurar las ciudades y fuerzas perdidas y poseidas por tiranía, ó por ser justo tener guerras y competencias con los moros enemigos declarados contra la fé católica. Al fin, corriendo los tiempos, fué creciendo su grandeza y señorío con las victorias habidas y aprension de mayores Estados. Cuando mas iban creciendo en potencia tanto crecia la envidia de otros reyes cristianos de adonde se seguian nuevas dificultades, ocasiones de guerra y disensiones todas al parecer justas porque ó sucedian en defensa de sus reinos ó en conquista de lo perdido, sobre que no hay para qué traer historias apropósito pues en las de España están copiosamente escritas por diligentes historiadores. Llegados á estos tiempos con tan varios acontecimientos como se han visto, vemos que las discordias y enemistades han subido tanto de punto que no parece llegar á mas ni ser posible, ni el entendimiento se resuelve en que será el fin y paradero de tantas desventuras, tantas guerras, tantos enemigos declarados y atrevidos, los cuales todos aspiran y procuran ofender á España. Todos estos dán algunas razones en su defensa y justificacion: los moros dicen que por la diferencia de las leyes están obligados á te-

nerlas con los cristianos y por las injurias que les han siempre hecho desarraigándolos de la posesion del reino de Granada, y tomádoles en las costas de Berbería las fuerzas que le tienen ocupadas, sin otras infinitas razones que aquí no se dan: los ingleses y flamencos se quejan diciendo que ellos siempre han procurado la paz y la desean, y que el rey de España la deberia tener con ellos dejándolos en sus reinos y provincias quietos, sin desasosegarlos con guerras, viviendo en la secta que ellos quisiesen y que haciéndolo así lo reconocerian por señor y acudirian con los tributos debidos los que fuesen sus vasallos, con que parece dar algun color á su causa. Mas esto no tiene fuerza ninguna despues de bien considerado y entendido, porque los reyes de España, nunca, jamás, han tocado en tiranía, antes han guardado siempre esta órden inviolable con grande religion. Esto se prueba porque si hubieran aspirado á solo adquirir estados con tiranía segun han sido y son tan poderosos hubieran conquistado y señoreado la mayor parte del mundo: cierta prueba es de esta verdad cuando el invictísimo César Cárlos V, prendió en Pavía al rey Francisco de Francia, y le mató y prendió la nobleza de aquel reino con la fuerza que traia de capitanes valerosos, quedando el reino sin señor, y sin las fuerzas que su rey habia juntado para aquella batalla, pues pudiera seguir la victoria y apoderarse del reino con facilidad, y no solamente no lo hizo considerando no ser reino suyo, y que era de cristianos, mas despues de tenerlo en prision en España le dió libertad y lo casó con madama Leonor su hermana. La misma clemencia y generosidad mostró contra los rebeldes sajones y alemanes, cuando habiéndoles vencido y preso en la batalla que les dió á las riberas de Albis, les dió libertad y restituyó en sus estados pudiéndose apoderar de ellos y desposeer á los rebeldes que se habian revelado. Con ser Tunez ciudad y reino de enemigos, aunque la conquistó, no quiso

mostrar codicia ni olor de tiranía, antes la dió y entregó á su rey natural que le vino á pedir favor contra el tirano que lo habia desposeido. Sin estos se podrian traer á propósito grandes casos sucedidos y en el discurso de su vida en que escedió á todos los emperadores y príncipes pasados. D. Felipe nuestro señor, hijo y heredero suyo, siendo aun príncipe cuando ganó á San Quintin pudiera pasear el reino de Francia con facilidad, segun el poderoso ejército victorioso con que se hallaba, y por guardar este órden no trató de ello ni lo intentó. Pues en la aprension y sucesion del reino de Portugal por la infeliz muerte de D. Sebastian su sobrino, bien se sabe que pudiéndolo allanar con su grande poder no lo hizo, antes remitió su justicia, y derecho á la determinacion de las leyes y de la Sede Apostólica. No digo de otras conquistas que pudiera haber intentado y salido con ellas si tocara un punto en ambicion, porque sería larga historia, basta quedar probado que los reyes de Castilla son los mas católicos y firmes en la fé de toda la cristiandad, guardando inviolablemente las leyes de la justicia en todas sus empresas, y á lo que los hereges y enemigos de Dios y del católico rey dicen que los dejen en paz y que se tenga y conserve con ellos, quedan concluidos con que sería cosa fea y quiebra grande, tener paz y amistad con gente que no la tiene con Dios ni con su iglesia católica romana, apartándose de las divinas leyes y guardando las que les enseña la sensualidad y el vicio de la libertad, por lo cual cabe en buena razon, y aun en obligacion precisa, el tomar á su cargo y cuidado de velar á gente infiel, dada por cismática, y declarada por la Santa Sede Apostólica, último refugio de la verdad católica.

Por manera, que la verdadera conclusion de esta duda, es que los reyes de España si tienen guerras y competencias, es ó con los rebelados vasallos suyos, como son algunas provincias de los estados de Flandes, que siendo

como son, patrimonio antiquísimo suyo, le han negado la obediencia y levantádose contra su real Corona, aliándose con ingleses, hereges, cismáticos, por gozar de la libertad de conciencia, que aquella perversa secta les concede y permite. Esta conquista ya se vé y entiende cuán justa sea, pues se pretende lo que es propio, y la reduccion á la ley católica, pues cuando no fuera patrimonio suyo, la obligacion de volver por la causa de Dios obliga á procurar traerlos á la obediencia de lo uno y de lo otro. Todos los demás reinos y estados que D. Felipe nuestro señor tiene y posee son adquiridos con justo título y ninguno con violencia ni tiranías. La conquista de las Indias orientales y occidentales, aunque á juicio de los insipientes fué entrarse en posesion agena, fué la mas loable y valerosa hazaña de todas, digna de inmortal fama por haber sido con celo de reducir la gente bárbara de aquellos grandes y remotos reinos al conocimiento del verdadero Dios, y dádoles la doctrina verdadera de que carecian, y el demonio tenia introducida la falsa suya, estando apoderado de todas aquellas naciones engañadas. Mas como el que niega á Dios ninguna cosa justa le parece bien, porque ama y sigue lo injusto, todas estas conquistas tan justificadas y necesarias, les parecen impropias y violentas, y como andan ciegos en lo principal, necesariamente han de venir á ser confundidos y castigados de la poderosa mano, poniendo por instrumento á los reyes de España y á sus súbditos que con tanta entereza y religion guardan la fé que deben á Dios, á su ley, á su rey y á su naturaleza.

Gozaba España de un siglo felicísimo, tal que en muchos de los pasados despues que fué poblada por Tubalcain, nieto del Patriarca Noé, ya pasado el diluvio general, no se habia visto tan próspero y bienaventurado, tanto que todos los imperios, reinos y provincias extrañas le reconocian superioridad, siendo de todas temida, envidiada y res-

petada, y en lo secreto aborrecida por ver su gloria, nombre, magestad y grandeza. Estaban todas las Españas reducidas y sujetas á la corona de Felipe II, rey potentísimo, católico, celoso del culto divino y del gobierno de sus grandes reinos, mantenidos en tanta justicia, que todos los brios y altivos pensamientos que suelen nacer de la libertad en los súbditos, estaban enfrenados, reprimidos y templados de suerte que todos, así grandes como pequeños, eran conservados en igualdad de justicia. De lo cual se seguia la quietud y tranquilidad universal, la satisfaccion comun y la seguridad de cada uno, segun su estado, así de sus repúblicas, moradas y haciendas, como en los despoblados, cosa que nunca se vió jamás en su punto; porque como habia España estado dividida en diversos reinos y señoríos, haciendo cabeza de ello á las ciudades que mas autoridad tenian como es Toledo, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y otras, así de cada una de las cuales habia un rey, los antiguos sucesores no habian sido tan poderosos que pudiesen allanar todas las dificultades que les ofrecian, disimulando con su valor y prudencia lo que entonces no era posible corregir, ni reprimir con las armas.

Corriendo los tiempos y en ellos sucediendo extraños casos, ya prósperos, ya adversos, vinieron por divina ordenacion á reducirse todos estos reinos, sin otros del Nuevo Mundo, á un solo Señor y rey, de cuya potencia, ser y valor natural resultó la satisfaccion universal, el temor y respeto, la firmeza en la fé católica y conservacion de ella.

Creció España en opulencia de riquezas por las inestimables que le ofrecian de ordinario las Indias orientales y occidentales, sin otras provincias, amigas ó sujetas, de oro, plata, perlas, drogas y otras cosas de inestimable valor; tanto que no se halla ni sabe en historias ni memorias antiguas haberse visto tantas ni en tanta copia despues de la creacion del mundo, en ninguna edad, imperio ni mo-

narquía, tanto que no se pueden comparar con ellas las del rey Salomon, que juntó para edificarle templo á Dios, porque aquellas, aunque fueron innumerables como de la divina escritura se colige, solamente fueron las que bastaron para tan admirable fábrica. Mas las que en espacio de cien años han entrado en España, dejando los mercaderes pasajeros en cambio y recompensa en aquellas remotas provincias del Perú, Nueva España y otras Islas, vino, aceite, paños, sedas, lienzos y otras muchas cosas de que allá carecian y España abunda, son innumerables, de las cuales han participado todos los reinos y provincias extrañas, y enriquecídose de tal manera sacando la moneda con sutiles artificios é invenciones, que con ella se quieren hacer guerra en recompensa de tanto beneficio y España está falta y necesitada de ella, lo cual se deberia remediar, pues esta abunda de cuantas cosas son necesarias para la vida humana, sin haber menester las que de otras partes se traen, con cuyo cebo chupan y sacan estos preciosos metales, dejando en recompensa cosas corruptibles y que cada dia son necesarias.

Resulta otro daño mayor, y es darse las gentes al ócio y á solo procurar dinero, porque con él compran las mercaderías extranjeras que se darian en España con mucha abundancia, si les faltasen las que traen de otras partes, y si los hombres se diesen á labrar las tierras, criaríanse fuertes y robustos, y el reino abundaria tanto de moneda que tuviera fuerzas para emprender cualesquier conquistas, y los reyes tendrian tanta abundancia y prosperidad, que no les fuese necesario fatigar á sus vasallos con demandas forzosas y necesarias. Y puesto que esta prosperidad corre generalmente por todo el reino y es alguna parte para descuidarse de las armas, no ha pervertido la natural inclinacion á los españoles de ser sufridos en las adversidades; industriosos en las conquistas, leales y obedientes á

sus reyes y firmes en la fé católica, en la cual pocas naciones hay que no estén corrompidas ó tocadas del contagio de la heregía. Sola España, Italia, y algunas otras provincias católicas permanecen firmes y constantes, premisas de acrecentamiento y felicidad.

Es la nacion española de su natural inclinacion altiva de pensamiento, indómita en los ánimos, que aun siendo sojuzgados en diversas ocasiones, guardan aquella fortaleza interior sin que la derribe ni enflaquezca la infelicidad, porque en viendo la suya aspiran á la reduccion de su libertad y á quitarla á quien los pensó supeditar: lo cual se ha visto en todas las ocasiones, de que podrian dar testimonio Roma y Cartago y las competencias con todo el mundo, hasta en su pérdida y destruccion tan lamentada y celebrada de los escritores cuando D. Rodrigo rey Godo la perdió, que se conservó en las montañas una centella de valor y libertad con que se volvió á restaurar parte de su caida y á irse levantando poco á poco hasta volver á su felicidad y antigua libertad, y aquella universal pérdida presume la piedad católica haber sucedido por pecado de los hombres, los cuales acobardan los ánimos, pervierten y turban los entendimientos, debilitan las fuerzas, tuercen los consejos de suerte que en todo se yerra, porque quiere Dios que en todas nuestras obras y pretensiones, tomemos por principio y fundamento su favor y voluntad. Y como de tantos trofeos, tantas victorias ganadas, tantos enemigos rebelados y tantos reinos atraidos á la obediencia de España, y finalmente de tanta felicidad en todo, se engendrase una general confianza, de que pues ya tenia levantados sus estandartes en la cumbre de fortaleza sin temor de poder bajar en ningun caso, punto de su presuncion y autoridad, corrió un descuido universal por todos los ánimos y un seguro y satisfaccion tal, que pudiera serle muy dañoso, porque la nobleza con la prosperidad,

el estado eclesiástico con su quietud y opulencia, el resto de otros estados con sus granjerías, tratos y ganancias, todos habian pospuesto y dejado el uso de las armas como cosa impertinente y no necesaria, debiendo considerar la poca firmeza y duracion que hay en las cosas, y que el cuidado y recelo de lo que podria suceder debe tener atentos y celosos los ánimos para cualesquier acaecimientos, pues no es negocio dificultoso, ni costoso el tener cada cual en sus casas armas bien aprestadas y prevenidas, aunque no sea mas de por parecer verdaderos hombres (1) y cuando las armas no sirvan para las guerras, podrán servir para las ocasiones particulares que á los hombres se les ofrecen, y aun es indicio de ánimo noble y fuerte preciarse de las armas, pues estas las remitió la suma Providencia á la industria del hombre, no dándoselas naturales como á los animales irracionales, por no darle aquella perpétua carga, ó por ventura para darnos á entender la paz y quietud que el hombre debe tener con los de su naturaleza; mas ya que la malicia ha pervertido esta virtud y las cosas corren por otros caminos, siendo todo guerras y disensiones, es bien que para ellas esté prevenido por lo que podria suceder.

Dejó, pues, por las causas dichas, España el uso de las armas, remitiéndolas á la corrupcion del tiempo, el cual usando de su condicion y haciendo el efecto que suele en todas las cosas, las vino á consumir de manera, que casi no habia rastro de ellas, faltó el ejercicio militar dándose los hombres á otros gustos mas dañosos y menos importantes. Criábase la juventud en regalos, en vicios y ociosidad, los que debieran criarse entre las armas y loables ejercicios para corresponder á los antepasados de quien ellos heredaron la nobleza, como lo hacian los nobles romanos enviando á sus hijos, niños de poca edad, antes que la inclinacion

(1) Nadie sin armas es hombre, por lo cual dijo el poeta: al hombre la espada, y á la mujer la rueca.

del vicio los despertase, á las cacerías del campo para hacerse fuertes y apartarlos de las ocasiones, y cuando algo mayores, á los ejércitos de Roma debajo de la disciplina de los capitanes para que fuesen aprendiendo el arte militar y perdiesen el miedo á los enemigos, porque el vicio y ociosidad, ninguna duda hay sino que crian los ánimos cobardes y tímidos y enflaquecen las fuerzas, sujétanse los cuerpos á mil diversas enfermedades, las inclinaciones siguen la costumbre comun acomodándose á la que corra: bien es verdad, que cesando la causa, cesa el efecto; y así como habia tranquilidad y faltaba materia en que ejercitar los brios españoles por haberse acabado las conquistas y competencias con los moros del reino de Granada, aflojaba el cuidado de las armas y prevalecia el de la ociosidad.

Enfrenábanse y encogian las demás naciones con solo el nombre de España; negociaba y vencia con él mas que con las armas, porque vivia la memoria de cuando con ellas ganó el nombre y reputacion que tiene; y como que las cosas que no tienen firme fundamento jamás pueden permanecer ni ser durables, ni la flaqueza y negligencia en cosa tan pública pudo estar tanto tiempo encubierta, no faltaron espías enemigas que considerasen bien el estado en que España se hallaba, especialmente en lo tocante al cuidado ó descuido de las armas.

Estaban todas las naciones enemigas á la mira deseando ver bajada la altiva frente de España, y puesto que estos secretos enemigos contrataban en sus puertos y aun en todo el reino penetrando lo interior de él y sacando en trueco de impertinentes mercaderías grandes intereses y riquezas y la mejor sustancia de sus frutos, y con sutiles invenciones, como queda dicho, toda la moneda labrada de oro y plata que podian haber, haciéndoseles juntamente con esta permision, buen trato y regalado acogimiento, eran y aun son, estos extranjeros los malsines y espías que

comprendian la tibieza y negligencia de las armas, de todo lo cual daban avisos y noticia particular á los reinos y provincias de su propia naturaleza, haciéndoles capaces de lo que no sabian ni entendian, todo en nuestro daño, de lo cual se comenzaron á descubrir algunos atrevimientos que no solian, por mar, para tentar el vado y ver como se tomaban estas leves ofensas en sus principios, y saber por experiencia lo que entendian por relacion. Y visto que les sucedia bien, y que España dormia y no hacia caso de cosas menudas, acrecentábaseles el ánimo para maquinar é intentar mayores empresas y algunos como ofender notablemente y disminuir el alto nombre que en los pasados tiempos adquirió con su invencible brazo; y como el conformarse diversas voluntades de varias y diferentes naciones sea tan dificultoso y cada una de por sí no era poderosa para formar competencia, estábanse las intenciones suspensas, atentas y neutrales, mas los ánimos despiertos y deseosos de hallar ocasion, á medida de ellos. Dábales pena ver la grandeza y magestad del rey Felipe, nuestro señor, y la de sus poderosos reinos y señoríos, no pudiendo sufrir ni llevar con paciencia la superioridad, imperio y señorío suyo, tanto que no templaba este accidente la utilidad que se les seguia con ser tan importantísima la de su trato y la comunicacion, porque la enemistad, una vez arraigada acompañada de la envidia, no se deja gobernar ni regir por la regla y nivel de la razon, y la naturaleza y condicion del hombre es tan libre y exenta que si no es forzada y compelida, jamás se allana ni sujeta de su propia voluntad y conocimiento.

Tenia Francia, reino poderoso, viva en la memoria, la rota de Roncesvalles cuando el valeroso español Bernardo del Carpio venció en aquella memorable batalla á Carlo-Magno, matándole toda la nobleza que con él venia por impedir que no entrase en la corona de Francia la de España.

No menos estaba ofendida por las victorias alcanzadas de ella por los españoles así en tiempos pasados como en los de la conquista del reino de Nápoles, reinando en Castilla felicísimamente los católicos reyes D. Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, cuyas guerras, enemistades y competencias están copiosamente escritas por el Guichardino y otros graves historiadores, donde resplandeció el valor de la nacion española por sus armas, administradas por el de Gonzalo Hernandez de Córdoba, honrado de sus reyes con título de Gran Capitan, en la cual conquista, estando de acuerdo los dos reyes de España y Francia para dividir aquel reino entre ambos por partes iguales, porque cesasen las guerras, perdió el francés la que le fué adjudicada por contravenir y no guardar las capitulaciones aprobadas y confirmadas por nuestros reyes, por lo cual, echados y excluidos los franceses de Italia, quedó todo aquel fértil reino sujeto á la corona de Castilla.

Acrecentaban la enemistad con la memoria de la rota de Pavía, cuando el ejército imperial desbarató y rompió al francés, prendiendo á Francisco su rey, con la nobleza de aquel reino.

La pretension del estado de Milan, porque Francia suspira, avivaba el deseo de venganza, porque el francés decia venirle de derecho, siendo al contrario, porque el emperador Cárlos V y sus sucesores lo poseen con justo título.

No le daba menor cuidado la pretension del reino de Navarra diciendo ser patrimonio suyo con otras fuerzas en la raya que divide á España de Francia.

No fué menos lamentable la rota de Felipe Strozzi sobre la Isla de San Miguel, donde el marqués de Santa Cruz con muy inferior armada lo venció, echándole á fondo la mayor parte de la suya, habiendo dado favor para ello y hecho la costa la reina madre, á D. Antonio, indigno

pretensor del reino de Portugal para apoderarse de las Islas de San Miguel y la Tercera, donde el D. Antonio tenia puesto presidio de franceses y huyendo vencido y corrido, se embarcó en un patache y volvió á Francia á dar la triste nueva donde no fué bien recibido por tan mal suceso por su causa.

Esta, y otras muchas causas, la grandeza de España, su alto y temido nombre por todo el universo, tenia aquel reino suspenso, envidioso y encogido, tanto que ofrecida ocasion en competencia del emperador Cárlos V por engrosar el rey francés sus ejércitos para poder resistir ó destruir si pudiera á su competidor, se confederó con el turco; el cual le envió su armada, y por el puerto de Marsella dió entrada á los turcos libre y amigable haciéndoles regalado acogimiento en sus puertos y lugares marítimos, cosa indigna de rey y reino católico, lo cual dió ocasion al mundo para sentir mal y murmurar de tan perversa determinacion, y aun es parecer y juicio comun haberle sobrevenido por estas causas á aquel reino tantas calamidades, así de guerras civiles, como de perversion en la fé católica, con tan varias sectas, y opiniones heréticas, para castigo de tan grande error y maldad porque muchas veces, por secretos juicios de Dios pagan los hijos los pecados y excesos de los padres, y los súbditos vasallos por los de los reyes sus señores naturales.

Tenia Italia viva en la memoria la opresion y yugo de la española nacion cuando los españoles la pisaron y allanaron poniendo á su obediencia las fuerzas de ella habiendo pasado los Alpes debajo de la disciplina de Borbon, famoso capitan, hasta retirar al vicario de Cristo Clemente VII en Sant Angelo, castillo fuerte de su palacio sacro y triunfar de la cabeza y señora del mundo Roma: acordábase así mesmo de aquel tiempo cuando ella estuvo en su mayor potencia y su magestad, teniendo sujetas á su obedien-

cia y devocion, casi todas las tres partes en que se divide y considera la tierra, y como el ser sujeto y oprimido el que fué señor libre temido y respetado, teniendo á su obediencia á quien despues le es forzoso reconocer superioridad, sea cosa tan dura y pesada, los romanos, acordándose de aquellos siglos venturosos y bien afortunados, lloran y sienten los presentes y con interior sentimiento llevan y sufren el yugo que forzados admiten sobre sus cuellos, de adonde proviene el dolor y enemistad de aquellos estados, dejadas aparte otras muchas causas particulares de casos sucedidos contrarios á su gusto y pretension.

Los estados de Alemania, corrompidos é inficionados de la secta perversa luterana, consigo se traen la enemistad y aborrecimiento contra los que siguen y guardan la verdad de la Iglesia católica romana teniéndoles por enemigos declarados, y ofendidos de los ejércitos españoles, cuando pasaron con Cárlos V emperador y sujetaron todas aquellas provincias remotas y rebeldes al Imperio compeliéndolos á venir y reducirse á su obediencia por fuerza, de adonde vive y permanece aquella que tienen y juzgan por ofensa deseando la ruina y declinacion de España.

Habiendo por pecado de los hombres, entrado el contagio de la perversa secta luterana en los estados de Flandes é inficionándolo con aquel pestífero veneno, engendróse juntamente el rencor y enemistad contra los católicos firmes en la fé, como contra gente distinta de su perversa ley. Rebeláronse tambien contra su natural rey y señor D. Felipe II, y para salir con su intento, eligieron por cabeza que los gobernase y defendiese al príncipe de Orange hereje luterano, el cual tomó á su cargo la empresa; y como el católico y cristianísimo rey viese tan grande desvergüenza y atrevimiento, así contra Dios como contra su real corona, propuso tomar enmienda de ello, interponiendo la autoridad y potencia, tanto por haber llegado y desviádose

de la obediencia de la Iglesia católica, como por ser aquellos estados su antiguo y real patrimonio. Primero quiso tratar por medios pacíficos la paz y reduccion, dándoles por gobernadora á la serenísima madama Margarita de Austria, su hermana, duquesa de Parma y Plasencia; y puesto que esta señora mostró su valor y prudencia en el gobierno procurando por todos los medios posibles reducirlos á la obediencia del rey su señor, como á la de la Iglesia católica romana, fué creciendo la desobediencia en aquella gente inconstante y variable, que cansada y enfadada pidió licencia al rey su hermano para volverse á sus estados y descansar de tan graves y pesados negocios; fuéle concedida habiendo primero dado el cargo de gobernador y general de aquellos estados á D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, el cual lo aceptó y procuró sosegarlos y reducirlos á la obediencia de su rey y de su ley, así con medios y condiciones puestas en razon, como con el rigor necesario; mas como era gente de su natural condicion inquieta y variable, no hizo todo esto el efecto que pretendia.

Viendo el duque la obstinacion de algunos señores y la del comun, informado de que los principales removian humores secretos, pareciéndole que haciendo un castigo ejemplar se enfrenarian los ánimos libres y atrevidos, siendo el mejor medio para pacificar alteraciones y dificultades la templanza y mansedumbre con prudencia, pues las fieras se doman y amansan tratadas con suavidad y regalo, y con el rigor se embravecen, hecha averiguacion de las culpas mandó cortar las cabezas al conde de Egmont y al de Hornos, cosa que espantó al mundo é incitó de nuevo los ánimos para la venganza, en lugar de pacificarlos y domarlos con el rigor de aquel castigo, por lo cual las cosas se pusieron en peor estado, creció la indignacion, la desesperacion y el ódio de tal manera, que casi todos los estados de Flandes negaron la obediencia á su rey y señor natural, y los

que en las apariencias se mostraban leales, en lo interior estaban inficionados y enemigos como los declarados; y puesto que se trataron de medios y se hicieron muchas nuevas capitulaciones que prometian al parecer paz y concordia universal, como de parte del católico rey no se les concedia la permision de su falsa religion, nunca se guardaron ni llegaron á efecto.

Cansado el duque de Alba de tratar con gente tan inconstante y variable, deseando quietarse y descargarse de cuidados por su mucha edad, pidió licencia á S. M. para volverse á España, á su estado: fuéle concedida, y en su lugar fué nombrado D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, el cual partió luego para Flandes. Con su llegada y los blandos y suaves términos con que comenzó á administrar, parecia que se pusieran estas revoluciones en buenos términos, porque mostró mucho valor y prudencia cual se requeria en negocio tan árduo. Mas aunque puso de su parte todos los medios posibles, y pasaron grandes cosas que no son para la brevedad de esta relacion, cuando pareció que se iban concluyendo dificultades, y que la disposicion de los negocios iba prometiendo sosiego y conformidad, adoleció el comendador mayor y agravándole la enfermedad, dió el ánima á su Criador. Con su muerte se volvieron á empeorar las disensiones, y á resucitar nuevos humores y dificultades, tanto, que pareció á S. M. para sosegarlas, nombrar por gobernador al serenísimo D. Juan de Austria, su hermano, el cual entrando en aquellos estados con su gran valor y prudencia templó algun tanto el atrevimiento de los sediciosos. Tuvo reencuentros notables usando ya de rigor, ya de clemencia conforme á las ocasiones que se ofrecian: al fin la muerte, que á ninguno perdona, parece que tuvo envidia de sus heróicas hazañas y buena fortuna, y de enfermedad de tabardillo, murió en Namur quedando un perpétuo desconsuelo,

así en todo el estado seglar como en el eclesiástico, en cuya defensa y ensalzamiento ponia todas sus fuerzas y felicidad. Este católico príncipe dícese que sintió mucho el sacar los presidios de españoles que tenian las fuerzas mas importantes de Flandes por mandado del rey, á instancia y peticion de los flamencos, porque estos presidios eran el freno y los que aseguraban aquellos estados. Pareció á S. M. que condescendiendo á su ruego y dándoles gusto en ello, los obligaria á seguir su voluntad y lealtad debida, lo cual ellos ofrecian con grandes encarecimientos. Hízoseles esta gracia, porque de no condescender á su ruego parecia mucha desconfianza de sus ofertas y juramentos y que perdia punto de su grandeza en mostrar temor alguno de nueva rebelion; y aunque esto fué magnanimidad y determinacion de pecho heróico y real, la experiencia ha desengañado. En los casos dudosos se debe estar siempre á lo mas seguro; lo mismo sintieron y juzgaron los capitanes y soldados viejos adivinando lo que habia de suceder, como se vió luego, porque como quedaron aquellos estados libres del yugo que los sujetaba, pudieron con mas libertad y atrevimiento rebelarse de todo punto; finalmente, ningunos medios, tratos de paz, ejércitos ni excesivos gastos que en la conquista y reduccion de ellos se han hecho despues han bastado para traerlos y reducirlos á obediencia.

Para conclusion de tanta porfía, envió S. M. al príncipe Archiduque Alberto, su sobrino, el cual, puesto que ha mostrado el valor de su real sangre en procurar pacificarlos y para ello apoderarse de la ciudad de Gales, puerto y plaza importantísima para sus pretensiones, como no se negocia con la permision que ellos quieren en lo de la fé, no solamente no ha tenido efecto, mas de nuevo se han indignado los ánimos en general y las cabezas en particular de aquellos potentados, ofendidos que les hubiesen ocupado aquella ciudad, paso y almacen de todas las contrataciones

suyas, de suerte que por esta causa y por las demás de su mala inclinacion se han aliado y confederado unos con otros, poniendo cada cual todo su poder para molestar y ofender á España que tanto bien les ha hecho y pretende hacer de nuevo con atraerlos al verdadero conocimiento del error en que están rebeldes y obstinados.

Inglaterra, reino fuerte y poderoso, es quien mas ha mostrado la enemistad contra el rey nuestro señor y contra la católica religion, haciendo con sus armadas por mar grandes daños en las de España que van y vienen á las Indias; y como las flotas nuestras han cursado aquella carrera con tanta seguridad sin temor de enemigos piratas, que así se pueden estos llamar, ni ir prevenidos de gente y armas que las defiendan, si no es de gente pasajera, pacífica, desarmada y descuidada de semejantes encuentros y robos y las naos cargadas de todo género de mercaderías, cuando van á aquellas provincias, y cuando vienen, de plata y oro, y el mesmo daño en otras naos de otras naciones que contrataban con España, y como los ingleses salian de sus puertos apercibidos de solas armas, artillería y municiones con intento de robar con facilidad, rendian á cualesquiera naos que encontraban y las robaban llevándoles los bajeles con que acrecentaban el número y fuerzas de los suyos, echando en tierra en barquillos desapercibidos, ó dejándolos á la ventura por la mar á los marineros ó señores de ellas.

El principio de las enemistades de este reino de Inglaterra con el de España, fué la perversion del rey Enrique VIII apartándose de la obediencia de la Iglesia católica romana; forzado de la sensualidad, y ciego de ella repudió á su legítima mujer Doña Catalina, tia del emperador Cárlos V y casóse con Ana Bolena, mujer de baja suerte, á quien despues hizo cortar el rey la cabeza por adúltera; y como el Sumo Pontífice le quisiese compeler con censu-

ras á que no lo hiciese, sino que hiciese vida maridable con su legítima mujer, ofendido de esto comenzó á apartarse del gremio y obediencia de la Iglesia católica y á tener y admitir los errores de Martin Lutero y de otros heresiarcas; y como sea natural cosa, todos los miembros participan de la ofensa y sentimiento de la cabeza, comenzaron los allegados y favorecidos del rey inficionado, á probar sus falsas opiniones y á conformarse con su voluntad diciendo ser justo cuanto hacía y condescendiendo en todo con su gusto. Tanto puede atraer á sí la autoridad de un príncipe y la ambicion y codicia de la privanza que por conseguir sus fines y pretensiones los que no temen á Dios posponen las leyes divinas y humanas ciegos del depravado apetito, sin acordarse de lo que son y para qué fueron criador, ni temer la justicia divina, teniendo en mas los bienes y favores violentos y perecederos, que los firmes y verdaderos que nos promete el verdadero desengaño.

Fué esta novedad del rey Enrique atrayendo é inficionando á los principales de aquel reino y mas allegados suyos y de esto fué cundiendo y extendiéndose el veneno por la gente media y luego por la mas humilde hasta corromperse de todo punto aquel miserable reino y apartándose de la fé católica guardada con tanta religion y firmeza por mas de mil años, que fué su conversion: bien es verdad que muchos quedaron libres de este veneno, mas estos mostraban en lo exterior otras cosas por no perder sus vidas y haciendas y en lo interior lloraban viendo tanta desventura; mas como estaban ciegos y persuadidos de sus errores, no se persuadian en que una religion y doctrina tan aprobada, tan examinada y apurada y tan comprobada con tantos milagros, con tantos santos varones de su nacion y con doctísimos y sapientísimos doctores que escudriñaron y apuraron la verdad y resoluciones católicas cuanto les fué posible, la antigüedad y gravedad de reli-

gion tan examinada por los sacros concilios, congregaciones y sínodos, por tantos sumos pontífices, mártires y confesores, todos sábios y prudentes, celosos de la honra de Dios y de la autoridad de la verdad, los cuales con particular investigacion procuraron sacar en limpio los documentos y resoluciones verdaderas que tiene y guarda inviolables la iglesia católica romana. Y cuando todas estas razones no bastaren á persuadir á estos perdidos, bastaria considerar la limpieza y hermosura de todo lo que manda y guarda y la correspondencia de la ley de gracia con la de escritura y con la primera que fué la de naturaleza, la consonancia y armonía que todo hace entre sí, las profecías con lo profetizado y la comprobacion de toda la iglesia universal, esto sin otras muchas razones que se podrian traer á propósito para confusion de estos hereges, llenos de ignorancia y ceguedad; y no sé qué mayor que seguir la opinion de un solo hombre que fué Martin Lutero, en quien tantos vicios se conocieron, y que la ira contra el sumo pontífice por no haber condescendido con sus pretensiones le provocó á vengarse inventando tantas herejías en daño universal de la cristiandad y por derribar la mitra pontifical, y como promete en sus falsas opiniones libertad de conciencia, el vulgo ignorante sigue la corriente de tan grandes desatinos; y los entendidos que debieran huir de este contagio, provocados de lo mismo y del vicio que los atrae, déjanse llevar de la misma pasion. Y es lástima que estos desventurados piensen y se persuadan á creer que ellos solos han entendido y dado el verdadero sentido á las divinas y sagradas letras; lo cual todo ha sido ilusion del demonio para conseguir su fin que es la condenacion de las almas: pues cuando otra razon no les persuadiera sino ver que son ellos singulares en sus opiniones, deberian seguir la comun, pues es cierto que menos se engañarán ciento que diez, y menos 500.000 santos y sapientísimos teólogos y letrados que un

desventurado herege obstinado, que por no darle el sumo pontífice un capelo, por su indignidad, torció, como dicho queda, el verdadero sentido de la doctrina católica, sólida y firme y sembró zizaña en la Iglesia de Dios, de donde han nacido tantas espinas y abrojos como vemos; y como es infinito el número de los insipientes, ha prevalecido entre ellos lo que debiera ser abatido y menos poderoso.

Era en aquel reino tan venerado el culto divino y tanta la cristiandad en general, que les era dado á los reyes título de cristianísimo, no hallando cosa con que mas poderlo honrar. Cesó luego el culto divino, deshiciéronse las reliquias padeciendo martirio muchos siervos de Dios, y otros muchos ingleses acobardados del rigor con que los hereges los perseguian, disimulaban mostrando estar de su opinion, aunque en lo interior guardaban su anterior y verdadera ley. Profanáronse los templos y cosas sagradas, constituyéronse leyes nuevas de la nueva, impía y perversa religion, de lo cual sentido y ofendido el estado católico, tuvo desde entonces por cismático aquel reino, y por su enemigo declarado. Comenzáronse las guerras y enemistades, las cuales de cada dia han ido mas creciendo y enconándose hasta que Dios con su misericordia mude las voluntades y les dé luz con que vean la obscuridad en que han estado, y su santo nombre sea alabado y reverenciado en todas partes.

Tuvo el rey Enrique dos hijas, la una llamada María, y la otra Isabela. Muerto su padre, sucedió en el reino María por ser la mayor: esta viendo que su hermana se inclinaba y admitia la falsa y nueva secta en que la industrió y persuadió un confesor suyo herege, porque el daño y corrupcion no pasase adelante, como católica reina y cristianísima, puso á Isabela en prision en un castillo fuerte, con determinacion de que si no se redujese al verdadero conocimiento dejarla allí perpétuamente con guarda de católicos hasta que acabase la vida.

Tratóse en este medio tiempo, el casamiento del príncipe D. Felipe Ntro. Sr. que ahora reina felicísimamente en las Españas con la reina María de Inglaterra: este casamiento procuró efectuar el invictísimo emperador su padre así por reducir aquel reino á la obediencia de la Iglesia católica romana, de que se iba desviando y corrompiendo, como por travar deudo y hermandad con aquel reino tan poderoso y dar sucesor católico, hijo de tales padres, el cual lo limpiase de aquel contagio y conservase en su autoridad y permanencia la ley católica. Efectuáronse los casamientos, pasó el príncipe á Lóndres con la magestad y acompañamiento de príncipes y señores debida á su grandeza, ya llamado rey de Inglaterra, aunque los ingleses no fueron de parecer que lo fuese ni se nombrase rey, sino gobernador. Celebráronse las bodas y viendo que la reina no concebia, fué acordado que el príncipe de España se volviese á ella, porque asi convenia por muchas causas y que quedase la reina en el gobierno de su patrimonio. Mas antes de la partida pidió á la reina su muger diese libertad á Isabela su hermana, esto por habérselo pedido ella, segun dicen, desde la prision, por cartas con grande encarecimiento, y aunque le fué pesado y dificultoso á la reina el concederlo, hubo, al fin, de hacerlo por obedecer y dar gusto á su marido.

Corriendo los tiempos murió la reina católica: los ingleses dieron luego la obediencia á Isabela, hereje cismática, la cual, luego que fué elegida reina comenzó á seguir ó perseguir,por mejor decir, á los católicos, y á su falsa secta darle autoridad con tanta constancia y perseverancia que se acabó de corromper aquel reino de todo punto sin ser parte los católicos que quedaron, que eran muchos, á resistir el poder de los hereges poniéndolo en el miserable estado que ahora le vemos. Quien quisiere mas por estenso ver el discurso de esta historia lea el libro que escribió Rivade-

neira, padre de la compañía de Jesus, doctísimo varon y singular en santidad y doctrina, llamado el *Cisma de Inglaterra*, donde verá con grande elegancia y verdad todo lo sucedido sobre esta materia y hasta donde han llegado la maldad de los hereges y su ceguedad y desatinos. Llamóse luego la reina cabeza de la Iglesia católica diciendo que á ella pertenecia la determinacion de lo espiritual y temporal de su reino, y sin este, tuvo y tiene otros infinitos errores y desatinos desviados de la verdad firme y pura, guardada como dicho queda, en aquel reino con grande constancia y religion por muchos siglos y confirmada por casi 1600 años por la Iglesia católica universal, pues cuando otra razon no los persuadiera á estos desventurados engañados por el demonio, y á este reino á quien dió Dios entendimiento para hacer distincion de lo bueno á lo malo y de la verdad á la mentira, como lo hace de la luz y las tinieblas, habian de considerar, arrimándose al primer capítulo del Génesis, que Dios no hizo cabeza á la muger sino al hombre, y siendo la Iglesia católica esposa de Jesucristo no le habian de dar á una muger falsa, variable é incapaz de comprender las cosas altas y difíciles, sino á hombre como lo fué Jesucristo nuestro redentor en cuanto la humanidad, el cual fué el primer esposo y cabeza suya, y por la subida suya á los cielos dejó el poder á San Pedro y sus sucesores para que la administrasen y gobernasen hasta el fin de los siglos.

Hallábanse ofendidos otros estados, especialmente los de Holanda y Celandia por el impedimento y estorbo que D. Martin de Padilla, adelantado mayor de Castilla y general de las galeras de España les hizo los años pasados de 1593 y de 94 en el estrecho de Gibraltar, impidiendo el paso á los navíos que pasaban á contratar á levante, de diversas naciones; rindiendo y tomando con sus galeras muchos de ellos especialmente los que eran de hereges ó de

enemigos declarados, de lo cual ofendidos y agraviados pidieron á S. M. por sus embajadores los desagraviase. No se les dió el despacho y satisfaccion que ellos querian por no ser justa su demanda, por cuya causa quedaron muy indignados y desde entonces comenzaron á hacer liga y confederacion unos con otros para tomar venganza cuando pudiesen y la ocasion les diese lugar.

Las armadas, gente y prevenciones que España junta para cualesquier efectos son tan públicas y sabidas de todos mucho antes que se pongan por obra, que dan lugar y materia á los enemigos para que se aperciban y prevengan á la defensa, debiendo guardarse con grande secreto y religion las deliberaciones en casos tan árduos: por esta causa corrió la fama por todas partes de que la magestad del rey D. Felipe, nuestro señor, juntaba armada poderosa por mar contra Inglaterra, sentido de la que perdió el año pasado de 1588, yendo por general de ella D. Alonso Perez de Guzman, duque de Medina Sidonia, con la cual entendia tomar satisfaccion de sus atrevimientos, y reprimir los que se esperaban de corsarios porque era la mas lucida y poderosa que se habia juntado en muchos años atrás. Era de 130 bajeles, entre galeones, urcas, zabras y galeazas, sin otras muchas falúas y navios pequeños que la seguian, y veinte carabelas para servicio de ella, llevaba 19,000 soldados, gente de infantería bien armada, sin los aventureros y gente de mar que serian por todos 30.000 hombres: las prevenciones, bastimento, municiones y lo demás necesario para tan grande armada copiosísimo y con sobrada abundancia. Tuvo mal fin el suceso por nuestros pecados, de lo cual los enemigos cobraron ánimo y confianza para intentar mayores atrevimientos, aun para mas acreditarse en mas errores y herejías, persuadiéndolos su ignorancia á creer que el cielo favorecia la causa como justa: interpretacion y sentido de gente perdida y obstinada que siente poco y mal de la verdad católica.

Por todas estas causas y otras muchas que aquí no se refieren y por parecerles á los enemigos de España que tanta grandeza y potestad podria resultar en disminucion de sus estados, y tambien movidos de envidia, se confederaron y aliaron Inglaterra, Holanda y Celandia, con otros reinos y potentados; y hecha liga entre todos con grande presteza y secreto juntaron sus fuerzas por mar, ofreciendo cada cual las naves, gente de guerra, pertrechos, municiones y bastimentos que pudiesen, las cuales todas juntas hacian número de 157 velas. Determinaron con tan gruesa y poderosa armada limpiar la mar y hacerse señores de ella; y para mas enflaquecer y disminuir las fuerzas del rey nuestro señor, dar vista á la costa de España haciendo todo el daño posible en sus puertos, quemando y robando todas las naves y galeras, y galeones y otros cualesquier bajeles que hallasen en ellos, porque falto el rey de navíos no pudiese juntar armada que los pudiese contrastar ni ofender. Vinieron demás de estos con intento de apoderarse de la flota que estaba aprestada de vergas altas á punto de partir de la bahía de Cádiz y seguir su derrota para las Indias de nueva España, cargada de grandes riquezas y mercaderías de toda suerte.

Fué esta liga y junta de armada enemiga, puesta por obra con tanta presteza y secreto y tan á un tiempo en el puerto de Doblas (1) en Inglaterra que casi fué vista en la bahía de Cádiz, sin ser sentida ni sabido el intento de tan grande junta. Dió esta armada vela á los 13 de junio de 1596, y siéndole el viento próspero y favorable, llegó á vista de la costa de España á los 29 del mismo mes.

Era la armada enemiga, como dicho queda, de 157 bajeles, que tantos se contaron en la bahía de Cádiz, en que venian muchos caballeros y señores de ellos con oficios, de

(1) Se ha conservado en los nombres propios la misma ortografía del original.

ellos aventureros, y algunos franceses hijos de Monsieures, hasta 30 mozos de poca edad. Venian asimismo hasta 15,000 hombres de infantería bien industriados y armados, todos mosqueteros, coseletes y juqueros: los 2,000 de ellos sacados de los presidios de Holanda y Celandia, soldados viejos los cuales eran el nervio y fuerza de todo el ejército; los demás eran gente visoña, quintada, traida de casi por fuerza, aunque ya puesta en disciplina y órden de guerra. Venian en esta armada cuatro naos gruesas capitanas y otras cuatro almirantas, argumento de ser la liga de cuatro naciones ó reinos: por general de tierra de toda ella el conde de Essex. Los 20 galeones gruesos eran de la reina de Inglaterra: 24 naos de armada de Holanda y Celandia con gente flamenca y hasta 1,000 soldados viejos sacados de aquellos presidios: estas fueron los que mas enemistad mostraron y mas daño hicieron en ofensa de las reliquias y gente católica. El demás resto de la armada era de los otros estados y de naves compelidas y sacadas por fuerza de los puertos donde estaban contratadas por ser de mercancía. Tambien para hacer mayor ostentacion tomaban todos los navíos que encontraban por la mar y los hacian ir en conserva de la armada; por manera, que si se supiera con puntualidad la fuerza del enemigo pudieran tener mas ánimo los de Cádiz para resistir, porque realmente sacados hasta 50 galeones y naos gruesas, todos los demás eran filibotes y bajeles de poca consideracion no bien artillados, y la gente de pelea, visoña y canalla, cobarde, floja y para poco, como despues se vió bien por experiencia, cuando el daño no tuvo remedio.

Venia por general de la mar el almirante de Inglaterra llamado Cárlos Oloard, oficio propietario suyo, de aquel reino y grande en la dignidad: este era sobrino del duque de Norfork, á quien mandó descabezar la reina porque se queria casar con la de Escocia: era la principal cabeza de la armada.

La segunda persona era el general ya dicho conde de Essex que en opinion de todos era el mejor soldado que traia la armada, hombre prudente, arriscado y de buen consejo.

La tercera cabeza, era el conde mariscal llamado Francisco Vere que fué cabo en Flandes, de la gente que allí tienen aquellos estados.

Cuarta cabeza era Jorge Car, persona de autoridad y consejo: general de la artillería.

Quinta Cristobal Blon, coronel general tambien soldado viejo y persona de autoridad, padrasto del conde de Essex.

Venia en aquella armada Quatre Rale gran consejero, secretario que fué de la Reina y ahora general de una escuadra de Naos de la armada. El galeon en que este venia fué el primero que entró en la bahía y el que mas combabatió con el galeon de San Felipe, por ser muy fuerte, grande y bien artillado, y traer mucha gente noble de entretenidos de mas de la soldadesca ordinaria: á estos entretenidos hacía la costa este Quatre Rale, y los demás navios de su escuadra, artillería, marineros, municiones y bastimentos, todo á costa de la Reyna.

Los 24 navios flamencos y los 1.000 soldados del tercio viejo de Flandes, pagan los estados de Holanda y Celandia. El sueldo de la demás gente de guerra, fuera de muchos caballeros que estaban á su costa, los pagaba el general conde de Henriquez.

Demás de estos personages venia el conde de Sesiques, caballero mozo, poco práctico, que por su calidad es coronel de un tercio. Venia así mismo el conde Ludovico, flamenco, y el hijo de D. Antonio, pretensor del reyno de Portugal; este no tenia oficio ninguno sino como aventurero venia en esta armada, pobre y con muy poca aptitud del cual se hacia poco caso y su persona de poca representacion para pretensor del reyno: vióse que se inclinaba al

provecho de cosas y menudencias de hombre de poco espíritu y valor.

Partió toda esta grande armada enemiga del puerto de Doblas, principal de Inglaterra, á los 13 de Junio de 1596 años; y siéndole el viento favorable, dió vista á Lagos, pueblo y puerto en el Algarve, que es del reino de Portugal, haciendo los herejes antes de la partida un cruel sacrificio, pareciéndoles que con esto aplacarian el mar y los vientos y el cielo les sería propicio. Esto fué martirizar á tres sacerdotes, ingleses de nacion, católicos y alumnos de los seminarios de la compañía de Jesus, á los cuales quitaron las vidas en aquel puerto con esquisitos y nunca vistos tormentos, cuyas almas bienaventuradas volaron á las moradas eternas: murieron con grande constancia y firmeza en la fé, menospreciando el rigor de los tormentos que con brevedad se acaban.

El dar vista á Lagos la armada, fué á los 25 y 26 de Junio. Los de aquella ciudad despacharon avisos por toda la costa: llegó á Cádiz el que le tocaba á los 29, en que afirmaban estar el enemigo sobre Lagos con ochenta velas: la demás armada venia en seguimiento de ella, la cual por entonces aun no se habia descubierto. No se alteró la ciudad de Cádiz con esta nueva, ni hizo el caso que debiera, pareciéndole que ya esta armada viniese y entrase en su bahía, no se atreviera á poner gente en tierra, ni el pensamiento en acometerla, porque el general no podia estar advertido de su poca defensa, y así cesaria el atrevimiento de semejante empresa; y cuando en algo se desmandase, sería cuando mucho en hacer el daño que pudiese en algunos navíos que estaban en la bahía; y aun esto tenia dificultad, porque habia á la sazon en ella cuatro galeones bien artillados y apercibidos con soldadesca antigua, bien industriada y versada en trances arriesgados. Habia asímismo tres fragatas de armada no menos prevenidas en su

tanto que los galeones, diez y ocho galeras de España y hasta cuarenta naos de la flota que se aprestaba y estaba ya de partida para Indias. Sin esta armada habia otras dos naos que habian venido de Lisboa á cargar de trigo. Con toda esta fuerza de mar y con estar la ciudad cercada de muro nuevo y baluartes aunque terraplenados, por parte de dentro de la ciudad en la parte que mira á la bahía y á haber entrado 250 caballos de Jerez de la Frontera, y 50 de Chiclana, con alguna gente suelta, sin la de la ciudad que podria tomar las armas, parece que con todos estos reparos, tenia bastante defensa, de menos la que pudiera resistir y hacer rostro hasta ser socorrida de mas favor y gente que se esperaba de los pueblos comarcanos, que luego comenzaron á enviar compañías apriesa.

Mas como no habia jamás sucedido caso semejante tanto repentino y peligroso en aquella ciudad, ya á sus moradores parecia que estaba segura y bastantemente fortificada, porque no todos consideran lo que conviene y es necesario en materia de asaltos y fortificacion, sino es los espertos en guerra y casos semejantes; y así entendian que sería lo de esta armada lo que de la del Drac, famoso corsario inglés, apóstata de la verdadera religion y seducido á la falsa que profesaba Isabel su reina y señora á quien él servia, cuando con veinte y seis navíos de armada entró en la bahía de Cádiz en el año de 1587 y con no estar entonces cercada la ciudad, sino abierta por todas partes sin ninguna cerca ni muralla, ni tan advertida y sobre aviso como ahora, no se atrevió á echar gente en tierra temiendo de perderla; y por no parecer que su jornada habia sido en valde, quemó algunos navíos que habia en aquella bahía, y no pudiendo hacer mas daño, porque ya la ciudad estaba muy socorrida, se hizo á la vela y costeando la vuelta del Algarve y Portugal, hizo algunos daños, y con la presa de lo que pudo haber en todos sus acometimien-

tos, que no fué de mucha consideracion, se volvió á Inglaterra no muy contento por haberle resistido y maltratado donde quiera que él llegó.

Aquí pudiera escribir por estenso todo el discurso y suceso de aquella jornada que hizo aquel famoso corsario, y la que despues intentó con mayor poder viniendo sobre Lisboa, con determinacion de apoderar en ella y poner en posesion á D. Antonio, Prior de Ocrato, pretensor injusto de aquel reino. Lo cual no le sucedió como pensó, porque halló resistencia y aun pudiera ser perder toda su gente, si la que estaba en guarnicion en Lisboa, saliera á seguir el alcance; mas dejólo de hacer por no dejar la ciudad sola á la cortesía de los secretos favorecedores de D. Antonio, en cuya confianza habia venido aquella armada; y así se volvió habiendo perdido alguna gente sin hacer el efecto que pensaba, perdiendo tambien algunos navíos que el adelantado mayor de Castilla le echó á fondo con las galeras de España, de que era general, y de otra mucha gente que le mataron de la que echó en tierra, sin la que se le murió de enfermedades y falta de agua y bastimentos. Mas yo entiendo que lo que toca á estas jornadas de este corsario, y á muchas particularidades de Cádiz, de su fundacion, guerras y conquistas en tiempos pasados, las vá escribiendo otro mas desocupado que yo. Cuando salga á luz satisfará lo que aquí pudiera escribir, y lo dejo de industria por no divertirme en historias largas que son para otro mas largo intento que el mio, el cual, solo es tratar del saco y suceso de la ciudad de Cádiz; y así cuando algo me divierto es por la necesidañ que hay de algunas circunstancias para mayor inteligencia de lo que se trata, y no para comenzar cosas y quedar corto en ellas. Escribiré solamente lo que prometo, que es la pérdida y ruina de Cádiz con la mayor resolucion que me fuere posible sin dejar cosa de las que pertenecieren á la verdad y discurso del suceso.

Corrió luego la fama por todos los pueblos comarcanos de la nueva que Cádiz tenia de haberse descubierto la armada enemiga sobre Lagos: pasó tambien á los pueblos de toda la Andalucía y pasó á las dos Castillas nueva y vieja; y llegó tan acrecentada que quien la vió en su principio no la conociera. Tanto, que no habia ciudad ni pueblo fuerte que no temiese y procurase asegurar su partido, especialmente los cercanos á Cádiz y á toda la costa, los cuales se despoblaron enviando la tierra adentro á las mujeres, hijos y familia y toda la sustancia que podian y tenian. Tanta era la turbacion, mayormente cuando se avivó y renovó la nueva de la llegada de tan poderosa armada sobre Cádiz.

Llegó el aviso á Jerez de la Frontera el Domingo 30 de Junio á las 7 horas de la mañana, porque el corregidor y cabildo de Cádiz despacharon luego correos á todas partes avisando como la armada inglesa habia amanecido aquel dia mismo á la vista de la ciudad. Mandóse luego tocar la campana del reloj, costumbre antigua de aquella ciudad en cualesquier rebatos y alteraciones. Alborotóse la gente toda de manera, especialmente sabiendo que cubrian la mar muchas naos del enemigo. Fué cosa de admiracion en la solicitud de los que tenian y podian tomar armas y caballos en aprestarlas y acudir á la plaza del Arenal, lugar dispuesto y capaz para poderse formar ejércitos y escuadrones, donde en tiempos mas descansados y menos afligidos solian los caballeros hacer sus fiestas, y jugar á las cañas rostro á rostro, costumbre particular de aquella ciudad y juego tan de ver y peligroso, que mas parecia batalla trabada entre enemigos que regocijo entre amigos de quien dijo Bechacen, rey de Tunez, cuando vino á pedir socorro al Emperador Cárlos V para ser restituido en su reino, que lo tenia tiranizado un su hermano, que aquel juego era poco para veras y mucho para burlas. Luego

los caballeros veinticuatro elegidos de antes y nombrados por la ciudad, acudieron á juntar sus compañías de infantería en lo cual fué mucho de considerar el bullicio y solicitud de acudir cada uno á su bandera.

La nobleza de aquella ciudad, acostumbrada desde su fundacion y conquista á semejantes rebatos y socorros con el brio y determinacion que siempre tuvo, siendo amparo y defensa de toda la costa de Andalucía, porque cualesquier poderosos corsarios han reprimido sus atrevimientos y la costa ha tenido favor y seguridad, sin detenerse un punto ni esperar órden ni prevenir de cosas que les hicieron despues notable falta, en cuadrillas como se hallaban, y algunos de ellos solos, y al fin de la suerte que podian con sus lanzas y adargas, y las armas con que acaso se hallaban, partian corriendo á toda prisa para Cádiz, determinados de morir, si fuere necesario en defensa de aquella ciudad.

D. Leonardo de Cos, corregidor de Jerez, haciendo continuar con grande perseverancia el rebato y las diligencias, pregones y bandos necesarios, luego que llegó la nueva se puso á caballo, y discurriendo por todas las calles, convocaba á los caballeros que como dicho queda, se andaban ya aprestando, cada cual segun podia y tenia la disposicion; y con venir la nueva de la llegada del enemigo, á las 7 horas de la mañana, Domingo 30 de Junio ya á las 8 tenia junta mucha gente de á caballo y con su alferez mayor de la caballería, llamado D. Cristóbal de la Cueva, levantando el pendon de la ciudad, partió de ella con la prisa que le era posible. Iban así mismo hasta 30 de á caballo contínuos de quien era capitan D. Rafael Lopez Espíndola, veinte y cuatro, y su alférez Andrés del Valle, jurado.

El corregidor de Jerez, recogida toda la mas gente que pudo como capitan general de todas las compañías de la ciudad, comenzó á marchar mandando que le siguiese

una compañía de infantería de 100 hombres, de la cual era capitan D. Diego de Villavicencio, veinte y cuatro. Esta compañía fué marchando sin parar hasta entrar en Cádiz que son ocho leguas de camino. Fué tanta la priesa que el corregidor y caballería se dieron á caminar, que entraron en Cádiz entre las dos y las tres de la tarde aquel mesmo dia, siendo el primer socorro que entró, con haber algunos pueblos muy mas cercanos que pudieran habérsele preferido en la llegada. Partieron demás de la gente dicha este dia, otras cuatro compañías de infantería, en que habia mas de 1.000 hombres para el Puerto de Santa María por poder con mas brevedad pasar la bahía y entrar en Cádiz embarcándose en las galeras que allí estaban de España, cuyo cabo era D. Juan Portocarrero. Llegadas que fueron al Puerto, el corregidor de aquella ciudad no les quiso dar pasaje ni tratar que las galeras los llevasen, antes los detuvo allí para defensa de aquel pueblo, que no estaba á menos peligro que Cádiz ni era de menos importancia su defensa, pues lo podian saquear los enemigos con mucha facilidad con parte de su armada, y aun tomar mayor licencia pasando adelante, corriendo y destruyendo la tierra adentro y saqueando todos los lugares, lo cual podian hacer con mucha seguridad poniendo en tierra número de gente bien armada, industriada y puesta en órden de guerra, porque aunque la de nuestra parte fuera mucha mas en número, no pudiera hacerle resistencia al campo enemigo por la falta grande de armas y órden militar, demás de tener el temor abatidos los ánimos y la victoria levantando los de los enemigos.

Eran los capitanes de estas cuatro compañías de infanteria de Jerez, D. Diego Lopez de Morla, veinticuatro; D. Francisco Ponce de Leon, veinticuatro, D. Pedro de Morales Maldonado, veinticuatro, y D. Juan Calvo Caballero. Hubieron de obedecer al corregidor del Puerto y

dióseles tan mal alojamiento y lo demás necesario, que padecieron mucha hambre y descomodidad, porque primero que las cosas se pusieron en términos de órden y razon andado todo turbado y confuso, pasó mas tiempo del que podia sufrir la necesidad; y como acudia tanta gente desproveida de todas partes, viniendo la mayor parte de ella incitada de las nuevas que corrian, sin hacer caso de prevenirse de armas y bastimentos, por cuya causa se iban con brevedad encareciendo los que habia, y aun faltando, de suerte que ya se hacía la guerra con la necesidad tanto como con los enemigos, de fuerza sé hubo de sentir y ser de mucho inconveniente.

La nueva de la armada enemiga llegó á Sevilla Domingo postrero de junio á las 2 horas de la noche y luego á aquella hora mandó llamar á Cabildo el Asistente, conde de Priego, para determinar lo que conviniese y proveer con tiempo lo necesario, especialmente para que se nombrasen capitanes así de á caballo como de infantería, y que se juntase toda la gente que pudiese tomar armas de toda la ciudad y puesta en órden saliese la vuelta de Cádiz. Visitáronse las armas que la dicha ciudad tiene en su armería: hallóse que habia hasta 500 arcabuces mal aderezados que no podian servir al presente sin repararlos.

Entre otras cosas que determinaron en el Cabildo fué despachar un correo á D. Francisco de Huarte, factor y veedor por S. M. de la casa de la contratacion de las Indias, que se hallaba tres leguas ausente de Sevilla, para que luego viniese y se le ordenase lo que debia hacer. Tocóse á rebato, alborotóse la ciudad de manera que fué cosa de admiracion: cada uno acudió á las armas aderezándose lo mejor que podia para salir al socorro con la presteza mayor que les era posible.

Recibido que hubo el recado D. Francisco de Huarte, partió luego con tanta priesa que dentro de dos horas lle-

gó á Sevilla. Ordenósele que viese las armas, pólvora y municiones que habia en las atarazanas de su cargo para poder usar de ellas, el cual respondió que no tenia ninguna por haberlas enviado á los navíos de la flota de Nueva España, que se estaba, como dicho queda, despachando en la bahía de Cádiz; ordenósele asi mismo que saliese por el lugar como práctico dél en este menester á buscar y recojer todas las armas, pólvora y municiones que pudiese; hízolo así, y por haberse vendido la mayor parte de las que tenian mercaderes vizcainos de Sevilla á las naos de mercancías de la dicha flota, no se pudo juntar todo el número necesario, pero con suma diligencia recojió 220 mosquetes, 230 mosquetones, 120 arcabuces, 200 picas, 6 quintales de cuerda, 8 de pelotería de mosquete y arcabuz, 12 quintales de pólvora, 100 quintales de bizcochos, 200 botijas de vino, 32 quintales de tocino, 30 de queso, 2 pipas de vinagre y 30 arrobas de aceite, todo lo cual puesto y cargado en nueve barcos, equipados y lijeros, los envió á Sanlúcar de Barrameda á las 3 horas de la tarde el mesmo dia con el capitan D. Alonso Martin Marquez para que desde allí lo hiciese luego llegar todo por tierra á Jerez de la Frontera ó al Puerto de Santa María, á donde fuere necesario.

Partió D. Francisco por tierta sin detenerse tiempo alguno la vuelta de Sanlúcar donde la Audiencia de la Casa de Contratacion le ordenó que fuese.

A este mesmo tiempo salieron de Sevilla tres compañías de arcabuces, de que eran capitanes D. Pedro Ponce de Leon, D. Juan Perez de Guzman y D. Francisco Venegas, en que habia 700 hombres, algunos de ellos armados, los demás que se habian de armar de las que habia enviado D. Francisco de Huarte.

Salió tambien D. Juan Ponce de Leon con su compañía de caballos en que habia 150 lanzas. Demás de esta

compañía partió luego toda la nobleza de Sevilla, caballeros aventureros y hombres ricos, gente posibilitada que serian todos 600 en número de á caballo, los cuales llegaron á Jerez con la presteza posible y al Puente de Suazo y al Puerto de Santa María á los 2 de Julio: el mismo dia llegó D. Francisco de Huarte á Jerez que habiendo sabido en el camino antes de llegar á Lebrija por carta del duque de Medina la pérdida de Cádiz y de la armada y flota nuestra, se vino á servir en la mayor ocasion y llegó á punto que la ciudad de Jerez, alborotada con la pérdida de sus caballerías, ciudadanos y mucha gente de infantería que habia enviado de socorro á Cádiz y con decirse que el enemigo venia marchando con poderoso ejército por Puerto Real camino de Jerez, se comenzaba á despoblar tan apriesa y tan sin resistencia que en breve quedaria desocupada de sus moradores, especialmente de la gente inútil para su defensa, porque aunque el licenciado Castilla, teniente de corregidor por ausencia de D. Leonardo de Cos y los caballeros veinte cuatros que quedaron libres de la pérdida de sus deudos y ciudadanos, siendo los mas ancianos é impedidos de la ciudad, hacian cuanto les era posible en detener y resistir de la fuga, no bastaban ni habia remedio para ello; buscaban la pólvora y cuerda que habia y todo era poco: hacian proveer de pan fresco para la gente que iba entrando de todas partes y todas las demás provisiones posibles: daban avisos á Sevilla y otros pueblos de la comarca ocupando entre esta resolucion el sentido de la variedad de nuevas que corrian los ánimos de todos, de suerte que apenas habia quien pudiese dar consejo en tanta confusion, ni resistir los ímpetus de la gente ya libre, medrosa y desmandada, que sin atender á respetos ningunos cada cual usaba de toda la libertad que queria.

Sabiendo el Cabildo de la llegada de D. Francisco de Huarte, le envió á pedir que fuese á él como lo hizo, requi-

riéronle por su parte y por una carta del duque de Medina, que asistiese al gobierno y defensa de Jerez: hízose aquella noche cuerpo de guardia con mucha atencion y cuidado por ver lo que sucediese. El dia siguiente, viendo que el lugar se despoblaba con sus haciendas y demás posible, pidió el cabildo al D. Francisco tomase á cargo el gobernar la gente que hubiese de guerra en la ciudad y la demás que iba llegando, y la recogiese y armase, poniéndola repartida en los puestos y lugares que conviniese á la defensa é hiciese las demás prevenciones necesarias; y aunque él se excusó de servir mas que con su persona, deudos y criados, al fin lo hubo de aceptar por las muchas persuaciones é importunidades con que se lo pidieron.

Luego el D. Francisco previno con bandos rigurosos, y la gente de á caballo de guardia á las puertas de la ciudad para que nadie saliese de ella, y nombrando sargento mayor y oficiales, comenzó á recoger toda la gente que los capitanes D. Pedro Ponce de Leon y D. Francisco Venegas trajeron de Sevilla; aunque habia llegado cansada, y con la que se pudo recoger de la ciudad, con las armas que habia en ella, por no haber llegado la que embarcó el D. Francisco de Huarte en Sevilla, se juntaron cuatrocientos cincuenta arcabuceros, á los cuales se les dió luego la municion necesaria; y habiéndoles pasado muestra en la plaza, ordenó que la compañía de D. Francisco Venegas pusiese su cuerpo de guardia en la puerta del Muro, que responde al Puerto de Santa María y Puerto Real, y que de ella se pusiesen postas dobladas en el puente de la Cartuja, media legua de la ciudad, paso forzoso de Puerto Real á Jerez, y en el camino del Puerto con vista unas de otras, y que la compañía de D. Pedro Ponce se estuviese en el arenal, plaza principal de la ciudad para que á ella se juntase y agregase la gente toda del lugar: hizo demás de esto cerrar algunos portillos de las murallas para que se pudie-

sen mejor guardar las puertas que quedasen abiertas. Previno asimismo otras cosas segun la ocasion y necesidad las iban demandando, con que la gente de la ciudad no solo se sosegó, empero cobró nuevo ánimo y brio para la ocasion que se esperaba. Dió de todo ello aviso al duque de Medina que estaba en Chiclana, con que se pasó aquel dia.

Luego al siguiente, 3 de Julio, llegó el duque de Medina á Jerez con alguna poca gente de á caballo, dejando la infantería vieja de la armada en el puente Suazo y castillo de Leon con algunos caballos: comenzó á juntar el duque la gente que de las ciudades y otros pueblos iba llegando y dar nueva priesa á todos que le enviasen al socorro lo que pudiesen. Nombró capitanes, sargento mayor, preboste, furrieles, tenedor de bastimentos, pagador, y todos los demás oficios necesarios á la guerra, en personas útiles, y por proveedor y comisario general al dicho D. Francisco de Huarte que lo aceptó con mucha dificultad, por querer servir con su persona y gente que con él venia: llegáronle este dia, 3 de Julio, las armas, bastimentos y municiones dichas que habia embarcado en Sevilla, y con ellas y las que del resto de la flota y de otras que procuró juntar dió armados ochocientos hombres, prevenidos para cualquier efecto. Este á los 4 de Julio proveyó los de bastimentos necesarios, así para ellos como para la gente que estaba en el puente de Suazo y castillo de Leon, todo con suma diligencia, sin ruido ni dinero, porque no habiendo en Jerez ni proveídole S. M. en todo el tiempo que el enemigo estuvo apoderado de Cádiz, que fueron quince dias, ni despues, siempre hubo abundancia y sobra de bastimentos, pólvora y municiones, estando las plazas de Jerez y del Puerto tan abundantes de todo mantenimiento, como lo estuvieron en tiempo de paz, aunque algo crecidos los precios.

A este tiempo comenzó á entrar en Jerez mas gente de

socorro, de Sevilla, Carmona, Córdoba, Ecija, Osuna y su estado, del duque de Alcalá, Jaen, Ubeda, Baeza, Campo de Calatrava, la del estado del duque de Cardona, del marqués de Estepa, y de otras muchas partes, y con ella toda la caballería y gente principal de Sevilla, Córdoba y Ecija, que en esto se estremaron, aunque todos venian casi desarmados, especialmente la infantería, á quien el dicho proveedor general fué armando como les iba tomando las muestras y dándoles la municion necesaria. Los caballeros eran todos ginetes de lanza y adarga, faltos de ejercicio y con armas poco útiles para contra arcabucería y mosquetería.

Ofrécese aquí hacer alguna digresion, interrumpiendo el discurso de esta historia, forzado de la ocasion y estado en que las cosas estaban. Débese, pues considerar, que á un mismo tiempo sucedian varias y diversas cosas en diferentes partes, como es descubrirse la armada enemiga sobre Lagos, y comenzarse á alborotarse los puertos y otros pueblos y prevenirse de defensas; parecer despues la armada sobre Cádiz, entrar en la bahía, la pelea con los galeones, la quema de la flota, la desembarcacion del enemigo en el Puntal, la retirada de los nuestros y la entrada de los enemigos en Cádiz. De todos estos casos corria la fama por todas partes, sembrando opiniones falsas, de quien hacian diversos sentimientos: iban unas nuevas tras de otras siempre empeorándose la sospecha; preveníanse los pueblos alborotados, juntando compañías de soldados y enviando algunos al socorro de Cádiz, no entendiendo que ya estaba perdida, otras á la defensa y entrada por otros puntos: todos venian á parar á Jerez para de allí tomar y seguir la órden que se les diese: por manera que no debe parecer al lector descuido ó inadvertencia, pues se vá tratando de lo que se aprestaba y pasaba en Jerez y en toda España antes de tratar de la toma y saco de Cádiz, que es lo principal, por quien toda esta máquina se movia, y unos se apres-

taban para el socorro por no saber la pérdida, otros para desapoderar al enemigo de aquella ciudad, otros para resistir é impedir la desembarcacion, si la pretendiera hacer, y otros para la defensa de los mismos puertos y pueblos marítimos; y como esto pasaba en diversos tiempos, así es necesario volver algunas veces á tratar de lo pasado para comprobacion de lo presente; esto, porque no se puede todo decir junto, y tambien por no entresacar otras cosas que interrumpan el hilo de esta historia, cuando se tratare de lo que mas se desea saber y mas pena debe causar.

Juntáronsele al duque de Medina hasta tres mil y seiscientos hombres de infantería, y ochocientos caballos, y toda la infantería vieja de los galeones; habia en el puente de Suazo hasta cuatrocientos y treinta soldados, todos con pocas armas, porque las perdieron cuando se quemó la flota no pudiendo salvar mas que sus personas. Faltábanle al duque capitanes expertos cursados en la guerra. Temíase cada hora que el enemigo acometiese al Puerto de Santa María, puente de Suazo y Sanlúcar de Barrameda, y aun se sospechaba que pasaria á Jerez y á Sevilla; porque los avisos que de ordinario venian del enemigo lo afirmaban así. Y bien considerado tenian todos razon de temer, porque si pusiera el inglés en tierra seis ú ocho mil mosqueteros, siendo el caso tan árduo y repentino, los pueblos descuidados, no prevenidos, faltos de armas, de consejo y de disciplina militar, acobardados con la nueva tan espantosa, acrecentada con la costumbre y error del vulgo, sin duda se puede creer que pudiera salir con cualquiera pretension, y traspasar sin daño de sus ejércitos toda la Andalucía, saqueando pueblos y ciudades hasta la mas principal que es Sevilla, lo cual cabe en buena razon. Porque aunque la nacion española sea tan valerosa como se sabe y tiene esperiencia, primero que se juntara ejército formado de gente armada y capitanes diestros que lo administráran, pudie-

ra el enemigo salir con la empresa á su salvo y volverse victorioso, cargado de trofeos y despojos á sus naves.

Mas como no permite Dios ni quiere descargar el golpe y brazo de su indignacion y justicia, como podria, sobre los que le ofenden, sino mostrar á los ojos la espada desnuda levantada, y como podria si quisiese descargar el golpe ejecutando su rigor, enfrenó el atrevimiento del enemigo, poniéndole en la fantasía grandes defensas, ejércitos poderosos y resistencias bastantes, para que no continuase su determinacion, como pudiera, si no le engañáran sus imaginaciones y sospechas, lo cual fué á semejanza de lo que sucedió á Anibal yendo contra Roma, que teniendo tan cierta la victoria, le movió Dios la voluntad, poniéndole en la imaginacion dificultades para que no continuase su propósito, queriendo que aquella ciudad que habia de ser cabeza del mundo y asiento y silla de los Vicarios de Cristo, no se destruyese. Contentóse este inglés con lo que se le ofreció de victoria; sin sangre ni dificultad halló dispuesta la ocasion, fácil la entrada, rico el despojo, ninguna resistencia, su intencion dañada, el deseo de ofender grande, que es el principio, medio y fin de toda la sustancia del caso, y cuanto pudo desear, y siguiendo su buena forma consiguió el efecto de su pretension.

Dividió el duque la poca gente con que se hallaba, enviando al Puerto dos mil hombres en tres compañías de infantería y una de caballería á cargo del capitan D. Pedro de Sandoval Ponce de Leon, veinticuatro de Sevilla, y D. Rodrigo Ponce de Leon, práctico soldado en cosas de guerra, aunque no se habia hallado en Flandes ni en Italia donde es la escuela y se aprende perfectamente la ciencia ó arte militar, ni servido mas que en la jornada de Inglaterra. Diósele órden que se atrincherase el pueblo y ejército, é hiciese los reparos y buena guarda que fuese necesario. Envió asimismo con esta gente al proveedor gene-

ral un teniente suyo y tenedor de bastimentos con los necesarios y la pólvora, municion, palas y cosas menesterosas para hacer las trincheras y reparos. Todo lo cual se puso por obra con mucha brevedad y presteza, y con poca artillería, y esa sin encabalgamientos, porque no habia mas ni mejor prevencion que esta.

Envió tambien el duque á Sanlúcar hasta trescientos hombres á cargo de D. Rodrigo Ponce de Leon, y él se quedó en Jerez con unos seiscientos infantes y cuatrocientos caballos para hacer representacion de ejército y ocurrir á la parte que mas importase. Tomaba la muestra de la gente que iba llegando el proveedor general, y de industria publicaba que habia diez mil hombres; llegaba esta nueva al enemigo, con que se enfrenó y abstuvo para no osar acometer las partes y puertos dichos, que si lo hiciera pudiera muy bien salir con su intento y con cualquiera determinacion. Entiéndese y tiene por sin duda que extranjeros tratantes y ladinos en España, daban avisos al enemigo, así los de Cádiz como algunos de Jerez, por lo cual se atrevió y tuvo ánimo de intentar la empresa y conquista de aquella ciudad, y aun quieren decir que con una trompetilla bastarda le avisaban de dentro de la ciudad, que como andaba todo tan revuelto y confuso no se advertia en el engaño. Mas en lo de poder dar noticia de la gente que habia en tierra ya junta, ninguno si no eran los oficiales la podia dar, por el mucho estruendo y apariencia que hacia la que se habia juntado, la cual hacia demostracion de muy mayor ejército, descuido y negligencia de España, que confiada en su grandeza no repara en inconvenientes, pareciéndole que son menudencias, lo cual no lo hacen así otras repúblicas y señoríos, los cuales se recatan de las naciones estrañas, y examinan con grande celo y puntualidad á los que entran en sus ciudades, quitándoles las armas, y no permitiéndoles estar en ellas mas de muy pocos dias, y

aun en estos no se les permite ver ni considerar las defensas ú ofensas que tienen, y en España no solamente no se advierte ni repara en ello, mas antes les dan á todos los extranjeros libertad y cabida, y á muchos de ellos oficios de regimientos, permitiéndoles entrar y votar en los cabildos, donde se tratan las cosas de importancia, así del gobierno de las repúblicas, como en ver y recibir cédulas del Rey, que contienen cosas de tomo y gravedad, secretas con las deliberaciones de los ricos consejos, las fuerzas, flaquezas, posibilidades ó abundancias, el descuido y cuidado de todo el reino, de los puertos y su disposicion, prevencion de galeras y bajeles, finalmente, de la mayor sustancia é importancia del reino, y con todo eso se les hace confianza y regalo mas que á los naturales, y con sus astucias y mañas adquieren y juntan gruesas haciendas en grueso, y en pago de estos beneficios se debe presumir que son malsines disimulados, que venden á sus bienhechores, dando aviso de todo lo que pasa á las naciones de su naturaleza, porque al fin no se puede negar que no amen á sus naturales y á su patria, aunque se hallen en las agenas. De aquí podria ser resultar infelices sucesos y los atrevimientos y desvergüenzas de aquellos á quien el solo nombre de España solia acobardar y hacer encoger las alas y aun no tenerse por seguros en sus casas y naturalezas.

Hay demás de esto descuido y negligencia en permitir sacar de España algunas cosas que le son dañosas, especialmente el aguardiente con que refinan la pólvora los enemigos y con ella nos hacen el daño que á nuestra costa vemos cada dia, pues las balas de su artillería alcanzan doblada distancia que las nuestras, no por parte de la artillería que tan buena y mejor es la nuestra, mas por la fineza de la pólvora en que nos hacen bastante ventaja, y la que en España se labra falsa y llena de impropiedades, por haber mayor ganancia los que la labran, y así no hace el

efecto que se debe, quedando los enemigos que de su natural son cobardes y de poco brio, vencedores con solo el artificio é industria, y no con las fuerzas del ánimo, lo cual se debria remediar con mucho cuidado y vigor, y es lástima que los ánimos naturales que la labran sean los traidores y enemigos que nos engañan y hacen la guerra, viendo cuanto daño resulta de labrar con falsedad la pólvora, en quien ya está la mayor parte de la victoria y buen suceso de nuestras armadas.

Sabida pues, que fué la nueva en Cádiz, Sábádo 29 de Junio de 1596, de que el enemigo se habia descubierto sobre Lagos como queda dicho, y despachados avisos á todas partes, el corregidor D. Antonio Giron mandó este dia pregonar que luego se hiciese reseña de toda la gente que en la ciudad habia, lo cual no se pudo hacer, por andar ocupado el corregidor en hacer algunas diligencias necesarias visitando los baluartes y la artillería de ellos, todo lo cual, con el descuido de largo tiempo estaba tan mal prevenido, que los carretones estaban podridos y quebrados, y si alguno parecia estar sano, luego al primer tiro se quebraba y hacia pedazos. Además de esto, pólvora habia muy poca y menos balas, y las que habia, desproporcionadas á los cañones, unas grandes, otras pequeñas, todos los reparos sin ninguno, y con tanto descuido y negligencia, como si nunca pudiera suceder caso en que fuera menester la prevencion necesaria, y cuando estas faltas se hubieran de reparar era menester mucho tiempo para reformar y poner en órden tanto desórden, tanta remision y descuido.

Domingo 30 de Junio de dicho año como á las 3 horas de la mañana, se oyó mucha artillería en la mar sobre la Almadraba de Hércules, que está una legua distante de Cádiz á la parte de poniente. Habia aquella noche pasado la armada enemiga casi á la vista de Cádiz, por haber venido enmarada, descubrióse este dia al amanecer ya

sobre S. Sebastian, que es la punta de la isla. Hácese en esta punta una ensenada de mar que llaman la Caleta, como queda advertido en la descripcion que hicimos al principio. Esta ensenada de mar rompe por medio la dicha punta de tierra y entra estrecha contra la ciudad, hasta dos tiros de arcabuz, y aunque como digo es angosta no tanto que no puedan entrar por ellas galeras sin peligro ni impedimento alguno, porque á la entrada es mas ancha que al fin, y tan hondable que pueden llegar las proas casi á tierra, entrada fácil para el enemigo, y padrasto ó inconveniente ocasionado y peligroso, si de él se quisiera valer ó se atreviera.

Habia fabricado la ciudad nuevamente á su costa un baluarte á manera de torre, ancha y capaz, maciza, levantada á espaldas de la ermita de S. Sebastian, que está en aquella punta ó extremo de la isla, y fué tal la fábrica, que acabada de hacer se abrió toda por diversas partes, aunque no cayó de todo punto, mas quedó abierta y tal que no pudo ser mas de provecho. La causa fueron las muchas aguas de aquel invierno, que por no estar solada por lo alto recogíanse las pluvias y humedecian lo interior que era de arena muerta, de suerte que vino á hacer el efecto dicho. Habian de ponerse en lo alto algunas piezas de artillería para impedir la entrada de la Caleta, y por esta causa no las habia.

Hiciéronse este dia algunos terreplenos y trincheras al desembarcadero de esta Caleta, con tres ó cuatro piezas de artillería, que se plantaron en un baluarte pequeño que allí se habia hecho. El enemigo, puesto que pudiera por allí desembarcar gente y acometer la ciudad, y para ponerlo por efecto, comenzó á sondar la entrada de la Caleta con algunas lanchas, no se atrevió ó no quiso, pareciéndole que hubiera buena resistencia por aquella parte, ó por sospechar que no estaria limpia la entrada, sino ciega de industria de

los ciudadanos. Habiendo entrado en consejo de guerra el dia antes, que fué Sábado á los 29 de Junio, los capitanes de los galeones y fragatas, jueces y visitadores de la flota para dar órden en la defensa de la bahía, y la traza que se habia de tener en nuestra armada, de la cual junta salió decretado que los galeones y fragatas., que eran por todos siete, y diez y ocho galeras que allí estaban, se pusiesen en escuadra á la boca y entrada de la bahía, frontero del baluarte de S. Felipe, y que las demás naos de la flota, que serian cuarenta, con mas dos naos de armada extranjeras que habian venido de Lisboa á cargar de trigo estuviesen surtas en los lugares que estaban apercibidos lo mejor que pudiesen para la defensa: acuerdo prudente y bien considerado, que si hubiera perseverancia en seguirlo, fuera el total remedio de la ciudad, porque siendo como es aquella entrada un canal dispuesto por naturaleza para poder impedir con alguna defensa la pretension del enemigo, pudieran entretenerlo, peleando de manera que hubiera tiempo sobrado para entrarle por tierra á la ciudad socorro bastante con que ser defendida; y así se supo de cierto que el general inglés de mar temió cuando vió nuestra armada puesta en tan buen órden y que en ninguna manera se atreviera á entrar en la bahía, si allí le hicieran rostro y perseveráran en aquel puesto de la suerte que estaban repartidos; porque además de ver tanta y tan buena armada de galeras y naves, que todo junto hacia grande ostentacion, entendia el enemigo que la ciudad estaba bien prevenida de gente, armas, pertrechos y artillería, y pudiera ser que mudara propósito y se dejara de aquella pretension, y cuando la quisiera proseguir pudiera ser comprarla á costa de sangre así por mar como por tierra.

Domingo al amanecer 30 de Junio, ya que la armada enemiga venia surgiendo en el puerto dicho, las galeras remolcaron á los galeones y fragatas hasta ponerlo en el lu-

gar que habian de estar, que era la boca de la bahía. Púsose la ciudad toda en arma luego que vió al enemigo tan vecino, tan poderoso y atrevido; acudió cada capitan á su puesto, de los que tiene la ciudad nombrados así naturales como de otras naciones. Juntáronsele las gentes que eran á su cargo. Eran estos capitanes los siguientes: Nuño de Villavicencio, caballero, vecino y regidor de Cádiz, con la compañía que le tocaba que sería de cien hombres, el cual acudió con su gente á la puerta del Muro, puesto señalado que le tocaba la guarda de él. En esta puerta que es sola, la de Tierra, hay al lado un baluarte como en su descripcion queda dicho. Este tenia tres pecezuelas de artillería tan mal aderezadas y prevenidas que no fueron de provecho en la ocasion. Sola una se disparó contra los enemigos cuando venian ya marchando para la ciudad, é hizo tanto efecto que reparó y se detuvo el campo, temiendo que habia muchas mas piezas para la defensa de la entrada, mas como vieron que en aquella sola se resolvió toda la duda, volvió á marchar y seguir su viaje.

Bartolomé de Amaya, caballero, vecino y regidor de Cádiz y capitan, tenia á su cargo el baluarte que dicen del Carbon. Llámase así, porque junto á él se descarga y vende todo el carbon que viene á la ciudad; el cual con su gente, que serian hasta ochenta hombres acudió y se puso en su puesto. Cristóbal Marrufo, caballero, vecino y regidor, acudió con la gente de su cargo al baluarte que dicen del Boqueron; serían hasta setenta hombres. Martin de Irigoyen, regidor y capitan de la nacion vascongada, acudió con la gente de su cargo al baluarte de S. Felipe que estaba á su cargo y custodia con cincuenta hombres de la nacion. Es este baluarte el mayor, mas fuerte y de mas importancia de todos los demás, aunque le hallan de falta ser muy alto, y la artillería, que desde él se juega, ó no alcanza á las naos que van entrando ó se pasan por alto las balas. Habia en

este baluarte cuatro piezas gruesas, empero tan mal prevenidas y dispuestas que no fueron de ningun provecho en la ocasion, pues en disparando las primeras balas, se hicieron las ruedas pedazos de las tres de ellas, de suerte que mas no pudieron servir, y las balas no alcanzaron á la armada enemiga, así por esto como por ser la pólvora mala y poca, diferente de la de los enemigos, con lo cual no solamente alcanzaban con las suyas á donde querian, mas pasaban por encima de la ciudad hasta dar en la mar de levante que es de la otra parte. Créese tambien que los artilleros que eran extranjeros, hicieron mal su oficio, pues una de aquellas piezas que administró un artillero español, metió en las naos enemigas las balas que tiró. Lorenzo Simai, mercader flamenco de nacion, y capitan de ella, acudió al Postigo de la Madera, puesto que le tocaba su guarda y cuidado, con cuarenta hombres. Este Postigo es una puerta pequeña y fuerte del muro nuevo, cerca del baluarte de S. Felipe. Francisco Duarte Caboverde, capitan de la nacion portuguesa, ocupó la peña que dicen de Rota con noventa hombres. Agustin Casanova, genovés, ocupó la desembarcacion y puerta de la Caleta, que es como dicho queda, á la parte de poniente, fin y remate de la ciudad, con sesenta hombres de su compañía.

Todas estas compañías se habian repartido en sus postas con sus capitanes que las regian. Habia, además de estos, ochenta soldados de presidio forasteros con su capitan: díjose que S. M. pagaba en esta plaza trescientos soldados, con que parece que cumplia con su obligacion y aquella ciudad podia estar mas prevenida y segura, mayormente con el gobierno del regimiento, á quien incumbia el cuidado de advertir en esto y administrar aquella república, previniendo á los inconvenientes y dando aviso de lo necesario á quien eran obligados, pues entre tantos hombres de su gobierno, cuando hubiese algunos negligentes y

poco celosos del bien comun, es de creer que habria algunos que velasen y considerasen las obligaciones que ponen á su cargo cuando se les dá el gobierno y preeminencias de la república y el comun. Y todo el Cabildo seglar en general que debiera reparar los descuidos é insuficiencias de los corregidores y salir á la causa en consideracion de lo que podia suceder, no tanto de armadas remotas por mar, cuanto de las de cosarios de Argel y otros puertos de Bervería, que con tanto cuidado están á la mira para hacer daño en la costa de España, como se vé cada dia de las galeotas de Tetuan y Alarache, las cuales tienen robados y llevados cautivos millares de hombres en las arenas gordas y en toda la costa de España, no dejando barco de pescadores que no roben y cautiven, y aun cada dia dan vista galeotas á Cádiz, alborotándola y poniendo en rebato la gente de ella.

Habia además de la gente numerada del remanente de los vecinos entre viejos y mozos hasta ciento y veinte hombres, que podian tomar armas, con los cuales y con los ochenta del presidio se hacia cuerpo de guardia en la plaza. Todas estas compañías para pueblo tan abierto y derramado, tan descuidado y desproveido, y que á tantas partes tenia que acudir y reparar, era flaca y pequeña defensa para competir y detener el ímpetu y poder que tenia sobre sí.

Alborótose tanto la gente toda viendo á sus puertas y umbrales un enemigo tan poderoso, y las defensas que debieran asegurarlas tan flacas y mal ordenadas, que la resolucion y variedad de pareceres, la confusion de los ánimos turbados, el temor de peligro tan cierto, los llantos, clamores y vocería de la gente flaca, mujeres, niños y viejos, el desaliento y alboroto que corria por las calles, plazas y casas, abatia y acobardaba los brios de la juventud, y los ánimos de los que los tuvieran levantados, fuertes y atrevidos

en ocasiones mas dificiles y menos confusas y repentinas. Corrian á un cabo y otro las doncellas desnudas, destocadas, sin aquel adorno y compostura, y sin el recato á que les obligaba su honestidad, porque el temor, especialmente en ánimos flacos, todo lo oscurece y atropella, todo lo pospone y menosprecia, sin que se estime ni haga caudal mas que de la conservacion de la vida, tanto es amada y estimada: las mujeres principales, regaladas, servidas y respetadas, que en tiempo de su tranquilidad y sosiego eran lustre, honra y autoridad de aquella república y que se tenia por caso indecente el dejarse ver y servir á todos tiempos, corriendo tambien entre la confusion del vulgo, sin acordarse ni hacer caso de su autoridad, porque todo lo igualó el temor y la suerte adversa que se les ofrecia; buscaban algun lugar seguro, no habiéndolo ya que las pudiese asegurar, ó algun remedio á tanta descomposicion y desventura. Los padres no tenian cuenta ni se acordaban de los hijos, ni los hijos de sus padres, amigos con amigos ni hermanos con hermanos no se conocian ni consolaban, cada uno buscaba su remedio. Conocióse bien en este toque de infelicidad, cuánto es mas amada y estimada la vida, que todo cuanto en ella el mundo nos dá y ofrece. Los niños y viejos, gente inútil, impedida, corrian llorando á todas partes sin saber ni atinar á donde pudiesen hallar seguridad, porque cada cual pensaba ya que tenia el cuchillo á la garganta, y donde pensaban ser albergados y recibidos eran con desamor excluidos y desdeñados como gente inútil y no conocida.

El mayor concurso de esta gente y aun alguna que pareciera mejor con las armas en el campo ó en la plaza donde se debiera pelear con firmeza y constancia, se recogia al castillo con sus mujeres, hijos, joyas y dinero y con sus haciendas: otros se entraban huyendo en la villa cercada, pedazo de ciudad contiguo, como queda dicho, á quien cer-

có de alto y fuerte muro el Rey D. Alonso el Sabio; defensa que si tuviera defensores pudiera ser de provecho. Otros se recogian y encerraban en sus casas esperando el fin y suceso, teniendo por mejor morir guardando los ídolos del dinero y haciendas que en defensa de sus personas, de sus honras, hijos, mujeres y deudos, de su Rey, de su ley y de patria.

Estaba á esta sazon la ciudad de Cádiz la mas próspera, rica y abastada así de moneda, joyas, piedras, oro y plata, sedas, trajes, soberbios y costosos adornos y aderezos de casas, de cuantas en su tanto tenia toda España, lo cual descubrió bíen el toque de esta infelicidad, porque nadie pudiera imaginar ni creer la grande riqueza y prosperidad que tenia secreta, por ser condicion de ricos avarientos, ocultar su prosperidad y publicar siempre necesidad y pobreza por librarse de las obligaciones de la piedad y misericordia, cosa hasta digna de llorar y sentir como si aquello les prometiera eternidad de vida, siendo al contrario indicio de eternidad de muerte; pues quien niega la urbanidad y socorro á los pobres, se despide de la que le concediera el Supremo Juez, si procediera por el camino de la piedad que Dios nos manda y encarga. Halláronse en poder de muchas personas al parecer comun pobres y de poco caudal, mucha cantidad de moneda, no pensada ni imaginada, por haber conocido á estos, poco tiempo antes pobres, en oficio bajos y sin ningun caudal. Los mercaderes, gente mas gruesa que estaba en mas opinion, descubrió doblado caudal de lo que el vulgo y comun opinion les juzgaban, hallando el enemigo hambriento las casas de estos llenas de riquezas, dineros, joyas, doseles costosísimos y muebles, sin las vajillas de oro y plata que eran de grande valor. La gente principal, puesto que por no tratar en mercancías, en moneda no estuviese tan próspera como la de los mercaderes y tratantes, en lo demás con la antigüedad de sus ca-

sas estaban con mucha prosperidad, y aun algunos hubo que en lo uno y lo otro excedieron á todo el resto de los vecinos de toda suerte.

Era aquella ciudad de su cielo y constelacion alegre, desenfadada y agradable, por estar desnuda de montes, sierras y collados, que impidiesen el curso y movimiento de los vientos, antes estaba toda cercada de mar por todas partes, donde los vientos corrian sin impedimento alguno; por esta causa era sana á los moradores, fresca y regalada en el verano, por la suavidad y templanza de los frescos y templados aires y mareas; los edificios todos en general de buena arquitectura, fuertes de cantería, buen ventanaje y rejería que la ilustraban. Usábanse poco tejados: todo era azoteas ó terrados que así se nombraban en Castilla, con los suelos de fuerte argamasa, desde los cuales si la gente de la ciudad se conformára y dispusiera para ello, pudiera despues de entrado el enemigo destruirlo y apocarlo con piedras de lo alto.

El trato y comercio de los moradores se tenia en comun opinion por el mas sencillo, cierto y verdadero de todos los pueblos marítimos, y aun de los demás comarcanos. Era proveida Cádiz y abastada en mucha abundancia de todos los mantenimientos y regalos posibles, porque donde hay moneda y ganancia todo acude y todos lo buscan y procuran: esta atrae como piedra iman, y hace el efecto que no pueden las fuerzas humanas.

Estaba en tanto punto de riqueza, disposicion, edificios, traza, gente y opinion, que queriéndola encarecer, era proverbio comun decir, que Sevilla flor de las ciudades, era el anillo, y Cádiz la piedra preciosa de su engaste. Estaba recogida en ella la mayor riqueza que se vió jamás, y era la razon, que como es puerto tan importante, dispuesto para el trato de todas las naciones, y donde es la primera escala de las mercaderías de levante y poniente, y donde

se cargan las mas de las que salen de España, además de la contratacion ordinaria con Berbería, que es de grande importancia y consideracion, siempre se quedaba en ella la nata y lo mejor, por el mucho dinero que habia allí represado, y ser poblada la mayor parte de mercaderes caudalosos de diversas naciones, que al sabor de la ganancia poblaban y permanecian allí; y aun fué parte esta diversidad para su pérdida y flaqueza, porque si fuera poblada solamente de gente originaria, desinteresada de tratos y mercancías, criada en mas trabajo y dureza, y no entre el trabajo, como digo, de quien se engendra la codicia y afemina los ánimos, pusieran mejor cobro en la defensa de sus personas, mujeres é hijos y de su patria; y así se vió por experiencia, que sin hacer rostro al enemigo, le dieron fácil entrada, retirándose á sus casas para en ellas esperar en la cortesía de quien no la habia de tener, sino quitarles las honras, las vidas si se les antojara, y robarles las haciendas y disipar y arruinar su ciudad.

Turbáronse los nobles viendo al comun tan tímido, remiso y acobardado, porque solamente habia en aquella ciudad seis ó siete familias de linages nobles, de ellas antiguas, de ellas mas modernas, avecindadas y aposesionadas, allí los cuales eran tan pocos en número, que aunque hicieron de su parte cuanto les fué posible, acudiendo á su antigua nobleza, no lo necesario á tanta fuerza y resistencia. Desanimólos además de esto el no haber cabeza á quien obedecer, tal que los rigiese y gobernase, mostrando el ánimo y valor que se requiere en semejantes ocasiones; y si alguno queria tomar la mano para ordenar y mandar, no era obedecido ni respetado, porque cada uno queria mandar y ser cabeza, y así se venia todo á resolver en varios pareceres contrarios unos de otros. Vióse aquella república como un cuerpo sin ánima, ó ejército sin capitan, porque lo que uno mandaba, desmandaba otro. El temor de su

breve ruina les impedia y turbaba los discursos y consejos, ofuscaba los entendimientos, la variedad de casos descomponia la resolucion provechosa, por lo cual andaba el tumulto confuso, y desasosegado, como enjambre de abejas recien despojado de su substancia y morada.

Visto, pues, que el enemigo estaba tan cerca de tierra sobre la Caleta, y que con lanchas la andaban sondeando con intento de desembarcar gente por ella, ordenóle la ciudad á Bartolomé de Amaya que dejase su puesto y acudiese allí con su compañía; lo mismo se le ordenó á Cristóbal Marrufo, á los soldados del presidio, á genoveses y portugueses; todos los cuales se estendieron por todas aquellas playas y riberas, cada capitan con su compañía para hacer demostracion de mucho poder con que el enemigo temiese y mudase de propósito. Llevároñse de la ciudad cinco piezas pequeñas de artillería, las dos de ellas pusieron en la trinchera de Santa Catalina, las otras dos junto á la cruz que está en la Caleta, la quinta en la gruta de la peña de Rota.

Todo aquel dia gastó esta gente en hacer trincheras en las partes y sitios donde mas pareció convenir. El corregidor con algunos regidores anduvo proveyendo las cosas necesarias, segun mejor les parecia, aunque se acertaba tan mal en todo, que ninguna prevencion fué de provecho, como se vió despues en la ocasion.

D. Francisco Telló, juez de la casa de la contratacion de Sevilla, á quien habia cabido el despacho de la flota para la nueva España, se embarcó el sábado veinte y nueve de Junio en la capitana de ella, habiendo mandado primero pregonar que toda la gente pasagera y de mar se embarcase sopena de la vida, lo cual se obedeció luego.

Hubo junta de capitanes de los galeones y fragatas; jueces y visitadores, con el presidente de la contratacion; y aunque hubo diversos pareceres sobre lo que se debia hacer

y determinar, aprobando unos la primera deliberacion de que la armada se estuviese queda como se estaba á la boca y entrada de la bahía, otros lo contradecian dando las razones que les parecia; al fin se vinieron á resolver últimamente en lo que fué la total ruina y perdicion de la flota y ciudad. Este decreto fué que el dia siguiente domingo por la mañana, se retirasen todos nuestros galeones, fragatas, naos y galeras á lo angosto de la entrada del puntal, frontera de un fuerte que allí habia con cuatro piezas de artillería, pareciéndoles que estarian allí seguros y amparados con aquella inútil artillería, y mas fuertes para resistir, en esta manera, que las naos de la flota se entrasen en el estero que dicen de la Carraca, frontero de Puerto Real, los galeones, fragatas y galeras hiciesen frente en aquel lugar y angostura donde estaban.

El corregidor pareciéndole buena administracion y consejo, ó por dárselo algunos, mandó pregonar que ningun vecino, mujer ni otra persona alguna saliese de la ciudad ni enviase hacienda ninguna, ropa, dineros ni otra cosa fuera de ella sopena de la vida. Algunos quieren decir que no mandó dar este pregon el corregidor. Ello al fin se dió como digo. Este mandato fué el segundo principal error y causa de la perdicion de tantas riquezas y desventuras como sucedieron, porque si hubiera cabeza de valor y prudencia esperimentada en casos de guerra que con animoso brío y autoridad ordenara y mandara, á quien todos temieran y respetaran, la primera cosa qne habia de mandar era qne saliese de la ciudad toda la gente inútil que no podia servir para guerra, y que toda se pusiese en salvo con todo cuanto pudiese librar y salvar, porque esta gente flaca acobarda los ánimos con sus llantos y temores, gasta y apoca los bastimentos, impide la defensa y es estorbo para los que podrian hacer buen efecto. Debiérase mandar desocupar la ciudad de estos inconvenientes, pues se veia á los ojos el grande

poder del enemigo, á quien parecia no ser posible resistir segun la poca defensa y estado de las cosas; y aun en buena órden de guerra, cuando el peligro no fuera tan cierto, se debia hacer esta diligencia por la incertidumbre que hay en los sucesos dudosos.

Detúvose la gente toda por esta causa, unos por el temor de la pena publicada, otros en confianza de vanas esperanzas: lo mas que hicieron fué esconder el dinero, joyas y las demás cosas preciosas, y creyendo que estarian seguras, las echaban en los pozos y algibes, en las secretas, lugares inmundos, en hoyos que para ello hacian en los corrales, caballerizas y donde mejor les parecia. Otros abrian las sepulturas de los difuntos y levantando los cuerpos ya casi corrompidos, les volvian á dar por cama las riquezas, que los vivos no supieron defender, volviendo á cubrir aquellos sepulcros con la mejor industria y disimulacion que podian, para que el enemigo no advirtiese en él secreto, á quien no faltó industria, y aun por ventura avisos para saberlo y entenderlo todo.

Turbada y ciega la gente con el temor, se recogia á donde entendia tener alguna seguridad: unos se entraban en las casas principales que les parecian fuertes, otros al castillo, y otros se entraban en la villa, parte como queda dicho cercada; cada cual seguia su parecer y lo que el temor le enseñaba; y cierto que si se diera licencia á tiempo cuando hubo buena ocasion de poner en cobro las haciendas, y sacar la gente inútil, se pudiera librar todo sin que el enemigo gozara de tantas riquezas, y cuando mucho de las sobras ó cosas de poco valor dejadas como impertinentes se apoderara, pues para todo tuvieron sobrado tiempo y disposicion, así por mar como por tierra.

Sabida la llegada del enemigo, todos los pueblos comarcanos comenzaron á aprestarse y enviar gente de socorro á Cádiz; especialmente Jerez, como queda dicho, acudió con

mayor presteza que otros ningunos, entrando los primeros con doscientos y cincuenta caballos y no mas, que como los años pasados han sido tan estériles, con esto y con las disensiones civiles de aquella ciudad y otros gastos se han enflaquecido las haciendas y aun los ánimos, que por acudir á sus forzosos menesteres y á sus temas y discordias, han dejado las que pudieran escusar, y así hay al presente pocos que puedan sustentar caballos, como solian en los tiempos pasados, cuando con mucha facilidad en cualquiera ocasion ó rebato salian casi mil hombres de á caballo bien apercibidos para cualquiera rompimiento: mas ahora en estos presentes los que habia eran, como dicho queda, hasta doscientos y cincuenta, y de estos mas de la mitad aperadores y gente de campo desarmada, poco diestra y no muy determinada á ganar honra y fama como los nobles; todos estos con sus lanzas y adargas, agradable vista para los ojos, mas no fuerza provechosa para la dura ocasion que se les ofrecia por haber pasado el tiempo en que era lo mas fuerte la caballería, lanza y adarga de los ejércitos; y si ahora son de algun provecho, es para cuando la arcabucería revuelta comienza á ocupar, descomponer y retirar al enemigo, que entonces es de grande efecto é importancia. Y así como en el secuentro sobre Cádiz no hubo arcabucería que entretuviese el ímpetu de los enemigos, fué inútil y sin provecho la caballería que se opuso á la defensa, poniéndose á evidente y cierto peligro, confiados mas en la determinacion de sus ánimos que en la traza y buena órden de guerra.

Acudió además de la caballería de Jerez la infantería que se pudo juntar en aquel breve espacio, y D. Diego de Villavicencio, veinte y cuatro, y capitan con su compañía, siguió la via de Cádiz y entrado con ella dentro de la ciudad, guardó la órden que le dió el corregidor de ella: esta fué ponerlo en la Caleta con su gente, donde estuvo constante hasta que la ciudad fué entrada.

Al Puerto de Santa María se encaminaron otras cuatro banderas de infantería, y puesto que toda esta gente iba con grande ánimo y determinacion, faltábanle las armas, que con el descuido y olvido de semejantes acaescimientos no habia ni se hallaban las que eran menester, y los pocos arcabuces que se hallaron, no usados, llenos de orin, sin pólvora ni balas, ni municiones, tanto que pocos habia que pudiesen servir y que no fuese necesario repararlos, y aun oficiales para este menester apenas se hallaban por el poco uso que de ellos habia.

Al fin así la gente de Jerez como la de otros muchos pueblos comarcanos, con la presteza posible acudieron á la defensa de Cádiz mostrando tan buen ánimo, que si tuvieran caudillo que los administrase, aun con las pocas armas que tenian, pudieran hacer rostro y aun resistir al enemigo, de manera que pudiera dar lugar á mayor socorro, por lo cual ó se defendiera la ciudad ó ya que la entrara por fuerza fuera comprando cara la victoria.

El duque de Medina luego que llegó la nueva á Conil, pueblo suyo marítimo que mira á la parte del mediodia, donde es la mayor pesquería de los atunes, con la mas gente que pudo partió para Cádiz, y llegado á la puente de Suazo, que es donde como queda dicho, se divide y toma principio la isla de Leon, pareciéndole que bastaría la gente que le habia entrado de socorro á Cádiz para su defensa, conforme á lo que le habia escrito el corregidor de aquella ciudad, y lo que otros muchos le afirmaron, detuvo allí las compañías que venian marchando á entrarse en la ciudad de diversas partes, y mandóles que caminasen para la de Sanlúcar de Barrameda, temiendo que el enemigo querria acometerla con parte de su armada, pues era tan poderosa en número de bajeles y gente de guerra; en que hubo diversas opiniones y pareceres, diciendo algunos que fuera mas acertado acudir con toda la fuerza del socorro,

mayor presteza que otros ningunos, entrando los primeros con doscientos y cincuenta caballos y no mas, que como los años pasados han sido tan estériles, con esto y con las disensiones civiles de aquella ciudad y otros gastos se han enflaquecido las haciendas y aun los ánimos, que por acudir á sus forzosos menesteres y á sus temas y discordias, han dejado las que pudieran escusar, y así hay al presente pocos que puedan sustentar caballos, como solian en los tiempos pasados, cuando con mucha facilidad en cualquiera ocasion ó rebato salian casi mil hombres de á caballo bien apercibidos para cualquiera rompimiento: mas ahora en estos presentes los que habia eran, como dicho queda, hasta doscientos y cincuenta, y de estos mas de la mitad aperadores y gente de campo desarmada, poco diestra y no muy determinada á ganar honra y fama como los nobles; todos estos con sus lanzas y adargas, agradable vista para los ojos, mas no fuerza provechosa para la dura ocasion que se les ofrecia por haber pasado el tiempo en que era lo mas fuerte la caballería, lanza y adarga de los ejércitos; y si ahora son de algun provecho, es para cuando la arcabucería revuelta comienza á ocupar, descomponer y retirar al enemigo, que entonces es de grande efecto é importancia. Y así como en el secuentro sobre Cádiz no hubo arcabucería que entretuviese el ímpetu de los enemigos, fué inútil y sin provecho la caballería que se opuso á la defensa, poniéndose á evidente y cierto peligro, confiados mas en la determinacion de sus ánimos que en la traza y buena órden de guerra.

Acudió además de la caballería de Jerez la infantería que se pudo juntar en aquel breve espacio, y D. Diego de Villavicencio, veinte y cuatro, y capitan con su compañía, siguió la via de Cádiz y entrado con ella dentro de la ciudad, guardó la órden que le dió el corregidor de ella: esta fué ponerlo en la Caleta con su gente, donde estuvo constante hasta que la ciudad fué entrada.

mar la gente visoña. El enemigo poderoso, bien armado, rico y victorioso, cargado de despojos, de lo que todo no se podia inferir, ni esperar menos que algun notable atrevimiento que pusiera el reino en contingencia, porque aunque los hombres de buenos entendimientos, confiados en ellos, parece que dan en el punto de las cosas y que podria suplir la falta de experiencia, están engañados, porque un buen entendimiento juzgará la imperfeccion de una pintura ó de una fábrica, sabiendo poner en ella dudas y dificultades, empero no sabrá poner la mano en la obra ni venir á la práctica de ella, por la diferencia que hay de la teórica á la práctica, y así es necesario en casos de guerra la experiencia, acompañada de buen discurso racional, para acertar, porque no habiendo estas partes, tan mala eleccion hará el experto sin entendimiento, como el entendido sin experiencia.

Entre esta perplejidad, como sea tanta la grandeza de Sevilla, y su regimiento y Senado de tanto gobierno y valor, acudió á lo mas necesario para reparar inconvenientes. Envió luego la mayor copia de gente que pudo y habia juntado, así de á pié como de á caballo. Los caballeros hijodalgos, gente noble y principal, sin esperar órden alguna de capitanes, Asistente, ni de la autoridad de la misma ciudad, se pusieron en camino formando capitanía particular, diferente de las ordinarias de gente comun conducida y dispuesta por ciudad, que es la que llaman de aventureros, en que mostraron bien los brios de la antigua y noble sangre que los provocaba y llamaba á cosas de honra, y la sustancia y posibilidad de ciudad tan próspera, rica y opulenta.

Acudiéronle á Sevilla luego sus pueblos y los demás convecinos, por si acaso el enemigo se desvergonzaba y usaba de alguna libertad, mayor de la usada, subiendo por el rio Guadalquivir arriba con sus lanchas, que eran mu-

chas en número, bien pobladas de gente de guerra, y en cada una dos brulotes con que pudieran ir allanando cuantas flacas dificultades ó resistencias se les opusieran, á quien no pudieran resistir las naos surtas en diversas partes, desproveidas de municiones y vacías de gente; menos los barcos que van y vienen de Sevilla á Sanlúcar pudieran resistir ni hacer efecto alguno, por la diferencia que podia haber de los unos á los otros, pues las lanchas venian bien armadas de gente de guerra y armas ofensivas y defensivas, y los barcos sin lo uno y sin lo otro por la antigua costumbre de su seguridad. Y para reparo de este inconveniente mandó la ciudad que se llevasen á Coria, pueblo distante tres leguas de Sevilla en la ribera del Guadalquivir, algunas piezas de artillería plantadas en puestos y lugares á propósito, porque en aquel parage se forma un torno ó vuelta del rio, que lo estrecha algun tanto, y estando asestadas pudieran impedir el pasage á las lanchas, ó hacerles notable daño. Hiciéronse además de esto otras trincheras y reparos, para desde ellas arcabucear al enemigo, poniendo en ellas gente de guarnicion.

Hízose en la ciudad reseña de la gente que podia tomar armas, nombráronse capitanes, mandáronse hacer fraguas donde á toda priesa y sin cesar, formasen mosquetes y arcabuces: otros fundian balas: toda la gente se ocupaba en buscar y prevenir armas; que como las nuevas se iban avivando, asi se avivaban el bullicio y solicitud. Llegaban estas nuevas por momentos tan estrañas y espantosas, que á ser del todo verdaderas, fuera poco el sentimiento que se hacia; con todo, pusieron la ciudad en grande confusion y alboroto, cesaron los oficios, los tratos y mercancías, solo se trataba del caso presente, de ingleses, del daño hecho, del que se esperaba, de las armas y juntas de soldados, y muchos de ponerse en salvo, especialmente la gente flaca inútil, y la comunidad del vulgo; y como es pueblo tan gran-

de y de tanta gente comun, era de ver y aun de temer el miedo y desatiento que corria en general, tanto que les parecia tener ya el enemigo á las puertas de la ciudad, condicion del ignorante y confuso del vulgo.

Mostrose en esta ocasion el asistente conde de Priego, diligentísimo y animoso, acudiendo con gran presteza al gobierno de la ciudad tan alborotada y á la prevencion de todas las cosas necesarias á la defensa y socorro.

Las ciudades, villas y lugares de la Andalucía corrieron la misma tormenta y revolucion levantando gente y apercibiéndose para su defensa, si necesaria fuese, porque como la armada era tan poderosa y habia tenido un principio tan favorable y victorioso podíase temer cualquier atrevimiento mayor.

En Cádiz era la verdadera confusion y miseria, como quien ya tenia el daño cierto recibido. El Cabildo eclesiástico encerrado en la villa y castillo dió órden en la guarda de las tres puertas del muro que tiene solas para impedir que no entrasen dentro mas que mugeres, niños, viejos y enfermos, porque la demás gente pelease y defendiese la ciudad. Lunes primero de Julio al amanecer se retiró nuestra armada y surgió al puntal, como se habia decretado. Habia á este tiempo zarpado la capitana inglesa de la escuadra real, y todas las demás naos y galeones se habian puesto á punto y órden imitando á su capitana; y como vieron desocupado el paso y que se iba retirando la nuestra, conoció la flaqueza y temor el enemigo, teniendo por cierta la victoria; luego dió velas á la suya en seguimiento de la nuestra, y siéndole el viento favorable, que era un poniente algo vivo comenzó á entrar en la bahía como á las siete horas de la mañana.

Iba la armada inglesa puesta en muy buena órden por sus escuadras, siguiendo todas las naos á una capitana gruesa que las guiaba, arrimada cuanto le era posible á la

ciudad, y disparando sobre ella innumerables piezas de artillería con tanta perseverancia, que atemorizó mucho mas la gente de lo que estaba; hacian las balas mucho daño en algunos edificios, y con ir la armada enemiga por el canal desviada mas de media legua de los muros, la artillería era tan buena y la pólvora tan refinada que alcanzaban las balas descansadamente á toda la ciudad y algunas pasaban de la otra parte, cayendo sobre la mar de levante, y aun tal bala hubo de treinta libras, que pasó el muro de parte á parte.

Temiendo la Abadesa del monasterio de nuestra Sra. de la Concepcion, lo que despues sucedió, hizo que todas sus monjas se confesasen, y con un Cristo en las manos, derramando muchas lágrimas, mostrando juntamente ánimo espiritual con que lo ponia á todas, las exhortó al martirio con tales razones, que las dejaba consoladas y dispuestas á padecer por la fé, por la religion y por su honestidad: lo mismo hicieron los demás monasterios de monjas y religiosos, pidiendo á Dios los socorriese y librase de aquel peligro.

De las diez y ocho galeras que allí estaban, las dos de ellas se iban retirando tierra á tierra junto á los muros ofendiendo y defendiéndose. Era la una la ocasion en que iba el marqués de Santa Cruz y por capitan Cristóbal Sanchez: quedaron maltratadas de la mucha artillería que sobre ellas disparaban los enemigos, por lo cual se fueron retirando con las demás que se habian recogido al Puntal detrás de los galeones.

Surgió la armada enemiga por el canal cerca de la Matagorda frontero de Puerto Real, á tiro de cañon de los galeones; luego comenzaron á cañonearse de ambas partes; desde las nueve horas de la mañana hasta la una despues de medio dia. Peleaban doce galeones ó naos gruesas enemigas con solo dos galeones de los nuestros, que eran S.

Felipe y Santiago, con tanta furia, que era cosa de admiracion. Yo estaba mirando de tierra la batalla, y demás de haber juzgado por perdida nuestra armada, viendo que se habia retirado y dejado libre la entrada de la bahía y la muchedumbre de naos que sobre ella iba, se confirmó mas en mi ánimo la perdicion, y mas en ver la priesa con que disparaban los dos galeones nuestros la artillería, porque en tanto que el enemigo disparaba una pieza, disparaban los nuestros cuatro, de donde vine á inferir ser miedo y flaqueza, queriendo mostrar con aquello lo que no cabia en razon, pues era cosa cierta que se les habia de acabar y gastar con brevedad las municiones y pólvora, habiendo tantos navíos que resistir tan artillados y prevenidos como ellos. Demás de que cuando nuestros galeones les echaban á fondo alguno de los suyos, era de poco momento, porque iban entrando por sus escuadras de refresco otros galeones reforzados y dando cargas en los nuestros, y de necesidad los habian de acabar y consumir. Los demás galeones nuestros ni las fragatas no podian servir ni ayudar á los dos que peleaban con su artillería, porque si la jugaran fuera en daño de ellos por estar adelante y ser la angostura del canal estrecha donde no podian hacer otra cosa.

Quemósele á esta sazon al enemigo una nave de las buenas que traia, con que se animaron los nuestros, y lo misma la gente que miraba la batalla desde tierra; no se sabe si fué de alguna bala que diese en la pólvora y encendiese fuego, ó si fué descuido de los marineros.

Este dia como entre las doce y la una el galeon S. Felipe, por los muchos balazos que habia recibido por un costado, quiso volverse y rodearse del otro lado para disparar la artillería y no pudo, por tenerlo forzado la marea á estar de aquella suerte: hicieron velas él y Santo Tomás por ver si podian hacer algun efecto, y dando vueltas en aquella angostura quedaron ambos encallados en seco. Tenia el ga-

leon S. Felipe cincuenta piezas de artillería de bronce. Pudieran entonces las galeras acudir á remorcarlos y sacarlos de aquel peligro, y no lo hicieron pudiendo; la causa no se sabe ni es de mi cuidado juzgar corazones agenos.

Visto por Diego de Soto, cabo de los galeones tener su nao barada que era S. Felipe, y el mal estado en que estaba el negocio, le puso fuego, porque el enemigo no se apoderase de él y de cuanto tenia dentro. Luego él se salió á tierra en una barca. Los soldados y marineros se arrojaron al agua, y nadando salieron algunos á tierra, otros muchos se ahogaron, y otros que estaban heridos de la pelea como ni pudieron entrar en la barca ni salir á nado se quemaron dentro.

Rindiéronse los demás galeones, y los enemigos los tomaron y por entonces no tocaron ni ofendieron al resto de la armada, que ya toda se tenia por rendida, así las fragatas como las naos de la flota, por parecerles que la tenian segura y cierta para robarla ó apoderarse de ella ó quemarla si les pareciese, despues de haber robado y conseguido el fin que pretendian en tierra.

Y como se acabó con aquello la batalla naval, quedando todo á obediencia del enemigo, hizo toda la armada inglesa sentimiento de victoria y alegría, disparando mucha artillería y poniendo banderas y gallardetes en las naos. Tocaron al arma despues de esto, y con grande brevedad se comenzó á juntar grande número de lanchas, que las naos habian echado á la mar, y embarcarse en ellas toda la gente de guerra para desembarcarla en el Puntal.

Llegó este dia á Cádiz la gente de Jerez, que como dicho queda, serian hasta doscientos y cincuenta de á caballo, y la de Chiclana que serian otros cuarenta, infantería de Jerez ciento; y como al medio dia entraron cuarenta de á caballo del Duque de Arcos, y dos compañías de Chiclana de infantería con hasta doscientos hombres que tambien ve-

nian á entrarse en la ciudad, se quedaron en la puente por mandado del Duque de Medina, porque ya estaba tomada la ciudad, y era socorro impertinente el querer pasar adelante. Este fué todo el socorro que entró en Cádiz y no otro alguno: por manera que se hallaron á su defensa hasta trescientos caballos y ochocientos infantes de fuera y de la ciudad y no otra gente alguna de consideracion.

D. Antonio Giron, corregidor de ella, luego que entró la gente de Jerez, dijo á D. Leonardo de Cos, corregidor y capitan de la gente de Jerez y á los demás caballeros que allí venian, que como corregidor y capitan á guerra que era de aquella ciudad, era tambien general en su jurisdiccion, así de los vecinos de ella como de los de otra cualquiera parte que allí viniesen al socorro, y que como tal habia de ordenar en todo lo que fuese menester. El de Jerez y demás caballeros respondieron que lo hiciese así y que viese en lo que ellos podian y debian servir, que solo habian venido al socorro de aquella ciudad, y que en todo lo que conviniese acudirian con mucha puntualidad hasta morir en servicio de Dios, de su Rey y su ley y defensa de aquella ciudad, y para principio de ello le pedian que les diese la órden que habian de seguir y les señalase puesto donde hubiesen de estar, que no escederian punto de lo que era su obligacion. Entonces el de Cádiz ordenó que los cien infantes guardasen una posta y sitio donde estuviesen, lo cual pusieron luego por obra. Ordenóles demás de esto á los de á caballo que aquella tarde diesen una vista al enemigo por la marina frontera de la armada, y dada se volviesen á la ciudad donde se les ordenaria lo que debian hacer.

El corregidor de Jerez sin apearse de su caballo hizo con la caballería lo que le era ordenado, y hizo tan buen efecto, que el enemigo temió de echar gente en tierra por aquella parte, y aun tuvo duda de poderla desembarcar por otra ninguna. Estas diligencias se hicieron el domingo trein-

ta de Junio, y tambien le pidió al de Jerez el de Cádiz, que hiciese á treinta caballeros, que desde la prima hasta media noche fuesen á hacer posta y velasen por la marina, para ver y avisar de lo que el enemigo hiciese, y que acabada la vela de los primeros, enviase otros veinte que asistiesen á este cuidado hasta el amanecer. Todo lo cual se cumplió sin faltar punto, yendo entre los de vela algunos caballeros veinte y cuatro, que hicieron su oficio con mucho cuidado y diligencia, y los demás Jerezanos con su corregidor se estuvieron armados y dispuestos toda aquella noche para mejor acudir á lo que se ofreciese.

Lunes primero de Julio á las tres de la mañana, el corregidor de Jerez con la caballería, puestos á punto de guerra con sus lanzas y adargas, salieron á la plaza de armas, en busca del corregidor de Cádiz para que les diesen órden de lo que debian hacer. Hallado, les dijo que al amanecer fuesen todos á dar vista al enemigo por la Caleta de Sta. Catalina hasta el baluarte de S. Felipe, como el dia antes lo habian hecho, y que con ellos fuese la demás gente de á caballo que hubiese, para que hiciesen mayor demostracion, y dada se volviesen á la ciudad: hízose así como se les órdenó, llevando por su guia y capitan al de Jerez; y aunque los enemigos desde los navios les tiraron algunas piezas de artillería y les pasaban por encima de las cabezas, no se descompuso la órden que llevaban ni perdieron punto de su pretension.

Siendo ya las nueve del dia el corregidor de Cádiz le dijo al de Jerez que enviase cincuenta caballeros al Puntal para reconocer lo que hacia el enemigo y ver si echaba gente en tierra, el cual los envió luego, y por capitan de ellos á D. Rafael Lopez de Espindola, capitan de los de á caballo contiosos, los cuales fueron luego, y asistieron en el Puntal hasta las dos horas de la tarde que se acabó la batalla naval. Fueron á esta hora otros cuarenta de á caballo al Puntal

de refresco para el mismo efecto que los cincuenta primeros, que por estar cansados se volvieron á entrar en la ciudad: estos dieron aviso de como el enemigo andaba sondando la bahía con dos lanchas, para ver por donde mejor podria desembarcar su gente. Envió otros cincuenta caballeros el de Cádiz para que asistiesen con los cuarenta de Jerez al Puntal: todo lo cual solicitaba D. Leonardo de Cos, yendo en persona á donde cada uno estaba, para obligarlos á que de mejor voluntad fuesen; hasta salir con ellos al campo fuera de la puerta de tierra no los dejó.

Estas diligencias se hacian como á las dos horas de la tarde, y pareciéndole al corregidor de Jerez que era poca gente la que estaba en el Puntal, determinó ir en persona con la que le quedaba, para reconocer lo que habia y acudir á lo que allí se ofreciese, si acaso el enemigo intentase desembarcar gente por allí, impedir la desembarcacion, y poniéndolo por obra, cuando llegó á la puerta de tierra, por donde habian de salir, los que la tenian en guarda se lo impidieron, diciendo que aunque los matasen, no dejarian salir gente ninguna, sin órden espresa del Corregidor. Visto que no podia salir con su intento, se volvió con los suyos á la plaza de armas; enojados todos buscaban al corregidor para darle cuenta del desacato de los de la puerta de tierra; el cual hallado y oida su querella, les respondió que por entonces no convenia que fuesen y que se estuviesen en la ciudad; que bastaban los que allá estaban, para reconocer y avisar de lo que hubiese, y que cuando tocasen á rebato saldrian todos. Con esto se estuvieron todos quedos en la plaza, aguardando lo que se ofreciese, para acudir á ello como eran obligados.

A las dos horas de la tarde poco mas, vino un hombre de á caballo, de los de Jerez corriendo muy de priesa, á dar aviso que con lanchas tenian ya los enemigos desembarcada mucha gente en tierra. Entonces el corregidor de Je-

rez con los demás caballeros que aun no se habian apeado, ni dejado las lanzas y adargas, salieron al campo, por la puerta de tierra, que ya no se les defendia sin que les impidiesen la salida los que la guardaban, y antes que partiese pidió al corregidor de Cádiz, que para que la gente suya de á caballo pudiese hacer algun buen efecto, le diese algunos arcabuceros para llevar cada uno el suyo á las ancas de los caballos. Respondioles que fuesen así como se hallaban, que no les podia dar arcabuceros ningunos. Con esta respuesta se partieron los de Jerez, sin ningun arcabucero, con determinacion de resistir al enemigo, quedándose el de Cádiz en la ciudad.

Llegaron los Jerezanos hasta cerca del Puntal, donde hallaron que ya se habia desembarcado mucha gente, y que estaban ordenando sus escuadrones de mosqueteros, arcabuceros y piqueros, con sus golas, coseletes y morriones, y con veinte y siete banderas, en que venian diez mil soldados, gente de guerra y comenzaban á marchar para la ciudad; y aunque no habia mas que trecientos de á caballo, así de Jerez como de Chiclana y otros pueblos, y todos sin arcabuceros ninguno, yendo el corregidor acaudillándolos como capitan, y junto con él D. Cristóbal de la Cueva su alferez mayor, el cual mostró ánimo y valor de soldado esperto, con ser mozo de poca edad, no faltando punto á su obligacion, y puesto que vieron el peligro cierto, arremetieron á los enemigos con determinacion animosa, los cuales calaron las picas por estar ya en órden, y así no los pudieron romper, y les fué forzoso el retirarse.

Hallóse en aquel acometimiento un fraile francisco, en un caballo, el cual con un Cristo en la mano izquierda, y en la derecha una lanza, arremetió contra todo el ejército inglés y mató á dos de los enemigos; cargó sobre él la fuerza del campo todo y allí le hicieron pedazos. Con todo esto fué de tanto efecto el acometimiento de los nuestros, que

hicieron detener el escuadron, y aun retirarse algun tanto, el cual venia disparando sobre ellos innumerable copia de balas de mosquetes, y detenidos se juntaron con las demás banderas que iban desembarcando.

Despues que todos los enemigos fueron juntos, formado su campo de ochenta por hilera, con sus coseletes, piqueros y mosqueteros, en buena órden y á paso sosegado, comenzaron á marchar para la ciudad. La gente de Jerez intentó segunda vez resistir al campo contrario, mas como eran tan pocos, y tantos los enemigos, y con armas aventajadas y diferentes, el ejército ya marchando, el sitio contrario al menester de los caballos, todo arenales sueltos y muertos y ninguna arcabucería de nuestra parte, las balas espesas sobre los nuestros, con tanto estruendo y ruido que no se podia esperar sino la cierta muerte y perdicion de todos, sin hacer efecto alguno que importase, se volvieron recogiendo para la ciudad. A este tiempo les llegó órden del corregidor de Cádiz para que se repartiesen acudiendo la mayor parte á la puerta, para donde comenzaban á marchar tres mil de los enemigos para apoderarse de ella. Entonces tomaron la playa en la mano los que pareció convenir, y al mas andar de sus caballos caminaron para poder llegar á tiempo de defenderla, si la pretendieran derribar ó pasar adelante; los demás se encaminaron á la ciudad.

El corregidor de Jerez en esta retirada haciendo el oficio de buen capitan, fué el postrero que entró en la ciudad, llevando delante de sí toda la gente que con él habia quedado, habiendo muerto un inglés de una lanzada en el acometimiento que se hizo; venia á su lado su alférez mayor D. Cristóbal de la Cueva. Eran veinte y siete banderas las que se encaminaron para la ciudad, y once á la puente de Zuazo; con las veinte y siete iban seis mil hombres, y con las once tres mil.

Llegada la caballería que se iba retirando á la puerta

de la ciudad, la hallaron cerrada por de dentro, sin haber quien les abriese ni la guardase; fuéles forzoso á algunos porque así convenia á la salud de los demás, apearse de sus caballos como dicho queda, y subir á pié por las sendas antiguas que estaban hechas en los terraplenos, y por las almenas del muro descolgarse, arrimando las lanzas por la parte de dentro, porque á no hacerlo asi, todos murieran sin ninguna duda de la primera rociada de la mosquetería que venia cargando sobre ellos y disparando sin cesar. Los que entraron por lo alto del muro abrieron las puertas, por donde entraron los demás caballeros, y entrados las volvieron á cerrar. No hallaron capitan ni soldado ninguno dentro que defendiese la puerta y entrada; todos habian huido y retirádose antes de tiempo, sin ver ni esperar al enemigo, cosa que bastara á desanimar á un grueso ejército que se viniera retirando, cuanto mas á sesenta de á caballo sobre quien venian veinte y siete banderas con seis mil mosqueteros, y ni habia quien los ayudase ni ellos tenian armas con que resistir ó hacer algun acometimiento. En esta entrada les mataron á los nuestros algunos caballos; los demás que fueron hasta cuatro ó cinco se quedaron sueltos sin sus dueños, que son los que subieron por el muro y entraron en la ciudad; de estos se apoderaron los enemigos.

Hallaron ocasion dispuesta los ingleses, como la podian desear, para entrar en la ciudad sin ninguna resistencia ni estorbo, porque luego que llegaron los primeros al foso y puerta de la ciudad, aunque estaba cerrada, como no vieron quien pelease ni la defendiese, así desde el baluarte como desde la muralla, subieron por las sendas, y caminos dichos, los cuales llegan casi hasta las almenas, y desde ellas comenzaron á tirar de mampuesto á los que habian entrado de los de Jerez que se entretenian por defender la puerta y entrada, esperando que les acudiese gente de la ciudad en su socorro; y como vieron que todo

estaba suspenso y nadie les acudia y que desde las murallas los podian acabar fácilmente á todos con los mosquetes, fueles forzoso tambien dejar aquella plaza libre y desocupada; y retirarse á la de armas, donde entendian que estaba el nervio de la resistencia, y no solamente no hallaron como se pensó, mas ni aun persona pareció en toda ella, porque cada uno la desamparó y se fueron huyendo á sus casas ó donde cada cual podia, cerrando las puertas por de dentro, pareciéndoles que allí estarian seguros ó por piedad de los enemigos ó por premio del interés. La gente suelta hizo lo mismo entrándose á vueltas con los demás donde podian, especialmente en algunas casas fuertes en la villa ó en el castillo, entre los cuales fué uno el corregidor de Cádiz, que se recogió al castillo con su muger, hijos y hacienda, dejando la ciudad desamparada y sin quien la gobernase, lo cual fué causa que todos desmayasen y se acobardasen, inclinándose mas á la misericordia dudosa del enemigo, que á la justicia rigorosa que pudiera usar si quisiera.

Nació tambien este temor y cobardía de una consideracion discreta, y fué ver que siendo el enemigo tan poderoso y las fuerzas para resistirlos muy flacas, y que no habia duda en el apoderarse de la ciudad, y siendo esto así, imaginaron que si se pusieran en resistencia, haciendo algun daño á los enemigos, habia de crecer la indignacion y querer tomar venganza equivalente, pasándolos á todos á cuchillo, y así en caso tan dudoso fué el mejor consejo usar de mansedumbre y humildad entregándose con apariencias finjidas en manos de sus enemigos, pues cuando quisieran mostrar la enemistad y sentimiento, habia de ser á costa de sus vidas y honras, y así compraron lo mas precioso y estimado por los de menos valor y precio.

Hallóse en esta ocasion el corregidor de Jerez con los de su parcialidad solo en la plaza, que poco antes estaba

ocupada y llena de gente, y no viendo á quien poder convocar para acometer al enemigo que ya pisaba seguro las calles de Cádiz, hizo con los que le seguian algunos acometimientos contra él; mas como era poca la resistencia contra tanta carga, fuéle forzoso retirarse con los demás y entrarse en una casa que le pareció á propósito, donde se hicieron fuertes, y se defendieron tirando de lo alto de las azoteas piedras y otras cosas con que mataron algunos ingleses, sin quererse rendir, aunque vieron que el resto de la ciudad estaba rendido, hasta que vinieron dos compañías de enemigos á combatir y romper la puerta de la casa; y con todo no se quisieron rendir hasta que les tiraron dos piezas de artillería, una de las cuales pasó por alto, la otra llevó un pedazo de la azotea. Con esta fuerza viendo que era imposible entretenerse sin notable daño, se rindieron y fueron tomados por cautivos el corregidor y todos los que con él estaban.

Entretanto que el ejército entraba en la ciudad, el general de la flota de Nueva-España, viendo que ya por mar no habia resistencia, porque el enemigo no se apoderase de ella, mandó poner fuego á todas las naos, teniendo esto por menos daño, que no que se acrecentase la armada inglesa de mas poder con tantas naos y riquezas. Los maestros y capitanes de ellas lo pusieron luego por obra, echando la gente en tierra: quemáronse casi cuarenta naos cargadas de grandes riquezas de inestimable valor: determinacion inconsiderada y muy acelerada, de lo cual se cayó en la cuenta despues del daño hecho, pues con sus naos de ellas, sacadas las mercaderías y demás cosas que tenian dentro, que les dieran barreno y echaran á fondo en la entrada del canal, no pudiera jamás pasar la armada enemiga ni hacer ofensa á la nuestra, y las galeras pudieran á su salvo echar á fondo cualesquier lanchas que intentaran pasar al robo. Mas con la turbacion no se advirtió en este remedio, te-

niendo por mejor, como dicho queda, perder toda la flota que verla en poder ageno.

Fué cosa lastimosa ver arder una flota tan grande, tan lucida y de tanto valor, de que le pesó mucho al inglés, porque el intento principal de su venida fué apoderarse de ella, sabiendo que estaba junta en la bahía y ya cargada para las Indias: que la toma de Cádiz no la tenia por cierta, antes fué acaso y por su buena suerte el hallar disposicion para entrar y saquear la ciudad, y así envió á decir que no la quemasen, sino que la rescatasen, y aun le puso precio, mas tan escesivo, que ni convino dársele, ni se pudo hacer confianza de que guardaria la palabra, aunque ya vino tan tarde este aviso que no se pudiera remediar el daño.

El primer inglés que desembarcó en el Puntal fué el general de tierra, y el tercio viejo y caballeros fueron los primeros que venian en la delantera y de tres tercios ó coronelias que ellos llaman cada uno de tres mil hombres, los dos con toda la nobleza y tercio viejo entraron en Cádiz. La otra coronelia se encaminó á la puente de Zuazo para apoderarse de ella y romperla, porque por allí no le pudiese entrar socorro á la ciudad. Iba por general de este tercio y cabo Cristóbal Blout, general de la artillería, padrasto del conde de Essex, casado con su madre, hombre de mucho valor y gobierno.

Venia el escuadron inglés cerrando tan aprisa que casi entraron juntos los postreros de los nuestros y los primeros de los enemigos, porque algunos ingleses que habian entrado por otras partes y por el muro abrieron las puertas y así entraron sin que nadie los resistiese, y vueltos á formar los escuadrones, en aquel espacio de tiempo breve y en aquel campo, que es en entrando la ciudad junto á San Roque, iglesia de devocion, comenzaron á marchar con grande órden y recato para dentro de la ciudad, encami-

nándose á la plaza que estaba bien desocupada. Al desembocar de las calles habia hasta quince ó veinte hombres de á caballo y arcabuceros, que comenzaron á pelear y detener el ímpetu de los enemigos y mataron hasta treinta ingleses, y de los nuestros mataron á D. Esteban de Hinojosa, caballero vecino de Jerez, el cual se puso solo á defender una calle y la entretuvo con grande ánimo y valor matando algunos ingleses, y siguiendo su porfía lo mataron allí; al fin no pudiendo resistir los demás á la multitud de enemigos que venia cargando con grande furia volvieron las espaldas y procuraron ponerse en cobro como los demás.

Apoderóse aquella tarde el enemigo de lo que es arrabales de la ciudad, sin tentar de entrar en la villa ni castillo; apoderóse asimismo del monasterio de S. Francisco donde habia infinita gente recogida de toda suerte; en esta forma mandó el general que no se diese por entonces el saco, porque queria que lo diese primero la gente noble y principal; obedecióse este mandato sin osar ninguno tocar á cosa alguna ni dar pesadumbre á vecino ni otra ninguna persona. Defendióse aquella noche el baluarte de S. Felipe, que estaba á cargo de Martin de Irigoyen y de la nacion vascongada sin querer rendirse. Mas luego el dia siguiente viendo que ya la ciudad estaba rendida y entregada, y banderas de enemigos levantadas tremolando al viento en diversas partes, se rindió y entregó el baluarte, viendo que era imposible poderlo defender.

Cuando los ingleses iban entrando por la puerta de la ciudad, hubo muchos caballeros y regidores que pedian á voces que tomase alguno á cargo el ordenar y enviar gente á la defensa, y como ninguno lo quisiese hacer, llegó á la sazon Pedro del Castillo, regidor de Cádiz y juez de Indias junto con el corregidor, y dijo á grandes voces; cualquiera que tuviere celo del servicio de Dios y del rey, sígame; y con esto picando los caballos se fueron para la puerta del

muro que ya estaba ocupada de enemigos, y venian ya entrando por las calles, por lo cual se volvieron sin hacer efecto alguno. Mas con todo este brio que mostró Pedro del Castillo, no hubo quien advirtiese en recoger las compañías de la ciudad que se estaban repartidas en los baluartes y puestos señalados, y con ellas juntas ir á defender la puerta del muro; estuviéronse todos en sus lugares porque no hubo quien les ordenase cosa alguna, hasta que ya el enemigo estaba dentro apoderado de la ciudad, y ya entonces era tarde y no pudiera ser de provecho cualquier diligencia que se hiciera.

Aquella noche que entró el inglés en Cádiz, como la gente toda inútil se hubiese recogido á la Villa, á la iglesia mayor y casas obispales, se confesó toda la que pudo y se le dió el Santísimo Sacramento por los canónigos y clérigos que allí estaban, y consumieron las reliquias de él. Habíase asimismo recogido mucha gente medrosa á las casas del canónigo Termineli, que son junto á la Iglesia mayor; allí hubo tambien quien los consolase y exhortase á la paciencia por Jesucristo. Confesáronse y puestos todos en oracion esperaban la muerte por momentos. Lo mismo hicieron las demás congregaciones de estas gentes que se hallaban en otras partes, porque no entendian que hubiera tanta piedad y conmiseracion en los enemigos que los dejaran con las vidas.

Sabia bien la gente de la Villa que no se podian defender por no haber gente que pudiese pelear, ni armas para ello, y cuando se defendieran, tenian entre sí mismos otra mayor guerra que era la hambre, por no haber bastimentos ni aun agua, y viéndose en este conflicto pidieron al canónigo Quesada, prebendado en aquella Sta. Iglesia de Cádiz, el cual entendia y hablaba bien las lenguas inglesas, flamenca y francesa, que con los demás caballeros que estaban en el castillo, se hallase en los tratos y medios de

rescate. El cual fué, habló con ellos, díjoles el estado en que estaba la Villa, y como era imposible defenderse y que viesen lo que querian hacer y determinar. Ellos les respondieron que desde las almenas habian tratado de medios, y que les habian respondido que no se tratarian de batir el castillo ni la villa, por aquella noche, hasta otro dia que se daria asiento en los conciertos, que lo mismo sería de los de la villa, y que por entonces se sosegasen.

Martes 2 de Julio, con el seguro que les habian dado los ingleses á los del castillo, salieron de él el corregidor y dean, D. Diego de Villavicençio y otros quince ó veinte de los mas principales, dejando en la torre del Homenage puesta bandera de paz, y los ingleses se la dieron. Llevaron consigo al canónigo Quesada por intérprete, fueron á hablar con el General á las casa de Pedro del Castillo donde se habia alojado, el cual los recibió bien. Comenzóse á tratar del rescate de toda la gente retirada á la villa y castillo, y habiéndose por espacio de dos horas tratado de ello, dando cada una de las partes las razones que les pareció, salió asentado el rescate en ciento veinte mil ducados. Los cautivos los ofrecieron de buena gana por entender pagarlos de los que tenian recogidos en el castillo; á esto les respondió el general que el dinero habia de ser de lo que por otra vía pudiesen haber, porque lo que estaba dentro de la ciudad ya era suyo; y aunque les pareció cosa dura poder cumplir tan grande suma, la necesidad y el estado en que se hallaban les forzó á condescender con la voluntad del General, que como victorioso y señor de todo, pedia el interés y rescate como le parecia y era su voluntad.

Fué condicion, hecho ya el concierto de los ciento veinte mil ducados, que pudiesen salir mugeres, niños y muchachos esclavos y sus personas, y que cada cual pudiese sacar dos pares de vestidos suyos y de sus mugeres, los mejores que tuviesen, con que no sacasen joyas, oro, plata,

ni cosas de valor, y porque todo el tesoro que habia estaba en el castillo, mandóles que fuese cada uno á conoscer sus cofres y lo que allí tenian, y que en presencia de sus oficiales ingleses que tomarían la razon de ello, llevase cada uno á su casa lo que le tocaba dentro de la villa. Este concierto no fué general para todo el lugar, que toda la demás gente de los arrabales que no se habia recogido á la villa y castillo quedaba para de rescate á la cortesía del vencedor. Hecha esta diligencia por los ingleses, el General repartió para la gente principal de su ejército los despojos que se habian sacado del castillo, dando á cada cual su boleta para la casa que se le señalaba, y abiertas las puertas de la villa y castillo, fué cada uno á reconoscer y apoderarse de lo que le tocaba.

En esta plática y conciertos con el General cuando se resumieron en los ciento veinte y mil ducados de rescate, pasaron algunas pláticas y cosas dignas de escribirse. Pidió el General á aquellos caballeros que rindiesen la villa y castillo á su cortesía y misericordia. A esto se le respondió que la nacion española no tenia de costumbre rendirse y que su señoría no les tratase de aquello porque antes permitirian ser pasados todos á cuchillo, que hacerlo. Viéndolos el General tan resueltos no trató mas de aquello; pasó á otro punto y preguntó que qué pactos ó conciertos pedian. Respondieron que les dejasen sacar la gente toda con sus banderas y armas y con la ropa que cada uno pudiese sacar sobre sí. Hicieron donaire de esta condicion los capitanes y generales que allí estaban, diciendo que bien sabian que no nos podiamos defender dos horas, que para qué se pedian tales condiciones. Volviose á la plática del rescate; pidió el General doscientos mil ducados por la gente de la villla y castillo y la del baluarte de San Felipe que aun no se habia dado: ofrecióse de nuestra parte doce mil ducados, representándoles la miseria en que se hallaban, quitadas sus

haciendas, despojados y perdidos; por lo cual se hallaban imposibilitados de poder dar mas dinero. Indignóse grandemente el General con este ofrecimiento, diciéndoles que no era tiempo de retóricas ni entretenimientos, sino de breve resolucion, porque á no resolverse, querian luego acometer y batir los muros y castillo: entonces se le ofrecieron cuarenta mil ducados, y pudiera ser concluirse el rescate por esta suma, si no entraran á la sazon algunos personages de los primeros que habian entrado en la ciudad, los cuales dijeron que no convenia tomar asiento ni resolucion con los rendidos porque ellos se obligaban de tomar la villa y castillo en menos tiempo de una hora. Tenian estos razon, porque ya estaban certificados de la flaqueza y temor que habia dentro por diez ó doce soldados ingleses que habian entrado en la villa por la parte de la mar, y visto cuanto pasaba sin que nadie los osase enojar.

Visto por los diputados de esta concordia que ya los Generales y otros caballeros de la Junta se levantaban sin tomar resolucion ni venir en cosa de provecho, volvieron á suplicar se detuviesen, y que se acabase de concluir en los ciento y veinte mil ducados, y segun el estado en que se hallaban, es de creer que condescendieran en todo cuanto el enemigo quisiera, aunque fuera la suma imposible de haber y pagar, porque ya no se hacia caso del cómo lo pagarian, sino del cómo se librarian y salvarian las vidas, viendo la austeridad del enemigo y el cuchillo á la garganta y cuatro ó cinco mil mugeres encerradas dando gritos y alaridos al cielo, tan afligidas y medrosas, que casi estaban á punto de desesperar, dejándose caer por las ventanas abajo y despeñarse por no verse en manos y poder de gente tan feroz y descomedida. Trataron tambien y fué condicion que no se quemase la ciudad ni los templos, y aunque se trató de esto, no dieron oido ni tomaron resolucion en cosa alguna, porque se acabó la Junta con el concierto dicho.

Pidióseles á los nuestros que nombrasen los rehenes que habian de quedar en tanto que se traia el dinero, los cuales habian de ser á su satisfaccion. Entonces el Corregidor, Bartolomé de Amaya, Nuño de Villavicencio y otros con ellos dieron una copia de hasta ciento y cincuenta hombres, de los mas principales, así eclesiásticos como seglares. Contentóse el General y los demás con ella, y mandaron que tuviesen cuenta de no dejar salir á ninguno de los rehenes so pena de la vida; así se lo prometieron y tomaron á su cargo el mirar por ellos como les era mandado.

Prometieron de su parte los Generales de dar paso libre y seguro, así por mar como por tierra á toda la gente de la ciudad, castillo y baluarte S. Felipe y ponerla en salvo sin rescatar á ninguno, y que pudiese sacar cada cual dos pares de vestido, sus papeles y escrituras y asimismo que pudiesen salir todos los frailes y monjas y mugeres de la ciudad, sin que á ninguna se le hiciese ofensa, afrenta ni desacato hasta estar puestas en salvo, para lo cual mandó el General publicar un bando que pena de la vida, ninguno fuese osado á deshonrar, maltratar á las mugeres, ni desbalijar lo que les era permitido. Todo esto quedó así concluido antes de medio dia. Túvose en mucho alcanzar estas condiciones, segun la superioridad que tenian los enemigos y la afliccion y temor de los rendidos, que hasta entonces no tenian satisfaccion ni seguridad de quedar con las vidas. Hubo algunos de aquellos capitanes que quisieran dar luego saco á la villa y castillo, porque si así se hiciera fuera el daño irreparable contra las mugeres y la demás gente. Pidiósele al General que mandase suspender el saco por aquella tarde, hasta haber puesto las mugeres en cobro y echádolas fuera de la ciudad; lo cual concedió con mucha clemencia, mandando á un capitan de su compañía que fuese á guardar las puertas de la villa, y no dejase entrar á nadie hasta ser salida la gente de ella, como se le habia pedido;

y para mas firmeza le dió su espada al capitan, señal de que el conde le daba su poder para aquello.

Comenzó con esto á salir la miserable gente, aflijida cuanto se puede considerar, llorosa y desconsolada, viéndose despojada de sus haciendas, y desterradas de su natural, y que iban á buscar nuevo asiento, sujetas á las miserias que acarrean la necesidad y pobreza. Encaminábanse para la puerta de tierra, porque por mar no habia embarcacion. Allí era de ver y considerar á cuanto llega la miseria humana y el fin de la infelicidad; pues iban á pié por aquella playa y arenales mas de mil y quinientas personas, que fueron las que aquella tarde se pudieron echar fuera con un calor intolerable, las mugeres delicadas y regaladas desnudas y descalzas, las doncellas, niños y muchachos, de la misma suerte; los viejos agravados de la edad y enfermedades, caminando viaje tan largo y molesto y con tantas dificultades; y aunque al salir la gente noble inglesa no les hicieron agravio alguno, la canalla y gente baja les hizo notables daños y descomedimientos, quitándoles en el camino cuanto llevaban y podian, diciéndoles mil injurias y afrentas, especialmente, holandeses y gelandeses, que estos se señalaron mas en crueldad y desvergüenzas que las demás naciones, haciendo robos, desacatos y mil insolencias. Mandó el conde que les hiciesen escolta hasta la Puente, hasta cincuenta soldados, y estos aunque los acompañaron, como les era mandado, las iban afligiendo y robando cuanto podian, con seguro de que no habian de llegar aquellos agravios á noticia del General.

Débese aquí considerar en este miserabie caso, la sed, cansancio, hambre, calor, temor, la afliccion y desventura en que se veian, que cierto puesto que la consideracion alcance y comprende alguna parte de ello, verlo y padecerlo en acto, es diferentísimo y tan compasivo que no hay palabra con que poderlo declarar ni encarecer.

Con todas estas dificultades sacaron mucho oro, plata y joyas escondidas como mejor podian, y la necesidad maestra les enseñaría, porque como esta trasmigracion fué en ocasion que los enemigos andaban saqueando la ciudad y la confusion era tanta, cuanto se puede considerar, no se advirtió en muchas cosas que se advirtieran si atendieran á solo esto.

Estaban á la puerta de tierra para cuando la gente saliese un capitan inglés, el dean de Cádiz, el Corregidor, Nuño de Villavicencio y Bartolomé de Amaya, para conocer y detener, que no saliesen á vueltas los nombrados por rehenes.

Este dia mataron los nuestros de un arcabuzazo á un inglés cabo de cuatro compañias, hombre principal; fué entre ellos muy sentida su muerte; aunque otros dicen que lo mataron con una piedra que le tiraron desde una azotea. Tuviéronlo cuatro dias sin enterrar, costumbre entre ellos y honra que se les dá á semejantes soldados y oficiales; al cabo de los cuales le hicieron un solemnísimo entierro con grandes ceremonias. Disparó toda la armada infinita artillería; la mosquetería y arcabucería hizo en tierra lo mismo, y rastrando por tierra los estandartes acompañado de todo el ejército y llevado en hombros de los mas principales y nobles caballeros, lo llevaron con toda esta pompa á la iglesia Mayor, que aun no estaba saqueada ni quemada, y allí lo enterraron.

El tercio de tres mil hombres que partió desde el Puntal para la puente, cuyo capitan general era Cristóbal Blont, padrasto del conde de Essex, fué marchando para ella, y como no sabian bien el camino, y en aquel pasage estaban las salinas en que hay esteros, pantanos y pasos difíciles de pasar, á quien no sabe bien las sendas y caminos, tuvieron mucha dificultad y trabajo; al fin llegaron á la puente, y como eran tantos y la mosquetería tan fuerte,

pudieron sin que nadie se lo resistiese llegar y quitar los maderos que estaban en el arco principal, que está por cerrar, puestos con industria para poder pasar la gente, tragineros y bastimentos, en tanto que la obra se acabase, y quitados parece que quedaba la entrada impedida sin que por allí pudiese entrar socorro alguno á la ciudad, y con esto se fueron para el castillo y lo cercaron, haciendo demostracion de quererlo batir. Estaba dentro por alcaide el capitan Martin de Chaide, puesto en aquella tenencia por el Duque de Arcos. Este era soldado viejo, que además de haber servido muchos años á S. M. en las guerras, habia sido capitan de una galera de España, y dió tan buena cuenta de sí, que lo estimaba en mucho el adelantado general de las galeras de España y le hacia muchos favores. El capitan Chaide, viéndose cercado de tantos enemigos, la fuerza flaca y antigua, y con muy poca gente dentro, pareciéndole que era menor daño morir en la defensa del castillo, que le era dado en guarda y fidelidad, que vivir desamparándolo, se hizo fuerte; y con la poca gente que dentro tenia hizo ostentacion de mucha, haciéndolos poner por las almenas y disparar los arcabuces que tenian y algunas piezas de artillería, y como los enemigos eran tantos y tan espesos, no se disparó arcabuz ni pieza que no hiciese mucho efecto, matando de los enemigos muchos. Quisieron pegar fuego á la puerta del castillo, y como es pequeña y fuerte, cubierta de planchas de hierro, no emprendió la pólvora, y así desconfiados de poder rendir el castillo, se volvieron marchando para Cádiz, donde ya sabian que estaban apoderados sus amigos. En esta retirada hieron todo el daño que pudieron en las caserías de la Isla, en las viñas y arboledas, llevándose los ganados y todo lo mas que pudieron.

Miércoles tres de Julio se prosiguió la salida de la gente cautiva por tierra, porque no hubo barcos ni lanchas

que por mar la llevasen. Salieron este dia mas de dos mil y quinientas personas con la misma fatiga y trabajo que las del dia precedente, y aun con mucho mas riesgo, porque andaban ya las cosas tan rotas y confusas, que en unas partes se obedecian los mandatos de su General y capitanes, en otras se menospreciaban y quebrantaban, y así no habia cosa segura. Fué acompañando á esta gente una escolta de enemigos por mandado del General, que por serlo usaban de la libertad que el tiempo y ocasion les ofrecian, quitando y desbalijando á los miserables lo que podian y llevaban, tratándolos con rigor y desacato yendo por el camino donde no habia superior que los reprimiese; llegaron á la puente, y en este viage que son dos leguas, se puede considerar lo que pasarian, yendo á pié las mujeres, viejos y niños, fatigados del hambre y sed, del cansancio y del intolerable calor; los enemigos alrededor con las armas sangrientas sobre ellos, sin ninguna amistad, piedad, ni misericordia: solamente templaba su furia y dañada intencion la esperanza del premio que la miserable gente les ofrecia por haberlos defendido de otros enemigos y acompañándolos hasta allí.

En este dia llegó un capitan español con dos ó tres caballeros, que los enviaba D. Juan Portocarrero en una galera, á informarse y saber el estado en que estaba la ciudad y gente de ella, y á tratar de rescate para dar en trueco algunos remeros ingleses que estaban en las galeras de los que fueron tomados en los años pasados. Estúvoles bien á los ingleses pareciéndoles que habiendo dado libertad y salida á tanta gente, fuera fácil cosa darles en trueco estos ingleses forzados. No fué vana congetura, porque se les dió seguro y permision para que fuesen algunas lanchas con gente inglesa á reconocer en las galeras á los remeros de su nacion; hallaron hasta cincuenta y uno, los cuales despues de muchas demandas y respuestas se les entregaron

y los llevaron libres á las naos como adelante se dirá.

Habíase apoderado del monasterio de San Francisco el mariscal de la Armada, tercera persona en autoridad de ella, con intento de dar toda aquella gente á rescate, y para que ninguno saliese tenia puesta de guardia una compañía de soldados. Habíanse recogido en San Francisco mas de quinientas personas huyendo de los enemigos; entre ellos el Presidente de la Contratacion, y como no tenian bastimentos ningunos ni nadie se los daba, morian de hambre. Los frailes y otros muchos religiosos de otras Ordenes pasaban la misma necesidad y miseria; no sabian qué hacerse sino llorar y afligirse viendo sobre sí tantos y tan desmesurados enemigos, armados, feroces y arrogantes con la victoria. Menos podian salir á buscar algun remedio, porque en lugar de hallarlo, hallaban la muerte, la cual por momentos esperaban, y cuando no se les diera con las armas, la hambre y sed habia de ser el mas crudo y penoso cuchillo.

El canónigo Quesada, sabido lo que pasaba del Presidente de la Contratacion y del Guardian, fué luego á hablar á los Generales que estaban juntos en la posada del Conde de Essex. Pidióles con la mayor humildad y buenas palabras que pudo, dejasen salir aquella gente que estaba en San Francisco porque morian de hambre y no era de rescate sino toda pobre. El Mariscal que estaba presente, muy enojado, tomó la mano á responder y díjole algunas palabras injuriosas, y aun quiso maltratarle, diciéndole que bastaba que en la gente que habia salido de la ciudad á persuasion suya iban personas de rescate de mas de doscientos mil ducados, sin lo que habian sacado en joyas y dineros, y que entre los que estaban en San Francisco, sabia él que habia muchas personas de cuenta disimuladas, lo cual dijo con tanta colera, que pareció imposible alcanzarse otra cosa. Con todo volvió á pedir y supli-

carle, que al menos dejasen salir á todos los religiosos que allí habia, quedando el Guardian y otros cinco frailes. Esto le fué concedido. Habíanse vestido el hábito Francisco muchos seglares, raspádose las barbas, héchose las coronas con tigeras los que las tenian; algunos hubo que por falta de ellas se cortaban las barbas con las dagas ó cuchillos que tenian. De estos hombres y de verdaderos frailes habia mas de doscientos. Todos estos salieron del Monasterio por la permision del Mariscal, haciéndoles escolta hasta la puente el preboste del ejército, con que pudieron pasar libres por la ciudad sin recibir daño alguno. Esto se hizo porque temieron que los soldados de la Puente los mataran á todos, y así los acompañó hasta dejarlos fuera de ella en tierra firme, pagándoles bien su trabajo y custodia.

A instancias del Guardian y sus frailes, el Mariscal mandó proveer de bizcocho á la gente cautiva que quedaba, lo cual fué principio de alguna esperanza y alivio para su mucha necesidad. Habíanse recogido por los arrabales y ciudad en casas particulares muchas señoras casadas y doncellas, á quien los capitanes ingleses visitaban con mucho comedimiento, guardándoles respeto y cortesía, y asímismo otras personas particulares; y como cada uno trataba de su sola causa y negocio, de su libertad y remedio, rescatábanse como mejor podian, unos por mucho precio, otros por poco, alegando cada cual su derecho, y el que menos se podia hacer, diciendo de sí lo que en libertad tuviera por notable afrénta y deshonra, tenia aquí por suma felicidad. Denudábanse los vestidos con que habian ido gallardos y bizarros á la conquista y trocábanlos por los mas viles y rotos que hallaban, porque viéndolos en aquel trage pobre, se persuadiesen los enemigos que era gente baja y de poco valor, y así los diesen por poco y bajo precio. Muchos hubo que les valió esta industria, los cuales si fueran conocidos

no se libertaran sin grande precio. Juntábanse algunas cuadrillas de ellos, de veinte, treinta, cuarenta y mas y menos, y concertábanse con los enemigos á dos, á tres y cuatro ducados uno con otro, chico con grande como dicen, y hecha la cuenta y suma de lo que todos montaban, quedaban algunos de los que mejor les parecian por rehenes; los demás iban á buscar aquella cantidad del rescate, la cual hallaban con facilidad entre ellos mismos y otros sus amigos. Este era el trato comun que corria entre vencedores y vencidos, vendiéndose cada uno por lo menos que podia, y el comprador porfiando á darles mas valor de lo que ellos quisieran. Rescatóse el Presidente de la Contratacion por ocho mil ducados, los cuales se pagaron de contado, y S. M. dicen que los ha mandado pagar de la avería.

Este dia por la tarde se vino á concluir, que la gente rescatada se libertase, porque para estos tratos no habia personas que intercediesen, particularmente lo solicitaba el canónigo Quesada con quien mejor se entendian por saber bien las lenguas, y Mateo Márquez Gaitan, caballero vecino de Jerez, hombre prudente y de autoridad, que fué él que trató por órden del duque de Medina los mas árduos asientos y conciertos de esta guerra, el cual sabia y entendia tambien las lenguas. Escribióle el duque al General que le diese á D. Cristóbal de la Cueva, alférez mayor de Jerez, que tenia cautivo en su poder, el cual se lo envió luego sin ningun rescate. Serian en número las mujeres y monjas mas de mil y quinientas; estas no las encaminaron por tierra, mas el General mandó llegar al muelle diez y ocho lanchas en que se embarcasen para pasarlas al Puerto; y porque estando mas de diez mil soldados en la ciudad, parecia cosa difícil embarcar toda esta gente sin grande riesgo, mandó asímismo al Almirante y á tres ó cuatro coroneles que se hallasen presentes al embarcadero, donde fué bien menester su autoridad para reprimir la furia de gente

tan odiosa y mal intencionada, libre para cualquier atrevimiento y malos propósitos.

Al fin se embarcaron todas las mujeres, niños y muchachos, y las monjas de por sí en una lancha. Este fué uno de los mas lastimosos espectáculos que se vieron jamás, especialmente en esta desventurada pérdida, porque salieron todas las monjas con sus mantos como los traen en sus solemnidades, cubiertos los rostros con sus velos, lo cual hacia una demostracion estraña, que á los mismos enemigos provocaba á compasion, especialmente á muchos ingleses católicos de secreto que los sentian en el alma, como algunos lo dijeron á españoles de quien se confiaban, y muchos desearon quedarse en España, si pudieran, por vivir entre católicos; estos dieron tambien á entender que habia muchos cristianos en Inglaterra, mas por temor de la Reina y sus crueles ministros fingian tener su falsa secta.

Entradas las monjas de por sí en una lancha, se le pidió al General y él lo concedió que fuese en su compañía con ellas el dean de Cádiz; tuvo esto dificultad por ser uno de los rehenes, mas permitiósele porque tambien iba á tratar del rescate de los demás que estaban concertados en ciento y veinte mil ducados, como queda dicho; y porque se temia que los soldados y marineros que iban en las lanchas harian en el camino algunos desacatos á las mujeres, se les pidió que mandase á todos guardar el respeto debido. Él lo hizo así, advirtiéndoles á todos y amenazándolos que si alguna persona se quejase de algun agravio que le hubiesen hecho, ahorcaría al que lo hiciese. Con esto se refrenaron y pasaron las lanchas la bahía hasta el Puerto de Santa María, donde desembarcaron á toda aquella afligida gente que de hambre perecia, si la noche antes no les hubiera dado uno de los capitanes que debia ser cristiano, cuatro sacos de bizcocho, que se repartieron por las personas mas necesitadas, con que pudieron entretenerse y

pasar hasta otro dia que fueron llevados al Puerto, donde les pareció haber hallado todo consuelo y remedio, y tener en mas la libertad que todo su cuanto habian perdido y padecido.

Aprovechó mucho para encaminarse mejor todos estos tratos y negocios la comunicacion con Guillermo Morguen que era capitan y podia y valia mucho entre generales y capitanes. Este Guillermo era un inglés que anduvo en las Galeras de España mucho tiempo, fingiéndose católico y amigo de la nacion española, de quien el Adelantado General de ella hacía mucho caso y confianza dándole crédito á sus pareceres. Tuvo órden para huirse y volverse á Inglaterra, donde se presume que daria avisos del estado y disposicion de las cosas de por acá, como quien habia visto y considerado muchas veces los puertos de España, sus fuerzas, disposicion y recáudo que habia en ellos. Traia este el sello del General, por lo cual tenia mucha mano en cualquier consulta y cosas de guerras; inclinóse á dar algun favor como quien lo habia recibido de españoles en las galeras, y tambien por las promesas que se le hicieron de que se le pagaria bien el que hiciese en beneficio de los cautivos.

Andaba ya en este tiempo el saco tan encendido y cruel que no se puede encarecer con palabras, porque el dia antes, como dicho queda, se habia echado un bando que ninguno diese saco sin órden y mandado del General, por lo cual todos se abstuvieron sin atreverse mas que á saquear algunas casas y tiendas de confiteros y joyeros en la plaza Mayor, y aun esto fué esceso, de lo cual si tuviera noticia el General la castigara rigurosamente.

Este mismo dia miércoles tres de Julio, se pregonó el saco con diez tambores y menestriles; dióse licencia y facultad á los nobles, capitanes y oficiales de la Armada para que pudiesen saquear la villa, los cuales comenzaron el saco con algun respeto y templanza, sin ofender á las mu-

jeres ni descomedirse con ellas, ni romper las paredes, cavar suelos ni otras partes donde habia sospechas que habria escondidos tesoros; especialmente tuvieron este comedimiento los nobles ingleses, gente cortesana y comedida, que si no estuviera inficionada de la heregía, pudieran quedarles en mucha obligacion los despojados, por dejar de hacer mil agravios que pudieran.

Habia muchas casas llenas de mujeres nobles y de toda suerte, que aun no habian podido ni se les habia dado comodidad para salir de la ciudad; hubo muchos casos particulares así de cortesía y buena crianza, como de algunos atrevimientos de los criados y gente baja que no era posible corregir de todo punto. El encogimiento y temor de las mujeres, el verse despojar de sus joyas y vestidos, abrir sus cofres y aposentos donde tenian guardado su dinero y otras cosas de valor, el estar inciertas del suceso y determinacion del enemigo, la imposibilidad que imaginaban de verse libres las afligia de manera que casi les faltaba ya el sentido. Dábales pena y congoja la ausencia y la incertidumbre de la vida de sus maridos, hijos, hermanos y parientes; la hambre, la sed y la aspereza y la falta de regalo, y en resolucion, el verse en tan infeliz y dudoso estado, las tenia puestas en el que puede considerarse cualquier entendimiento de hombre prudente y discreto.

Jueves 4 del dicho, se prosiguió el saco en toda parte con tanta impiedad y braveza que parecia haberse conjurado contra la miserable Cádiz todas las legiones infernales. Robaban las casas de todo cuanto hallaban y luego lo conducian á las naves, derribaban paredes, techos y zaquizamíes, donde sospechaban que podria haber escondido dinero ú otras cosas, hicieron ingenios para tentar y agotar los pozos y sacar de ellos mucha plata, oro y dinero, que pensando estar allí seguro habian echado dentro y hasta las secretas y lugares inmundos: apremiaban á los hombres y mu-

jeres para que declarasen donde tenian la moneda, poniéndoles á la garganta las espadas desnudas, atándoles cordeles como que los querian ahorcar y haciéndoles otros muchos malos tratamientos poniéndoles las manos con tanta soberbia y desacato que no es posible encarecerse. Desnudaban las mujeres por ver si tenian algo escondido, y si los vestidos eran buenos ó medianos se los quitaban, dejándolas en camisa, y aun tales hubo que las dejaban en cueros. Lo mismo hacian con los hombres, lo cual todos sufrian con paciencia por no perder las vidas que por muy pequeña ocasion se las quitaban, y como era tanta la riqueza de todo género que hallaban, no se daban á manos en sacar y llevar á embarcar, sobre lo cual andaba un bullicio y una confusion con un estruendo y ruido infernal, que era temeridad verlo y oirlo: deshacian los colchones para llevarse el lienzo de ellos: estaban las calles llenas de aquella lana y de otras muchas cosas, de libros rotos y papeles de importancia. Quitaban las rejas de las ventanas y todas cuantas cosas habia de hierro: bajaron las campanas de las torres y embarcáronlas todas sin dejar ningunas; lo mismo hicieron de toda la artillería que habia en la ciudad y sus baluartes. Recogieron todas las armas de toda la gente rendida que eran muchas; abrieron las atarazanas y sacaron muchos coseletes, arcabuces, picas, balas, pólvora y muchas otras municiones que allí tenia S. M., con que pudieran los nuestros armarse y ser de mucho provecho; mas dícese que pidiéndole al corregidor y al alcalde de las atarazanas que diesen y repartiesen aquellas armas entre la gente armada, que habia mucha, respondian que el que quisiese arcabuz ú otra cualquiera arma diese un fiador, grande diligencia para tiempo de tanta necesidad y peligro. Todas las demás cosas inútiles y de poco valor que ó no querian ó no podian embarcar, las quemaban ó hacian pedazos, porque no quedase de que los católicos se pudiesen aprovechar; espe-

cialmente se mostraban mas crueles enemigos los flamencos con tanta rabia y enemistad, que si no tuvieran superior á quien temer y obedecer, sin duda pasaran á cuchillo á toda la gente de la ciudad.

Pero lo que mas se debe sentir y lastimar á la piedad católica, y traer á la memoria con lágrimas y suspiros del alma, es ver que llegase la impiedad de aquella inícua y perversa gente á profanar los templos de Dios haciendo de ellos estancias para sus caballos, y usando dentro de ellos mil torpezas y desvergüenzas, escarneciendo de las cosas sagradas, maltratando á los sacerdotes con mil injurias y denuestos, haciendo burla y escarnio de ellos y de los ornamentos y vasos sagrados, usando de todo para cosas profanas y deshonestas. Derribaban estos enemigos de Dios los altares, descomponiendo el adorno y policía con que la piedad y católica religion tenia fabricados y adornados los templos, y pasando adelante la desvergüenza y desacato contra Dios y su honra, las imágenes de Cristo nuestro Salvador, las de su Madre Santísima y las de los Santos, con sus manos impías y sacrílegas las derribaban de los lugares de devocion donde con gran reverencia estaban puestas: escarneciendo de ellas las hacian pedazos, probando en ellas el corte de sus espadas, pisando con sus inícuos piés las partes y pedazos que resultaban, arrastrándolas por el suelo, diciéndoles mil injurias y oprobios: hacian despues de haberlas despedazado, hogueras, donde guisaban sus comidas, y de noche servian de lumbre para los cuerpos de guardia, que se hacian en diversas partes; cosa tan lastimosa y de tanto dolor, por ser en menosprecio de lo que la Iglesia católica Romana tiene admitido y aprobado, que no llega con gran parte la pérdida de ciudad, de flota, de riquezas, de hombres y mujeres, ni aun de todo el mundo que se perdiera, á lo menor de lo que toca á la honra de Dios; por lo cual no sé qué corazon hay que no rebiente de pena

y se confunda y encoja, considerando una ofensa tan grande y tan al descubierto contra Dios, Señor universal que les dió á ellos el ser que tienen, como á los demás que lo conocen y reverencian, criando todo lo que vemos y no vemos, para nuestra conservacion, nuestro bien y regalo, y si por fé no tuviéramos cuanta es su grandeza y misericordia y cuanto sufre y espera á los pecadores para que se conviertan y vuelvan al verdadero conocimiento, nos pudiera parecer que faltaba su justicia en casos tan atroces y descomedidos, pues no la mostraba luego con el rigor que merecian en acabándolos de cometer; y lo que mas debe admirar es que estén estos herejes tan ciegos y obstinados en su error, que aunque tienen oidos, no oigan la perfecta y dulce consonancia de la verdad limpia y pura, y teniendo ojos no vean la luz y resplandor de la perfecta y santa doctrina, y teniendo gusto, no gusten de la dulzura de la fé católica, ni acaben de entender y comprender esta verdad tan apurada, sacada en limpio y pasada por el crisol de la Iglesia universal, alumbrada y guiada por el Espíritu Santo, la cual determinó que la adoracion de las imágenes es permitida y cosa muy llegada á razon y justificada por los Santos Concilios y costumbre piadosa y santísima desde el principio de la primitiva Iglesia, para representacion y recordacion de lo que significan. Pues no sé qué entendimiento tan torpe y rudo habrá que entienda y se persuada, que la imágen, en cuanto imágen fabricada por el artífice, tenga virtud alguna ni á ella sola se la deba adoracion, por ser fábrica hecha por mano de hombres y de materia corruptible y criatura de las de menos valor, sino porque viendo dibujada en aquella figura el retrato de aquello que debemos adorar y reverenciar, se nos representa y viene á la memoria lo que mereció acerca de Dios el santo que significa y sus obras y los tormentos y martirio que padeció, por donde mereció estar en la bienaventuranza, y haciendo

ante aquella imágen oracion, por lo que vemos por los ojos corporales, venimos discurriendo con la consideracion á dar en el significado de aquella imágen y á darle la adoracion que se le debe, no como á Dios, sino como á siervo y amigo suyo á quien el Criador huelga de ver honrado porque le agradaron sus servicios y obras: que de otra manera fuera idolatría y disparate grande, y es muy llegado á razon, que siendo tanta la excelencia, alteza y santidad, de lo que las imágenes significan, las reverenciemos y adoremos en lugar de lo que representan; pues no podemos ver ni alcanzar con los ojos corporales los que ya en espíritu gozan de la vision bienaventurada de Dios, lo cual se comprueba con los infinitos milagros que Dios ha permitido hacerse por medio de algunas imágenes de grande devocion que hay en distintas partes de la cristiandad, como en la de Ntra. Sra. de Guadalupe, de Monserrate y otras así, lo cual no es por virtud suya particular de ellas, sino en virtud y permision de Dios por la fé de aquellos á quien su Magestad oyó y aceptó sus oraciones, como se cuenta de un hombre, el cual viniendo de Jerusalen donde habia ido en romería, como no trajese de allá reliquia alguna, porque no pareciese haber sido su peregrinacion sin provecho, cortó una astilla ó pedazo de una tabla de la nave en que venia, y poniéndolo en un paño, publicó ser un pedazo de Lignum Crucis.

Creyólo la gente simple y devota, y fué tanta la fé, que muchos enfermos de todas enfermedades sanaban tocados con la reliquia fingida. Trajeron á un endemoniado, á quien no habian bastado exorcismos ni otros muchos remedios para lanzar al demonio, y puesto encima de su cabeza el pedazo de palo, en fé de que era de la verdadera Cruz en que Cristo Ntro. Señor padeció, daba el demonio grandes voces diciendo: "la fé es la que me mata, que no el palo de la barca." De aquí se infiere como la fé firme es la que alcanza de Dios las mercedes que se le piden, y como estos

desventurados no consideran el fundamento y verdad que tiene la adoracion de las imágenes, y así las menosprecian y vituperan con oprobios y denuestos. Empero, aunque Dios dá lugar y deja de su mano á los que tanto le ofenden, nunca la fé católica perece, ni falta quien la crea y defienda, ni quien vuelva por la honra de Dios, como fué en esta ocasion de Cádiz, que estando unos herejes flamencos haciendo pedazos una imágen de Cristo Ntro. Señor crucificado, hallándose presente un hombre natural de Jerez de la Frontera llamado Juan García, inflamado y provocado con santo zelo y con una ira virtuosa y católica, dijo á grandes voces: "herejes! ¿Dónde se sufre que en presencia de cristianos sea así tratada y vituperada la imágen de mi Dios y Señor?" y poniendo mano á su espada arremetió contra los herejes con grande determinacion, é hiriendo á unos y á otros, mató á dos de ellos, sobre el cual cargaron tantos enemigos que en breve lo mataron é hicieron pedazos: hecho digno de eterna memoria, y que si hubiera muchos de aquel celo y ánimo, por ventura vengaran las injurias hechas á Dios, á los santos y á los hombres.

Preguntados estos herejes flamencos el por qué se señalaban ellos mas que las otras naciones en la crueldad haciendo tantos daños así en la gente como en los edificios y cosas sagradas, no trayéndoles aquello provecho ninguno, á esto respondieron que lo hacian en venganza de los daños que habian recibido del Adelantado en el Estrecho de Gibraltar, tomándoles sus navíos y haciendas, por lo que muchos de ellos estaban pobres y perdidos, y así querian vengarse en aquello.

Venia en la armada inglesa la nobleza toda de Inglaterra y muchos letrados herejes con sus ropas largas, los cuales se juntaron donde acaso estaban mas de treinta frailes agustinos que iban en la flota á las Filipinas. Comenzaron á argüir con ellos sobre la adoracion de las imágenes; algu-

nos de los frailes huian y no querian responderles por ser prohibido argüir con herejes y no ser ellos muy letrados; á los demás respondian con sus falsos argumentos, y viendo que no los podian convencer ni persuadir los maltrataban de palabra y aun de obra.

En el monasterio de S. Francisco hubo las mismas disputas con los frailes de aquel monasterio, y particularmente con el P. Fr. Cristóbal del Rivero, Guardian de aquella casa, hombre docto y de vida ejemplar, el cual arguyó con estos letrados herejes con tanto espíritu y elocuencia que los concluyó muchas veces, y aun uno de ellos se convirtió y le pidió en secreto consejo para salvarse y librarse de entre tantos enemigos de Dios: todo lo cual no bastó para sacarlos de su error y pertinacia, porque es tan porfiada la obstinacion de estos herejes incrédulos, que aunque conocen y entienden la verdad y con ella los concluyen á cada paso, no la siguen ni quieren inclinarse á guardarla, porque les agrada y satisface mas el gusto y vicio presente que se acaba con brevedad, que el de la vida eterna que infinitamente permanece; y así, haciendo burla y escarnio de la verdadera ley, se dejan de disputas y controversias, supliendo con ademanes y escarnios lo que les falta de ciencia y probabilidad.

Habíase rescatado el Corregidor de Jerez y otros de aquella ciudad sin ser conocidos, en dos mil ducados, y sabiendo que algunos ingleses le buscaban con mucha diligencia para haber de él mayor rescate, tuvo traza con los demás rescatados para salir de la ciudad antes que le conociesen, para lo que se mudó el hábito trocándolo por otro vil y pobre, y con esta industria pudo libertarse sin ser conocido, porque de otra suerte fuera sin duda rescatado por grande suma, ó lo llevaran entre los rehenes á Inglaterra; cúpole de su rescate la cuarta parte, que fueron quinientos ducados, los cuales fueron traidos luego y pagados con mucha brevedad.

En estos dias intentaron los ingleses diversas veces batir el castillo de la puente, yendo á ello gruesos escuadrones y cercándolo por todas partes. El Alcaide que lo guardaba lo defendió valerosamente, matando desde las almenas muchos de los enemigos. La poca gente que dentro tenia estaba tan amedrentada, que se le iba disminuyendo, tanto que fué dia en que se halló solo con un criado suyo. Envió diversas veces á pedir al Duque de Arcos señor del castillo, le enviase gente de socorro. El Duque lo remitió al de Medina como á General de toda aquella costa, y en demandas y respuestas se pasó la ocasion sin que ninguno de los Duques le enviase gente de socorro ni cosa que lo alentase. Entretúvose con vanas esperanzas el Alcaide trece dias con grande dificultad, desconfiando de socorro, y cierto de que los enemigos vendrian con mas poder á batir el castillo con piezas de artillería, lo cual ya iban poniendo por obra. Despachó últimamente al Duque de Arcos dándole cuenta del peligro y estado en que estaba: respondióle que pues no era posible defender la fuerza, la dejase y desamparase. Hízolo así muy contra su voluntad, certificando muchas veces que si le enviaran doscientos soldados y cincuenta caballos, degollara mas de dos mil ingleses, porque demás de ser gente vil y canalla la que habia venido á la conquista del castillo, andaban derramados por la Isla saqueando las caserías, y como en ellas habia mucho vino y bueno se embriagaban y andaban desatinados, de suerte, que se pudiera hacer grande estrago en ellos, si alguna gente se aventurara á hacerlo.

Y porque lo que toca á lo que pasó en la puente desde el dia que desembarcó el enemigo, no se ha podido tratar hasta ahora; es de saber, que llegado el tercio que le cupo en suerte la conquista de la puente y castillo, el General repartió el ejército en dos partes, la una puso al derredor del castillo, y la otra fué á derribar la puente. Estaba en guarda

de ella D. Juan Calvo Caballero, vecino de Jerez, con hasta noventa hombres: defendiólo aquella noche valerosamente, matando en la defensa cinco ingleses. Los que sitiaron el castillo recibieron mayor daño, haciéndoles retirar con algunas piezas de artillería que les tiraron, y con la arcabucería, que entonces habia la que bastaba. El dia siguiente, que fué á los dos del dicho, al amanecer, se repartieron los enemigos en diversas compañías por la isla, saqueando, robando y quemando las caserías: visto esto por los que guardaban la puente que era gente de á caballo de Jerez y Chiclana, y los noventa infantes de la compañía de D. Juan Calvo, salieron en su seguimiento con buen órden, para hacerles el daño que pudiesen y echarlos de la isla; mataron mas de treinta de ellos de los que iban fuera de órden. Viendo los enemigos el daño que los nuestros les hacian se fueron recogiendo y juntando, y puestos en órden de escuadron formado, volvieron á hacer rostro; por lo cual les fué forzoso volverse á la guarda de la puente, que ya habian reparado el daño, que en ella habian hecho, poniendo otros maderos por donde se pudiese pasar. Entonces el enemigo se recogió á Cádiz, temiendo otro mayor daño, que sin duda se le hiciera, si hubiera mas gente y órden para acometerlos.

Este dia como á las tres de la tarde, llegó á la puente D. Luis de Guzman, Marqués de Algaba, con alguna gente de á caballo. A esta sazon se habian ya ido los soldados de la puente porque no tenian que comer, sin que el capitan los pudiese detener, ni tenian agua ni qué comer los caballos; solo habia quedado D. Juan Calvo con hasta ocho soldados. Entonces las galeras de España, cuyo cabo era D. Juan Portocarrero, se vinieron retirando de la armada inglesa porque no tenian gente de pelea, pólvora ni municiones para resistir, acabaron de romper la puente para poder pasar por el arco principal, y era tanta la priesa que traian,

que se quebraron muchos remos y las galeras recibieron algun daño. Pasadas que fueron las galeras, navegaron por aquel brazo de mar que divide la isla hasta desembocar por Sancti Petri al mar de Levante. Viendo el marqués de Algaba que no habia gente ninguna que defendiese la puente, aunque estando rota no podia pasar á tierra el enemigo, le dijo á D. Juan Calvo que fuese á dar cuenta al Duque de Medina que estaba en Chiclana para que proveyese aquella plaza; hízolo así D. Juan, y el Duque le ordenó que fuese á Jerez y volviese á rehacer su compañía; juntó hasta ciento y cincuenta soldados, y sabido por el Duque, le mandó que se fuese con ellos al Puerto de Sta. María, donde estuvo con esta compañía hasta que el enemigo se hizo á la vela.

Viernes cinco de Julio, viendo los medianeros de los rehenes y libertad de los cautivos, que no habia lanchas á propósito para enviar gente, encaminaron toda la mas que pudieron por tierra que como eran viejos, enfermos, mujeres, muchachos y niños, hubo mucha dificultad, especialmente que los coroneles, como andaban sospechosos deque entre aquella gente inútil habia algunos de rescate, trataban mal á todos, y procuraban impedir la libertad á los que con tanta angustia la deseaban y procuraban; aunque por otra parte daban lugar á ello y lo permitian en consideracion de la falta grande de bastimentos y de agua que habia, porque les gastaban estos cautivos á los enemigos los que tenian, que eran harto limitados y cortos, y tambien el ver á los generales inclinados á ver desembarazada la ciudad de gente sin provecho para con mas libertad y sosiego destruirla y asolarla; porque aunque la crueldad asienta en los ánimos de los que no temen ni conocen á Dios, y tambien en los que de su natural son crueles sanguinarios, no faltan algunos mas templados y bien compuestos que se inclinen á la piedad y misericordia, como se

vió en este caso de que se trata, donde habia hombres de todas condiciones y de diversos pensamientos y entendimientos, unos soberbios, otros humildes, crueles y misericordiosos, insipientes y discretos, obstinados y suaves, villanos y cortesanos, que con estos contrarios se templaban los escesos de muchas sinrazones, que pasaran muy adelante si no tuvieran este freno.

Llegó este dia un inglés corriendo á donde estaban los Generales, que acaso se habian juntado: hablóles en secreto, cosa que alborotó á los circunstantes. Sabido despues el caso, era que habian llegado á la Armada tres galeotas de moros de Tetuan y Alarache ó de otros puertos de Berbería, las cuales de parte del Xarife venian á ofrecer socorro y bastimentos, si les fuese necesario, y á tratar otras cosas de mayor importancia, como era saber si querian los ingleses tener y sustentar aquella plaza ó dejarla desierta, y que habiéndola de dejar, ellos la ocuparian y sustentarian á pesar de España, aunque se duda en si el Xarife enviaría este recaudo, ó si fuese fingido de algunos Xeques y alcaides moros. Hubo sobre ello junta de consejo de guerra en que hubo diversas opiniones y pareceres. Unos decian que se le diese y entregase á los moros ó al turco; y de esta opinion era el hijo de D. Antonio, el cual persuadía á los Generales que así se hiciese, dando algunas razones harto impertinentes y de poca sustancia: otros contradecian este parecer y consejo diciendo que no convenia darles á los moros ni turcos tanta mano, porque estos eran sus enemigos declarados desde la conquista de Jerusalen por Gotifredo de Bullon, y que para haberles de entregar á Cádiz, mejor era fortificarla y defenderla ellos, porque si los moros se apoderaban de ella, podria ser desde allí conquistar á España, segun el poder que trajesen y buena fortuna de la guerra, como sucedió en tiempo del Rey D. Rodrigo, y apoderándose, demás de no estar ellos ni otros reinos seguros,

cesaría la contratacion suya con España y otras provincias, y así vendrian á perderse, ó á mucha disminucion sus estados, y que por estas causas no era razon dar á los moros ni turcos entrada ni ocasion para ensanchar ni engrandecer su señorío. Prevaleció este parecer como mas discreto y bien considerado, y así despidieron á los embajadores moros con la respuesta que les pareció, mayormente que estos ingleses y flamencos no pierden la esperanza de tener paces y confederacion con España, por lo mucho que les importa para sus contrataciones y mercancías, y así lo desean y procuran. Mas como el Rey D. Felipe nuestro Señor es tan católico y celoso de la honra de Dios, del culto y ley divina, no quiere hacer paces con gente apartada de la Iglesia Católica Romana, antes pretende y procura, ó reducirlos á la verdadera ley de todo punto ó destruirlos si le fuere posible.

El duque de Medina-Sidonia se vino á Jerez á dar desde alli el órden en todo que conviniese, por ser aquella ciudad el paso y paradero de todas las compañias que venian bajando de toda la Andalucía. Era de ver el entrar cada dia capitanes de gente lucida, que á estar tan armada como animosa, pudieran asegurar cualesquier dudas y temores. Ibase tomando muestra de todas estas compañías en el monasterio de San Francisco; y porque estaba la ciudad muy llena y ocupada de gente, iba el Duque enviando al Puerto de Santa María las que le parecia, porque allí se temia que intentaría el enemigo entrar á saquear el lugar; y así se iba juntando en él toda la gente de guerra, para desde allí acudir á donde fuese menester.

Habia ya venido á Jerez D. Leonardo de Cos, su Corregidor, que como queda dicho se habia rescatado por quinientos ducados y salídose de Cádiz encubierto. Luego que llegó acudió con mucha diligencia á las obligaciones de su oficio, haciendo aposentar toda la gente que venia y darles

lo necesario: hizo asimismo proveer la ciudad de bastimentos en abundancia, tanto que con haber infinidad de gente estaban sobrados sin que hubiese falta en cosa alguna.

Quedaba en Cádiz mucha gente cautiva por salir, conforme al asiento, y este dia se embarcó cuanta pudo caber en tres lanchas que el General mandó dar para ello. La gente que quedaba escribió al Corregidor del Puerto que enviase todos los barcos que pudiese en que acabar de pasar la que quedaba, llevando cada uno su bandereta de paz; y para seguridad de ellos se le envió pasaporte del General. El corregidor envió hasta doce barcos, en que se embarcaron todas las mujeres y niños que pudieron caber en ellos.

Vinieron este dia de parte de D. Juan Portocarrero, D. Diego de Mendoza, el conde de Ribadavia y otros caballeros á hablar á los Generales, los cuales entendieron que les traian los ingleses cautivos, y visto que no los traian, se enfadaron y mostraron descontento diciéndoles, que aquel no era buen trato, sino estragar la cortesía que ellos habian usado en todas ocasiones: trataron sobre ello y otras cosas buen rato en que les dieron la satisfacion necesaria; y habiéndose brindado los unos á los otros, costumbre de aquella nacion, se despidieron habiéndose bien informado del estado de las cosas y determinacion del enemigo.

Sábado seis de Julio en remuneracion de los buenos servicios, y por el contento del buen suceso en la toma de Cádiz, y por halagar sus ejércitos, el conde de Essex armó caballeros á mas de setenta de los que mas lo merecian y mas se habian señalado en las batallas que no tuvieron. Hicieron muchas fiestas y regocijos en la plaza, con todo el seguro y satisfaccion que pudieran tener dentro de la ciudad de Lóndres.

Crecia la hambre, el miedo y las enfermedades en la gente cautiva que quedaba y para dar priesa á que se li-

bertasen, fletaron cinco lanchas de los enemigos á cincuenta ducados cada una, y en ellas y en otras barcas que se pudieron haber se embarcó toda la gente que pudo caber y la llevaron al Puerto. Hubo dificultad sobre la paga, porque en viéndose libres en tierra firme y segura, los que poco antes dieran la sangre de sus brazos por verse fuera de Cádiz, no quisieron dar un real del flete, con lo cual quedaron indignados y malcontentos los ingleses que gobernaban las lanchas, y fué necesario que los que quedaban por embarcar de los cautivos lo pagasen: juntóse entre ellos la cantidad que se debia con que se satisfizo la querella de los que la tenian.

Vinieron á medio dia algunos otros barcos del Puerto enviados por el Corregidor y algunos de ellos yendo por su interés á Cádiz. Era á aquella hora el calor intolerable, por cuya causa estaban los enemigos retirados en sus estancias, y puesto que era hora tan importuna, era muy á propósito para embarcar gente sin impedimento ni estorbo. Comenzóse á embarcar muy apriesa la que habia, mas los barqueros, temerosos de los enemigos, no osaban poner las proas en tierra, porque no se apoderasen de ellos, y aunque los aseguraban de este peligro con buenas ofertas y palabras, no fué posible persuadirlos á que llegasen tan cerca que pudiese la gente embarcarse sin pesadumbre ni dificultad; mas era tanto el deseo de salir de entre aquellas llamas y dificultades, que se entraban los hombres y las mujeres por el agua hasta la cintura, y aferraban de los barcos con las manos sin poderlos desasir hasta que los recogian los que estaban dentro. Los enfermos y gente medrosa no podian hacer esto; valíanse del favor de algunos ingleses que por allí estaban, aunque enemigos, para su embarcacion, pagándoles muy bien su trabajo; estos los llevaban y embarcaban de buena gana por su interés, que no era poco, y acuestas y como podian los llevaban hasta entrarlos en

los barcos, aunque habia una dificultad no pequeña; esta era no osar sacar el dinero de adonde lo llevaban escondido en público, porque luego se lo quitaban los ingleses, y así usaban de algunas mañas y cautelas para que no los viesen ni entendiesen que lo traian.

Entraron en una lancha este dia los hermanos del hospital de la misericordia, que son los que traen el hábito de xerga, como el que traia Juan de Dios, á quien estos imitan; llevaban escondidos algunos dineros y un alférez inglés los desbalijó en la mar pasando al Puerto, y se los quitó haciéndoles en pago muy mal tratamiento. Mas no quedó esta injuria sin castigo del cielo, porque al volver á Cádiz en esta lancha se ahogó este alférez de una ola de mar que lo arrebató del bordo de la lancha, hundióse sin mas parecer, y su ánima en el infierno como lo mereció su maldad.

Domingo siete del dicho, se embarcaron mas de quinientas personas en barcos que habian venido del Puerto, era esta gente la que se habia recogido en el hospital de la Misericordia; y porque entre ellos habia muchos enfermos, los sanos los llevaban á cuestas como mejor podian. Recogiéronse allí tambien muchos viejos y personas impedidas de diversas casas, y los que tenian caridad y celo de servir á Dios los encaminaban y llevaban al embarcadero como podian. Todo lo cual pasaba con mucha dificultad por la muchedumbre de los enemigos que usaban de muchas descortesías y atrevimientos; mas de la necesidad se engendraba el sufrimiento para todos y el temor de mayores males hacia estos fáciles y sufrideros.

Andaban estos herejes procurando y buscando con grande instancia á los padres de la compañía de Jesus como capitales enemigos, diciendo y preguntando *Jesuitæ sunt hic?* porque con ninguna de las religiones tienen tanta enemistad como con esta: la causa es por los seminarios que han introducido en España, donde se recibe, crian y doctrinan

los hijos de los católicos del reino de Inglaterra que vienen huyendo de la persecucion de los herejes, y hay indultos y bien instruidos en la verdad católica, enseñados por los Padres de la Compañia, pasan á Inglaterra con zelo de servir á Dios y deseo de padecer martirio por la fé de Jesucrito, predican la verdad de la Iglesia católica Romana, y son los que han conservado la cristiandad en aquel reino, usando para poderlo hacer de muchas trazas para no ser descubiertos ni conocidos. Y como son estos padres los que mas han contrastado sus heregías, los aborrecen sumamente, y al que de ellos pueden haber lo martirizan con crueles tormentos; y así sabiendo que en Cádiz habia casa y colegio de la Compañía de Jesus, la procuraban saber para hacer las insolencias que deseaban. Mas ellos que supieron esto se salieron entre la gente así por tierra como por mar, y aunque al salir los conocieron muchos de aquellos herejes y los amenazaban, no osaron al fin descomedírseles del todo, por no ir contra el bando que el Conde habia echado, y con todo esto les daban golpes en las cabezas, diciéndoles "A Prete, perro jesuita:" especialmente los holandeses y gelandeses que mostraban mas al descubierto la enemistad; de esta suerte salieron los Padres de la Compañía, porque si juntos fueran, pudiera ser, que sin poderse contener los enemigos, segun el odio que los tienen, los maltratáran ó matáran, y saliendo sin órden al hilo de la gente se escaparon.

Mas antes de todo esto, al tiempo que se entendió que el enemigo echaba gente en tierra, los padres de la compañía de Jesus salieron luego á la plaza de armas, donde por los rincones de ella, unos confesaban á los caballeros y soldados, á cuyos piés caian las balas de la artillería que de las naves enemigas tiraban; otros acudieron á animar y favorecer la gente flaca; otros á la puerta de tierra para acudir á los soldados que viniesen heridos para confesarlos y animarlos.

Quedaron en el colegio de los PP. de la Compañía dos religiosos en guarda de la casa, con tanto ánimo y esfuerzo, que no era otro su deseo sino gozar de la dichosa ocasion que Dios les ofrecia de padecer martirio por su amor. Al tiempo que los enemigos comenzaron el despojo, entraron por el colegio con grande rabia y furor, acometiéndolo primero á despojar la sacristía, donde habia curiosos y muy costosos ornamentos, y pidiendo á un religioso abriese los cajones, lo hizo. Llegaron otros que ya habian dado saco á lo interior de la casa con imágenes en las manos, y entre ellas la del sumo Pontífice Sixto V. Mandáronle á este hermáno religioso que la ultrajase y diese golpes con los piés haciéndolo ellos con grande befa y desacato; mas el siervo de Dios, no solo no quiso hacerlo, mas mostró el debido sentimiento. Entonces volviéndose con grande furia contra él le dieron de alabardazos dejándole caido en tierra sin sentido con cinco heridas, tres grandes en la cabeza y cérebro y dos en el pescuezo y hombro, sin otros muchos golpes de espada con que le molieron el cuerpo. Estaba tambien allí otro religioso que era el sacristan del colegio; á este le pidieron que les dijese donde estaba la plata y dinero, y le apretaron con amenazas y tormentos. Tenia este buen religioso un niño Jesus múy bello y bien aderezado, en el cual se esmeraba con aderezarle de preciosos y costosos vestidos; vió que en su presencia estos lobos rabiosos le dieron de cuchilladas, habiéndoselo quitado de entre sus brazos y arrojados los pedazos con menosprecio y ultrage, y no pudiendo sufrir tan grande desacato, con lágrimas, sollozos y sentimiento defendió todo lo que pudo su Niño Jesus, y viéndole con este sentimiento aquellos herejes, convirtieron su rabia y cólera contra el hermano, echáronle una soga al pescuezo y colgandole de una tirante le decian, "perro jesuita" muchas veces. Tuviéronle de esta suerte grande rato torciéndole el dedo menor de la mano, por ver

si habia espirado, y viéndole ya sin sentido, le cortaron la soga y lo dejaron caido en el suelo: acudieron luego algunos católicos con reparos, de suerte que volvió en sí, y estuvo mejor, escapándose de la manera que queda dicho entre la gente que se embarcaba para el Puerto. Ya que hubieron dejado por muertos á estos dos religiosos, como dicho queda, pasó la indignacion á la casa y á las demás cosas que habia en ella, robando todo lo que en ella hallaron, y destrozándolo. Derribaron los retablos curiosos y costosos, los altares, las imágenes y todo cuanto habia en el templo. Rompian los ornamentos, haciendo de ellos vestidos á su modo; no dejaron cosa en toda la casa que no la destruyesen. Rompieron y deshicieron la librería que la tenian muy buena, quemándola y sembrándola hecha pedazos por toda la casa, templo y calles. Quemaron la sacristía despues de haberla robado, y la pieza de la librería con los libros que quedaron. Pegaron fuego á la iglesia por dejarla de todo punto asolada; fué Dios servido, que como era de bóveda el fuego no hiciese mas efecto que quemar el coro. Mostraron estos dos religiosos siervos de Dios, á quien habian dejado por muertos, grande firmeza y constancia en la fé, no los pudieron atraer ni convencer con razones ni amenazas á la opinion suya, antes se dice y tiene por cierto, que deseaban el martirio, porque cuando los herian amenazándolos porque descubriesen donde tenian el dinero, se afligian y les pesaba morir por ocasion de intereses, sino con otros de mayor merecimiento volviendo por la honra de Dios.

Por cartas de Inglaterra enviadas de los PP. de la Compañía de Jesus, que en hábitos de soldados ó seglares, por no ser conocidos andan con grande recato y vigilancia, cultivando la viña del Señor porque no se acabe de secar y perder, se ha sabido que el dia que partió la armada enemiga del Puerto de Dobra, martirizaron allí á tres religiosos de la Compañía, doctos y santos varones con esquisitos

tormentos pareciéndoles á los herejes que con aquel sacrificio aplacarian los vientos y les serian favorables mar, tierra y cielo, y que tendrian próspero suceso. De esta crueldad se infiere lo mal que sienten de la verdad católica, y que van atinando estos ciegos en sus errores á los de la gentilidad, lo cual usaba de estos sacrificios inhumanos para aplacar sus falsos dioses y que les fuesen propicios en las empresas y conquistas que intentaban.

Lunes ocho de Julio se acabó de embarcar toda la gente que quedaba escondida y afligida, aunque no faltó quien advirtiese á los Generales que la mandase detener hasta que fuesen traidos los cincuenta y un ingleses que estaban en las galeras; lo cual mandaron luego y se puso por obra. Mas habiendo descuido en los guardas de los barcos, y por ventura siendo corrompidos por dádivas y buen interés los ingleses, se hicieron á lo largo con toda la gente embarcada y navegaron hasta llegar al Puerto.

Pidióse al Duque de Medina que diese órden en que estos ingleses forzados se llevasen á Cádiz y entregasen á los Generales, porque en confianza y palabra que se les habia dado se permitia sacar y embarcar la gente, y era justo cumplirla, que por cincuenta y un forzados habian dejado sacar mas de seis mil personas en diversas veces.

Martes nueve envió el Duque un recaudo á D. Juan Portocarrero, que estaba con sus galeras en Rota, pidiéndole los ingleses. Respondió que no los podia dar por ser esclavos del Rey, sin cuya permision y mandado le parecia que no le estaba bien hacerlo, ó mandándoselo el Adelantado su General; mas que con todo eso si su señoría lo tomaba á su cargo y lo sacaba á él en paz y á salvo, los entregaría. Dió el Duque buenas esperanzas, mas despues mudó parecer por algunos respetos que él entendía, y así otro dia tratándole sobre ello dijo que él daria siete ú ocho ingleses que se habian cautivado en la Isla, los cuales se

habian ya llevado á las Galeras y estaban á cargo de D. Juan Portocarrero, y para que se llevasen á Cádiz dió recaudo para el D. Juan.

Habíase partido para Sanlúcar con las Galeras, habiendo aquel dia cañoneádose con las naos del enemigo entre Rota y Sanlúcar y quemádole una nao. Dió al fin los sietes prisioneros; pareció despues ser gente baja y de poca cuenta; uno de los cuales era irlandés cristiano católico. Hizo este grande instancia en quedarse con los PP. de la Compañía por no volver á verse en tierra de herejes. Los PP. lo alcanzaron visto su buen zelo, y así se quedó con ellos. Los seis se llevaron al Puerto, para desde allí enviarlos á Cádiz, y era tanta la indignacion de la gente que los miraba contra ellos, que fué muy dificultoso el poderlos librar de sus manos sin que los matasen. Dióse el encargo á D. Pedro Ponce para que los llevase y entregase á los Generales, y de camino se les envió algun refresco á los presos que quedaban en rehenes.

Estando las cosas en este estado, los ingleses robando y destruyendo la ciudad, seguros y contentos haciendo fiestas y regocijos con la quietud y satisfaccion que tuvieran en sus propias casas, íbanse juntando en Jerez y en el Puerto muchas compañías que por momentos iban llegando de todas partes para defensa y reparo de lo que se temia y pudiera suceder. Tuvo el Duque intencion de entrar por la puente de Suazo con la mas gente que pudiese é intentar ofender al enemigo, por no haber comodidad de intentarlo por mar, pues no habia armada que pudiese competir con la enemiga; que aunque el ánimo se incite y levante á la venganza de los agravios, la razon debe presidir y templar estos accidentes, dándole la mano para que gobierne y administre, pues los acometimientos de la guerra inconsiderados, puesto que algunas veces sean segun los fines que se pretenden, las mas se yerran, porque se ha de medir

y considerar la disparidad y ventaja de sitio, fuerza y número de gente, demás de que las galeras en quien se podia tener alguna confianza, estaban en Rota, rotas de balas de la armada y muy mal tratadas y no tan animadas como convenia: faltábanle al Duque fuerzas para esto, porque si juntaba las que habia y proseguía este propósito, dejaba al Puerto y Sanlúcar desamparados en manos y voluntad del enemigo, y cuando lo pusiera por obra fuera grande inconsideracion, porque aunque llevara ejército de cincuenta mil hombres no le pudiera ofender, pues había de ganar de nuevo la ciudad, que por aquella parte de tierra estaba fortalecida, y con doce mil hombres en su defensa, todos mosqueteros; y cuando la pudiera entrar y comenzara á hacerlo, tenia el enemigo la embarcacion segura y fácil, que sin perder hombre ninguno se pudiera embarcar con todos los despojos, y por ventura degollára á la gente que habia dentro á la partida enojado de aquella fuerza, y embarcado se fuera riendo sin podérsele hacer ofensa ni haber remediado cosa alguna de los daños que hicieron.

Hallábase el Duque con hasta tres mil y seiscientos hombres visoños con que acometer por la puente, y estos sin capitanes espertos, cursados en el arte militar. Menos tenia sargento mayor de importancia; y aunque habia mucha mas gente, estaba desarmada y no hábil ni dispuesta para acometer empresa tan difícil y dudosa, por lo cual despues de bien considerado pareció mas acertado consejo resistir y acudir con aquella gente á donde conviniese, haciendo apariencias y demostraciones de grandes y copiosos ejércitos con que el enemigo se abstuviese y temiese, que aventurar á perder la gente toda que podia ser de mayor importancia defendiendo que acometiendo, y juntamente la reputacion y autoridad lo que sobre caso pensado fuera mayor pérdida y mas ocasionada para mayores males, que del repentino de Cádiz, y pudieran resultar de allí irreme-

diables inconvenientes y osadías del enemigo.

Llegó á este tiempo al Puerto de Santa María el Conde de Roda y otros caballeros, con que se iba adelantando el ejército católico y acrecentando de manera que si hubiera las armas necesarias para tanta gente como acudia, pudieran intentar cualquier caso por árduo que fuera, y así lo menos fuera la defensa de los puertos marítimos.

Miércoles diez del dicho mes partió de Jerez el Duque de Medina muy de madrugada para el Puerto á dar órden en cosas de importancia, porque como el enemigo se estaba tan quieto en Cádiz y la armada tenia ceñida y rodeada toda la ciudad, sin poderse saber cual fuese su intento, ponia á todos en mucho cuidado. Habia diversos pareceres: unos decian que el enemigo se queria fortificar y sustentar aquella plaza con intentos mayores; esto se infería por haber enviado algunos navíos de aviso á Inglaterra: otros temian no entregase el inglés la Ciudad é Isla á los moros, que fuera el mayor daño de todos, ó si por ventura la quisiese desmantelar y dejar arruinada por el suelo. Cualquiera duda de estas era mucho de considerar y de temer, y de ninguna resolucion de ellas se podia tener certidumbre. Corrian muchas nuevas inciertas y dudosas, las cuales aumentaban la sospecha y temor, como es que otras ochenta naos inglesas de esta armada se estaban esperando con mucha mas gente, municiones y pertrechos para juntarse con la principal que ya tenia conseguido su intento.

Jueves once del dicho mes, el Duque de Medina fué recibiendo en el Puerto toda la gente que iba llegando, dándoles á cada compañía órden de lo que debian hacer y mandando hacer reseña de todos. Juntóse allí mucha de la nobleza de España, caballeros, capitanes y gente de mucha cuenta, lo cual todo hacia tanta ostentacion, que ninguno juzgara que habia menos de diez ó doce mil hombres de guerra, y como era el principio de la cosecha de los panes,

mucha de aquella gente se volvia á sus tierras sin poderlos detener para poner cobro en sus sementeras, otros tambien se iban por el grande calor que hacia y la poca comodidad que hallaban para entretenerse: dábanse además de esto licencias y pasaportes á otras muchas personas, con que se iba notablemente disminuyendo el ejército.

Viernes doce llegaron de Madrid á Jerez donde ya estaba el Duque de Medina, que se habia vuelto allí, dejando órden y recaudo en el Puerto cual convenia, los capitanes Rodrigo de Horozco, D. Antonio Osorio y D. Luis Bravo por órden y mandado de S. M. recomendados al Duque, el cual les ordenó que fuesen luego al Puerto y reconociesen la gente, los puestos y reparos que allí habia, y que Rodrigo de Horozco, capitan viejo de Flandes quedase por gobernador de la gente que allí se hallase y la que mas fuese llegando; envió asimismo caballería, que estuvo á cargo del marqués de Hardales conde de Teva.

Luego que el capitan Rodrigo de Horozco llegó al Puerto, fortificó y mejoró de trincheras aquel puesto, formó escuadron, puso la gente en disciplina con mucho cuidado, diligencia y plática de tan gran soldado. Envió el Duque algunas compañías á Sanlúcar porque se entendia que el enemigo acometeria al Puerto ó á dicho Sanlúcar ó á ambos puertos juntamente, pues para todo tenia armada y gente de guerra bastante á defender la desembarcacion.

Llególe al Duque pasaporte de los generales ingleses para que pudiese enviar los cincuenta y un forzados ingleses, con la persona que quisiese, porque ya estaba resuelto y tratado con D. Juan Portocarrero que los diese, por convenir así, especialmente habiéndose dado palabra para ello.

Sábado trece mandó el Duque que se juntasen en su presencia D. Diego de Villavicencio, el canónigo Quesada y Mateo Márquez Gaitan, que como queda dicho, los dos

sabian y entendian bien las lenguas; juntos que fueron se trató y confirió sobre la llevada de los ingleses á Cádiz, y de las condiciones que se habian de tratar acerca de los rehenes y otras cosas: al fin ya resueltos en ellas dióseles por instruccion, que tratasen con los Generales y les pidiesen se contentasen acerca de los ciento y veinte mil ducados de rescate con recibirlos en letras que les darian los flamencos y ginoveses mercaderes de Sevilla, pagados en Flandes ó en Francia, porque era imposible poderlos juntar ni dar de contado, por haber falta de dinero y haberles tomado en Cádiz todo cuanto tenian los rehenes; y que si acaso dudasen en el crédito de los mercaderes que habian de dar las letras, que el Duque los abonaria, aunque no en forma de quedar él obligado al seguro de ellos. Lo segundo que ya D. Juan Portocarrero era contento de dar los ingleses con que dejasen de acabar de salir toda la demás gente que quedaba en Cádiz fuera de los rehenes y los que estaban concertados para que los diesen en pago y trueco de los ingleses: ordenóseles mas, que pidiesen por condicion como que lo pedian de su parte que no diesen fuego á la ciudad, y si necesario fuere, ofreciesen algun dinero por ello. Item, que los presos fuesen bien tratados, y que los que iban á tratar estos negocios los consolasen y diesen buenas esperanzas.

Domingo catorce partieron del Puerto D. Diego, el canónigo Quesada, y Mateo Márquez Gaitan, en un barco bien equipado, llevando consigo los seis ingleses primeros que habian sido tomados en la isla, y refresco para los rehenes y gente que quedaba por libertarse. Llegaron á abordar á la almiranta porque los envió á llamar con un esquife. Entrados dentro propusieron su embajada, habiendo primero entregado los seis ingleses: respondió el almirante á la primera condicion que la remitia al Conde de Essex, y á lo de la tercera condicion que no se quemase la ciu-

dad, tambien la remitió al Conde, el cual estaba en tierra. El segundo punto aceptó; y así luego mandó embarcar toda la gente en dos pataches, escepto los rehenes y gente de rescate que estaba cortada. Díjoles tambien que escribiesen luego á D. Juan Portocarrero que enviase los cincuenta y un ingleses en una galera y que llevase en retorno la gente que restase. Al cuarto punto que era tratar bien á los rehenes, prometió y dió su palabra como caballero de tratarlos con el regalo posible; y así luego mandó que los repartiesen en las mas principales naos, encomendados á los mas principales personajes de la armada, con órden que los sentasen en cabecera de mesa y se les diesen camas y camisas para remudar. En fin, mandó que todo el regalo posible se les hiciese en aquella ocasion, de que los presos se consolaron mucho y quedaron satisfechos, y con mas esperanza de la que hasta allí tenian. Encarecian y alababan mucho el buen término y cortesía de aquellos caballeros ingleses.

Con esta resolucion se despidieron del Almirante para ir á desembarcar en el muelle y hablar al Conde. Yendo navegando vieron arder la ciudad por cuatro partes, cosa que les dió grandísima pena. Estaba el muelle y la playa todo lleno de soldados embarcándose muy apriesa en sus lanchas, y como habian de pasar y entrar por medio de toda aquella enemiga gente, temieron y casi dudaron de llegar al desembarcadero. Mas el vice-almirante, que iba con ellos en su guarda y los llevaba al General, los animó y prometió de que ninguna ofensa recibirian, y que en cuanto él pudiese impediria el incendio de la ciudad, mostrando pesar de ello y afeando aquella inhumanidad.

Desembarcaron, aunque con dificultad, fueron á la posada del Conde, y lo primero que le trataron y pidieron fué que mandase revocar el edicto de la quema de la ciudad; á lo cual respondió, fundándolo en razon de Estado,

(opinion de los herejes políticos, especialmente de Machiavelo, que quiere sustentar las opiniones, que en su ''Tratado de Estado'' escribe falsas y perniciosas), diciendo que no se podia hacer otra cosa, porque no se hiciesen mas daños á Inglaterra por las armadas que de allí salian. Replicáronle diciendo que oscurecia con tal acto la fama que corria de su mucho valor y cortesía que con todo el mundo usaba, y que demás de esto imposibilitaba la paga de los ciento y veinte mil ducados que habian de pagar la mayor parte de los presos, cuyas eran las casas que se quemaban. Ninguna cosa de estas bastó á persuadirlo, y visto que no se inclinaba á condescender al justo ruego, pidiéronle que á lo menos mandase que no se quemasen los templos. Dió la palabra de hacerlo, y por estar muy ocupado en negocios, mandóles que se fuesen á la nao capitana y que allí lo esperasen, donde los despacharia con toda resolucion. Embarcó el Conde aquel dia toda la gente, y á las cuatro horas de la tarde vino él á la nao.

Luego que de tierra se comenzaron á ver humos en la ciudad de Cádiz, porque todas las riberas del mar y alturas de los montes de tierra, donde se podia ver y descubrir á Cádiz habia innumerable gente de los pueblos comarcanos, viendo desde allí lo que se podia determinar y alcanzar con la vista, especialmente el lunes primero de Julio, que como se oyó tanta artillería y se habia divulgado la nueva de la llegada del enemigo, iban los caminos cubiertos de toda suerte de gente por ver la pelea de mar, juzgaron luego los que bien sabian sentir el suceso que habia de tener nuestra armada. Mas este dia que comenzó Cádiz á arderse, túvose por cierta señal, de que el enemigo la desamparaba, y que se queria partir y hacer á la vela con la honra y armada, y con tan ricos despojos, dejando la ciudad abrasada ó desmantelada por el suelo, porque si otro intento tuviera, cierto es que la conservara y fortificara.

Llegó el Conde á su nao capitana á las cuatro horas de la tarde, como queda dicho, y casi á un tiempo llegaron dos galeras con los cincuenta y un forzados ingleses; y antes que llegasen, como no levantaron bandera de paz, ni los enemigos estaban advertidos, les tiraron de un galeon hasta cinco piezas de artillería con que les hicieron retraer. Enojóse de esto mucho el General y pidió á los Embajadores que despachasen á las galeras un recaudo con todas las disculpas posibles, y que habia estado por ahorcar á los que les habian tirado, ó al capitan de la nave, y que ya todos estaban advertidos y que seguramente podian llegar. Fué á dar este recaudo D. Sebastian Marrufo con órden que se volviese con las galeras y hacer el asiento de los ciento y veinte mil ducados.

Tratóse y confirióse sobre ello mucho rato, y vínose á resolver el General en que no tenia seguridad de que las letras que le ofrecian se cumplirian; mas que por hacerles comodidad, recibiria luego de contado la mitad, y libertaria la mitad de los rehenes á contento y eleccion de estos caballeros y de los mismos cautivos, viendo y determinando cuales convenia mas libertar. Volvieron á tratar sobre lo del fuego, pidiéndole con grande encarecimiento, que mandase que no pasase adelante aquel rigor; con esto parece que se ablandó algun tanto. Respondió que él daba palabra de que por su órden no se quemaria mas de lo quemado. Esto debió de responder sabiendo que los otros Generales llevarian adelante lo comenzado. Volvióles á referir y ofrecer el buen tratamiento de los rehenes, los cuales con la fatiga que se puede imaginar de una gente principal y regalada, puesta en tanta afliccion y miseria, les pidieron con grandes encarecimientos solicitasen lo de su rescate juntándose con los diputados. Ellos los consolaron y animaron dándoles buenas esperanzas, y despedidos del Conde se volvieron al Puerto las galeras, y ellos,

dejándoles los cincuenta y un ingleses en poder del Conde.

Mas antes que estas cosas se tratasen ni concluyesen con el General, siendo convidado Mateo Márquez Gaitan del coronel padrastro del Conde y con ellos Antonio Estandec, el cual habia servido á S. M. en estos reinos, y el Conde de Sigues y otros dos coroneles, les dijeron al Mateo Márquez que se maravillaban mucho de que el Rey de España hubiese desfavorecido tanto á Antonio Perez, caballero tan discreto y que tanto le habia servido. El les respondió que si comprendiesen lo que es el Antonio Perez y supiesen la verdad de sus obras, no solamente no lo hubieran admitido en su reino, mas lo hubieran quemado. Ellos dijeron ¿pues no es caballero aragonés? Respondióles, que no era caballero, sino el mas bajo hombre y peor del mundo, porque era y habia sido en su proceder peor que Judas, pues siendo verdad que él de su principio no tenia calidad y era menos que nada, hijo de un clérigo, y este clérigo era hijo de un judío de nacion, y teniendo tan bajo orígen, le habia hecho Dios merced de que un Rey y Monarca tan grande y singular en el mundo, como nuestro Rey D. Felipe, solo por su labia y proceder de pluma, sin riesgo de su persona en guerra, le viniese á favorecer y hacer tanta merced, que privase de suerte, que los Príncipes y Señores de este reino pretendian tenerlo grato para lo que se les ofrecia con la persona real; y así este Rey y Señor le habia hecho tanta merced en ponerlo en la cumbre de privanza y que le hubiese dado y él adquirido con esta merced y favor la renta y hacienda que tenia, y á sus hijos los hubiese prebendado por la Iglesia en gruesa cuantidad de renta y honra, y siendo esto así, que le hubiese sido tan ingrato haciéndole tantas traiciones y alterado sus reinos, y por fin y remate de todo aliádose con sus enemigos y procurádole todo el daño que le ha sido posible á su Rey y Señor y á su patria; que no sabia como á

tan mal hombre le podian mirar las gentes como á hombre sino como á demonio. Ellos oyeron con atencion todo aqueste discurso y le respondieron: "no os canseis en decir mas que para en cuenta de su desgracia la reina lo aborrece y no hace caso de él, porque lo han hallado algunas veces envuelto con muchachos, y ha cometido el pecado nefando, por lo cuàl anda muy miserable y desfavorecido."

Llegó, pues, este dia que las gàleras entregaron los ingleses, de Madrid el Conde de Salinas y su hermano Ruigomez con algunos capitanes y alféreces de Flandes, gente toda de autoridad y necesaria para aquella ocasion, por la falta que habia de soldados viejos diestros, que ordenasen, animasen y administrasen la gente.

Llegó asímismo D. Sancho Martinez de Leyba, soldado de los mas antiguos y de mayor aprobacion y esperiencia que S. M. tiene en Flandes. Luego que llegó á Jerez, el Duque le nombró por su teniente general, y sin detenerse en aquella ciudad pasó luego con todos los demás capitanes dichos al Puerto de Santa María. Llegado, fué de opinion que se acometiese luego al enemigo por la puente de Suazo con la gente que allí habia y con la del Puerto y Jerez, que serian tres mil infantes y cuatrocientos caballos poco mas ó menos. Hubo contrarios pareceres, de suerte que no tuvo efecto su determinacion, que pudiera tener suceso que reparara la opinion perdida, y fuera desengaño del enemigo, que con tanto menosprecio destruyó aquella ciudad y en ella descansó tantos dias.

Detúvose la respuesta de la paga de los ciento y veinte mil ducados por el rescate de los rehenes, y ni de ellos ni de la mitad que pedia el Conde hubo órden ni resolucion, por lo cual habiendo saqueado la ciudad y gozado de un grande y riquísimo despojo, quemado la tercia parte del pueblo y los mejores edificios de él, la iglesia Mayor y los demás templos, hechos los mayores desacatos é insolencias

que jamás se han visto en saco que se haya dado por turcos, moros ni bárbaros enemigos, pues demás de lo dicho, cavaron la ciudad y la araron, abriendo los sepulcros y los carneros donde estaban los huesos de los difuntos, y toda parte y lugar donde sospechaban que podia haber escondidos dineros, joyas y otras cosas, donde no les salia en vano su imaginacion, hallando cuanto querian á medida del deseo, embarcado toda la artillería que tenia la ciudad y atarazanas, muchas armas y municiones que allí tenia S. M., muchos caballos, así de los de la ciudad como de los pueblos comarcanos que allí habian entrado, quebrado y desecho las imágenes haciendo en ellas detestables desacatos y maldades indignas de escribirse por no ofender á las orejas católicas, se hicieron á la vela á los diez y seis de Julio, habiendo durado lo mas riguroso y encendido de esta furia, quema y destruccion, por espacio de dos dias, aunque siempre en todo tiempo fueron haciendo todo el daño que pudieron.

Salió toda la armada fuera de la bahía, y siendo el viento escaso, amainaron velas, y surtas las naos se estuvieron quedas á vista de Cádiz hasta otro dia, que refrescando el viento siguieron su derrota la vuelta del Cabo de San Vicente.

Luego que el enemigo se embarcó en la bahía y alzó velas, á su vista se embarcó tambien D. Sancho Martinez de Leyba con doscientos hombres, en barcos bien equipados y entró en Cádiz: habia opiniones que no lo hiciese por si acaso hubiesen dejado algunas minas secretas para acabar de volar la ciudad, cerca y castillo. Mas con todo, pospuesto todo temor, entró en ella, y lo primero á que acudió fué á matar y detener el fuego, especialmente, el que ardia en los templos, que aunque el remedio fué tarde, hizo notable provecho, porque sin duda se acabara de abrasar toda la ciudad.

Estaba Cádiz de tal manera cuando en ella entró Don Sancho de Leyba, que era horror verla y lástima tan grande que no hubiera corazon que no se enterneciera viéndola tan desfigurada y tan otra de lo que era; las calles llenas de caballos, perros y hombres muertos, ya corrompidos, de quien resultaba un olor pestilencial é intolerable, las calles llenas de estiércol y otras mil inmundicias; las mas y mejores casas quemadas y caidas por el suelo, y las que estaban en pié era temeridad entrar en ellas; tales las habian dejado; destrozadas puertas y ventanas, rompidas paredes, abiertos grandes hoyos, los patios llenos de inmundicias y de tanta suciedad y corrupcion habia resultado una plaga de moscas tantas y tan espesas, que no se podia andar por las calles ni estar en las casas, cosa jamás oida ni vista otra semejante despues de las plagas de Egipto. Hizo el D. Sancho de Leyba quemar los cuerpos muertos con las maderas de las casas caidas, y los caballos, porque cesase aquel pestilencial olor, y dejando la gente que habia llevado ocupada en esto, se volvió al Puerto de Santa María.

El dia siguiente mandó el Duque de Medina embarcar en once galeras que estaban en el Puerto de las de España, diez compañías de infantería con hasta setecientos y cincuenta hombres bien armados, de los cuales era cabo D. Gaspar de Solís Manrique, caballero de Sevilla y soldado de Flandes, y por Gobernador de ellas al conde de Praga, para que fuesen siguiendo la armada enemiga haciéndole algun daño, si pudiesen y se ofreciese ocasion. Llegadas estas galeras al Cabo de San Vicente alcanzaron una nao zorrera del enemigo de hasta cuatrocientas toneladas; acometiéronla y con facilidad la rindieron: halláronse dentro algunas campanas, armas y otras cosas del saco de Cádiz: remolcáronla las galeras hasta meterla en Villanueva de Patiman.

Ordenóle el Duque al proveedor que luego enviase á Cádiz cien gastadores para limpiarla, y que proveyese de bastimentos por un mes para setecientos hombres que mandó poner allí de presidio, y por Gobernador de ellos y de la ciudad á D. Antonio Osorio, lo cual todo se cumplió con brevedad.

A los veinte del dicho llegaron seis galeras de España, á cargo del capitan Zurita, que habiendo quedado en Sanlúcar despalmando, en las cuales hizo embarcar aquel dia seiscientos y cincuenta soldados viejos de la armada, que se habian recogido despues de la quema y pérdida de ella y los envió en seguimiento de las demás galeras, la vuelta de Lisboa á cargo del capitan Esquibel.

Luego que la armada enemiga se fué y se entendió que llevaba larga la derrota, y no se presumia que volviera á hacer daño por la costa de España, así por no tener que robar en Cádiz, como porque ya sabia las fuerzas y gente que se habian juntado en los puertos, de suerte que no le convenia intentar empresa ninguna, el Duque comenzó á despedir la gente, dejando en el Puerto y Sanlúcar algunas compañías de resguardo. Esto ordenado quiso ver á Cádiz antes que se retirase á Sanlúcar; hízolo así, y vista la destruccion grande, mostró el sentimiento que era razon, y con esto se volvió á Sanlúcar.

Estaban con grandísimo temor todos los pueblos de la costa de España, sabiendo el suceso y pérdida de Cádiz, y el gran poder del enemigo, por lo cual todos se apercibian y aprestaban como mejor podian para defenderse, si acaso tentase saquear algunos de ellos, conforme á la órden que le dió la Reina de Inglaterra al conde de Essex, General, lo cual se supo y entendió de cierto, especialmente cuando la armada se puso á vista de Lagos, que tratando en su consejo de guerra el modo que habia para desembarcar gente en tierra y asaltar el lugar, despues de algunas conferen-

cias y pareceres se resolvió en seguir el que le dió el capitan Guillermo Morguen, el cual, como queda dicho, es el que anduvo mucho tiempo en las galeras de España con el Adelantado. El consejo y parecer fué que mirase su señoría que la gente de su armada iba mas deseosa de ir á sus casas á gozar de los despojos que llevaban que de pelear, y que habiendo tantos dias que estaba en Cádiz, tuviese por cierto que vendria sobre él mucha gente y temiendo algun mal suceso como se podia esperar, perdia toda la gloria de victorioso que llevaba ganada. Con estas razones persuadido el Conde, mudó de parecer y prosiguió su viage.

El duque de Arcos, capitan general de la costa del reino de Granada, partió luego que el enemigo dejó á Cádiz para Gibraltar con mucha gente á poner cobro y buen recaudo en aquella plaza, la cual puso tan en órden y la fortificó de suerte que no solamente no tenian temor alguno, mas deseaban que la armada enemiga llegase á aquella bahía y acometiese la ciudad, ofreciendo todos vengar la injuria hecha en Cádiz. Mas ya despues que se supo ser ida la armada en larga derrota, despidió la gente que habia entrado de socorro, dejando el recaudo necesario y órden de lo que habia de hacer el Cabildo, regimiento y comunidad.

Como no hubo batalla formada en este suceso de Cádiz, ni recuentro notable por la mucha disparidad de fuerzas y poder, fueron pocos los muertos y heridos de ambas partes, y los que murieron de la nuestra fueron nueve. Murió D. Diego de Villavicencio, veinticuatro y capitan de infantería, D. Esteban de Hinojosa, peleando y defendiendo la entrada de una calle, D. Pedro de la Cerda, Felipe Boquin y otros dos sobrinos suyos, el jurado Ribera y Juan García, de quien arriba se ha hecho mencion que por morir en la demanda que murió merece ser puesto en este lugar. Hubo demás de los muertos, muchos heridos, como fué

D. Martin de Cartagena y D. Juan de Mendoza. Murieron, demás de los dichos, otros seis ó siete hombres comunes todos de Jerez. De Cádiz ni de otros ningunos pueblos no se sabe que haya sido muerto ni herido hombre alguno.

Murieron de los enemigos mas de quinientos, porque en el galeon que el de San Felipe echó á fondo se ahogaron mas de ciento y cincuenta. En la entrada de Cádiz por las calles, y en casas particulares murieron mas de otros tantos, como se vieron y hallaron por la ciudad, calles y playa y en algunos pozos, cuando D. Sancho Martinez de Leyba entró con los doscientos hombres acabado de hacerse á la vela el enemigo. En la isla de Cádiz murieron mas de otros doscientos de aquellos primeros que fueron á romper la puente y sitiar el castillo, y de algunas cuadrillas de ingleses que se desmandaron por la Isla á robar en tanto que la ciudad estaba por ellos; porque como se esparcian sin ningun temor robando y talando los campos, quemando las caserías, desfondando las basijas y bodegas de vino y bebiendo sin templanza ni consideracion de ellos, hasta quedar beodos perdidos, tendidos por aquellos campos, los pocos de los nuestros que acaso los acometian, los mataban con mucha facilidad, tanto que se dice de un morisco de aquellos de las heredades, que mató siete ingleses, que segun ellos estaban, no fué hazaña, sino descuido de los que estaban en guarda de la puente en no acometer y hacer buenas suertes, pues pudieron sin riesgo suyo matar de esta manera mas de dos mil enemigos.

Y puesto que la suerte corrió tan adversa y la superioridad de los enemigos fué tan sin comparacion aventajada á la nuestra, D. Cristóbal de la Cueva, alférez mayor de Jerez, recogió el estandarte que llevaba, y lo escondió donde no pudo ser habido de ellos, y cuando se libertó lo trajo á Jerez donde ahora está, porque no se gloriasen los enemigos que lo habian ganado, ni los jerezanos se afrentasen de



haberlo perdido, que aunque no se conservó en refriega ni en batalla formada, al menos hízose todo cuanto fué posible, cuanto el tiempo y ocasion adversa pudieron permitir.

Hizo embarcar el Conde, cuando se quiso partir de la bahía de Cádiz, todos los rehenes que tenia en su poder, visto que no le llevaban los ciento y veinte mil ducados del rescate, ni le daban la seguridad que pedia; y repartidos en las naos que le pareció, los llevó consigo á Inglaterra, donde al presente están, esperando que de acá se dé órden para su libertad, aunque esto corre con tanta dificultad que á lo que se presume se irá cada uno de ellos rescatando como pudiere, si tuviere con qué, y de acá hubiere quien le acuda; los demás habrán de tener paciencia hasta que Dios provea de remedio, ó la Reina quiera usar de alguna liberalidad. Los prisioneros que se llevaron en rehenes son los siguientes:

Prebendados de la Iglesia Catedral de Cádiz.

D. Payo Patiño, Arcediano de Cádiz.
D. Diego de Mendoza, Chantre.
D. Fernando de Aguayo, Arcediano de Medina.
El Canónigo Francisco Moreno.
El Racionero Pedro Diaz Zarco.
El Racionero Martin de Haya.
El Racionero Martin de Barazoeta.
El Racionero Juan Muñoz.

Corregidor y Regidores de Cádiz.

D. Antonio Giron de Zúñiga, Corregidor.
,, Bartolomé de Amaya, Regidor.
,, Nuño de Villavicencio, Regidor.
,, Pedro de Cubas, Regidor.

D. Jácome de Sobranis, Regidor.
„ Pascual de Mayolo, Regidor.
„ Marcos Centurion, Regidor.
„ Enrique Baez de Vargas, Regidor.
„ Diego Hernandez de Baeza, Regidor.
„ Diego de Polanco, Regidor.
„ Anfion Boquin, Regidor.
„ Cristóbal Marrufo de Negron, Regidor.
„ Esteban de Bivero, Escribano de Cabildo.

Caballeros y ciudadanos.

D. Juan de Villavicencio.
D. Francisco Ponce de Leon.
D. Alvaro Ponce de Leon.
D. Nuño de Villavicencio.
Cristóbal de Henao.
Bartolomé de Amaya, el mozo.
Antonio Enriquez, Comendador.
El Lcdo. Pedro Nuñez, abogado.
El Lcdo. Gil de la Sierpe, abogado.
Gonzalo Zuarez de Ayala, jurado de Sevilla, administrador de la Aduana de Cádiz.
D. Matías Vidal.
El veedor Martin de Usquiano.
Juan Benedicto Conmodo.
Pedro de Medina Mantilla.
Gonzalo Fernandez de las Roelas.
Hernando de Baeza.
Pedro García de Almonte.
Juan de Espinosa, escribano público.
Gregorio de Vega.
Alonso Nuñez de Herrera.
Alonso de Baeza.

D. Francisco de Polanco.
Pedro Leonel Caboverde.
Cristóbal Chirinos.
Antonio Rolin.
Jácome Odiz.

Mercaderes Flamencos.

Lorenzo Simay.
Enrique Brecarte.
Juan de Zambeque.
Henrique Bernal.
Juan de Laguz.
Giraldo Cappello.
Guillermo de Marembrort.
Hernan Rendolfel.
Guillermo Enriquez, su muger é hijos. Este dicen que fué de su voluntad.

De rescate.

Pedro del Castillo, Regidor, Juez oficial de Indias.
D. Diego Baca, veinticuatro de Jerez.
Pedro de Baeza.

Todos estos fueron los cautivos que llevaron en rehenes y prenda de los ciento y veinte mil ducados, á los cuales segun se ha sabido trataban con respeto y regalo, especialmente á D. Payo Patiño, arcediano de Cádiz, con quien el General tenia mucha amistad y familiaridad, sentándolo á su mesa y haciéndole mucha honra y regalo, y entre otras cosas le dió una ropa de martas de mas de quinientos ducados.

A los veinte y dos de Julio, habiendo seis dias que se habia hecho á la vela la armada enemiga pareció sobre Faro, pueblo y puerto en el Algarbe. Habíase ya la gente to-

da de aquella ciudad huido y dejádola desamparada, llevando sus haciendas la tierra adentro para ponerlas en seguridad, temiendo esta venida, porque ya sabian el gran poder que traia y el suceso de Cádiz, y no estando el inglés cierto de esta fuga, pareciéndole que hallaría allí tambien que robar, acordó echar gente en tierra para el efecto. Érale mas á propósito, ó por temer alguna resistencia desembarcar una legua de allí en la barra de Farovillas, que así se dice aquel puerto, donde con sus lanchas puso en tierra toda la gente que le pareció, y marchando el ejército, llegó á la ciudad; hallóla desierta sin persona alguna ni cosa que le pudiese ser de provecho, y porque no fuese en vano su jornada, hizo quemar el pueblo y los templos, dejándolo destruido y asolado con tanta impiedad como fué lo de Cádiz: repartióse la gente por aquellos campos robando los ganados, las frutas y legumbres y conduciendo á las naos todo cuanto hallaban y podian. Llevaron mas de cien reses vacunas sin mucho ganado menor. Hallaron en aquel rio de Farovillas algunos barcos de portugueses con hasta treinta hombres barqueros; preguntáronles que á dónde estaba la gente de aquel pueblo, y las haciendas que habian sacado, sobre que los amenazaron si no lo declaraban, y sin ningunos tormentos dijeron que todos los vecinos se habian retirado con sus haciendas á la sierra á un pueblo que se llama Zamblas, entendiendo allí estar seguros, y que el enemigo no se atreveria á entrar tanto la tierra adentro. El Conde mandó luego marchar el campo para allá, y llegado halló que la gente toda se habia huido y dejado todo cuanto habian traido de Faro. Los ingleses hubieron en su poder todo el despojo de Faro con mucha facilidad y tambien lo que babia en el lugar, haciendo en él el daño y destrozo que en los demás, que fué quemarlo y ponerlo por el suelo, con el templo y todo cuanto pudieron destruir y arruinar sin respeto ni piedad alguna, con lo cual se volvieron retirando hácia Faro para de allí embarcarse.

Habíanse juntado hasta sesenta hombres mozos valientes y determinados de Aracena del Condado y otras partes, con determinacion de ir á Faro á ver el ejército inglés que sabian estaba en tierra, y hacer si pudiesen algun daño ó alguna buena suerte; no llevaron mas órden que dejarse gobernar por uno de ellos que debia ser mas valiente y animoso y de mejor consejo. Llegaron á vista de los enemigos ya que volvian para Faro con la presa; pusiéronse de la otra parte del rio de Farovillas, donde á la sazon se habian juntado hasta cincuenta de á caballo de los nuestros que venian á ver lo que pasaba. Estaban á vista los unos de los otros, y los mancebos enviaron á uno de ellos á los ingleses con una bandera de paz con este mensage, que si habia algun soldado en todo el ejército que quisiese salir á campo con uno de ellos, uno á uno ó dos á dos, tres á tres ó mas como le pluguiese, que allí esperaban la respuesta. Los ingleses respondieron que sí habia muchos que lo hiciesen y que fuese uno á uno, con tal que no hubiese celada ni traicion de una ni de otra parte: concertados en ello, en lo de las armas fué que no habia de sacar cada uno mas armas que un mosquete, espada y daga, y en calzas y jubon, sin otras armas algunas. Aceptado el desafio por ambas partes, el español salió al puesto primero á esperar á su competidor, el cual salió luego muy gallardo y bizarro con su mosquete cargado al hombro y su espada y daga como el español; viniéronse el uno para el otro encarando los mosquetes, y á poca distancia los dispararon sin que ninguno acertase al otro el tiro; soltaron los mosquetes en tierra, y pusieron mano á las espadas con grande determinacion y osadía, y á pocas tretas de espada el español mató al inglés de tres estocadas, que lo pasó de parte á parte, y así cayó muerto en el suelo, á todo lo cual estaba el ejército enemigo y los pocos nuestros á la mira. Muerto que fué el inglés, el español victorioso envió luego otro recaudo al

ejército diciendo que él habia allí venido á verse y pelear con hasta cuatro de ellos, y habia vencido y muerto al primero, que si habia los que faltaban, fuesen viniendo en la misma forma de armas, campo y desafio, y que allí los esperaba. Entonces los ingleses fementidos sin guardar la fé y palabra dada de seguro, cercaron por todas partes á este mancebo y acometiéndolo piqueros y mosqueteros, lo mataron haciéndolo allí pedazos. Los demás compañeros que estaban á la mira sintieron mucho la muerte de aquel que era su caudillo, y propusieron vengar su muerte y aquella traicion tan al descubierto, ofreciéndoles el tiempo ocasion para ello. Y como estos sesenta mancebos estaban tan sentidos y indignados de la maldad y vileza que habian cometido los ingleses, estaban á la mira esperando tiempo y ocasion. Ibase embarcando el ejército y andaba alguna gente de él desmandada con mas libertad que pide el órden de guerra. Los cristianos hicieron presa en veinte y siete ingleses de la retaguardia y de otros que andaban desmandados, y sin ninguna piedad ni misericordia les cortaron á todos las orejas, las narices y las manos por junto á los codos, y hecho esto los enviaron á que se embarcasen con los demás sus amigos, previniéndoles que dijesen á los Generales, como ellos lo habian hecho, y que así se habian de tratar los traidores que no guardan la fé y palabra que ponen.

Sintióse mucho esto en la armada enemiga, y desde entonces el Almirante y los demás Generales mostraron ódio y desamor á los rehenes, y murmuraban de tan grande crueldad porque no sabian la verdad del caso; y el Almirante les dijo al Arcediano D. Payo Patiño y á D. Juan y D. Bartolomé de Villavicencio que llevaba en su nao, que por qué razon hacian los españoles tan cruel guerra, no haciéndola ellos pudiendo en las ocasiones que se habian ofrecido, á lo cual no sabian qué responder viendo la razon que

tenia, con lo cual se aflijieron y temieron algun mal tratamiento de obras, como lo sentian y veian en las palabras y semblantes. Quiso al fin su buena suerte que los ingleses habian traido un portugués de los barcos del rio de Farovillas. Este contó todo el caso como habia pasado por haberse hallado presente. Estos caballeros le hicieron luego relacion al Almirante, y él se informó de otros, con que quedó satisfecho y enterado de la verdad. Entonces les dijo que habia sido bien hecho, y que habian tenido mucha razon de usar de aquella crueldad; certificóles demás de esto que él se informaria mas en cierto de quien habian sido los transgresores del concierto, y seguro, que sabido los habia de ahorcar; y desde allí en adelante los honró y regaló mucho mas que solia y les mostró amistad.

Partió la armada enemiga de Faro á los veinte y siete de Julio, dejando hechos en tierra todos los daños que se han referido, y las galeras de España que siempre andaban á la mira, la fueron siguiendo para hacerle algun daño si pudiesen, y impedir la desembarcacion, si pretendiese hacerla en alguna parte del Algarbe, donde ellas pudiesen ser de provecho. Llegó á los treinta á vista de Lagos, pueblo y puerto en el Algarbe; habia ya echado en tierra D. Juan Portocarrero la mayor parte de la infantería española que llevaba para la defensa de la ciudad demás de la gente que habia llegado de socorro de diversas partes. Ninguna de estas prevenciones fué de provecho, porque el inglés por las causas dichas ó por algunos motivos secretos se hizo aquel dia á la vela la vuelta del Sudoeste sin entenderse su intento. Fuéronla siguiendo las galeras hasta doblar el Cabo de San Vicente, siguiendo su viage la proa al Norte para Lisboa.

D. Juan Portocarrero habia despachado desde allí cuatro carabelas en seguimiento de la armada, para que viesen la derrota que llevaba. Todas estas volvieron con relacion

conformes, diciendo que iba la vuelta del sudoeste desde el cabo á las islas; y demás de estas carabelas dió nuevas un navío de pesquería de los tollos de Arguin, como la habia encontrado sesenta leguas adelante del cabo de San Vicente y que le pareció llevar la derrota de las islas.

Háse sabido despues que esta armada enemiga dejó el intento que llevaba para las islas ú otra parte por algunas causas forzosas. Quieren decir que llevaba enferma la gente y tenia falta de bastimentos y aguaje. Volvióse á Inglaterra, dejando de camino á D. Bartolomé de Villavicencio uno de los rehenes; echólo en tierra en un esquife en la torre de Hércules, seis leguas de la Coruña por estar enfermo. Hiciéronse en Lóndres y en todo aquel reino grandes alegrías, aunque la Reina quisiera que ó se hubiera hecho mayor daño en España, ó que sustentara y se fortificara en Cádiz, hasta que le enviara mas socorro y bastimentos.

En lo del valor y estimacion de los daños que estos hereges hicieron en Cádiz, Faro y otras partes, no se puede averiguar con certidumbre: sábese al menos que de sola la Aduana sacaron valor de mas de ochocientos mil ducados, porque habian acabado de descargar dos naos de Italia de raxas y otras muchas mercaderías de gran valor sin las que habia de otros géneros allí represadas. La flota que se quemó dicen que valia mas de cuatro millones. El saco de Cádiz fué grande y rico, la quema y ruina de los edificios inestimable: esto sin los rescates de cautivos particulares, y de los rehenes y sin la pérdida y asolacion de Faro y otros daños hechos por la mar. y en la Coruña y en toda la costa.

Las naciones confederadas con Inglaterra que vinieron á la toma de Cádiz, llegadas á Inglaterra, se fueron con sus escuadras de navíos á sus provincias, ricos y satisfechos por el buen suceso, aunque con remordimiento y sospecha

de lo que podia suceder adelante por el atrevimiento y desacato que habian tenido; porque bien entendieron el disgusto que habia de dar al Rey D. Felipe nuestro señor, y el sentimiento que habia de hacer toda España, corrida de que naciones tan remotas y tan poco acreditadas en casos de guerras y conquistas se les hubiesen atrevido, y como S. M. propuso tomar enmienda, y por esta causa se comenzaron á remover los ánimos y hacer prevenciones de guerra, juntándose armada de mar en el Ferrol, por General de ella el Adelantado mayor de Castilla y llegase la nueva de ello á todos aquellos potentados, volvieron á refirmar y continuar la liga, juntando todo su poder por mar y buscando otros socorros y ayudas, para lo cual han procurado confederacion con Vandoma, Rey de Francia, sabiendo la poca amistad que tiene con España ni con los católicos, y envia sus embajadores al Xarife para que tambien juntase sus gentes y acometiese á España. Esto hizo la Reina de Inglaterra, ofreciendo navíos y lo demás que suelen los que tienen necesidad de favores agenos. No se sabe al presente que haya el Xarife dado consentimiento, que es en este principio del año de 1597: sábese á lo menos que están los embajadores en Fez tratando del negocio y que hay grande junta de navíos de Holanda, Gelanda y todos los demás reinos aliados y que han publicado querer bajar á fatigar los puertos y costa de España, y hacer mayores daños si pudieren, y así S. M. ha escrito á todas las ciudades de sus reinos, que se apresten y armen, para acudir á las ocasiones que se ofrecieren, lo cual se vá haciendo con tanto calor y bullicio que se tienen grandes esperanzas de felicísimos sucesos.

En esta historia ó relacion se ha tratado todo lo mas esencial y necesario del suceso de Cádiz, habiendo precedido para averiguacion de la verdad las diligencias posibles como al principio se dijo. Algunas particularidades

de casos menudos y de poca consideracion sucedidos en todo su discurso no se escriben aquí de industria, por ser mas para tratados en conversacion que en historia. Si alguno de los que se hallaron en este suceso se parare en ello, ya se le advierte la causa porque se remiten particularidades por ser impertinentes, las cuales no quitan ni añaden sustancia al caso. Trátase todo lo principal sin faltar cosa de consideracion. Adviértese demás de esto; que todas otras cualesquier relaciones que no conformaren con esta se deben tener por inciertas y sospechosas, porque esta contiene verdad, sin pretenderse por ello alabar ni vituperar á nadie por aficion ó enemistad.

Ofrécense demás de lo dicho algunas consideraciones sobre caso y suceso tan lastimoso, como es imaginar cual fué la causa ó causas de ello; que aunque algo de ello se ha tratado arriba, como la velocidad del entendimiento no reposa ni se quieta en tanto que duda hasta ser certificado, hace varios discursos sin asentir ni quietarse, y prefiriendo á todos cuantos revuelve en su fantasía la voluntad del supremo movedor que todo lo rige, dispone y gobierna con su infinita providencia y sabiduría, todavía le queda alguna licencia para arbitrar y considerar lo que basta segun su capacidad, y segun esta permision y facultad juzga y le parece que sobrevino á la ciudad de Cádiz aquel azote y calamidad por el olvido que tenian sus moradores de las cosas perpétuas y eternas, teniendo puesta su memoria y cuidado en las caducas y perecederas. Estaban en mucha prosperidad, regalo y abundancia, lo cual nacia de las ganancias tan grandes que resultaban de los tratos y mercancías; íbanse tras de este cebo dando cuerda á la codicia, que ocupando en esto sus cuidados y pensamientos, por ventura la daban á la conciencia. Esto se infiere por los muchos hombres que allí adquirieron en breve tiempo muchas riquezas y sustancia, habiendo comenzado de humildes y ba-

jos principios. Pasó demás de esto tan adelante la soberbia y curiosidad de los trajes, regalos y adornos de sus casas, que pudieran competir con los muy poderosos, cuya grandeza y prosperidad venia de muy atrás; en esto ponian su fin, su gusto y felicidad, como si aquello les prometiera seguro eterno y vida inacabable. No trato aquí de vicios y pecados secretos y particulares, cuyo conocimiento es reservado á Dios sabedor de todas las cosas, pues podria ser engañarse aquí el entendimiento, pensando que los habia gravísimos y ser al contrario. Estos al fin son juicios inciertos y discursos neutrales, en que no asienta con certidumbre ni puede, por no le ser dado juzgar mas de por lo que le certifican los sentidos, sino es en lo que consiste en fé, lo cual escede á toda posibilidad humana; y cuando hubiese pecados por quien Dios les envió aquel castigo, débese mucho sentir, pero no causar admiracion, porque se presume que en todas las repúblicas los hay gravísimos cometidos por diferentes caminos, por lo cual, puesto que se imaginan algunos escesos no se deben afirmar por ciertos, en tanto que no se saben de cierta ciencia. Mas parece que suceder todos los actos y intermedios de esta manera tan confusos y contrarios al menester y necesidad de la ocasion, no hallarse consejo entre tantos juicios que lo buscaban para hacer buena eleccion, errarse todo cuanto se proponia como si de industria se eligiera lo peor y mas contrario para que de ello resultase el daño irreparable que resultó, correr una general suspension de ánimos y una tibieza en ellos para no atinar ni acudir á las armas ni valerse de ellas, no incitarlos ni provocarlos el amor y obligacion de la patria de los hijos, mujeres y deudos, dejar entrar al enemigo con tanta facilidad en la posesion de su ciudad, de sus casas y haciendas adquiridas con tanta solicitud y diligencia, dejándoles en las manos de su voluntad el apoderarse de todo y el aprehender cuanto querian y hallaban, como si fuera ha-

cienda suya propia adquirida por sus esfuerzos é industria, todo esto pone grande admiracion y hace vacilar al juicio sin resolverse en cosa que le sosiegue ni quiete y al entendimiento á que investigue las causas por ventura indignas de pensarse cuanto mas de creerse.

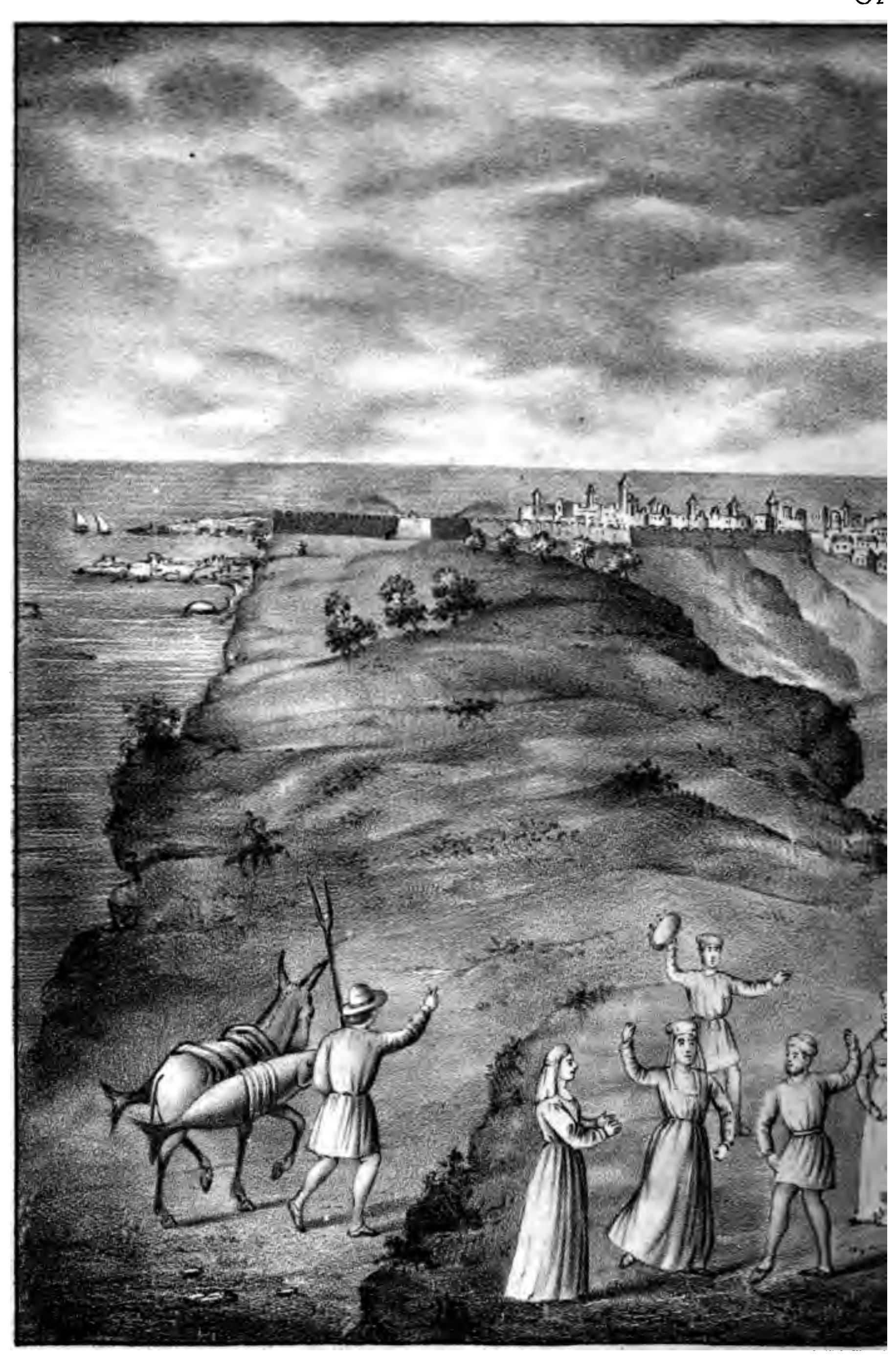
Mas las que detienen esta corriente y la hacen poner en duda, son el no haber tenido los vecinos y moradores de Cádiz, ni los puertos y pueblos comarcanos avisos ciertos con tiempo del daño que se esperaba y les sobrevenia, con que pudieran prevenirse de gente, armas, defensa, ánimo y determinacion. El llegar tan grande armada tan de repente y sin pensar á su bahía y sobre sus muros. El persuadirse y tener por sin duda, que en ninguna manera se pudieran defender ni resistir á tanta fuerza y potencia, y que si lo intentaran, fuera cierta y sin remedio su total perdicion, como lo dijeron los enemigos despues diversas veces, porque si se les hiciera resistencia y algun daño, incitados de ello los pasaran á todos á cuchillo, grandes y pequeños, hombres y mujeres y asolaran de todo punto la ciudad. Por lo cual debajo de la consideracion que la nesidad y el tiempo les enseñaba, determinaron viendo que así convenia obligar á los enemigos con humildad, subjeccion y mansedumbre, á que no procediesen ni usasen del rigor y aspereza, que sin duda ninguna usaran si fueran ofendidos. Demás de esto la ciudad estaba desapercibida, abierta, salteada, la gente poca y desarmada, el gobierno confuso, turbado y flaco, el enemigo poderoso y determinado de hacer el daño posible á Cádiz y á los demás puertos de la costa de España, y pueblos á ellos comarcanos, donde mas á su salvo y con menos riesgo pudiese hacerlo. Todas estas eran causas bastantes, para que esta infortunada ciudad padeciese tanta calamidad y tuviese el suceso que tuvo y les sirviesen á sus moradores de disculpa por no la haber defendido no siendo poderosos para ello.

Por manera que de las unas ó de las otras causas, ó por ventura de todas se presume haber sido su ruina, supuesta la mas cierta, que es la determinacion de quien tiene en su mano los movimientos de los ánimos, de los tiempos y ocasiones con los sucesos y fines de todos; lo cual todo debe con justa razon servir de disculpa á los gaditanos y á los demás pueblos convecinos y de confusion y poca gloria á los ingleses, pues al fin, como es verdad, no conquistaron aquella ciudad por fuerza de asaltos ni baterías, ni tuvieron batalla naval ni campal con los españoles; porque si de cualquiera suerte de poder á poder igual vinieran con ellos á las manos, sin duda es que las llevaran, como dicen, en las cabezas, como las han llevado todas las naciones del mundo todas las veces que con España han competido y llegado á rompimiento con los españoles.

Sucedió la pérdida de la ciudad de Cádiz saqueada por la armada inglesa, por el mes de Julio del año del Señor de mil y quinientos y noventa y seis años, reinando en las Españas el Católico y muy poderoso Rey D. Filipe segundo de este nombre, y presidiendo en la Silla Apostólica de S. Pedro, Clemente octavo.

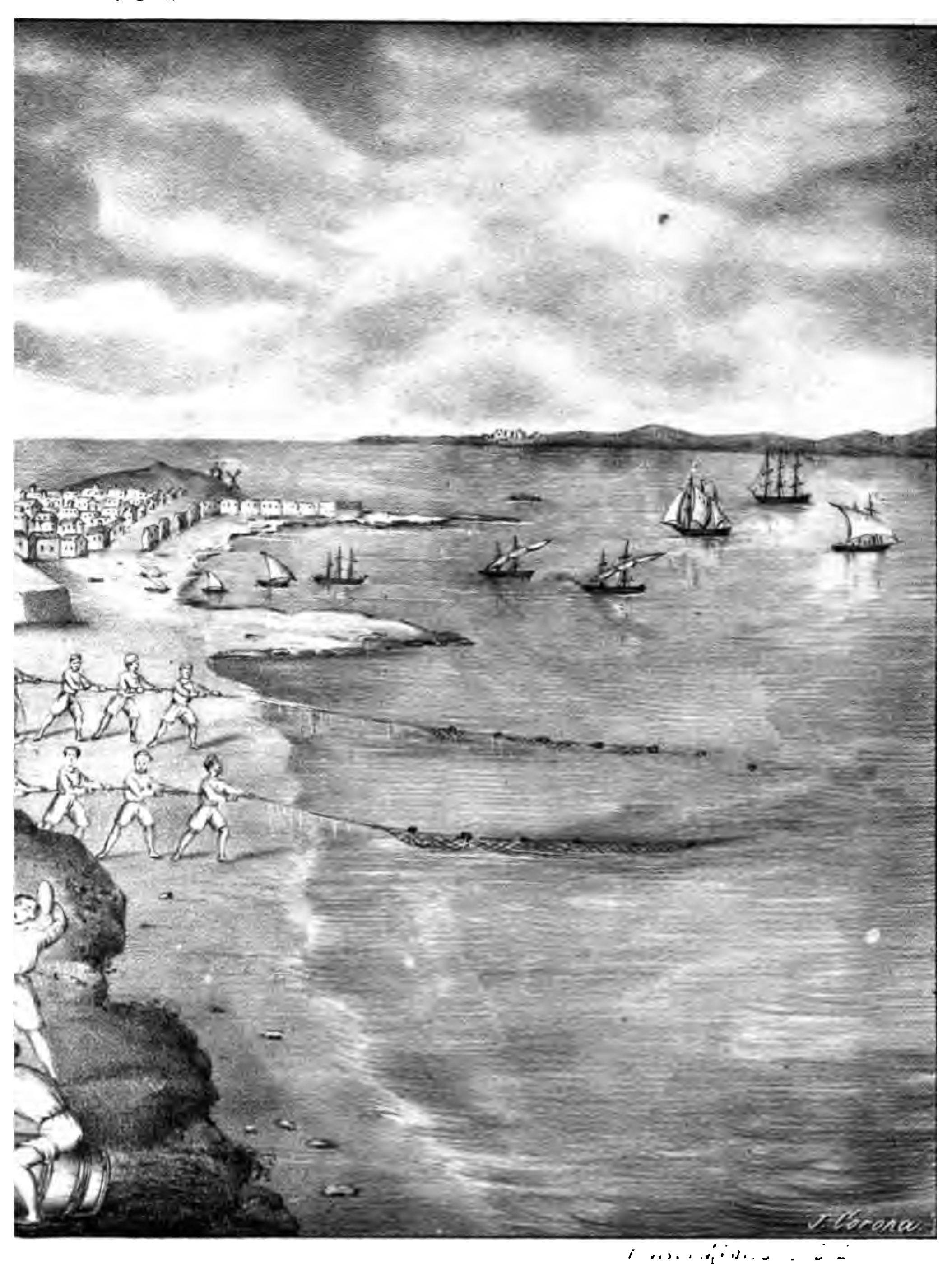
Escribióse y recopilóse esta relacion desde primero de Agosto de 1596, hasta fin de Octubre del mesmo año, y escríbese aquí porque la brevedad del tiempo sirva de disculpa al autor si algunos descuidos ó yerros se hallaren.

Nota.—Se pone el año conforme está en el original que parece ser cuando se escribió en 1597, pues al fólio 221 vuelto, lín. 14 del dicho original y de esta impresion página 161, dice el autor *que es en este principio del año de 1597*; prueba que lo estaba escribiendo entonces ó si lo escribió desde Agosto indica el mismo año.



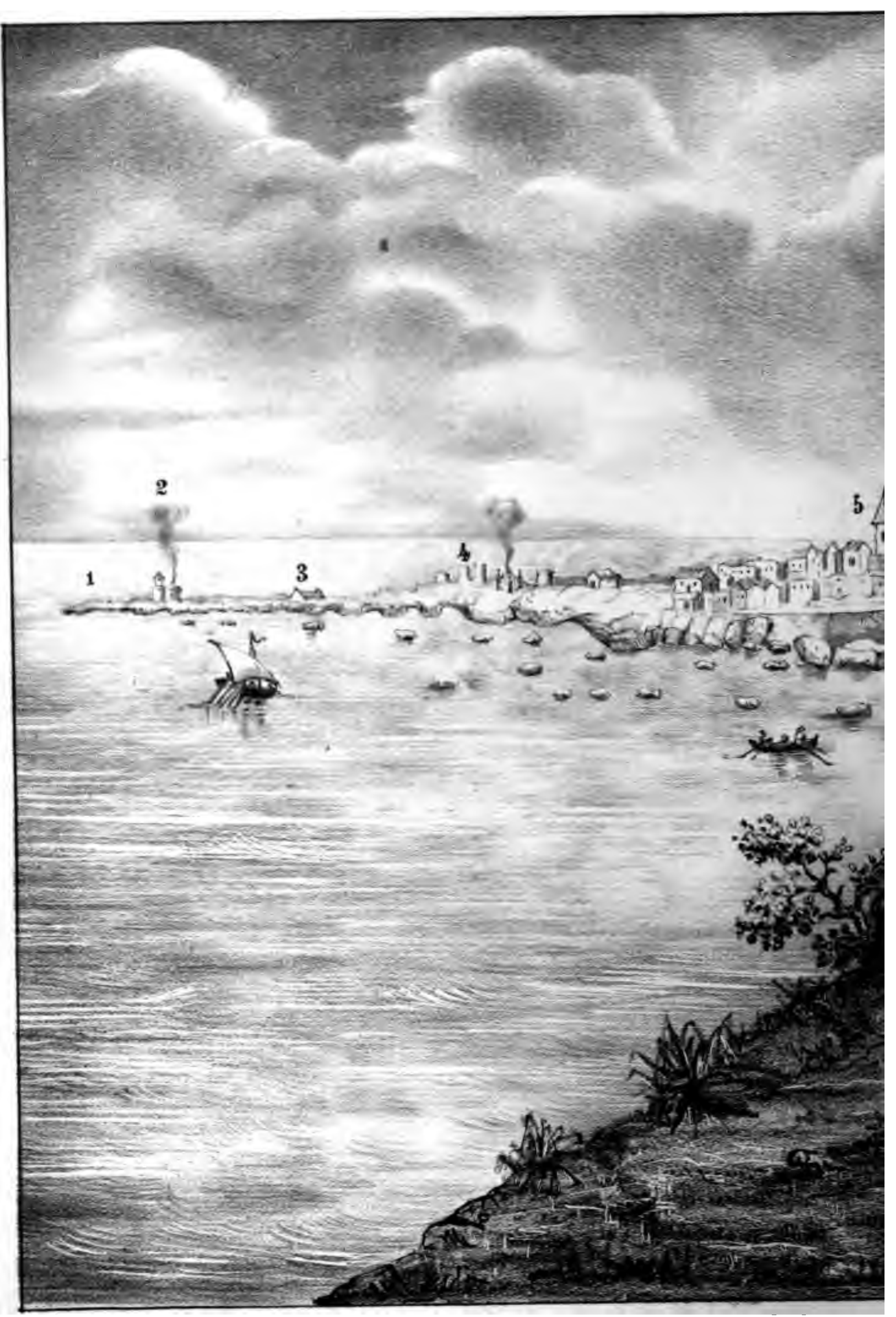
Vista de Cádiz tomada

EN 1564



... le el camino de la Isla.

CÁD



Revista Médica Bomba, 1.

1, Mar Oceano.
2, San Sebastian.
3, Santa Catalina.
4, Torres de guard

:N 1564.



J. Corona.

5, Iglesia mayor.
6, Castillo.
7, Puerta del muro.
8, Camino para la Isla.



J. Corona Cop.º y Lit.º

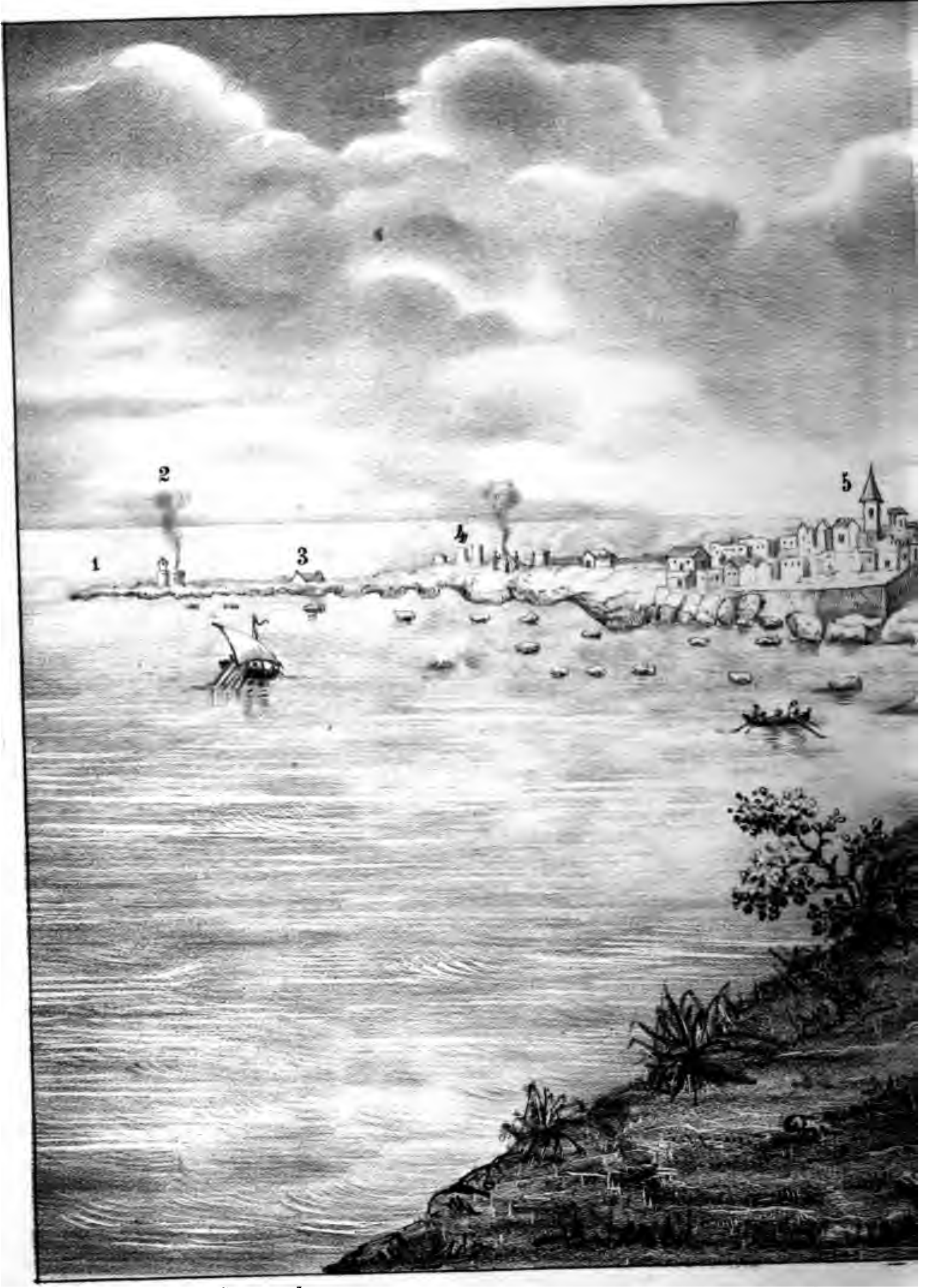
PLAZA DE LA CORREDERA Y CAS



Revista Medica Bomba. 1. Cadiz.

ƆONSISTORIALES DE CÁDIZ EN 1596.

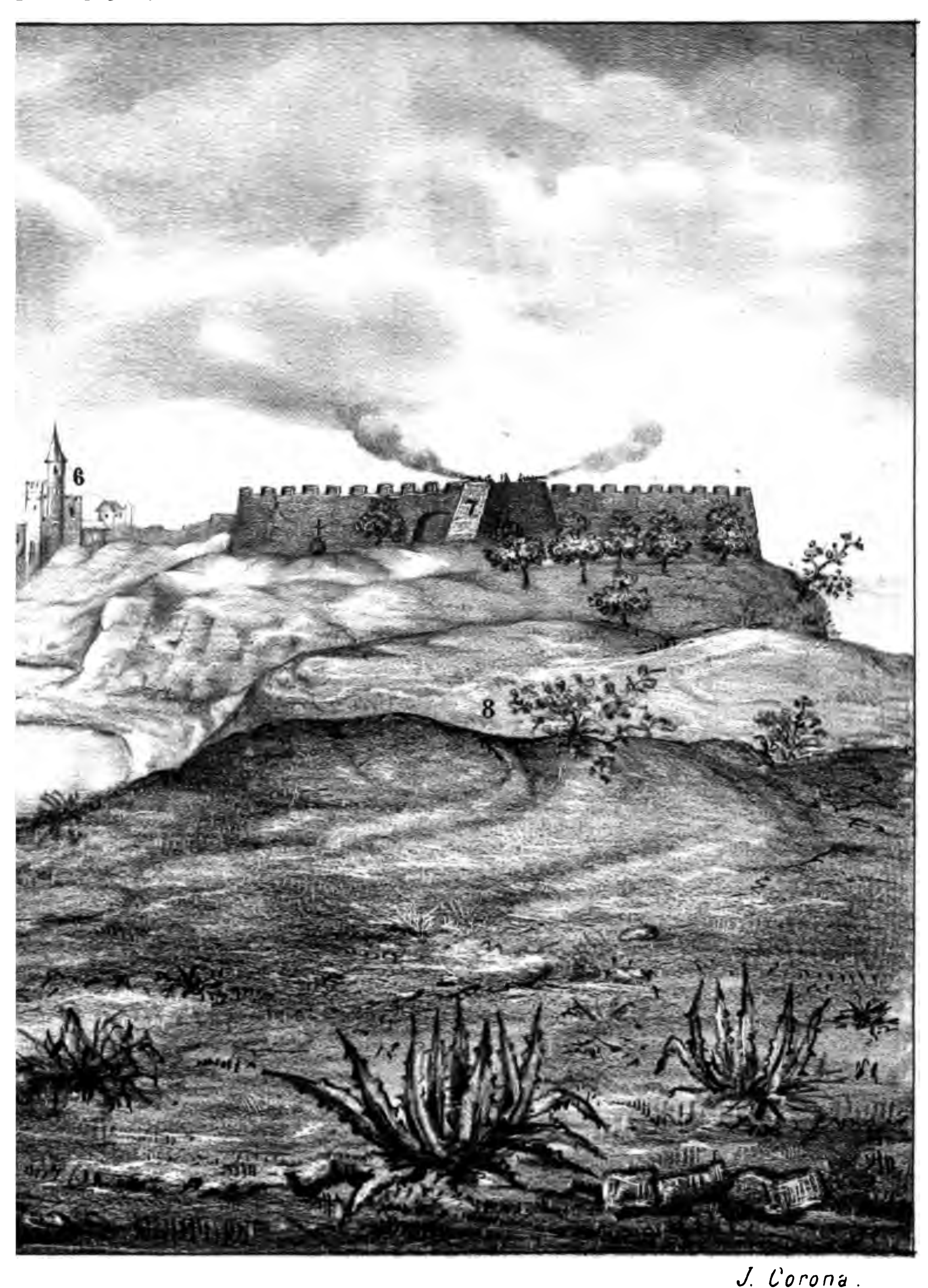
CÁDIZ E



Revista Médica Bomba, 1.

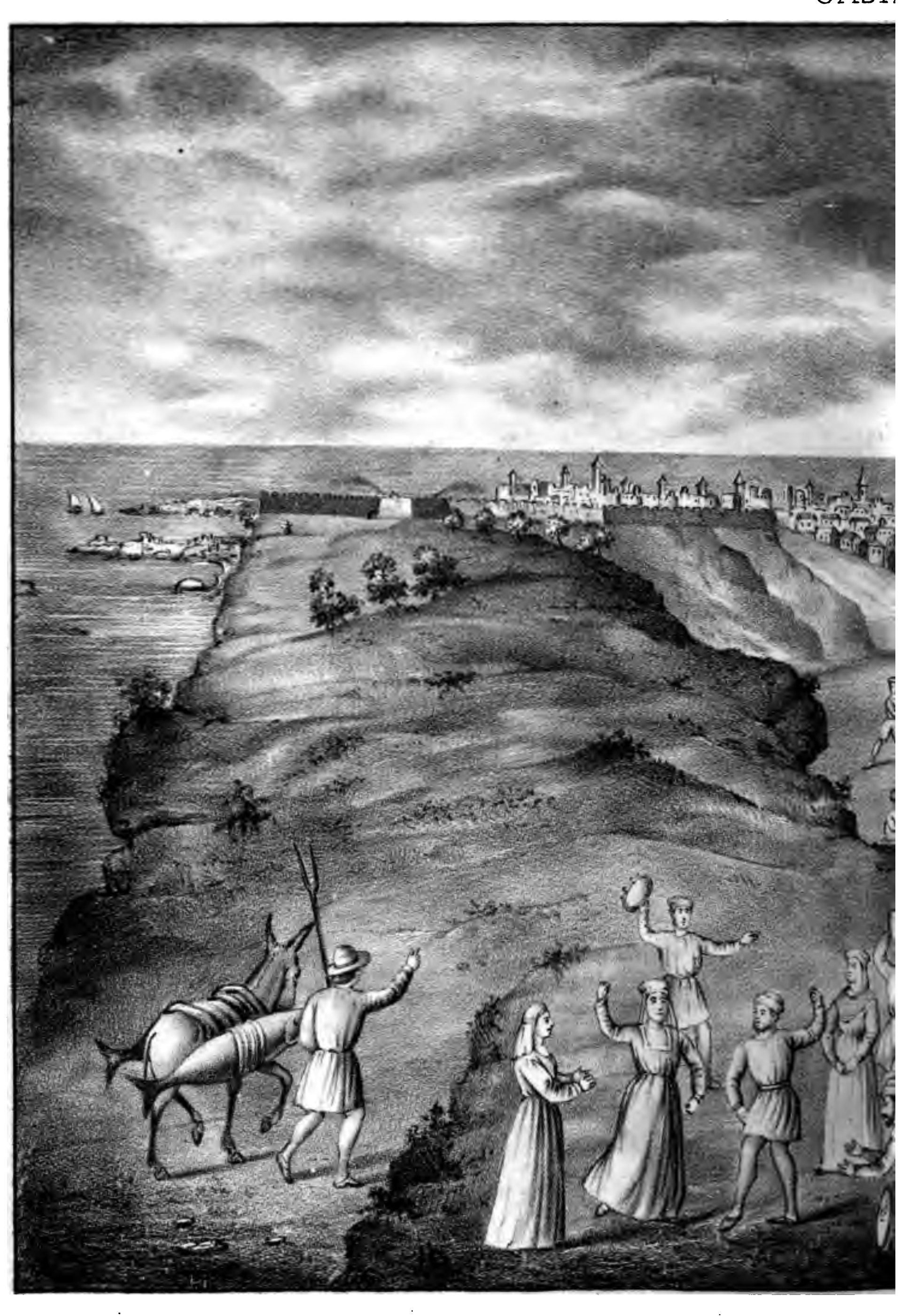
1, Mar Oceano.
2, San Sebastian.
3, Santa Catalina.
4, Torres de guardia

N 1564.



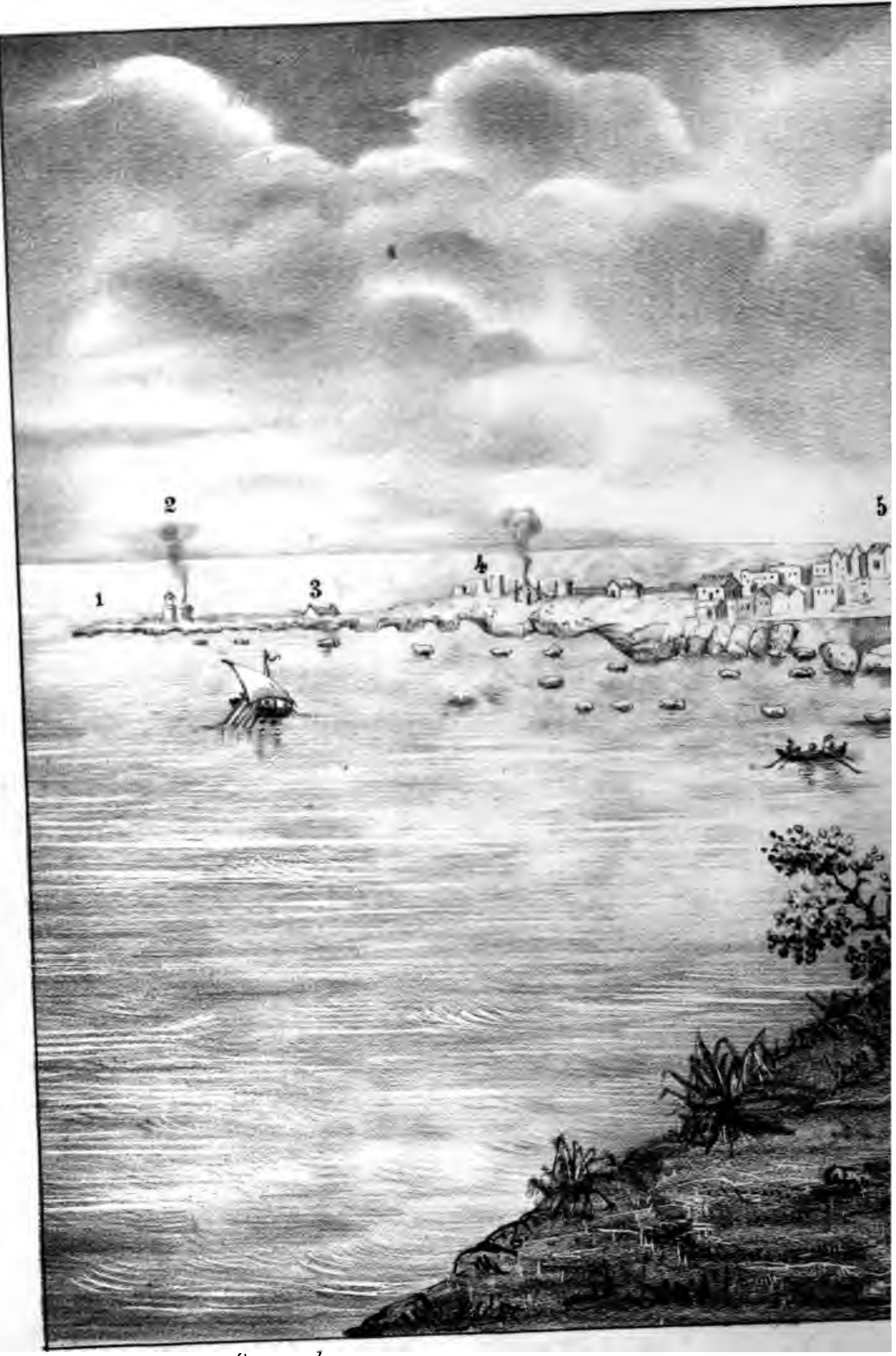
J. Corona.

5, Iglesia mayor.
6, Castillo.
7, Puerta del muro.
8, Camino para la Isla.



Vista de Cádiz tomada d

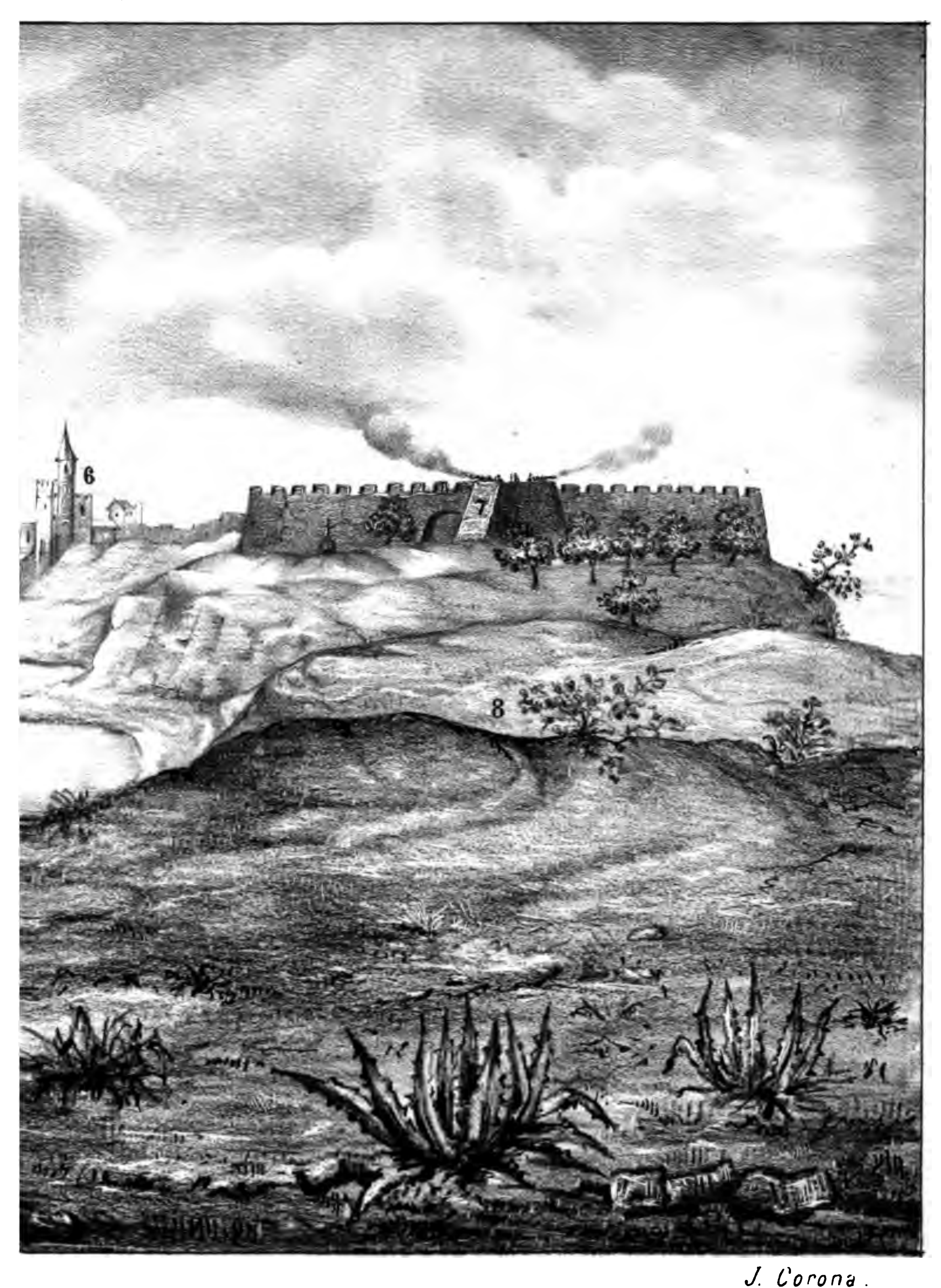
CÁD



Revista Médica Bomba, 1.

1, Mar Oceano.
2, San Sebastian.
3, Santa Catalin
4, Torres de gu

EN 1564.



J. Corona.

5, Iglesia mayor.
6, Castillo.
7, Puerta del muro.
8, Camino para la Isla.

CÁDIZ EN



R. Médica Bomta.1. CADIZ.

ERMITA DE SAN

1. Puerto de Santa Maria.
2. Entrada de la Bahia.
3. Santa Catalina.
albin.
ras de Ronda.

6. Medina Sidonia
7. Las puercas.
8. La clara fuente.
9. Castillo de San Felipe.
10. La casa del Obispo



EBASTIAN.

J. Corona.

La Iglesia mayor.
El Castillo.
Santa Maria.
La Calela.
Torres de guardia

16 Santa Catalina.
17 Ruinas de Cádiz antigua.
18 Corral de pesca.
19 Ermita de San Sebastian.
20 Punta de San Sebastian vulgo Fin del mundo.
21 El Oceano.

CÁDIZ EN



R. Médica Bomta. 1. CADIZ.

ERMITA DE SAN

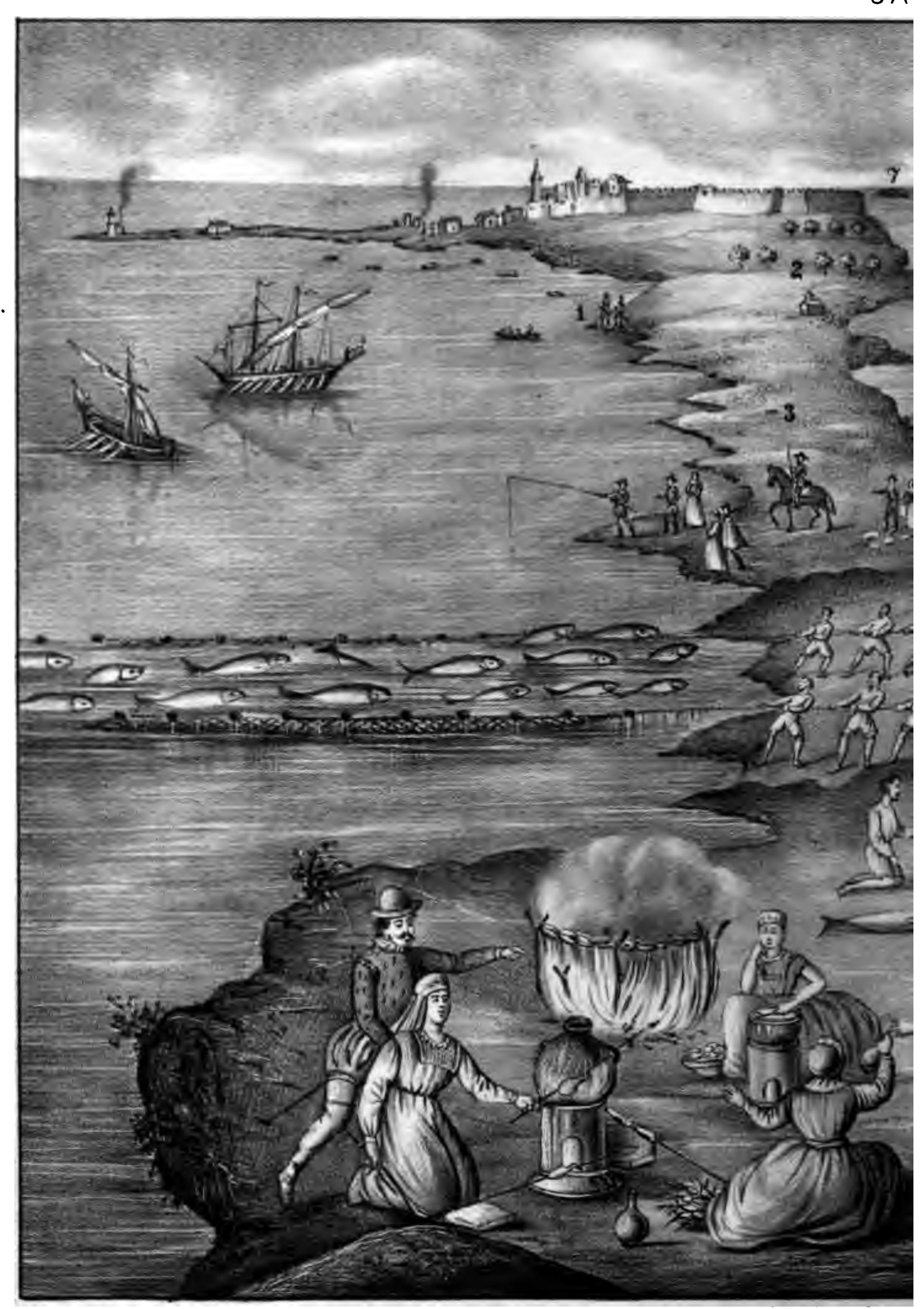
1. Puerto de Santa Maria.
2. Entrada de la Bahia.
3. Santa Catalina.
4. Gibalbin.
5. Sierras de Ronda.
6. Medina Sidonia
7. Las puercas.
8. La clara fuente.
9. Castillo de San Felipe.
10. La casa del Obispo



:BASTIAN. J. Corona.

a Iglesia mayor.
El Castillo.
Santa Maria.
La Calela.
Torres de guardia

16 Santa Catalina.
17 Ruinas de Cádiz antigua.
18 Corral de pesca.
19 Ermita de San Sebastian.
20 Punta de San Sebastian vulgo Fin del mundo.
21 El Oceano.



ALMADRABA

1. Huertas de Sufia.
2. Arenales.
3. Camino de la Isla de Leon.
4. Torres de Hércules.
5. La CHanca.
6. Bahia.
7. Las puercas.
8. Tierra firme ó España.

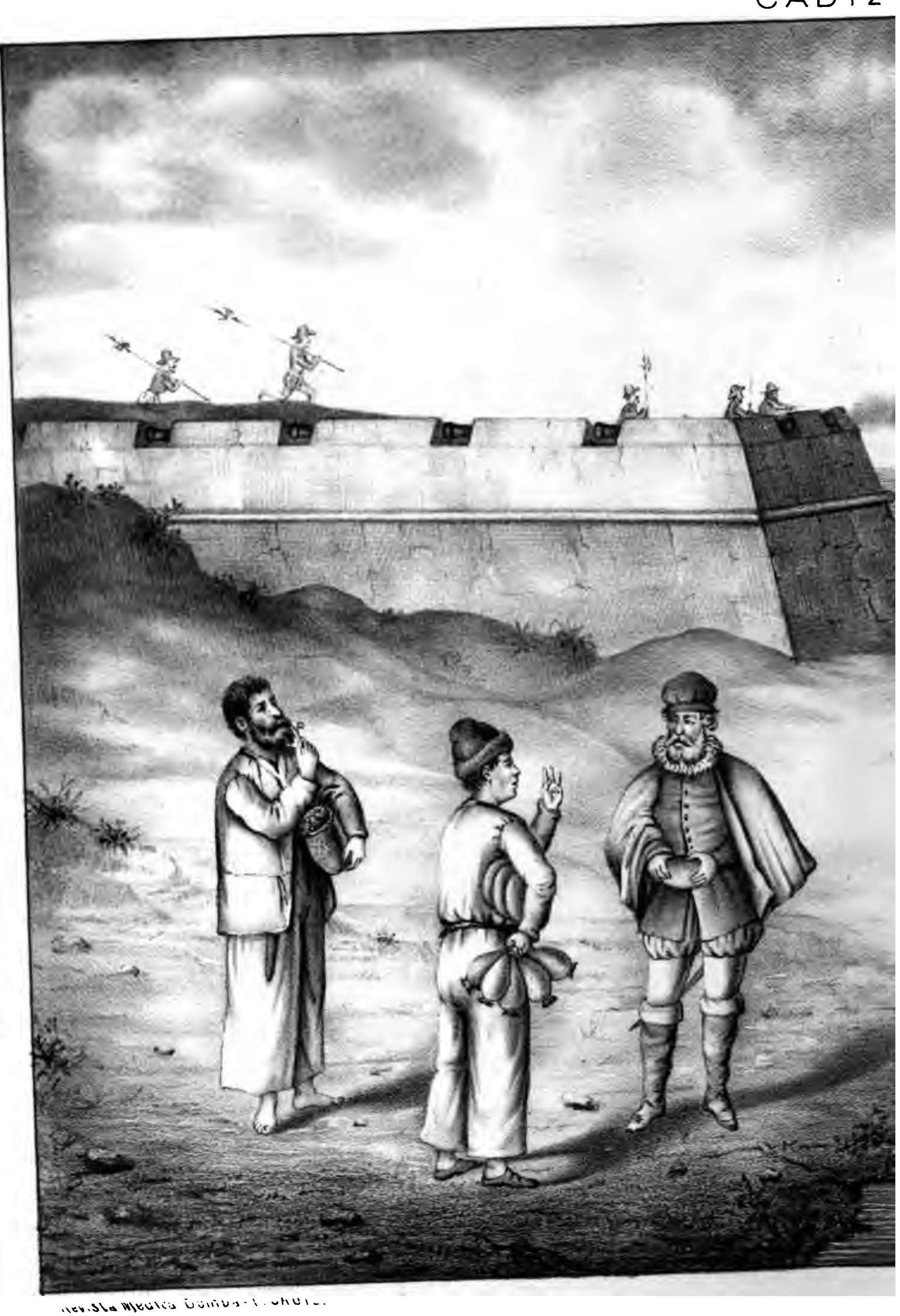
' EN 1564



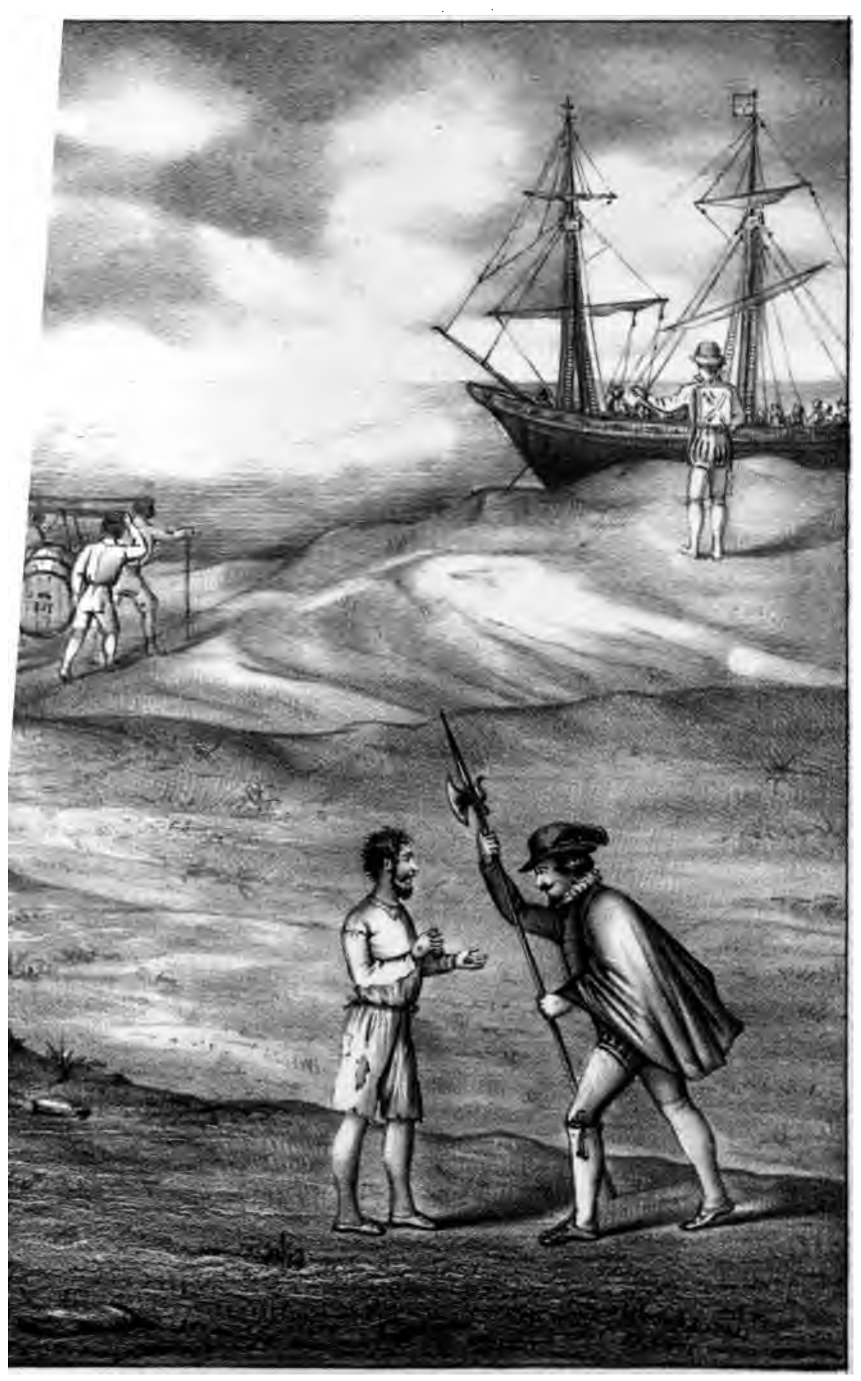
' HÉRCULES.

9, Punta de Sanlucar.
10, Chipiona.
11, Rota.
12, Santa Catalina.
13, Barra.
14, Puerto de Santa Maria.

CÁDIZ



BALUARTE de Sn. FELIPE — Holandeses compra



J. Corona.

á los naipes ó á los dados los vagamundos. El que ga-
servir al remo.

-1564.



J. Corona Gio.º y Lit.º

frutas y otros objetos á los Españoles.



Revista Médica Bomba. 1 Cádiz.

Modo de enganscharse la gente para las galeras de Indias
naba recibia una cantidad y el que perdia era llevado á las

